

La Dama del Kintsugi



Rosa Villada

Rosa Villada

La Dama del Kintsugi

金継ぎ

Título: **La Dama del Kintsugi**

Autora: **Rosa Villada**

Ilustración de la cubierta: **Sergio Bleda**

Depósito legal de la edición impresa: **AB 420-2022**

ISBN de la edición impresa: **978-84-09-43795-5**

© Rosa Villada. Todos los derechos reservados

Impreso en España. Primera edición, 2022

Página web: **www.rosavillada.es**

A José Antonio

Y al Amor que nos nutre

*Tu dolor no es más que la ruptura del cascarón
que encierra tu entendimiento.*

Kahlil Gibran

Es necesario un obstáculo nuevo para un saber nuevo.

Henri Michaux

*Quien mira hacia afuera, sueña.
Quien mira hacia adentro, despierta.*

C.G. Jung

*Si un hombre quiere estar seguro de por dónde anda,
debe cerrar los ojos y andar a oscuras.*

Juan de la Cruz

*Es hora de caminar por caminar.
De dejar a un lado la importancia —no sabemos dónde está—.
Pues somos creadores de vivencias. No vividores de lo creado.
Pues la esencia de la vida, está en cada uno de los pasos.*

Autor desconocido

CAPÍTULO 1

Todo empezó con un extraño sueño.

Yo iba viajando en tren, un tren antiguo de esos de madera, bastante destartado. Llegábamos a una estación, cuyo nombre no conocía. Vi que los pasajeros se bajaban. Me quedé desconcertada y pregunté, a una mujer que viajaba a mi lado, si me tenía que bajar. Me dijo que sí, en un tono de extrañeza, como si mi pregunta le pareciera absurda. Cogí mi equipaje de mano para bajarme, pero no podía cargar con la maleta que llevaba. Se había vuelto terriblemente pesada. Miré a mi alrededor, por si veía a alguien que pudiera ayudarme a cargar con ella, pero no vi a nadie. De hecho, el vagón se estaba quedando vacío. Me apresuré a bajar, con la idea de pedir ayuda en el andén, y volver a recoger mi maleta.

Nada más bajar, el vagón en el que yo viajaba se desenganchó de la máquina del tren. Para mi sorpre-

sa, me encontré con mis padres y les dije que había dejado mi maleta en el vagón. Me acompañaron a buscarla, pero ya no estaba. Había otras maletas, comida tirada por el suelo y gente que estaba dormida dentro del vagón. Mis padres me dijeron que debíamos darnos prisa si queríamos llegar a tiempo para subir a otro tren, que estaba situado más adelante en la vía. Echo a andar por el andén, pero me veo obligada a correr para poder alcanzarlo, porque el tren se está poniendo en marcha. Mis padres ya no están conmigo. Veo a otras personas, que también corren, como yo, para subir al tren. De pronto éste se para y todos los que corríamos nos subimos a él.

Yo me siento angustiada por haber perdido mi maleta. Me doy cuenta, entonces, de que llevo una bolsa de plástico en la mano. La miro, y veo que dentro hay medicamentos. Entonces, la mujer que viajaba a mi lado en el otro vagón me arranca de las manos la bolsa y la tira al andén, por una ventana, mientras el tren se aleja. Me fijo entonces en ella, un tanto desconcertada. Es una mujer vieja, aunque no lo parece. Tiene el pelo casi blanco. Lo lleva recogido en una coleta. Su mirada me penetra con sus ojos oscuros. Miro su apariencia. Va vestida con una falda larga que le llega casi a los pies, con tonos otoñales, marrones y amarillos. Por debajo asoman unas botas de montaña. Lleva un jersey de color lila y, encima,

una especie de poncho negro. Se da cuenta de que la observo. Me sonrío y hace un gesto divertido como diciéndome si me parece bien su indumentaria. Antes de que yo le pregunte por qué ha arrojado la bolsa con mis medicamentos al andén, me responde tajante y con énfasis: «No los vas a necesitar, y tampoco tu viejo equipaje. El viaje continúa, pero hay que hacer transbordo. Cambiar de tren». Cuando dice eso, me despierto bruscamente.

Mi nombre es Virginia Lobo Utrera. Soy profesora. Me dedico a dar clases de Literatura a alumnos de segundo de bachiller, en un instituto de Gijón, ciudad en la que vivo. El día que tuve ese sueño era un miércoles 9 de diciembre. Acababa de disfrutar del puente de la Constitución, viajando con un grupo de amigos a Candanchú para esquiar y divertirnos en la nieve. Yo había vuelto del viaje muy cansada. No era un cansancio físico, sino más bien una especie de agotamiento social. No se podía decir que las personas con las que me fui a Candanchú fueran realmente amigos míos. No lo eran. Solo conocidos de las redes sociales, con los que ya había coincidido en algún otro viaje. Yo me apuntaba a todos para no quedarme sola en mi casa. Tengo 50 años, no me he casado, y no está entre mis planes hacerlo. En una ocasión medio conviví con el que fue mi novio, Raúl. Eso es lo más cerca que he estado del matrimonio.

La mañana de ese día, al volver del puente de la Constitución, me sentí especialmente sola y vacía. Mis divertidos compañeros de viaje, con los que en otras ocasiones lo había pasado tan bien y me había reído tanto, ya no me habían resultado tan agradables. Más bien todo lo contrario. Los veía frívolos y superficiales. Me habían parecido unos extraños y me había sentido durante el viaje fuera de lugar, sin saber muy bien por qué.

Por eso, cuando me levanté ese día, fui al instituto sin ganas. Y mientras caminaba hacia mi lugar de trabajo lo único que venía a mi mente era contar los días que faltaban para las vacaciones de Navidad. Gracias a Dios eran pocos. Aunque, bien mirado, qué más me daba. No podía celebrarlas en familia, porque no tenía. Mis padres habían muerto unos años atrás. Primero mi padre y luego mi madre, con un par de años de diferencia. Fui hija única, y ellos me tuvieron cuando mi madre tenía unos años menos de la edad que yo tengo ahora. Iba a cumplir 45, y se quedó embarazada después de mucho tiempo con tratamientos de fertilidad. Cuando menos lo esperaban. El mío fue un embarazo de alto riesgo.

Mientras caminaba desde mi casa al Instituto, estos pensamientos sobre la ausencia de mis padres me trajeron a la memoria el sueño tan vívido que había tenido esa noche, en el que aparecían ellos. Sin saber

por qué, me puse muy triste. Tenía ganas de llorar. Pero, ¿por quién quería llorar, por ellos o por mí? A ellos los echaba de menos, claro, pero yo era una mujer independiente, con vida propia, que no los necesitaba. Esa era la verdad. ¿Mujer con vida propia? —me dije para mis adentros—, ¿qué vida es esta? Me dejé llevar por la melancolía, pero enseguida reaccioné. ¿Eh, eh, qué está pasando?, me interrogó una voz interior. Eres joven, eres guapa, inteligente, eres elegante, ingeniosa, divertida, culta, estás muy bien, físicamente hablando, tus alumnos piensan que eres una tía buena y, además, te adoran. Adoran la Literatura gracias a tus explicaciones, sólo porque eres tú quién das las clases, ¿de qué te quejas?

¡Eso digo yo!, respondí a esa voz interna más animada. Del uno al diez, me pondría un nueve alto. Se podría decir que mi vida es perfecta. Recordé cómo recientemente, durante las vacaciones del último verano, había ido a un ashram para hacer un curso en el que se mezclaban la práctica del yoga y la meditación, con la comida vegetariana y vegana, para desintoxicar el cuerpo, ejercicio al aire libre, y charlas para mantener la autoestima y elevar el nivel de espiritualidad. Ahí fue donde aprendí a crear esa voz interior, que me recordaba todas mis buenas cualidades cuando me acometía algún bajón. Nos enseñaron un ejercicio frente al espejo, que había que realizar

todas las mañanas. Consistía en la repetición de una serie de afirmaciones positivas, para encarar el día con una elevada autoestima, optimismo y buen humor.

Lo practicaba a diario, y siempre me había funcionado, pero por algún motivo que ignoro, esa mañana del 9 de diciembre de 2021, no funcionó. Así que, al llegar al Instituto, pasé rápidamente por la sala de profesores, porque no tenía ganas de cháchara, y me dirigí a clase para encontrarme con mis alumnos. Estos tenían aún menos ganas que yo de dar clase. Estaban muy alborotados, como siempre pasa después de un puente. Tuve que gritar con todas mis fuerzas, hasta desgañitarme, para que se tranquilizaran un poco y atraer su atención. Al gritar, cosa que no suelo hacer nunca, y menos en clase, me hice mucho daño en la garganta. Sentí un dolor tremendo, como si tuviera un volcán de lava caliente en la laringe, que perforaba con fuego mis palabras.

Ese día tocaba hablar de Virginia Woolf. Mi madre me puso el nombre por ella. Era una lectora empedernida y admiraba a esta escritora inglesa. Yo siempre le decía que vaya nombre me habían puesto, el de una autora que se había suicidado. Y mi madre me respondía que, el hecho de que no hubiera sido capaz de conservar su vida, no le restaba ningún mérito a su obra. Que era una mujer admirable. Y ter-

minaba diciendo que, al fin y al cabo, todos vamos a morir. Cuando conseguí que mis alumnos se sentasen, parasen su parloteo descontrolado y me prestasen atención, me dispuse a empezar la clase. Y entonces ocurrió. No podía hablar. Por mucho que lo intentaba, mi garganta no era capaz de articular ninguna palabra. Mis alumnos se dieron cuenta y se hizo un expectante silencio en la clase. Yo me llevé las manos a mi cuello, intenté carraspear y toser, pero no fui capaz de articular ninguna palabra. En un gesto instintivo, me volví hacia la pizarra que tenía a mis espaldas, y escribí: «No puedo hablar».

La clase se alborotó de nuevo y algunos alumnos, con gesto de preocupación, se levantaron y me rodearon, preguntándome qué me pasaba. Uno me trajo un botellín de agua y me lo dio. Bebí. Bebí solo un trago porque la garganta me ardía. Una alumna me sugirió que hiciera gárgaras. Otra me ayudó a sentarme. Hablaban entre ellos. Yo apenas los escuchaba. El centro del universo se focalizaba en mi garganta. Era lo único real. No había nada más. Todo lo demás, lo que me rodeaba, lo que me decían, yo misma, era solo ilusorio.

El dolor era tan intenso que quise llorar, pero no me salían las lágrimas. Empecé a hacer pucheros para forzar el llanto. Como hacen los críos pequeños cuando van a coger una rabieta para llamar la aten-

ción. Pero yo no quería llamar la atención. Quería que me dejaran en paz con mi dolor.

Sofía, la directora del Instituto y compañera de juergas, entró corriendo en el aula. Deduje que algún alumno había ido a avisarla. Pidió a los chicos que volvieran a sus asientos y me dejaran respirar porque me estaban agobiando, todos encima de mí. A regañadientes le hicieron caso, y de nuevo se hizo el silencio; aunque sin poder evitar que se produjeran murmullos y cuchicheos en voz baja. Ella me hablaba, pero yo no la escuchaba. Solo podía estar atenta a la erupción de fuego que se estaba produciendo en mi garganta. Más allá del dolor físico, mi mente empezó a rayarse con preguntas estúpidas como que por qué me pasaba a mí eso, si yo nunca había tenido problemas con mi voz, que era cálida y bonita. De hecho, era la envidia de mis compañeros, que siempre estaban preguntando cómo podía conservar la voz, a pesar de forzarla a diario en las clases. Siempre les respondía que yo nunca gritaba, como ellos. Aunque ese día sí lo hice.

En algún momento intentó asomar esa voz interior que me había creado y que diariamente me recordaba lo guapa, inteligente, elegante y culta que yo era. Pero no solo no le permití hablarme, sino que, de algún otro lugar surgió en mí otra voz, muy enfadada, que la silenció diciéndole: ¡Cállate imbécil,

ahora no! Aún en la agonía que estaba pasando y en la intensidad de mi dolor, me quedé asombrada de esa segunda voz, que había mandado callar a la primera, y que yo no sabía que existiera. Siempre me había esforzado por parecer guay. Guay con mis alumnos, que sentían verdadera devoción por mí. Alguno incluso demasiada, lo que había estado a punto de crearme graves problemas. Guay con mis amistades, con los compañeros, con cualquier persona que conociera. Siempre positiva, viendo el vaso, no ya medio lleno, sino a rebosar. Y de pronto, en medio de aquel terrible dolor, había surgido en mí una voz más profunda, herida y cabreada que, por lo visto también era yo, pero que se parecía muy poco a la imagen habitual que me esforzaba por ofrecer a los demás.

Yo seguía centrada en mi intenso dolor, y hacía esfuerzos sobrehumanos para articular palabra, pero los sonidos se negaban a salir de mi boca. Otros profesores acudieron al aula y, nuevamente, me vi rodeada de gente, cada uno diciendo las cosas más pintorescas. Como que a ver si me había atragantado con algún chicle. Un compañero intentó hacerme la maniobra de Heimlich, esa que se hace abrazándote por detrás para ayudar al que tiene alojado un objeto en las vías respiratorias. Afortunadamente, Sofía se lo impidió alegando que yo no me había atragan-

tado con nada y que respiraba perfectamente. Aunque, eso sí, muy alterada por lo que me estaba ocurriendo. Alguien sugirió llamar a una ambulancia para llevarme al hospital. Yo negaba con la cabeza, con las pocas fuerzas que tenía, señalándome la garganta y subrayando en la pizarra la frase que había escrito un rato antes y que decía no puedo hablar. Agarré la tiza y escribí debajo: «Nada de ambulancias». Sofía tomó el mando de la situación, y dijo: «Vale, nada de ambulancias, pero ahora mismo vamos a urgencias en mi coche». Dicho esto, mandó a los profesores a sus respectivas clases.

Cuando llegamos a urgencias del hospital, Sofía contó en el mostrador lo que me pasaba. Nos pidieron mi tarjeta sanitaria, y ella se enfadó. Por el amor de Dios, esto es una urgencia. La gente no va a trabajar con la tarjeta de la seguridad social en el bolsillo. Les dio mi nombre y nos mandaron a la sala de espera, que estaba abarrotada de gente, todos con mascarillas, menos nosotras. Aquellas personas nos miraban como si fuéramos apestadas y, casi de inmediato, se acercó una enfermera y nos dio dos mascarillas diciéndonos, con un tono muy desagradable, que nos las pusiéramos. La obedecemos. Sofía y yo nos miramos con un gesto de resignación. Ella me cogió la mano y me susurró: No te preocupes, seguro que no es nada. Todo va a salir bien.

Al escuchar esta frase me alarmé. Se me erizaron los pelos del cuerpo y se me encendieron todas las luces rojas. Por alguna razón había llegado a aborrecer esta consigna cuando, al inicio de la pandemia de covid que se declaró en 2020, mucha gente la utilizaba en pancartas colgadas de sus balcones durante el confinamiento. Todo va a salir bien. Se repetía por todas partes. Pero era mentira. Nada estaba saliendo bien. Los muertos se contaban por miles. O no se contaban, que era aún peor, para que pareciera que todo iba a salir bien. Los contagios se adueñaron del planeta, mientras las personas permanecían encerradas en sus casas desconcertadas y muertas de miedo. No, era obvio que todo no estaba saliendo bien. Por eso me estremecí al escuchar esa frase en boca de Sofía. Sin duda lo dijo para tranquilizarme. Pero en mí operó en sentido contrario. Y, por un instante, tuve la intuición de que lo que me había ocurrido iba a cambiar mi vida para siempre. Luego, esa lucidez interna, ese fogonazo, se desvaneció como si nunca hubiera existido, y me sumergí de nuevo en la oscuridad y en el dolor.

No esperamos mucho tiempo. Por un altavoz dijeron mi nombre y el número del box al que tenía que acudir. Sofía me cogió del brazo, como si en vez de muda estuviera ciega, y me condujo donde me habían indicado. Dos mujeres nos recibieron dentro y

nos interrogaron sobre lo que me pasaba. Fue mi amiga la que respondió a sus preguntas. Me tomaron la tensión, que estaba disparada. Yo nunca me la había controlado. Pero no le dieron importancia porque era normal que al llegar allí la gente se pusiera nerviosa y tuviera la tensión alta. Todo esto se lo explicaron a Sofía. Por alguna razón pensaron que yo, además de no poder hablar, me había vuelto sorda y no podía escuchar sus comentarios. Nos mandaron nuevamente afuera, a la sala de espera, y le dijeron a mi amiga que nos volverían a llamar cuando pudiera verme un otorrinolaringólogo. Sofía preguntó si iba a tardar mucho y las dos mujeres, no sé si médicas o enfermeras, se miraron entre ellas y encogiéndose de hombros, añadieron al unísono que no podían decirle.

Nuevamente nos sentamos en la abarrotada sala de espera. Tuvimos suerte en encontrar asientos libres. Cuando entramos, llamaron a otro paciente y él y su acompañante se levantaron. Sofía corrió, literalmente, a ocuparlos, haciéndome señas desde allí, como si hubiera conseguido una meta valiosa, con gestos para que me diera prisa. Lo que menos quería yo en esos momentos era correr hacia unos asientos. Me daba igual estar sentada o de pie. Lo que quería era irme a casa y llorar. Cuando llegué junto a mi amiga, le dije por gestos que me dolía mucho. Ella

me hizo quitar la mascarilla y me ordenó abrir la boca, todo lo que pudiera; algo que no se les había ocurrido a las dos mujeres que me atendieron en el box. Con un gesto de dolor, abrí la boca y Sofía miró dentro: Pues no sé, hija, yo no te veo nada. Es que ni siquiera tienes la garganta irritada. Era lo último que esperaba escuchar, y le hice un gesto de incredulidad, tratando de explicarle sin palabras que la garganta me ardía, ¿cómo podía no estar irritada?

Tras el desconcierto, le indiqué con gestos desesperados si tenía algo para escribir. Me estaba volviendo loca al no poder comunicar lo que sentía. Me dijo que no que, con las prisas, solo había cogido las llaves del coche, y se había dejado el bolso en su despacho. Pero que iba a ir al mostrador de admisiones, a pedir papel y un boli. Se levantó muy decidida, como la mujer acostumbrada a mandar que era, y se dirigió con ademán rotundo a pedir útiles para la escritura. Pero fue misión imposible. Aunque pareciera mentira, volvió sin ellos y muy cabreada. La persona de admisión, con la que se había enfadado cuando llegamos por pedirme la tarjeta sanitaria, le dijo que no podía darle ni papel ni bolígrafo. Sofía le explicó que era para mí, que me había quedado sin habla. Y la funcionaria le respondió, de mala gana, que utilizase el móvil, que ahí también se podía escribir. ¡Pero tampoco tengo móvil, con las prisas me lo he deja-

do!, la oí decir, elevando el tono de voz. Con un taconeo que indicaba su indignación, se dirigió hacia donde yo estaba y me contó a voces lo que había pasado. A mí y a todos los que quisieron oírlo. Es que no hay derecho, repetía, esto es tercermundista, vaya mierda de atención a los pacientes. Yo le hice un gesto de resignación y le indiqué por señas que lo dejase estar.

El centro del universo seguía alojándose en mi garganta, el dolor era insoportable, y mi desesperación crecía por momentos. El hecho de no poder expresar lo que sentía añadía más sufrimiento a mi dolor. Sofía miraba su reloj, comprobando sus pulsaciones. Se la notaba nerviosa, llevábamos más de una hora esperando. En algún momento le hice un gesto para que nos fuéramos de allí. Me dijo que ni hablar, de ninguna manera, no pensaba salir del hospital hasta que me hubiera visto un médico, un médico de verdad. Supuse que se refería a un especialista. Suspiré resignada y continué con mis pensamientos, que cada vez eran más oscuros. ¿Y si tenía cáncer? ¿Y si no podía volver a hablar? Tendría que dejar las clases y toda mi vida se vendería abajo. No, no podía ser. Eso no podía pasarme a mí. Si yo llevaba una vida muy sana y era una persona tremendamente positiva. Ingenuamente lo pensaba, como si todo eso sirviera de algo.

Dos horas y media y aquel altavoz cascado seguía escupiendo nombres, pero ninguno era el mío. ¿Se habrían olvidado de mí? Además, Sofía me estaba poniendo de los nervios, no hacía más que sentarse y levantarse para pasearse por la sala de arriba abajo, como si su taconeo pudiera acelerar el tiempo. De pronto, se inclinó hacia mí y me susurró: Oye no puedo más, me estoy orinando mucho y tengo que ir al servicio. La miré con cara de incredulidad y la interrogué con la mirada. Con gestos, moviendo las manos y los brazos le pregunté: ¿Y por qué no vas? Ella me entendió y me respondió susurrándome al oído: Es que no quiero dejarte sola. ¿Y si te llaman en ese momento? Tengo que acompañarte porque tú no puedes hablar. Ojalá hubiera podido gritar para decirle: ¿pero estás tonta o qué? ¡Vete a mear! Mis gestos y mi actitud debieron ser muy elocuentes, porque Sofía me entendió perfectamente y salió corriendo hacia los servicios, al tiempo que me decía: Vale, vale. Enseguida vuelvo. No te muevas de ahí. ¿Dónde coño iba a irme?

Naturalmente, en cuanto ella se fue, me llamaron. Joder, pensé, es increíble. Me encaminé hacia la zona de los servicios para esperar a Sofía en la puerta. Pero mi amiga no salía. Por el altavoz, dijeron mi nombre por segunda vez: Virginia Lobo, Virginia Lobo. Me metí en los servicios y golpeé dos puertas

que se encontraban cerradas. De una de ellas salió la voz de Sofía, preguntando: ¿Virginia, eres tú? Ya salgo, es que me ha venido la regla, y como no me he traído el bolso... Yo no daba crédito a lo que estaba oyendo. La escena era tan surrealista, que no pude evitar reírme. Sí, más allá del inmenso dolor que sentía, me reí. Me reí en silencio, por dentro. Sobre todo, cuando escuché por tercera vez cómo me llamaban por el altavoz. Esta vez con un tono de pocos amigos, y repitiendo mi nombre tres veces. Sofía también lo escuchó, porque empezó a decir desde dentro del servicio: Ya voy, ya voy, como si pudieran oírla desde la zona de boxes. Cuando salió y me vio riendo sin hacer ruido, se cabreó. No sé de qué te ríes, rezongó, me ha venido la regla, ¿te lo imaginas? Y me he tenido que apañar con papel higiénico.

Cuando llegamos al box que nos habían indicado, nos recibió un señor con cara de pocos amigos. Debía estar a punto de jubilarse. Llevaba bigote y un fonendo verde chillón colgado del cuello, que destacaba mucho sobre su bata blanca. Estaba hablando con una de las mujeres que me habían visto la primera vez, y la expresión de su rostro se volvió más dura cuando me echó la vista encima. ¿Qué le pasa?, me preguntó. Sofía le respondió de mala gana: Le pasa que no puede hablar. Estaba dando clase en el instituto y ha perdido la voz. ¿Se ha quedado afónica?, la

interrogó el médico. Yo negaba con la cabeza y Sofía le aclaró. No, no, no puede hablar nada de nada, y además le duele mucho. El médico me hizo abrir la boca, y me metió hasta más allá de la campanilla, un palito de madera, que casi me hace vomitar. No veo nada —indicó—. No tiene irritación, ni placas, ni nada de nada. Me hubiera gustado gritarle que no podía aguantar el dolor. Hice una mueca y me preguntó: ¿Te duele? Asentí repetidamente con la cabeza, pero él no me miraba. Sólo repetía a la mujer que lo acompañaba, que no veía nada raro. Yo cada vez estaba más encendida y cabreada al no poderme explicar. El médico y la mujer se separaron de mi lado y cuchichearon entre ellos. No conseguí oír lo que decían. Cuando terminaron de hablar, el médico me dijo que me iban a poner un Nolotil en la vena, para paliar el dolor. Que después me fuera a casa, procurase descansar y al día siguiente, si persistía el dolor y la afonía, pidiera cita con mi médico de cabecera para que me remitiera al especialista.

Me sentí terriblemente cansada. ¿De qué afonía me hablaba, si yo no estaba afónica? Me rendí ante su diagnóstico erróneo y me dejé llevar. Una enfermera me colocó una vía y de un palo metálico colgaron un suero que, supuse, era el Nolotil. Pensé que, si me quitaban el terrible dolor que sentía, me daba por satisfecha. Lo que quería era largarme de allí

cuanto antes y refugiarme en mi casa. Me acompañaron a un pasillo, y me hicieron sentar en una silla. La enfermera le dijo a Sofía que la sala donde ponían los sueros estaba llena, y que me quedase allí hasta que terminase de pasar la medicación. Cerré los ojos e intenté aislarme de aquel espantoso lugar. La voz que cada día me recordaba mis buenas cualidades, emergió de nuevo y me susurró: Piensa en un paisaje bonito, en la playa esa a la que tanto te gusta ir. Para mi sorpresa, volvió a surgir la otra voz, la cabreada, y le ordenó a la primera: ¿Pero te quieres callar ya de una puta vez?

Y mientras mis dos voces internas discutían, escuché a Sofía pedir una y otra vez, a cualquiera que llevase una bata blanca de los muchos que transitaban aquel pasillo: Por favor, ¿me puede dar una compresa? Yo intenté gritar, de mal humor: ¡Que alguien le dé una compresa a esta mujer! Pero Sofía se quedó sin su compresa y mi grito solo lo escuché yo en mi silencio interior. Un panorama tragicómico, y de lo más desalentador.

CAPÍTULO 2

Las siguientes semanas fueron de auténtica pesadilla. Lo primero que hice el día después de perder la voz, tal y como me aconsejaron en el hospital, fue ir a la consulta de mi médico de cabecera. Sofía, que era lo más parecido a una amiga que yo tenía, quiso acompañarme. Pero no se lo permití. Con una libreta y un bolígrafo me apañaba perfectamente para comunicarme, sin necesidad de que nadie hablase por mí. Además, prefería ir sola. Sofía se quedó muy preocupada y me dijo que, en cuanto pudiera, pasaría por mi casa. Me rogó que le mandase un wasap con el diagnóstico de mi médico de cabecera. Y así lo hice. Yo no visitaba mucho el centro de salud porque no lo necesitaba, así que asistir a la consulta fue toda una experiencia para mí. La última vez que había estado por allí fue para ponerme la vacuna del covid. Con anterioridad, no había ido en años, ni siquiera lo recordaba. Ni una gripe, ni un constipado, ni un

análisis de sangre, nada de nada. Yo era una persona muy sana, que llevaba una vida muy activa, una dieta saludable, hacía yoga, meditaba de vez en cuando, y no encontraba ninguna razón razonable para haber perdido la voz y para sentir ese dolor tan intenso en la garganta. Estaba desconcertada.

Así se lo hice saber al médico, escribiendo con rapidez en mi libreta, y acompañando mi relato con numerosos gestos. Le entregué el informe que me habían dado el día anterior en urgencias. Él me examinó la garganta, enfocándola con una pequeña linterna, y me palpó el cuello con ambas manos. Llegó a la misma conclusión que su colega del hospital. No se veía nada raro, en apariencia. Recalcó esta última palabra, en apariencia. Obviamente, tenían que hacerme pruebas. En concreto, me habló de la posibilidad de una laringoscopia, si así lo determinaba el otorrinolaringólogo, al que me iba a enviar. También me preguntó si había tenido tos persistente, cambios en la voz o ronquera, dificultades para tragar, pérdida de peso o llagas en la boca que no se habían curado.

A todo ello le contesté que no, moviendo enérgicamente la cabeza. Sólo hice un gesto de afirmación, repetidas veces, cuando me preguntó si tenía dolor, y desde cuándo. Desde ayer, cuando me quedé sin habla, escribí. ¿No antes? No, no, volví a escribí en mi

libreta. Miró a la enfermera y le pidió que hiciera una receta de Nolotil, que debía tomarme cada 8 horas, y me diera una petición preferente para el otorrino.

Escribí en mi libreta: ¿Tengo cáncer?, y se la enseñé. Me sonrió y me dijo que no tenía ninguno de los síntomas, pero que ese dolor y la pérdida de voz se estaban produciendo por alguna causa que había que averiguar. Por eso hay que hacerte pruebas, concluyó. Suspiré profundamente y asentí con la cabeza, con un gesto de resignación. Él me anunció entonces que me iba a dar la baja laboral. Hice un ademán de protestar, siendo consciente de que era inútil. ¿A qué te dedicas?, me preguntó. A dar clases en un instituto, puse en mi libreta y se la enseñé. Entonces soltó una carcajada, que me pareció de bastante mal gusto. ¿Cómo vas a dar clases si no puedes hablar? Anda, anda, déjate de monsergas, olvídate de tus clases y céntrate en ti y en averiguar por qué has perdido la voz, ¿no te parece?

Sí, claro que me parecía, yo era la primera y más interesada en averiguar qué me pasaba, pero de pronto el mundo se me vino abajo. Noté cómo la tierra se movía bajo mis pies. De alguna manera, yo albergaba la ilusión de que el médico de cabecera me iba a recetar algo para el dolor, y que me devolviera la voz. Pero no parecía tan sencillo. Creo que, hasta

ese momento, no fui realmente consciente de la gravedad de lo que me ocurría. Por supuesto, en esos instantes no pude imaginar de qué manera afectaría a mi vida en el futuro.

No sé ni cómo pude salir de la consulta. Me sentía perdida, sola. Andaba en tinieblas. Me di cuenta de que no tenía a nadie, ni familia ni alguien que se preocupase por mí realmente, con quién mantuviera cierta intimidad. Mis amigos eran de viajes, de cañas, de pasarlo bien, pero no de compartir conmigo mi dolor y mi oscuridad. Experimenté un pozo sin fondo en mi interior. Y paseé, paseé sin rumbo fijo. No quería llegar a mi casa y verme allí sola, sin nadie con quien hablar. Bueno, hablar, lo que se decía hablar era justamente lo que no podía hacer.

Me fui hacia la playa y caminé por el paseo marítimo, aprovechando el sol de invierno que nos regalaba esa mañana. Un sol que no calentaba, pero al menos iluminaba un poco mi oscuridad. Me compadecí de mí. Pero mucho, mucho. Me sentía una víctima de no sabía muy bien qué o quién. ¿Del destino?, ¿de algún karma de otra vida anterior? Me pasó por la cabeza que debía rezar. Pero si yo no rezo nunca, soy atea, ¿a quién voy a rezar? Mientras me dejaba mecer por el murmullo de las olas escuché una voz en mi interior que me preguntaba ¿en qué crees realmente, Virginia?

Pero yo no me sentía con ánimo para responder a preguntas trascendentes. Así que la ignoré. En lugar de tratar de responderla, le escribí un wasap a Sofía, comentándole lo que me había dicho el médico y, sobre todo, que me había dado la baja. Se lo escribí casi disculpándome porque yo siempre había presumido de no haber faltado ningún día al trabajo. Era la primera vez en mi vida que me iba a coger una baja laboral, por obligación —no por gusto como hacían otros profesores—. Así se lo hice saber, como si ella no lo supiera, adornando mi relato en el móvil con un emoticón de carita triste. Sofía me contestó enseguida, con un mensaje de voz, diciéndome que no me preocupase por eso. Total, faltaban pocos días para las vacaciones de Navidad, y ella podía dar mis clases hasta entonces. En enero, yo misma podría retomarlas porque, seguro, seguro, que lo que me pasaba no era nada de cuidado y todo iba a salir bien. ¡Joder con la frase de marras, cada vez que la oía se me ponían los pelos de punta! Me entraba una especie de mal fario, difícil de explicar de una manera racional.

Cuando me cansé de dar vueltas me fui hacia mi casa a descansar. ¿Descansar de qué? Me había quedado sin voz, pero mi cabeza no paraba de hablar, no había forma de desconectarla. Rumiaba y rumiaba mil historias, y ninguna buena. Cuando me toma-

ba el Nolotil, al rato, el dolor parecía remitir un poco, pero enseguida volvía otra vez, de forma persistente. Intenté recordar algún momento de mi vida en que hubiera sentido dolor físico por alguna razón. Y nada. Yo no sabía lo que era tener dolores, más allá de alguna jaqueca al terminar las clases. Recordé que mi madre sí había tenido dolores de todo tipo. De hecho, siempre se estaba quejando de algún dolor en el cuerpo. Padecía artrosis y los huesos le dolían todos los días. A mí me pareció siempre que era muy exagerada. Tomaba mucha medicación, para todas sus dolencias, y yo siempre le decía: ¿Cómo puede dolerte tanto el cuerpo con la cantidad de pastillas que tomas? En esos momentos me acordé de ella y la eché de menos. Seguro que me entendería ahora y podría acompañarme en este mal trago.

Respondí a varios mensajes que me habían enviado algunos compañeros de trabajo, interesándose por mi salud. Estaba segura de que Sofía había comentado, en la sala de profesores, que el médico me había dado la baja. Les respondí lacónicamente, sin darles muchas explicaciones. No tenía ganas de contarles nada; aunque en realidad había poco que contar que ya no supieran. Todo se resumía en que continuaba sin poder hablar y en que me seguía doliendo terriblemente la garganta. Nada más. Y nada menos. Ellos me desearon una pronta mejoría, me manda-

ban palabras de ánimo, que agradecí, aunque me parecieron de compromiso, y me llenaron el móvil de emoticones con caritas alegres y corazoncitos. ¡Vaya invento!, pensé, qué fácil resulta ahora comunicarnos con los teléfonos móviles, sin que en realidad exista ninguna comunicación, sin que haya contacto humano. Mi madre siempre me decía que los móviles los cargaba el diablo. Yo me reía, pero tenía razón. A ella no le gustaban. Le regalé uno y otro a mi padre. No se aclaraban mucho, la verdad. Intenté que los usaran para comunicarnos a través de mensajes, pero fue inútil. Mi madre siempre decía que prefería hablar conmigo para saber cómo me encontraba yo realmente, no lo que le escribía. Yo protestaba: ¡Qué más dará! Claro que no es lo mismo, me decía ella. Cuando te escucho al teléfono, sé perfectamente, por el tono de voz, cómo te encuentras. ¡La voz no miente!, sentenciaba. Tenía razón.

Y ahora yo no tenía voz. ¿Qué significaba eso realmente? Empecé a intuir que iba más allá de no poder hablar. No tener voz era como no existir en el mundo. Pero no, no era verdad. ¡Claro que existía, y había encontrado mi lugar! Me gustaba mi trabajo, no me faltaba de nada, mi autoestima se mantenía siempre alta. Bueno, casi siempre. Era feliz en mi vida. No tenía pareja, después de los años que pasé con Raúl. No tenía hijos, no los echaba de menos.

Como hija única, no había tenido hermanos y estaba acostumbrada a no tener niños a mí alrededor. Cuando alguna amiga se casó y tuvo hijos, me parecieron muy monos, de visita, pero yo no me veía como madre. No me veía cambiando pañales ni pasando noches en vela. Tuve que admitir que lo que me gustaba en realidad era una vida cómoda, alegre y sin preocupaciones. Raúl me dijo una vez que esa vida que yo quería vivir, en realidad no era vida auténtica, solo una caricatura de lo que es la vida realmente. Para él, estaba llena de conflictos y sinsabores. Tenía una visión muy pesimista de la existencia.

¿Por qué me acordaba ahora de Raúl? Hacía seis años que rompimos y no lo había echado de menos. ¿Me gustaría que estuviera conmigo en estos momentos de oscuridad y dolor? La pregunta me pilló desprevenida y me hizo reflexionar. No, no me gustaría que estuviera aquí conmigo. Se mostraría muy preocupado y me agobiaría mucho, todo el rato preguntando cómo me encuentro. No, no, mejor no. Además, fue él el que me dejó porque quería que viviéramos juntos todo el rato y que fundásemos una familia. ¡Pero si ya vivíamos juntos los fines de semana y cuando nos íbamos de vacaciones! Yo así estaba bien, no necesitaba nada más. Pero no era su caso, claro. Hacía mucho que no sabía nada de él. Bueno, sabía que se casó hacía un par de años. Me mandó

un wasap para decírmelo. No es que quisiera invitar-me a la boda, solo decirme que se casaba. Le contes-té que me alegraba mucho por él; aunque en realidad me daba lo mismo. Le mentí. Eso sí, le mandé emoti-cones con caritas de felicidad y un pastel de boda. Supongo que a estas alturas ya será padre. Aunque tampoco lo sé, ni me importa demasiado.

A última hora de la tarde de ese segundo día sin voz, recibí otro mensaje de voz de Sofía. Me anun-ciaba que no podía venir a mi casa, y me prometía hacerlo al día siguiente para que pudiéramos charlar un rato. Inmediatamente se corrigió y dijo que ella hablaría, yo escucharía, y luego escribiría en mi li-breta. Me deseó que no me comiera mucho el coco y que procurase descansar por la noche. Le di las gra-cias, y le mandé corazoncitos. En realidad, me venía bien que no me visitase. Prefería estar sola con mi dolor y con mi mudez.

Aproveché el tiempo que tenía antes de irme a la cama para lanzarme al ordenador a mirar cuáles eran los síntomas del cáncer de laringe, por qué se producían las pérdidas de voz y cuáles eran las cau-sas del dolor intenso en la garganta. Meterte en In-ternet es como navegar por el espacio sin fronteras. Hay miles de razones para todo y miles de consejos. Yo nunca había sido hipocondríaca, pero al leer todo aquello sobre enfermedades comprendí que, cual-

quier persona que sí lo fuera, pensaría que le quedaban pocas horas de vida. Afortunadamente, no era mi caso. Aun así, leí cosas que me inquietaron y me hicieron reflexionar.

Navegando por la red, me encontré con una especie de diccionario de las enfermedades, en el que se apuntaban causas de tipo psicológico para justificarlas. Ahí pude leer que el dolor de garganta estaba relacionado con la angustia y con la imposibilidad de tragar determinadas situaciones de nuestra vida. El afectado debía preguntarse ¿qué hay actualmente en mi vida que yo no pueda o no deba tragar? Pero la cosa no terminaba ahí, había más preguntas que debía hacerse el paciente. ¿Cómo llevo mis sentimientos? ¿Qué me amarga? ¿Cómo llevo mi agresividad? ¿En qué medida huyo de los conflictos? ¿Hay una añoranza reprimida de un paraíso infantil sin conflictos, en el que se me mimaba y se me quería?

Me quedé a cuadros. Nunca pensé que un simple dolor de garganta diera tanto de sí. Claro que el mío no era simple, precisamente, no se trataba de unas anginas de esas que tienen continuamente los adolescentes cuando están pegando estirones. Y, además, yo había perdido la voz de pronto, sin nada que pudiera preverlo. No había estado afónica, previamente, no tenía ronquera, ni nada de nada.

Sobre la pérdida de voz, también llamada disfonía, leí en el ordenador que puede provocar afonía permanente o transitoria. Yo creía que quedarse afónica, no era lo mismo que perder la voz por completo. Pero, por lo visto, sí tenía relación. En cuanto a las causas, hablaba de varias: nódulos en las cuerdas vocales, pólipos, infección en las vías respiratorias, virus, faringitis, laringitis, amigdalitis, alergias, tumores, forzar demasiado la voz, productos tóxicos como el alcohol, tabaco, vinagre, y ¡hasta pimienta! Vamos, que se podía perder la voz por mil causas, pero yo no me identificaba con ninguna de ellas. Solo con lo de forzar demasiado la voz. Sí, eso es lo que yo había hecho el día anterior en clase. Grité a mis alumnos para que me atendieran. Les grité mucho, es verdad, algo que no hacía nunca, nunca, nunca. ¿Sería esa la causa de mi dolor y pérdida de voz? Me paré a reflexionar, pero no lo creía. La mayoría de mis compañeros profesores gritaban continuamente para imponerse en clase. ¿Y yo iba a quedarme muda por haber gritado una sola vez?

Bastante malhumorada y con la cabeza como un bombo, me preparé una infusión de jengibre con unas galletas, para tomarme el Nolotil. No tenía hambre y estaba de un humor de perros. ¿Por qué me estaba pasando eso a mí? ¿Era un castigo divino de un dios en el que no creía? De todo lo que había

leído en el ordenador, lo único que me había proporcionado cierta esperanza era saber que, en ocasiones, la pérdida de voz se solucionaba con unos pocos días de reposo, sin hablar. Intenté animarme con ese pensamiento, pero no dio resultado. Por unos momentos, mis defensas se vinieron abajo y yo me vi tal y como me sentía en esos momentos: triste, con una tristeza enorme que me envolvía, sola, desamparada, vulnerable, sin fuerzas para luchar. ¿Luchar contra qué?, me pregunté, si ni siquiera sabía lo que me pasaba ni si padecía alguna enfermedad que me hubiera llevado a esa situación. No pude más y lloré. Lloré como no había llorado nunca en mi vida, ni cuando me abandonó Raúl, ni cuando murieron mis padres, ni cuando tuve que quedarme confinada en casa por la pandemia.

Nunca me había sentido tan indefensa. Mi vida me parecía un árido desierto. Sin temor a equivocarme, fui consciente de que jamás, en mí medio siglo de existencia, había pasado por un momento más oscuro que el que estaba viviendo. Todo era desolación. Y, lo peor del caso, es que no tenía recursos internos para salir de aquel pozo, negro y profundo.

El dolor y el agotamiento volvieron a cebarse en mí. Esta vez, ni siquiera la pastilla que me había tomado me había hecho efecto. Agotada y sin dejar de llorar, sin apenas fuerzas, me puse el pijama y me

metí en la cama, intentando ahogar mi dolor bajo el calor de mi edredón nórdico. Me acurruqué en posición fetal, y no debí tardar mucho en quedarme dormida, de puro agotamiento. Sin embargo, me desperté sudando y sobresaltada. Había tenido un horrible sueño, quería gritar, y no podía. Tardé unos instantes en ubicarme en mi dormitorio y en darme cuenta de que había sido un sueño. Sí, solo un sueño, pero se parecía demasiado a la realidad que yo estaba experimentando. Me quedé muy desconcertada. Por unos momentos el sueño onírico y mi vida real habían coincidido más allá del espacio y del tiempo.

Algo me empujó a levantarme y a dirigirme hacia el estudio donde tenía el ordenador. Lo conecté de nuevo y busqué un significado para aquel sueño, tan vívido y real que había tenido.

No tardé mucho en encontrarlo. El sueño en el que quieres gritar y no puedes, aparecía en distintas páginas. Pero el resultado era muy similar. No poder gritar en un sueño es una señal de la conciencia que invita a la persona a liberar un sentimiento oculto que le hace daño y le impide avanzar como quisiera. En otro lugar decía que representaba ira, frustración, miedo, impotencia y dificultad para expresar las emociones o los sentimientos verdaderos. Leí y releí estas explicaciones, que me hicieron reflexionar. ¿Tenía yo dificultad para expresar mis emociones y sen-

timientos verdaderos? Diría que no. Yo era una persona muy abierta y sociable, que siempre decía lo que pensaba. ¡Y una mierda!, soltó de pronto la fuerte voz interior que había conocido a raíz de quedarme muda, y que había hecho callar a la dulce voz que cantaba a diario mis buenas cualidades para mantener alta mi autoestima. Tú nunca dices lo que piensas ni lo que sientes de verdad, te limitas a decir a los demás lo que quieren oír, insistió. Me quedé bastante perpleja. No digo muda, porque ya lo estaba, pero no tuve capacidad de respuesta ante una afirmación tan tajante como aquella. Eché de menos la voz dulce para desmentir aquella afirmación. Pero ésta no se dignó a aparecer. Y yo, después de unos momentos de desconcierto, corrí hacia mi cama para refugiarme bajo la calidez del edredón. No me atrevía a dormirme, por si tenía otro sueño como el que acababa de tener. A pesar de todo, debí quedarme dormida no mucho después de acostarme.

Me despertó el timbre de la puerta sonando insistentemente. Miré el reloj del móvil, que tenía en la mesilla. Eran las ocho y media de la mañana. También vi varias llamadas perdidas de Sofía. Salí corriendo hacia la puerta, miré por la mirilla y vi que era ella. Me apresuré a abrir, para que no siguiera insistiendo en tocar el timbre. Sin preguntarme cómo me encontraba, me echó la bronca, cariñosamente,

por no haber respondido a sus llamadas de móvil, ni a sus mensajes de voz. Me encogí de hombros y, con gestos, le hice saber que dormía, y no había oído nada. Ella dijo: No importa, lo que vengo a decirte es mejor que lo escuches en persona. Pasó al salón y se sentó en el sofá, sin dejar de hablar. Yo me instalé a su lado.

Resumiendo todas las explicaciones que me dio, la cosa era que yo tenía cita, al día siguiente en Oviedo, con el mejor otorrino de toda Asturias. Amigo íntimo de su padre quien, por petición suya, le había llamado para que me viera con urgencia. La interrogué con la mirada. Sofía continuó con su explicación. Naturalmente, yo no iba a estar esperando meses y meses a que me llamasen de una consulta con el especialista, por la Seguridad Social. Ya sabes las listas de espera que tienen y lo que tardan en llamar a los pacientes, me dijo. No, yo no lo sabía, la verdad, algo había oído, mi madre siempre se quejaba, pero hasta ese momento no había caído en la cuenta, porque no había tenido ninguna necesidad de preocuparme por eso. Yo era una mujer que gozaba de muy buena salud.

Sofía no me daba tiempo a escribirle en mi libreta lo que pensaba. Seguía dándome toda clase de explicaciones. Yo intentaba, con la mirada y con asentimientos de cabeza, agradecerle su interés y las mo-

lestias que se estaba tomando. Ella no paraba de hablar y de contarme las proezas médicas del amigo de su padre, toda una eminencia, subrayando una y otra vez que eran íntimos amigos desde la universidad, aunque estudiaron carreras distintas. El doctor Rafael Buendía me iba a decir exactamente lo que tenía, y cómo curármelo. ¡Vaya, sin ninguna duda!

La consulta era en Oviedo, donde tenía su clínica privada. Hasta allí viajaban pacientes de todo el país, remitidos por otros colegas, porque era el mejor de toda España. Y parte del extranjero, pensé yo. Aunque no lo dije, claro. Según me informó, teníamos que estar allí a las 11 de la mañana del día siguiente. Y luego seguro que nos invita a comer, si tiene tiempo, claro, afirmó Sofía. Yo mostré mi asombro e hice un gesto con la mano, señalándola a ella y a mí, interrogándola con la mirada. Me entendió perfectamente: Claro, claro, yo te acompaño. Mañana paso a recogerte con el coche y nos vamos las dos a Oviedo. No pienso dejarte sola en este trance. ¡Eres mi mejor amiga!, añadió a modo de explicación.

Recibí sus palabras con cierto escepticismo. ¿Soy su mejor amiga? Nunca me lo había planteado. Sí, nos llevábamos bien, nos íbamos de juerga juntas, nos apoyábamos en el instituto, sobre todo frente a profesores carcas, que no veían con muy buenos ojos que una joven inteligente, brillante y guapa como

Sofía, fuera la directora. Méritos académicos no le faltaban para serlo. Además, su apellido era Peláez. Un apellido que, en Asturias, derivaba nada menos que de Pelayo. Su familia era rica, con influencias y muy conocida en Gijón y en Oviedo. Sus padres vivían allí. En cualquier caso, me llevé la mano al corazón, en un gesto de agradecimiento.

Y allí que nos fuimos el día siguiente. Yo pasé la noche muy nerviosa, pero también esperanzada. La visita al doctor Buendía me había devuelto, en cierto modo, mi fe en la humanidad. Quizás este incidente solo fuera eso, una piedra en el camino, y en poco tiempo yo podría recuperar mi vida, tal y como era antes de aquel fatídico día en que había perdido la voz. ¡Qué equivocada estaba! ¡No sabía entonces que mi vida nunca volvería a ser como antes! Pero no adelantemos acontecimientos.

Sofía no paró de hablar durante los 31 kilómetros que separan las dos ciudades, Gijón y Oviedo. Yo tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no dormirme. Si hubiera podido hablar le habría dicho que se callase. ¡Cállate, por favor, no te das cuenta del dolor que tengo y de las pocas ganas de escucharte! No lo dije, claro, no podía, pero sí me vino a la cabeza lo que había leído en Internet sobre las causas de la pérdida de voz. En concreto, el párrafo que me hacía preguntarme si yo tenía dificultades para ex-

presar mis verdaderos sentimientos. En ese momento, y por primera vez en mi vida, fui consciente de que podía ser así, dado que yo miraba y escuchaba aparentemente atenta a Sofía, como muy interesada en sus palabras, cuando por dentro me sentía fatal, dolorida y sin ningún interés por lo que estaba narrándome. Esta sensación, extraña para mí, me asustó y me desconcertó. ¿Qué me estaba pasando realmente, más allá del dolor intenso en mi garganta y de la pérdida de voz?

Cuando llegamos a la clínica del doctor Buendía, todo fueron atenciones hacia mi persona. El médico era un señor muy amable, de pelo blanco y mirada cálida, que inspiraba confianza. En cuanto nos vio, abrazó a Sofía con calidez, y me dijo que la conocía desde que era así, indicándome con un gesto que no levantaba dos palmos del suelo. Ella estaba encantada con este cariñoso recibimiento. Enseguida me hicieron quitarme la ropa, y me dieron una bata de color azul celeste y unos calzos para que me cambiara. Yo obedecí, aunque me pregunté por qué tenía que desnudarme totalmente, si lo que me dolía era la garganta.

El doctor Buendía me examinó concienzudamente, siempre con mucha delicadeza y transmitiendo esa calidez que se desprendía de su persona y que te obligaba a confiar en él. También me hizo muchas

preguntas, que yo respondía escribiendo en mi libreta. Después del primer examen, me informó de las pruebas que me iban a hacer. Entre ellas, una laringoscopia. Pero no solo me examinaron la garganta. El reconocimiento que me hicieron fue total y exhaustivo. Me hicieron de todo, un electrocardiograma, me tomaron la tensión, me sacaron sangre, me hicieron una PCR, radiografías, un TAC... y qué sé yo cuántas perrerías más. Pensé que si este hombre no daba con lo que tenía, ningún otro médico podría hacerlo.

Pasé todo el día en la clínica, mientras Sofía se acercó a casa de sus padres para verlos y comer con ellos. A última hora de la tarde, pasó a recogerme para regresar a Gijón. El doctor Buendía me informó de que, en tres o cinco días como mucho, me volvería a dar cita para decirme cuál era su diagnóstico. Y con el mismo cariño y la misma calidez que nos había recibido, nos despidió.

Cinco días después estábamos de nuevo en su clínica de Oviedo. Yo continuaba con el dolor y sin poder hablar. Hacía ya una semana. Me encontraba muy desanimada y con pocas esperanzas de que me diera un diagnóstico favorable. Seguro que tenía algo malo. Un cáncer o algo peor. Mi imaginación se disparaba a cada momento, y puedo decir que me sentía al borde de la depresión. En esos últimos días,

antes de visitar de nuevo al médico, yo había asistido a mi entierro, en mi mente, en reiteradas ocasiones. Cuando llegamos a la clínica, el doctor Buendía nos abrazó a Sofía y a mí y, con su mejor sonrisa, anunció que tenía buenas noticias. Estas tardaron en llegar, porque se entretuvo mucho con múltiples explicaciones médicas, que no entendía. Yo estaba en ascuas, mirándole ansiosamente.

Finalmente, lo soltó: No tienes nada, tu garganta y laringe están sanas. Todas las pruebas que te hicimos han dado un buen resultado. ¿Todas, todas?, preguntó Sofía dando saltitos y palmitas como una niña pequeña. Sí, todas, recalcó Rafael Buendía, dirigiéndome su cálida mirada. Se les veía muy felices a los dos, pero yo no podía participar de su alegría. ¿Entonces qué me pasa?, le interrogué abriendo los brazos y subiendo los hombros, mientras se me saltaban las lágrimas. Tienes una disfonía transitoria, dijo. La voz te volverá de la misma forma que se fue, de repente, porque no hay ninguna causa física que la provoque. Así que puedes estar tranquila, añadió con énfasis y con su mejor sonrisa. ¿Tranquila? ¿Cómo iba a estar tranquila? Vale, no tenía cáncer. Estaba sana, todo estaba bien, según el doctor Buendía. Entonces ¿qué me pasaba? ¿Por qué no podía hablar? ¿Por qué mi garganta me dolía tanto? Todas estas preguntas quedaron sin respuesta.

Pasó la Navidad, Año Nuevo y Reyes. Yo seguía exactamente igual, sin voz y con dolor intenso. El domingo 9 de enero de 2022, un mes después de que me quedase muda y, llevada por la más absoluta desesperación, tomé una decisión de la que me arrepentiría en numerosas ocasiones. Me pondría en manos de una afamada curandera: la Quirona. Algo que marcaría un antes y un después en mi existencia.

CAPÍTULO 3

Cómo acepté que me tratase la Quiróna es algo que no termino de comprender. Se puede decir que se conjugaron una serie de extrañas circunstancias para que Sofía me hablase de ella. Cuando llegó la Navidad de 2021, mi único contacto con el mundo exterior era con esta mujer, directora del Instituto donde yo trabajaba. Ella me había confesado que yo era su mejor amiga; algo que me pilló de sorpresa cuando lo comentó. Debía ser verdad, aunque no fuera así como yo la tenía catalogada en mi universo de amistades. Fue Sofía la que me proporcionó la cita con el doctor Buendía y era la única que seguía ocupándose de mi persona. Todos los demás me habían abandonado.

Mi nutrido grupo de amistades, con las que tomaba cañas, me iba de viaje y me divertía, fueron olvidándose de mí con el paso de los días. Dejé de recibir

sus wasaps y sus mensajes de voz en mi móvil, así como sus emoticones con caritas risueñas. Solo Sofía se quedó a mi lado, para ser testigo de cómo la alegre Virginia, la profe guay de literatura, la mujer que siempre decía la frase más ingeniosa, la persona culta y divertida, se derrumbaba a marchas forzadas conforme iban pasando los días.

Mi amiga, ya puedo llamarla así, hacía todo lo que podía para que yo no me viniera abajo. Me visitaba con frecuencia, me contaba cotilleos del Instituto, me sacaba a pasear, casi a la fuerza, y me llevaba a comer a algún sitio estupendo, de esos caros, en los que había que pedir mesa con mucha antelación. Ella no tenía problemas porque, cuando llamaba, siempre le hacían un hueco, ya que era una persona conocida en Gijón y con muchas influencias. Por su familia, y por ella misma. No importaba que todos los restaurantes estuvieran llenos a rebosar con las cenas navideñas de empresa, a pesar de que la pandemia atacaba de nuevo. Sofía pedía mesa, y enseguida la conseguía. Siempre me había admirado el desparpajo con el que se desenvolvía socialmente. Eso se mama, pensaba yo, cuando alguien pertenece a una familia de abolengo, adinerada y acostumbrada a mandar. Era como si su sola presencia o interés hicieran que todas las puertas se abrieran para ellos. Se podía decir que sus deseos

eran órdenes para el resto de los demás mortales. A Sofía nunca se le pasaba por la cabeza que, si ella quería o necesitaba algo, no lo pudiera conseguir. Y así era, siempre lo lograba.

Bueno, casi siempre. No logró, por ejemplo, que yo me fuera a pasar las Navidades con ella, al chalet que sus padres tenían en el Parque Natural de los Picos de Europa. Una casa de lujo, en un lugar privilegiado de las montañas asturianas. Una Nochevieja, que sus padres estaban de viaje en el extranjero, Sofía nos invitó a unos cuantos amigos a recibir allí el nuevo año. Creo que era el 2019. El lugar era de ensueño, con unas vistas preciosas, y la casa gozaba de todas las comodidades, incluidos dos jacuzzis y sauna. Lo pasamos estupendamente. Yo casi me lío con un profesor de matemáticas, compañero de Instituto desde el inicio del curso, que me tiró los tejos de forma incansable durante todo el día y la noche. Afortunadamente, no lo hice. Fue Sofía la que, antes de las uvas y, como el que no quiere la cosa, me dijo en privado y de refilón: Tiene novia. Yo le contesté: Oído cocina, y ambas nos reímos. Esta información no me impidió seguir tonteando con él, pero me guardé de caer rendida a sus encantos que, dicho sea de paso, eran muchos.

En esta ocasión no quería volver a aquella casa, tan amargada como estaba. Mi amiga también insis-

tió para que cenase la Nochebuena con su familia, y tampoco lo logró. Yo no estaba para fiestas ni quería amargárselas a los demás. Así se lo hice saber de forma rotunda, escribiendo en mi cuaderno, y sumiéndome después en un llanto desconsolado. Últimamente lloraba mucho. Demasiado.

Sofía no insistió más, pero pasó todas sus vacaciones preocupada por mí, a través del móvil. Me mandaba mensajes de voz, siempre intentando animarme, y yo le respondía con mensajes escritos. A veces no le contestaba. Me resultaba agotador el hecho de que estuviera tan pendiente de mí. Lo único que yo quería era que me dejaran en paz y estar sola con mi dolor y mi sufrimiento. Me había instalado en un pozo de negrura, y la luz del sol me dañaba.

Y así, sola, pasé todas las Navidades, compade-ciéndome de mí, hundiéndome en la miseria. A esas alturas de mi mudez, ya había pasado por todos los estados de ánimo posibles, no veía salida a lo que me pasaba, y no sabía qué pensar de la putada que me había gastado la vida. Sin merecérmela, por supuesto. Mi pregunta recurrente, y muy poco original, era: ¿por qué a mí? Sofía se presentó en mi casa el día de Reyes con dos regalos: un perfume de esos carísimos, y un libro de autoayuda. Cuando me lo dio, lo hojeé y vi que era uno de esos que se leen para elevar la autoestima, y que te dicen que todo, absolutamente

todo, es posible. Si tú quieres, puedes sanar. Algo así se titulaba. Quise sonreír, pero no me salió. La interrogué con la mirada, y ella se encogió de hombros. ¡Tampoco te va a hacer ningún daño! Cogí mi libreta y le escribí: No tengo problemas de autoestima. Mi vida está bien jodida, y no creo que se pueda arreglar repitiendo afirmaciones positivas. Subrayé con rabia lo que había escrito y Sofía se disculpó, algo molesta. La abracé, como pidiéndole perdón —al fin y al cabo, ella hacía lo que podía— y no pude contener las lágrimas. ¡Pobrecita!, dijo, mientras me acariciaba mi lacia melena rubia teñida. Me consoló. Al menos lo intentó, aunque no había consuelo para mí. Pensé que había sido muy injusta con ella. La única persona que se ocupaba de mí, no merecía que yo me enfadase por regalarme un libro. Me zafé de sus brazos y quise agradecérselo, llevándome la mano al corazón y forzando una sonrisa.

Cuando conseguí tranquilizarme, me estuvo contando todo, pero todo, lo que había hecho durante las vacaciones. Yo intentaba estar atenta y participar de su alegría. Pero me resultaba imposible. Me estaba poniendo de mala leche por momentos. Sofía era una mujer muy inteligente. ¿No se estaría dando cuenta de que todo lo que me relataba me importaba una mierda? ¿Acaso no se daba cuenta de que yo vivía en un infierno personal y no me interesaban lo

más mínimo sus cuentos del paraíso? Todo lo que me decía me parecía nimio y superficial. En realidad, eran anécdotas estúpidas de niña rica. Que si tal día se puso no sé cuál vestido, que si sus padres le regalaron de Papá Noel un bolso carísimo, y un viaje a Nueva Zelanda que, por supuesto, teníamos que hacer juntas. Todas las cosas que me decía estaban basadas en el postureo y las apariencias. Todas triviales, frívolas, vacías. En esos momentos no pude evitar verla como una persona hueca. Ella seguía hablando, pero yo no la escuchaba.

Estaba centrada en una voz interior que me decía que la vida de Sofía, que yo tanto admiraba, no era una vida rica, por mucho dinero que tuviera, ni era una vida de éxitos, pues sus logros eran solo de cara a la galería, a la sociedad superficial de la que formaba parte. Me consolé pensando que, si le hubiera ocurrido lo que a mí, también ella se habría venido abajo. Y de nuevo surgió esa voz, empeñada en machacarme, que me decía: ¿Por qué la juzgas? Tú eres tan superficial como ella. Solo que Sofía tiene más dinero, más clase y más poder que tú.

No sé qué cara debí poner en el instante en que mi voz me habló sin tapujos, pero ella se calló de golpe y me preguntó, un tanto alterada: Virginia, ¿te pasa algo? ¡No me estabas escuchando, te has quedado como una zombi!

Zombi no era la palabra que mejor definía mi estado de ánimo. Los zombis son muertos vivientes y yo, por un instante, había tenido un momento de lucidez para ver lo que era mi vida, proyectándome en la de mi amiga. Ella me servía de espejo. Un espejo tosco y sin pulir, que me devolvía la futilidad de mi propia imagen y de mi propia existencia. Tardé unos segundos en reaccionar y, juntando las manos, hice un gesto como para pedirle perdón. Sofía reaccionó con cierta brusquedad, como estando ya harta de venir siempre con paños calientes y con su mejor intención de que yo no tirase la toalla. De que saliera del agujero negro en el que me había instalado. Y todo ello sin resultado. Bueno, ya veo que hoy no estás de humor, dijo, así que voy a decirte el motivo principal por el que he venido a verte, Además de traerte tus regalos y abrazarte, claro.

Entonces sí consiguió atraer mi atención, no sé si fue por el tono áspero de su voz o por qué. Ella se dio cuenta de que yo no tenía ganas de escuchar su cháchara. Abrí los ojos como platos, y la interrogué con gestos, apremiándola a hablar. Fui consciente de que, después de casi un mes sin hablar, me había hecho una experta en expresar lo que quería a través de mi lenguaje corporal. Vale, te lo digo, suspiró ella, con su habitual tono meloso de voz, pero sé que no te va a gustar. No te enfades, por favor, me suplicó.

Si te lo digo es porque puede ser una salida para que te cures. Me ericé como un gato y me rebullí en el sofá. ¿Por dónde me iba a salir ahora? Le supliqué con la mirada que empezase. ¡Me tenía en ascuas y me estaba poniendo muy nerviosa!

Vale, vale, me empezó a decir, pero no te enfades. Verás, mi padre tuvo una caída cuando hacíamos una ruta de senderismo por allí, por los Picos de Europa. Ya sabes que en casa somos muy aficionados al senderismo. La fulminé con la mirada. ¡Es que te tengo que dar todas estas explicaciones para ubicarte!, añadió a modo de excusa. Le sonreí falsamente, y le indiqué que continuase hablando: Bueno, que se cayó y se hizo un esguince. Claro, estábamos hechos polvo toda la familia, porque los planes que teníamos de hacer rutas por la zona, se habían ido al garete. Además, papá tenía muchos dolores y había invitado a varios amigos, que también tienen chalets por la zona, para la comida de Navidad en su casa.

Me estaba poniendo al borde de un ataque de nervios. No sé por qué en esos momentos me vino a la cabeza Martes y Trece con su célebre parodia de Encarna de noche. No pude evitar sonreírme, y Sofía se lo tomó a mal: ¡No sé de qué te ríes, este incidente estuvo a punto de amargarnos a todos los planes navideños!

No hay mal que por bien no venga, mi sonrisa a destiempo provocó que mi amiga fuera al grano. La cuestión es que el esguince se le curó de un día para otro —siguió contando Sofía—, gracias a la intervención de una curandera: la Quirona, dijo con énfasis, como si el mérito hubiera sido de ella misma. Me quedé callada esperando algo más. Pero ella solo sonrió.

Puse los ojos como platos, mientras hacía gestos de interrogación: ¿Y? Pues eso, que un esguince suele durar un par de semanas, como mínimo, y a mi padre se lo curó en menos de 24 horas. Yo estaba perpleja, no entendía nada. Aplaudí, poniendo cara de idiota, como diciendo: bien por la curandera, pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? Me encogí de hombros y Sofía comentó: Esta mujer tiene muchos poderes, según dicen. Según nos informamos, es muy conocida en toda la zona. Gente de toda España viaja hasta Bulnes, para que ella les trate, y ha curado todo tipo de enfermedades, no solo físicas. Dicen que es bruja, o algo así, añadió Sofía con una sonrisita que me pareció maléfica. ¿Qué te parece, podría verte a ti?

¡Ay Dios, qué me iba a parecer! Que mi amiga estaba mal de la chaveta. Cogí con rabia mi libreta y le escribí con rapidez: ¿De verdad quieres que pase de un otorrino, con fama en toda España, que no supo

curarme, a una curandera, con fama en toda España, que sabrá curarme menos todavía? Vamos progresando, ¿no? ¿Qué será lo siguiente, que me vea un cura y me haga un exorcismo?

Sofía leyó lo que había escrito y me dijo, con un tono que indicaba que le habían molestado mis palabras, que Rafael Buendía, íntimo amigo de su padre —recalcó de nuevo, por si yo no lo sabía—, no me había curado porque no había nada que él pudiera curar. Ya te lo dijo, que no tenías nada físico —recalcó esta última palabra—, que todo estaba bien y que recuperarías la voz. ¿Y si no tengo nada, por qué voy a ir a una curandera?, escribí en mi libreta, con rabia. Porque no tienes nada físico, me dijo Sofía, elevando la voz. Pero algo tienes, porque hace ya casi un mes y sigues sin hablar y con los dolores de garganta. Yo negaba con la cabeza. ¡No tienes nada que perder!, añadió suavizando el tono de voz. Tú no sabes lo bien que habla todo el mundo de esta mujer. Su fama es conocida en todos los Picos de Europa. Es un poco rara, dicen, pero qué más da. ¡Y sí funciona, con mi padre funcionó!

Escuchar a Sofía me estaba agotando por momentos. Ella seguía diciéndome que lo que no podía era continuar así como estaba. Cada día más amargada. ¡Mírate al espejo, si no pareces tú! Estás demacrada. Tienes muy mal aspecto, vas todo el día en chándal y

zapatillas, no te arreglas. Deberías ir a la peluquería, la raya del tinte se te nota un montón, y hace feísimo. Bueno, aquello era más de lo que yo estaba dispuesta a escuchar.

Me reí con todas mis fuerzas, que no eran muchas, y con toda mi mala leche. Ahora resultaba que lo peor no era que no pudiera hablar, ni que me ardiera la garganta como si el infierno de Dante se hubiera instalado en mi laringe, lo peor era que ya no me arreglaba y se me veía la raya del tinte. ¿Para qué coño querría que me arreglase, si mis únicas salidas eran al supermercado de la esquina para comprar lo imprescindible? Si vivir o morir me importaban una mierda. Si todo me daba igual. Intenté mantener la calma. Sofía me miraba con cierta curiosidad. No se daba por vencida. Siguió interrogándome: ¿Qué te parece? Mi padre podría conseguirte una cita con ella, está muy solicitada, pero seguro que mi padre podría conseguir que te viera cuanto antes. Yo la escuchaba y pensaba, sí, tan solicitada como el doctor Buendía.

A punto estuve de escribir en mi libreta: ¿Tu padre también es amigo íntimo de la curandera, se conocieron recogiendo hierbas? Pero me contuve. Me contuve mucho. Lo único que quería era que se marchase pronto. Y solo había una forma de lograrlo. Cogí la libreta y le puse: Lo pensaré, solo para que me dejase

en paz. Sofía se lanzó a mi cuello, me abrazó y me llenó de besos. Se conformó con eso, con que lo pensase. Recordó que había quedado con no sé quién y se fue, no sin antes decirme, pero piénsalo, ¿eh? Yo asentí con la cabeza. Cuando se fue de mi casa y escuché que había bajado en el ascensor, cogí el libro de autoayuda que me había regalado, y lo estampé contra la puerta de la calle. Con todas mis fuerzas, con toda mi cólera. Fue un gesto liberador, que me dejó exhausta, tirada en el sofá.

Pero duró poco. Mi cuerpo se había relajado por unos momentos, pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto. ¿Pero de verdad quiere que me ponga en manos de una curandera?, me pregunté. Yo no creo que las enfermedades se curen con un abracadabra. ¿Qué quiere decir Sofía cuando insiste en que no tengo nada físico, pero algo tengo? ¿Y qué es lo que tengo entonces? ¿Algo psicológico, algún trauma de la infancia?, ¿Se trata del karma, algo que me ocurrió en otras vidas y se guarda en mi inconsciente? ¿Qué coño me pasa? Intenté chillar, pero la voz no salió y me hice mucho daño en la garganta. Empecé a llorar, llena de ira y de dolor. No podía parar. Me levanté y recorrí el salón de arriba abajo. Una y otra vez. Me vi como una leona enjaulada. No había esperanza para mí. Hasta ese momento, siempre había asomado en mi interior una pequeña certi-

dumbre de que, tarde o temprano, me curaría. Volvería a hablar, volvería a dar mis clases, a los chascarrillos y zancadillas de mis compañeros del instituto, volvería a mis viajes, a mis cuidados personales, a pasarlo bien, volvería a la vida que llevaba antes de quedarme muda. Pero en esos momentos, esa luz esperanzadora que había anidado en mi interior se había apagado. Sí, por completo, no quedaba ni un rescoldo. Por primera vez empecé a plantearme la posibilidad de que me iba a quedar muda y dolorida para siempre.

Algo en mi interior se resistía a aceptarlo, pero ¿por qué no podía ser así, después de un mes sin que la situación hubiera cambiado? El doctor Buendía me había hecho todo tipo de pruebas y había llegado a la misma conclusión que el médico que me vio en urgencias. No me pasaba nada. No existía ninguna razón física que justificase el estado en el que me encontraba. Y si no había nada en mi organismo que provocase la pérdida de habla y el dolor, ¿por qué no podría quedarme así? ¿Por qué no podría prolongarse en el tiempo? La cabeza me daba vueltas, me sentía agotada, física y emocionalmente. ¿Y si soltaba ya de una vez la ilusión de recuperar la voz y volver a mi vida anterior, y me centraba única y exclusivamente en el ahora? ¡Pero eso significaría que tienes que abandonar toda esperanza!, me dijo la voz que

cada día renovaba mi autoestima, y que llevaba mucho tiempo sin aparecer por mi escena interior. Me encaré con ella, muy enfadada: Vaya, ¿dónde has estado todo este tiempo? No se te ha visto el pelo, ¿dónde estabas cuando más te he necesitado? Me pareció graciosa esta lucha con mi propia voz. Casi al instante apareció en escena la otra, la voz ronca que me cantaba las cuarenta y me decía las cosas sin tapujos: ¿Dónde quieres que haya estado la tonta ésta?, preocupándose, como siempre, en chorradas —se respondió ella misma—, en mantener las apariencias, en crear vanas ilusiones para contártelas luego y que tú te las creas a pies juntillas. Me empezaba a gustar el juego de las dos voces peleándose en mi cabeza. ¿Y qué debo hacer entonces?, pregunté en mis adentros a la voz ronca. ¡Está claro, me dijo, con un tono enfadado, abandona toda esperanza y acepta de una vez que te vas a quedar muda para siempre!

Para siempre era demasiado tiempo. Quizás llevaba razón mi voz bronca. Ya no me sorprendía tanto escucharla como la primera vez que lo hice, justo el mismo día en que dejé de hablar. Pero no estaba preparada para resignarme a quedarme así para siempre. La frase que me había dicho, abandona toda esperanza, era la misma que figuraba en el tercer canto de la Divina Comedia. Se la encontró Dante escrita, con letras negras, en el dintel de la puerta que lleva-

ba al Infierno. ¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza! Repetí en mi cabeza. Como profesora de literatura, yo había comentado muchas veces esta frase con mis alumnos. Ya no podré hacerlo más, pensé. Pero no, no quería dejarme llevar por el pesimismo. ¡Tiene que haber alguna solución! La curandera, dijo tímidamente la voz de mi autoestima. No, no y no. Ni hablar, dijo la voz ronca. La curandera es aún peor que el médico, por mucha fama que tenga, ¿qué te va a hacer esa mujer, darte para que comas rabos de lagartija? Si la ciencia no ha podido curarte —insistió—, ¿por qué va a hacerlo una mujer inculta, llena de supersticiones? Las dos voces en mi cabeza, peleándose entre sí, era demasiado para mí. Las mandé callar y me hicieron caso. Aun así, la voz bronca se fue refunfuñando y diciéndome, muy ofendida, que me las apañase yo sola. Pero eso era lo que yo quería. Apagar el volumen de mi mente. Tranquilizarme, dejar de pensar, de discutir conmigo misma.

Necesitaba un poco de paz. Todo lo que me pasaba me estaba alterando mucho. No dormía bien. Me levantaba a media noche para conectar el ordenador y mirar y remirar remedios que me pudieran devolver la voz y amortiguar el intenso dolor de mi garganta. Aunque eso, el dolor, ya era lo que menos importaba. Me conformaba con volver a hablar. Nunca

había valorado tanto el poder de las palabras. Estaba claro que podíamos comunicarnos sin ellas. Las personas mudas lo hacen; aunque tienen su propio código a través de los gestos. Y también estaban los que decían que una imagen vale más que mil palabras. Podía ser, pero yo necesitaba de ellas para poder comunicarme, para dar mis clases, para expresar mis emociones, para exponer mis ideas, para narrarme y narrar la vida. En esos momentos, las palabras eran vida para mí. En mis incursiones nocturnas al ordenador, había descubierto que, en la Cábala, a cada una de las veintidós letras del alfabeto hebreo le corresponde un número. Se llama gematría. Y que cada una de estas letras representa veintidós inteligencias y cada número una cualidad distinta. Lo que más me había llamado la atención era que palabras con un significado opuesto, podían tener un mismo valor numérico. Algo realmente interesante.

Pero no necesitaba yo en esos momentos calentarme la cabeza más de lo que ya estaba. Al contrario, necesitaba dejar de pensar, relajarme. En mis clases de meditación nos decían que los pensamientos no se van nunca de nuestra cabeza. El truco consiste en verlos llegar y dejarlos pasar. ¡Mira tú qué fácil! El problema es que los míos no pasaban. Se quedaban ahí, machacándome, y me volvían loca. ¡Con razón Teresa de Jesús llamaba a la cabeza la loca de la casa!

¿Y si yo también me estaba volviendo loca? Me asomé al espejo del cuarto de baño y me observé. Hombre, buena pinta, lo que se dice buena pinta, no tenía. Tenía razón Sofía, mi aspecto era malísimo, sin paliativos. Y, francamente, una visita a la peluquería no me vendría mal. Pero claro, sin poder hablar... Aunque quizás podría decir que me había quedado afónica, sin más explicaciones. Lo de no poder hablar te evita dar explicaciones. Es maravilloso. Ese pensamiento de ir a la pelu me animó. Tal vez no estuviera todo perdido. Tal vez, si visitase a esa curandera... Al fin y al cabo, como me había dicho Sofía, no tenía nada que perder. Para abandonar toda esperanza, siempre estaba a tiempo. De todas formas, ya me encontraba en el Infierno. No en el de Dante, sino en el mío personal. En un pozo sin fondo, en un agujero negro sin salida, ¿qué podía perder?

Pensé que no debía tomar una decisión precipitada, que lo consultaría con la almohada. Pero antes de acostarme esa noche, ya sabía en mi interior que me pondría en manos de la Quirona. Lo que no podía imaginarme era cómo el contacto con esta mujer cambiaría mi vida para siempre.

CAPÍTULO 4

Cuando le dije a Sofía que iría a ver a la curandera, se puso loca de alegría. Ella era así, enseguida se ilusionaba por cualquier cosa y se ponía en marcha para conseguir sus propósitos. Conseguir lo que quería era, sin duda, el gran propósito de su vida. Fuera lo que fuera. Así que habló con su padre para que éste me consiguiera una cita con la Quirona. Su padre, que era como Sofía, enseguida logró que el encuentro se llevase a cabo el día 11 de enero de 2022. Cuando lo supe, yo también me puse contenta. La lucecita verde de la esperanza, aunque tenue, se había vuelto a encender en mi interior. Fui a la peluquería, y hasta me compré ropa nueva, aprovechando las primeras rebajas del año.

Casi me atrevo a decir que estaba ilusionada. ¡Cómo no estarlo! Sofía se dedicó día y noche a hacerme propaganda de lo buena que era la curandera.

Lo que me mosqueaba un poco es que, cada vez que lo hacía, siempre terminaba diciendo: Un poco rara sí que es. Le pregunté, escribiendo a través del móvil, por qué insistía en eso, cuál era su rareza. Pero no obtuve ninguna respuesta de ella, solo decía: No sé, rara. Lo más que conseguí sacarle es que, según decían, tenía una mirada penetrante y una presencia muy impactante. Cuando te mira, dijo al fin, es como si lo supiera todo de ti. Asusta un poco, añadió, es como si no la pudieras engañar. Pero a mí eso no me asustó lo más mínimo. A pesar de todo, enseguida me di cuenta de que la cosa no iba a ser tan fácil. Y mis peores augurios se confirmaron cuando, un día antes de la cita, Sofía llegó corriendo a mi casa para decirme que preparase una maleta con ropa suficiente, porque la Quirón le había dicho a su padre que debería permanecer con ella varios días en Bulnes.

Esta petición me desconcertó por completo. ¿Cómo que tenía que quedarme varios días? ¿Eso lo hacía habitualmente con otros pacientes? ¿Dónde debía quedarme, en su casa? Yo no entendía nada, las preguntas se agolpaban en mi mente, antes de que me diera tiempo a escribirlas en mi libreta para que las leyera Sofía. Ella leía en voz alta, pero no me daba ninguna respuesta, se limitaba a encogerse de hombros y a decir que no sabía nada. Eran las condiciones que le había recalcado a su padre para poder

verme. Ah, y hay algo más, añadió mi amiga, tienes que ir tú sola. Nadie puede acompañarte. Por supuesto, Sofía pensaba acompañarme y yo había dado por hecho que así sería. Pero por lo visto no. Tampoco es que eso me preocupase mucho, pero me pareció muy raro. ¿No será que quiere secuestrarme? apunté en mi libreta. Mujer, no creo, respondió Sofía con una cara de susto que me provocó la risa.

La única forma de llegar a donde vivía la Quirón era en un funicular que atravesaba la montaña. Se cogía en Poncebos y, desde allí, te trasladaba hasta Bulnes. Sus instrucciones decían que yo debía ir en coche, sola, a Poncebos, dejar allí mi vehículo, y coger el funicular al sitio donde vivía. Especificó que sacase solo billete de ida, pues no sabía bien cuántos días tendría que quedarme. Yo cada vez estaba más perpleja. Pensé que esta mujer era un poco peliculera, al poner tantas condiciones. Así se lo expresé a Sofía y ella volvió a decirme que era un poco rara. Bueno, muy rara.

Yo había visitado el pueblo de Bulnes en una ocasión, con un grupo de amigos con los que hacía senderismo. Pero hacía mucho tiempo de eso, más de 20 años, y entonces no había ningún funicular. La única manera de acceder a esa localidad era a través de un camino, por el que se transitaba durante unas dos horas y media. La excursión merecía la pena porque

era un lugar precioso, allí había un mirador desde donde se divisaba la famosa montaña del Naranjo de Bulnes. Casas de piedra, un río, un puente, saltos de agua. Muy hermosos. Y también muy turístico en verano; cuando yo estuve allí, podías encontrarte con mucha gente. En aquella época también había iniciado, desde Poncebos, la ruta del Cares, una de las más bellas y populares del Parque Natural de los Picos de Europa.

Mi imaginación voló hasta aquella época de mi vida y fue entonces cuando caí en la cuenta de que Bulnes, en la época del año en la que yo iba a ir ahora, en invierno, estaría intransitable por la nieve. En un rasgo de buena voluntad pensé que, quizás por eso, era por lo que la curandera me pedía que me quedase allí, dadas las malas condiciones meteorológicas. Volví a preguntar a Sofía si tenía que quedarme en su casa, cosa que no me agradaba lo más mínimo, o podría alojarme en alguna casa rural o algo así. Mi amiga volvió a decirme que no tenía ni idea. ¿Pero a que es emocionante?, preguntó ilusionada. No respondí, intenté sonreír, pero creo que no me salió. La cabeza me daba vueltas. Yo tenía muchas preguntas y muy pocas respuestas. Hubiera preferido no ir sola, no tener que quedarme en Bulnes y que todo se hubiera resuelto en un día. Pero, por lo visto, ese no iba a ser el caso.

Sofía, mujer práctica como ella sola, se ofreció a ayudarme a preparar el equipaje que debía llevar a Bulnes. Empezó a introducir en una maleta varios vestidos, por si me hacían falta, que yo sacaba conforme ella los metía. Tuve que ir a por la libreta y escribir: Solo pantalones, jerséis y prendas que abriguen. ¡Voy a un pueblo de montaña y debe hacer un frío que pela! Mi amiga se enfadó conmigo y me contestó: ¡Ya lo sé!, pero ¿y si tienes que ir a algún restaurante o alguna celebración y te hacen falta? La fulminé con la mirada y se atuvo a mis instrucciones.

Se ausentó un rato de mi apartamento para bajar al garaje, coger mi coche y acercarse a una gasolinera para llenarlo de combustible. También se interesó por si llevaba cadenas, podía necesitarlas. Mientras estuvo fuera aproveché para sacar de la maleta cosas que ella había metido y no pensaba ponerme. ¿Qué se cree, que me voy de fiesta? Lo que sí preparé fueron dos pares de botas de montaña. Uno lo llevaría puesto y otro, por si acaso se me estropeaban o se mojaban las que calzaba; aunque no creía porque eran muy buenas y me habían costado carísimas.

Mientras ella regresaba, miré en Internet qué tiempo me esperaba. No fue ninguna sorpresa. Una preciosa estampa de nieve me alegró la vista. Incluso venía una información de que se habían producido varios aludes en la zona alta de Bulnes. La nieve no

me desagradaba. Al contrario, me gustaba mucho. Pero lo que no me gustaba nada era pasar frío. Me preocupó que el lugar donde tenía que quedarme, fuera el que fuera, no tuviera las condiciones de confort a las que yo estaba acostumbrada.

Sofía volvió cuando yo miraba imágenes en el ordenador sobre Bulnes con nieve. ¡Qué bonito, qué suerte tienes!, exclamó. La miré con cara de enfado, como diciendo ¿qué te piensas, que me voy de vacaciones a esquiar? En realidad, no podía culparla, viendo ese paisaje helado yo misma me había hecho la ilusión, por unos instantes, de que iba allí de vacaciones de Navidad, justo las que no había querido tomarme con la familia de Sofía. Sin embargo, esa ilusión era un simple espejismo, y yo lo sabía. No conocía a la curandera, no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar allí. Y mucho menos sabía si existía alguna posibilidad de que esta mujer me curase, cuando no lo habían logrado los médicos en los que yo, dicho sea de paso, tenía bastante más fe que en ella.

A pesar de mis dudas, intenté sonreír cuando llegó el momento de despedirme de Sofía. La abracé y ella me deseó mucha suerte repitiéndome, una y otra vez, la frase que yo más odiaba, que todo iba a salir bien y que lo más seguro era que en unos días yo regresase hablando y sin dolor, para volver a dar clases y

poder retomar mi vida en el punto en el que se había quedado. Yo forzaba una sonrisa al escucharla, pero en realidad me daban ganas de llorar. Me sentía muy débil y desvalida. ¿Y si aquello no funcionaba? Antes de irse, Sofía me dio un paquete de mascarillas que había comprado en la farmacia. No creo que haya mucho covid allí arriba, me dijo, pero quizás las necesites. Agradecí muchísimo que ella estuviera en esos detalles. A mí no se me hubiera ocurrido pensar en si llevaba mascarillas.

Apenas dormí aquella noche. No podía conciliar el sueño. Había mirado en el ordenador la mejor forma de ir hasta Poncebos con mi coche. Desde Gijón hasta allí había 110 kilómetros, por lo que me tocaba conducir durante hora y media, al menos, dependiendo del estado de las carreteras. Al principio, el viaje era por autovía, pero más adelante me metía ya en carreteras menos transitadas.

Durante el poco tiempo que dormí, soñé con ese viaje. No recuerdo muy bien el sueño, solo que yo iba en mi coche a la búsqueda de mi destino. Sí, de esa frase era de lo único que me acordaba cuando me desperté por la mañana. ¿A la búsqueda de mi destino?, me pregunté en mi interior. ¡Vaya chorrada!, me contesté a mí misma de forma silenciosa. Cuando me levanté, me di cuenta de lo nerviosa que estaba. No sabía muy bien lo que hacía. Iba de un

lugar para otro de la casa como si fuera en alma en pena. En Gijón estaba nublado y llovía. ¡Vaya día para viajar!, refunfuñé. Después de ducharme me tomé un café solo, metí el móvil y el cargador en mi mochila, di una vuelta por el apartamento, para comprobar que todo estaba en orden, que no me dejaba nada encendido, cogí la maleta y la arrastré hasta el ascensor para bajar a la cochera. Cuando cerré con llave la puerta de mi casa, el corazón daba saltos en mi pecho. Me despedí de mi hogar como si no fuera a regresar nunca y, con poca convicción, dije para mis adentros: Allá voy, como si fuera a emprender una gran aventura, una gran proeza.

Cuando subí a mi coche, un BMW de color negro que me encantaba conducir, me encontré en el asiento del copiloto con un paquete y una nota. Lo abrí, ¡era una caja de bombones! No pude evitar sonreír. Sofía sabía que me encantaban los bombones. Siempre me decía: ¡No puedo comprender cómo te conservas tan delgada y con tan buena figura, comiendo tantos bombones como comes! ¡Al resto de los mortales el chocolate nos engorda! Mentalmente le di las gracias a mi amiga, abrí la caja, y me eché a la boca un bombón de chocolate blanco. Leí su nota en la que me deseaba suerte y una pronta mejoría. A modo de saludo final me decía que no se me ocurriera volver sin poder hablar. Y añadía: Estamos en contacto.

No sé por qué, su gesto me había emocionado. Nuevamente me censuré a mí misma las veces en las que me había portado de una forma injusta con ella, o la había criticado por resultarme demasiado superficial. Estaba demostrando que era una buena amiga. En realidad, la única que tenía. Y hacía todo lo que estaba en su mano para que yo recuperase la voz. Y eso ya era mucho.

El viaje en coche discurrió con normalidad. En cuanto salí de la autovía, conducir me relajó. Al adentrarme por las carreteras secundarias que me llevaban hasta Poncebos, se formó una niebla espesa, que parecía seguirme adonde yo fuera y que embellecía el paisaje lleno de montañas. Sin embargo, esa niebla se introdujo también en mi estado de ánimo, y negros pensamientos empezaron a instalarse en mi mente.

Es curioso cómo podemos pasar de la tranquilidad al desasosiego, y hasta la angustia, en tan poco tiempo sin que haya pasado nada real para provocar otro estado de ánimo. ¡Todo está en nuestra cabeza!, pensé, y no quiero dejarme llevar por la inquietud, sin que nada la provoque. Esa era mi intención, lo juro, pero aquel paisaje bello y misterioso, estaba haciendo mella en mi alma. Cogí otro bombón de la caja que había dejado abierta en el asiento del copiloto. Y luego otro más. Pero eso no consiguió que mi

estado de ánimo se endulzase. Puse música de Serrat, Mediterráneo. Pero eso tampoco consiguió alegrarme. Al fin y al cabo, yo había nacido en el Cantábrico, no en el Mediterráneo. Y en mi Asturias patria querida llovía y a veces tardábamos mucho tiempo en ver el sol. En ese momento me di cuenta de algo en lo que había pensado muchas veces, pero nunca en profundidad. Cómo el lugar dónde nacemos y dónde vivimos condiciona nuestra manera de ver la vida. Y eso que a mis alumnos de Literatura siempre les decía, al hablar del Quijote, que este personaje, incluso la obra, solo había sido posible en las llanuras manchegas. Don Quijote no habría existido nunca recorriendo las montañas de los Picos de Europa. Ni él, ni su forma de ver el mundo. Por alguna razón que ignoro, este razonamiento me tranquilizó. Y al rato, unos débiles rayos de sol se abrieron camino tímidamente entre la niebla.

Llegué a Poncebos sobre mediodía. Hacía muchísimo frío. El viento te cortaba la cara, lo único que llevaba al descubierto cuando salí del coche provista de gorro y guantes, después de dejarlo en un aparcamiento que había junto al funicular. Era martes 11 de enero, un día laborable después de la resaca de las fiestas de Reyes, y el lugar estaba muy desolado. Apenas había nadie por allí. Nada que ver con mis recuerdos de cuando estuve en ese pueblo, en pleno

verano, años atrás. Metí la caja de bombones en mi mochila, cogí mi maleta, y la arrastré hasta la taquilla que había a la entrada de un túnel, donde estaba el funicular. Una mujer joven que despachaba los billetes allí me miró de arriba abajo, y a mí equipaje, como pensando: ¿Dónde va esta loca? Me preguntó si quería ida y vuelta, o solo ida. Siguiendo un impulso, le indiqué con gestos que ida y vuelta. No sé por qué lo hice, la curandera había especificado que sacase solo billete de ida, pero yo prefería tener conmigo el de vuelta, por si tenía que huir de ella. Este pensamiento me asustó, intenté quitármelo de la cabeza. ¿Por qué iba a tener que huir? ¡Tampoco me iba a secuestrar!

El billete me costó 22,16 euros, y me pareció muy caro. Pensé que para la gente que viviera en Bulnes, era mucho dinero por un transporte que quizás tuvieran que utilizar a diario, ya que no había otro modo de llegar allí, salvo andando; lo que suponía un tiempo de dos horas y media. Pero cuando estaba dentro del túnel leí en un letrero que los habitantes de allí utilizaban el transporte de forma gratuita. Eso me alivió. ¡Como si yo estuviera empadronada en Bulnes!

El funicular llegaba y salía cada media hora. Como estábamos en temporada baja, su horario era de 10 a 12.30 y de 16 a 18. Lo cual quería decir que

yo cogería el último que salía por la mañana, a las doce y media. Tuve suerte, porque si no tendría que haber esperado varias horas hasta que saliera el primero de la tarde. Así solo tuve que esperar un rato hasta la hora de salida. Mientras esperaba, me leí todos los letreros que había en el túnel dónde se ubicaba el andén. Así me enteré que el funicular tardaba siete minutos en realizar el viaje, a través de la montaña, recorriendo algo más de dos kilómetros cuesta arriba. También me enteré de que había sido inaugurado en el año 1988. Con razón yo no tenía conocimiento de que existiera cuando estuve por allí de excursión.

Mucho había llovido desde entonces y mucho habían cambiado las cosas. Aunque el paisaje era igual de bello y misterioso que me pareció entonces. Cuando empezaba a pensar que iba a ser la única persona que viajaría en el funicular, llegó una señora mayor con un carrito de la compra. También me miró de arriba abajo, y me preguntó sin más: ¿Vas a ver a la Quirona? Yo me sorprendí y asentí con la cabeza. Ella siguió hablando: No te extrañes de mi pregunta, aclaró, allí arriba nos conocemos todos, solo estamos 30 habitantes censados y, en esta época del año, la Quirona es la única que recibe visitas. En verano se llena de turistas, pero ahora... Le sonreí y con gestos, llevándome la mano a la garganta, le indiqué

que no podía hablar. Pues no te preocupes, me dijo la mujer, seguro que la Quirona te cura. Es muy buena curandera —añadió—. Y luego, con un tono de voz más bajo, que apenas pude oír, me susurró casi en el oído: En realidad es una bruja. Pero buena, ¿eh? ¡No se come a los niños!

La mujer se empezó a reír exageradamente, mostrándome una boca desdentada, gracias a que su mascarilla colgaba de una oreja. No sé si fue su risa, o lo que me dijo, lo cierto es que todo el vello de mi cuerpo se erizó, y un escalofrío recorrió mi espalda. Para disimular lo que me habían impactado sus palabras, y el nerviosismo que tenía, saqué el móvil del bolsillo de mi anorak y miré la hora.

Estaba deseando ya subirme al funicular, aunque otra parte de mí me indicaba que saliera de allí corriendo. La mujer vio que yo miraba el móvil y se echó a reír de nuevo. Eso no te va a servir *pa ná*. Arriba no hay cobertura. Lo puedes utilizar como cascanueces, dijo riéndose de su propia ocurrencia. Esas palabras me aterrorizaron más aún que cuando la mujer me había dicho que la Quirona era una bruja. Intenté interrogarla, alzando mi móvil delante de sus narices. Pero ella no paraba de reír y repetía: Nada chica, allí arriba estás totalmente incomunicada. Seguramente puse cara de pánico, porque la mujer añadió: ¡Cómo sois la gente joven, mis hijos

son igual, no saben vivir sin el aparatito ese! ¡Pobres!

Cuando me debatía con la posibilidad de irme de allí, anunciaron que salía el funicular. Un chico joven llegó corriendo con dos perros pequeños, de esos de raza indefinida. La de la taquilla le regañó. Siempre igual, le dijo, por poco no llegas. Pero he llegado, respondió él exhibiendo una gran sonrisa. La mujer, el joven y yo, nos pusimos las mascarillas, tal y como se indicaba en un letrero de la puerta, y nos sentamos en el vagón a bastante distancia, ya que íbamos solos. La de la taquilla gritó al joven: ¡Mete a los perros en la jaula! Este hizo un gesto con la mano y metió a los dos animales en una jaula que había junto a la puerta, de esas en las que se transportan animales. Debían estar acostumbrados, porque ninguno de los dos se quejó por el encierro y se acomodaron adentro.

El viaje discurrió sin incidentes y se me hizo corto. A través del cristal de la ventana se podía ver cómo ascendías por un túnel, muy bien iluminado. Se veían las vías cuesta arriba, y la sensación que te daba es que viajabas en una especie de túnel del tiempo. Lo que me pareció irreal y no contribuyó a calmar mis nervios. Más bien todo lo contrario. Cuando llegamos, el funicular paró al final del túnel y, a través de un pasillo, salimos al aire libre.

El paisaje se había despejado y, aunque el frío era horroroso, me reconfortó ver que había salido el sol y la niebla se había disipado, aunque todo permanecía nevado. La mujer que me había hablado antes de coger el funicular, me dijo que, si quería, podía indicarme dónde vivía la Quiróna, porque eran vecinas. Me llevé la mano al pecho en señal de agradecimiento y la seguí, arrastrando mi maleta de ruedas con dificultad por un camino de tierra con nieve. La mujer caminaba por delante de mí con su carro de la compra. De vez en cuando se volvía, me miraba y se reía, mientras meneaba la cabeza. Empecé a mosquearme un poco con su actitud, pensando: ¿de qué se reirá? No le veo la gracia. Me concentré en el lugar, que era precioso. A la izquierda del camino se encontraba la ermita de la Virgen de las Nieves, según me indicó la mujer. Un nombre muy adecuado, pensé.

Seguimos caminando con un fondo de montañas cubiertas con un manto de nieve. Mis botas dejaban huellas en la blancura del camino. Las ruedas de mi maleta, sin embargo, tenían dificultades para avanzar. Enseguida llegamos a un puente de madera, del que colgaba un letrero que ponía: Bulnes. El río que discurría bajo el puente, presentaba numerosos pequeños saltos entre piedras y matorrales, como si el agua, limpia y cristalina, se mostrase juguetona apor-

tando un hermoso sonido al paisaje. ¿Has visto cómo canta el agua? —me indicó la mujer. Yo asentí con la cabeza. Cuando discurre por aquí, lo llamamos Texu, tejo, me tradujo. Es un árbol muy poderoso.

Enseguida cruzamos al otro lado del pueblo por el puente. Se veían letreros de bares y restaurantes, pero todos estaban cerrados. Giramos un poco a la derecha, por otra calle, y me dijo: Ahí vive la Quirona. Sin saber por qué, mi corazón empezó a latir muy deprisa. Me puse muy nerviosa, y empecé a preguntarme qué estaba yo haciendo allí. No sé si la mujer notó lo alterada que estaba, porque se empezó a reír otra vez de forma exagerada, mientras me decía: ¡Tranquila, que no se come a nadie! Seguro que ya ha desayunado esta mañana.

La Quirona vivía en una casa de piedra de dos pisos. Para llegar a la puerta de entrada había que subir cuatro escalones. A mano izquierda, sin embargo, había un pequeño jardín rodeado de una verja, por el que se bajaba a otra puerta, que debía ser un sótano. Allí se podían ver varias macetas, la mayoría se habían helado por el frío, y una casa de madera cubierta. Es para el gato, me dijo la mujer. En esos momentos, como si lo hubiera invocado, apareció un hermoso gato siamés quien, de un salto, se subió al tejado de su casa y me miró fijamente. Me asusté al comprobar que tenía un solo ojo. La mujer volvió a

reírse y me dijo el nombre del felino: No te asustes, es Texo, bastante arisco, pero, si no te metes con él, no te hará daño. Intenté sonreír, pero la verdad es que no me salía. Estaba asustada, no podía negarlo, pero no sólo por aquel extraño animal, sino por todo. Mi cuerpo estaba encogido de miedo, a pesar de que mi mente intentaba decirme que no había ninguna razón.

Aún pegué otro respingo cuando la mujer que me guiaba se puso a chillar, como si fuera una posesa, el nombre de la curandera: ¡Quirona, Quirona!, gritó con todas sus fuerzas. Yo observé que la puerta tenía un timbre, como todas las puertas y, si hubiera podido hablar, le habría indicado que quizás fuera más fácil que nos abriera, si llamábamos al timbre. Pero la mujer seguía a lo suyo, y la Quirona no aparecía. Cuando nos estábamos retirando de la puerta, esta se abrió tímidamente. ¡Qué jodía, dijo la mujer, siempre hace lo mismo! Naturalmente, cuando terminó su frase, soltó una enorme carcajada. Yo me quedé clavada en el sitio, intentando forzar una sonrisa.

Ante mí apareció una mujer, que parecía vieja, pero de edad indefinible. Lo mismo podía tener 70 años que 80. Era alta, más que yo, tenía el pelo casi completamente blanco, con algunas hebras de color gris, recogido en una coleta. Sus ojos eran oscuros, y

cuando me miró de forma penetrante, sentí cómo se adentraban en mi interior. Fue una sensación muy rara. Me sonrió con calidez, y yo intenté devolverle la sonrisa y, con gestos, explicar quién era. Virginia, ya lo sé, me dijo entonces. Virginia Lobo, recalcó, e hizo una especie de gruñido. Entonces, la mujer que me acompañaba y ella se partieron de risa, a costa de mi apellido. No podían parar.

Mi desconcierto era inmenso. Pensé que las dos mujeres estaban mal de la cabeza y, por momentos, me arrepentí de haber llegado hasta allí. Quería volverme a mí casa lo antes posible. De hecho, decidí que, al día siguiente, emprendería el camino de regreso a Gijón, me dijera lo que me dijera aquella loca. Como si estuvieran al tanto de mis pensamientos, ambas dejaron de reír, e intentaron mantener la compostura. La vecina de la Quirona, le dijo: Bueno, pues ahí la tienes, aquí te la dejo. Se despidió y se marchó, riendo otra vez y meneando la cabeza.

La Quirona me dijo: No te enfades, Abril es muy bromista y le saca punta a todo. Bajó hasta donde yo me encontraba, agarró mi maleta y, con gran agilidad, la subió a pulso los cuatro escalones hasta la puerta de su casa. La metió dentro y me indicó que pasara. Me fijé entonces en cómo iba vestida. Desde luego, no era algo que la favoreciera mucho. Llevaba un jersey gordo de varios colores, naranja, lila y ne-

gro que, obviamente, le estaba muy grande. De su cuello colgaba una cadena con una piedra, que no supe identificar. Cubría su garganta con un foulard de color verde chillón. Llevaba unos pantalones negros de forro polar, que también le quedaban demasiado anchos. Iba calzada con unas botas de montaña. Cuando vi las botas, me quedé paralizada.

La Quirona me hizo señas desde la puerta para que pasase adentro de su casa. Pero yo no podía moverme. Me quedé clavada en el sitio, mirando las botas. ¡Las reconocía, eran las mismas que llevaba puestas la mujer que apareció en mi sueño, la noche antes de perder la voz! Levanté la mirada para observar mejor su rostro y me estremecí. ¡Era ella, era la misma mujer! Recordé con toda claridad sus palabras, las que me dijo en el sueño, después de arrojar mis medicamentos al andén. «No los vas a necesitar, y tampoco tu viejo equipaje. El viaje continúa, pero hay que hacer transbordo. Cambiar de tren».

CAPÍTULO 5

Pasaron dos días desde que llegué a casa de la Quirona, antes de que se dignase a decirme algo, que no fuera más allá de: ¡Come!, ¿Has pasado frío esta noche?, o cualquier otra cuestión estúpida que le venía a la mente, como que yo tenía demasiados agujeros y que así era imposible contar con la energía necesaria para curarme. Yo estaba de los nervios y, por supuesto, no sabía de qué agujeros me hablaba. Yo esperaba pacientemente que me hiciera un reconocimiento, que me mirase la garganta, o algo por el estilo. Pero nada de eso ocurrió.

Cuando llevaba allí dos días con sus dos noches, sin que me hubiera hecho caso, le pregunté, escribiendo en mi cuaderno, si no pensaba tratarme de alguna manera, darme alguna pócima o algo así. La Quirona se rio a carcajadas. ¿En serio? —me respondió—, ¿De verdad crees que te voy a curar por arte

de magia, que voy a hacer algún tipo de sortilegio, algún abracadabra, y vas a empezar a hablar? Me molestó mucho el tono que empleó conmigo, como si yo fuera una inculta, y negué repetidamente con la cabeza. Yo estaba muy indignada por su reacción a mis preguntas y, si hubiera podido hablar, le habría cantado las cuarenta. ¿Qué se había creído? ¡No tenía derecho a tratarme así! Mi enfado era obvio, y no me molesté en disimularlo.

¿Por qué te enfadas tanto?, me dijo. ¡Tú ego te va a hacer estallar en pedazos, no me extrañaría que te rompieras aquí mismo! ¿Quieres pegarme? Anda, pégame. O mejor, en lugar de pegarme a mí pégale a este cojín, dijo arrojándome uno de los que había en el sofá. Noté cómo me ponía roja de ira, la fulminé con la mirada, mientras la Quirona no dejaba de sonreír. Cambiando el tono, me dijo: Anda, no te creas tan importante. Al fin y al cabo, solo eres una mujercita que ni siquiera puede hablar.

Al escuchar este comentario no pude más y empecé a llorar. Me sentía humillada y maltratada. Quería escribirle algo en mi libreta, decirle que no había ninguna necesidad de que me tratase de esa manera, como si yo fuera una mierda. Pero estaba tan nerviosa que no podía escribir, las lágrimas me nublaban la vista. Así estuve un buen rato, llorando con gran desconsuelo, y sintiéndome un despojo por no coger mi

maleta y largarme de allí, con cajas destempladas. ¿Por qué no lo hacía? Una parte de mi quería eso, salir corriendo y olvidarme de la pesadilla que estaba viviendo. Sin embargo, otra parte de mi me rogaba que tuviera paciencia y permaneciera en casa de la Quirona. Mientras yo lloraba, ella no dejaba de mirarme, traspasándome con sus ojos oscuros, provocándome mucha aprensión. Como si estuviera al tanto de mi dilema interior, me advirtió en un tono suave de voz: Si te vas ahora, no te curarás. Cuando me encontré algo más tranquila, me preguntó: ¿Tú crees que no te estoy haciendo caso, verdad?, que soy una especie de chalada, que no me he ocupado de ti en estos dos días, pero te equivocas, añadió con una sonrisa.

Aproveché su cambio de humor, cogí la libreta y le escribí: Sí, eso creo y no merezco que me trates tan mal. Leyó lo que había escrito, y esta última frase le hizo mucha gracia. Respondió: ¡Dios santo, no soy yo quién te trata mal, para eso ya te bastas tú solita! Hice un gesto de extrañeza y ella me acarició el pelo, como si fuera una niña pequeña: Sí, ya sé que no entiendes nada, me dijo, y que no sabes de qué te hablo, pero, si tienes paciencia, irás comprendiendo. Te veo francamente mal, pero también veo que eres una mujer con posibilidades de aprender. ¿Aprender?, ¿aprender el qué?, pensé para mis adentros, llena de

indignación ¿Qué se creía que podía enseñarme? Yo era una mujer de mundo, inteligente, con cultura, con mucha experiencia de la vida. ¿Qué podía enseñarme aquella vieja? Como si pudiera leer mis pensamientos, empezó a reírse de nuevo. Yo estaba cada vez más perpleja, ¿será capaz de saber lo que pienso? Esa posibilidad empezaba a inquietarme seriamente. Ella me preguntó: ¿Te crees superior a mí, no? Abrí los ojos como platos, negué con la cabeza y mentí.

Pero era obvio que me consideraba superior a ella. Yo era una persona culta, con estudios universitarios, y dudaba mucho de que ella tuviera una formación académica. Eso, sin duda, me hacía ser superior. ¡Vaya, vaya con Virginia!, dijo a modo de conclusión. Aunque tú creas que no te he hecho caso desde que llegaste, te aseguro que no he dejado de mirarte y, mi primer diagnóstico es que estás fatal, mucho peor de lo que aparentas, porque la apariencia es uno de tus puntos fuertes. Con ella engañas al mundo, pero a mí no.

Intenté protestar con gestos y cogí mi cuaderno para escribir de nuevo. Pero ella me cortó en seco y con un manotazo lo tiró al suelo. Después, con un tono de voz que no admitía réplica, me ordenó: ¡Deja ya el cuadernito, anda, sé perfectamente lo que estás pensando! Tus pensamientos y emociones con respecto a mí son tan potentes, que me vas a perforar el

cerebro. Siéntate, relájate y escúchame un rato. A ver si eres capaz de dejar el parloteo de tu mente, que tanto te saca de quicio. ¡Cálmate y escucha!

Totalmente desconcertada, no recogí la libreta que estaba en el suelo y me senté en el sofá, como me había pedido. Me ordenó cerrar los ojos y no abrirlos hasta que ella me dijera. Aunque parezca una tonteería, yo no me atrevía a cerrar los ojos, por si me hacía algo, me asestaba algún golpe, me hacía algún sortilegio o cualquier otra cosa, estaba aterrorizada. Al cerrar los ojos, me di cuenta de que esa mujer me daba mucho miedo. Tenía un lado terrorífico, que yo no conseguía descifrar y, por otra parte, algo en mi interior me decía que confiase en ella, que me relajase y me dejase llevar; cosa que siempre me había resultado muy difícil, porque yo quería controlar mi vida. Y no solo la mía, también la de los demás. No me gustaba que nadie me dijera lo que tenía que hacer. Enseguida me ponía muy alerta y tensa, ante la posibilidad de dejarme llevar. Sin embargo, en esa ocasión, conseguí quedarme relajada y suspirar profundamente.

No puedo decir cuánto tiempo permanecí con los ojos cerrados. Lo que estaba claro era que, desde que me había quedado sin habla no me había encontrado tan tranquila y sosegada. Hasta me pareció que, por unos instantes, había desaparecido el fuerte dolor

que atenazaba mi garganta. Fueron solo unos momentos, en cuanto empecé a darme cuenta de esa posibilidad, los dolores volvieron con toda su intensidad.

Al cabo de un tiempo, que no supe cuantificar, escuché la voz de la Quirona que me decía que ahora ya estaba en condiciones de escuchar lo que tenía que decirme, pero que no abriera los ojos todavía. Nada más oírla hablar, todo mi cuerpo se puso alerta de nuevo. Me regañó. ¡Por dios, qué difícil es que te relajes! Déjate llevar por mi voz y no pienses en nada. Lo intenté, volví a aflojar mis músculos y noté cómo me hundía en el sofá. Era una sensación muy extraña, como si mi cuerpo se hubiera quedado vacío de mí. Como si yo no estuviera adentro, y lo contemplase desde afuera. ¡Así, muy bien, dijo la Quirona! ¿Ves como no es tan difícil? Ahora escúchame sin juzgar nada de lo que te diga. Como te he comentado antes, te veo muy mal y, si quieres curarte y volver a hablar tendrás que permanecer varios días aquí conmigo y obedecerme, aunque te parezca muy raro lo que vaya a pedirte. Abrí los ojos de una, muy preocupada, y ella me ordenó cerrarlos de nuevo. Sí, ya sé que esto es muy difícil para ti, continuó, te has dedicado toda tu vida a malcriarte, a darte todos los caprichos, a creerte la reina de los mares, te has destrozado el cuerpo y el alma. Volví a abrir los ojos e

intenté protestar con gestos. Ella me mandó quedarme quieta, solo escuchando. Ya tendremos ocasión de comentar todo esto. Pero ahora tienes que saber que necesito que te quedes aquí, al menos hasta la primavera. Me levanté de un salto, pensando que estaba mal de la azotea si creía que iba a quedarme en Bulnes ¡más de dos meses! Empecé a hacer gestos y a negar repetidas veces con la cabeza.

Ella no se inmutó con mis aspavientos; con voz calmada, pero mostrando autoridad, me dijo: Tienes hasta mañana para pensarlo. Si decides quedarte, empezaremos el tratamiento que te devolverá la voz y te quitará los dolores. Si decides volver a tu casa, no tenemos más que hablar. Mañana me lo comunicas, coges tu maleta y te vas en el primer funicular que salga de aquí. No estás prisionera, ni quiero que te quedes en contra de tu voluntad. Debí quedarme con la boca abierta, poniendo cara de perplejidad. La Quirona me sonrió y me mandó a mi habitación a reflexionar, como se manda a los niños pequeños al rincón de pensar: Ya sabes que puedes entrar y salir de la casa siempre que quieras, nadie te retiene. Te avisaré para la cena, añadió, dando por concluida la conversación. Se puso su anorak, gorro y guantes, y salió de su casa, sin darme más explicaciones.

Yo me quedé allí, sentada en el sofá, inmóvil, sin saber qué pensar. Recogí mi libreta del suelo y escribí

para mí misma: ¿Qué ha pasado? Para ordenar mejor mis pensamientos, me retiré a mi habitación, como ella me había pedido. Para hacerlo, tenía que salir de su casa, bajar los cuatro escalones que daban a la calle, entrar por la verja que había a la izquierda, y bajar otros cuatro escalones para llegar a la puerta que se abría a mi habitación, ubicada en el sótano. Era un cuarto pequeño, con una pequeña ventana que daba a la calle. Dentro estaba amueblado de forma austera y, sin embargo, resultaba acogedor. Una cama con un edredón nórdico de plumas, una mesita de noche, una pequeña mesa con flexo y una estantería de madera, vacía.

No había ningún adorno, ningún cuadro, ningún libro, ningún espejo. Sí había uno en el baño, encima del lavabo. La estancia se completaba con un cuarto de baño, que tenía una ducha con mampara y un váter. Nada especial, pero todo lo necesario. Como si fuera una habitación de hotel barato. Sólo había pasado dos noches allí y, de pronto, me asaltó la posibilidad de que debía estar en esa casa hasta la primavera. La idea me aterraba, ¡faltaba aún mucho tiempo! No sabía si iba a ser capaz de retirarme del mundo durante más de dos meses. Por otra parte, yo ya no tenía vida propia. Se podía decir que el mundo se había retirado de mí, desde el mismo día en que perdí el habla. ¡Dios mío, hacía más de un mes de aquello,

desde el 9 de diciembre, pero yo lo vivía como si hubiera ocurrido muchos años antes!

De pronto pensé en Sofía. Seguro que había intentado contactar conmigo, y no lo había conseguido. Me tiré como una posesa a mi mochila para encontrar mi móvil que, curiosamente, había olvidado desde el momento en que me advirtieron que allí no había cobertura. Lo encendí, y comprobé que se le había agotado la batería. Busqué el cargador y lo conecté para cargarlo. No figuraba ninguna llamada ni mensaje de mi amiga. Pero, claro, cómo iba a figurar. Sin cobertura, yo no tenía forma humana de saber si Sofía me había estado llamando o no. Esta situación me hizo ponerme muy nerviosa. ¡Necesitaba ponerme en contacto con ella, necesitaba su consejo! ¿Qué debía hacer, permanecer en Bulnes o volver a Gijón? En esos momentos me sentí muy sola y desvalida.

También estaba confundida, no tenía las ideas claras. Era obvio que quedarme en aquel lugar perdido de la mano de Dios, más de dos meses, era una auténtica locura. Por otra parte, tampoco quería volver a casa y encerrarme allí amargada de la vida, sin poder dar clases y sin vida social. Al fin y al cabo, razoné que la Quiróna me había asegurado que me curaría, que volvería a hablar y desaparecerían los dolores. ¿Me lo había asegurado, o era una ilusión mía? No, no, lo había dicho. Había dicho que, si me

quedaba, empezaríamos el tratamiento que me devolvería la voz y me quitaría los dolores. ¡No eran imaginaciones mías, lo había dicho! Esta certeza me calmó un poco, pero no demasiado. De todas maneras, necesitaba hablar con Sofía. Tenía que contarle lo extraña que era la Quirona, y como su sola presencia me producía un miedo atroz. Tenía que decirle que no me fiaba de esta mujer. ¿Cómo te puedes fiar de alguien que se mete en tu cabeza y parece leer tus pensamientos? ¡Porque eso es lo que hacía, yo no tenía ninguna duda! Y más aún. Tampoco tenía dudas de que era la misma mujer que yo había visto en un sueño, justo la noche antes del día que me quedé muda. ¿Es eso casualidad?, me interrogué en mis adentros. ¡Pues no, no lo era! ¿No habría sido ella misma la que, mediante algún sortilegio había entrado en mis sueños y había provocado mi pérdida de voz? Al escuchar estos pensamientos en mi cabeza, me quedé perpleja. Oye, ¿no se te estará yendo la olla, no?, me pregunté para mis adentros un tanto alterada. Decidí que, si podía hablar con Sofía, no iba a contarle lo del sueño. ¡No me iba a creer y pensaría que me había vuelto loca! No se lo contaría. Pero yo sabía que era verdad, que la Quirona era la misma mujer que había aparecido en mi sueño.

Resoplé, e intenté tranquilizarme. En lugar de quejarme tanto, me dije, debería idear alguna manera de

contactar con Sofía. ¿Cómo no iba a haber cobertura en todo el pueblo? Vale que no hubiera en la casa de la Quirona, ¿pero en todo el pueblo? No me lo creía. Bulnes era un sitio muy turístico. Acudía allí un montón de gente en verano, seguro que los restaurantes tenían Internet y wifi. Segurísimo. Era cuestión de indagar un poco quién podía tener una línea de teléfono fijo. Y, por otra parte, quizás en alguna zona alta del pueblo, pudiera haber cobertura. ¿Cómo no iba a ser así, por Dios, si estábamos en el siglo XXI? La posibilidad de poder hablar por teléfono con Sofía me animó bastante. Decidí esperar a que se cargase mi móvil, dar un paseo por el pueblo, a la búsqueda y captura de algún lugar desde el que pudiera contactar. Esa iba a ser mi misión del día. Necesitaba conocer la opinión de Sofía, porque yo no tenía muy claro lo que debía hacer.

Me tumbé en la cama e intenté descifrar qué tipo de tratamiento me podía aplicar la Quirona para curarme. Ella no me había dado detalles. Pero sí resonaba en mi interior la frase de que debería obedecerla, por muy raro que me resultase lo que me pidiera. Eso era muy inquietante para mí. Lo que quiere es que yo le entregue totalmente mi libertad ¡con el trabajo que me ha costado conseguirla! No y no, eso no pienso hacerlo. Si lo hago, me encuentro totalmente en sus manos, razoné. ¿Y si no está en su sano jui-

cio? ¿Y si me esclaviza? Hay gente que tiene poderes para influir en los demás y hacerlos sus esclavos. ¡Eso lo sabe todo el mundo! Tengo que tener cuidado, contactar con Sofía y explicarle cuál es la situación. Tengo que convenir con ella determinados días para que podamos mantener un contacto. Y si falto a alguna de las citas, debe llamar a la Policía. Sí, debe llamarla y que vengan a rescatarme. ¡No me fío de esta mujer!

Cuando el móvil se cargó, me abrigué y me dispuse a explorar el pueblo. Esa misma mañana había nevado otra vez y hacía mucho frío. Salir al aire fresco me reconfortó. Mis botas se hundían en la nieve y andaba con dificultad. El paisaje era precioso, el río discurría mientras el agua daba trotecitos, formando pequeñas cascadas. Un paisaje tan bello te hacía reconciliarte con el mundo, verlo como un lugar hermoso lleno de posibilidades. Me dejé llevar por ese sentimiento y, por un momento, llegué a pensar que quizás no fuera tan disparatado permanecer en Bulnes hasta la primavera. Pero enseguida deseché este pensamiento de mi mente. A ver, Virginia, a ver si estamos a lo que estamos, me dije, tu misión ahora es encontrar algún lugar donde haya cobertura para ponerte en contacto con Sofía. Saqué el móvil del bolsillo de mi anorak de plumas, y caminé con él en la mano esperando que dejase de estar muerto y emi-

tiera alguna señal de conexión con el mundo. Pero nada. Caminé y caminé. Subí a la parte alta del pueblo y divisé un paisaje estremecedor rodeado de montañas con nieve. Pero mi móvil seguía sin dar señales de vida. Empecé a mirar qué casas tenían luz, salía humo por la chimenea, o cualquier otra señal de que allí vivían seres humanos. Me detuve especialmente en los restaurantes, pero era inútil, todos estaban cerrados a cal y canto. Debían mantener sus negocios para el buen tiempo, y en el crudo invierno no quedaba nadie allí.

No creo que estuvieran ni las 30 personas que me habían asegurado que estaban censadas. ¡No había nadie! Ni siquiera por las calles, aquello parecía un pueblo fantasma. Empecé a ponerme muy nerviosa. A pensar que alguien me observaba sin que yo me diera cuenta. Incluso me pareció ver una sombra que cruzaba al otro lado del río. Me alteré mucho. Sentía miedo. Un miedo irracional que, seguramente, no estaba basado en nada. Pero yo seguía sintiendo que algo o alguien me acechaba. De muy mal humor, decidí volver a casa de la Quiróna. No quería seguir caminando por el pueblo cuando anoheciera. Y ya faltaba poco para eso.

Cuando llegué a casa de la curandera, escuché risas dentro del salón. Me asomé por la ventana, pero no vi a nadie. Me disponía a entrar en mi habitación

cuando la puerta de la casa se abrió, y la Quirona me invitó a entrar: Pasa, Virginia, pasa, Abril está aquí, y te ha traído un regalo. Dudé por unos instantes, no tenía ningunas ganas de ver a las dos viejas, pero tampoco encontré ninguna razón para no entrar. Ambas me miraron de arriba abajo y disimularon una risita. Si ya me daba miedo la presencia de la Quirona, verlas a las dos juntas me produjo verdadero pánico. No era mental. Era algo que sentía con mi cuerpo. Algo me avisaba de que me pusiera alerta.

Abril me dio un sobre cerrado, tamaño folio, y me invitó a abrirlo. Lo hice con desconfianza y encontré dentro una pizarra blanca velleda. Intenté forzar una sonrisa de agradecimiento, pero creo que no me salió. Es para que escribas, me dijo Abril. Era de uno de mis nietos. La he encontrado en casa, junto con estos rotuladores y este borrador, añadió, mientras depositaba en mi mano un rotulador azul, uno verde, otro rojo y un borrador que, obviamente no había sido usado nunca. Me quedé desconcertada, me fijé bien en la pizarra y llegué a la conclusión de que estaba totalmente nueva, sin estrenar. Sonreí y asentí con la cabeza.

Abril continuó, como si estuviera al tanto de mis pensamientos: Eres muy observadora, me dijo, te has fijado en que todo está nuevo, como sin usar. Es que mis nietos tienen mucho cuidado con las cosas. Esta

frase provocó que ambas mujeres soltasen una sonora carcajada, casi al unísono. La Quirona, sin dejar de reír, apostilló: Sí, sí, sus nietos son muy cuidadosos. Lo que provocó una nueva sesión de risas. Aquello parecía el club de la comedia. Pero yo no le veía la gracia por ningún lado. Cuando me disponía a salir de la casa, Abril me dijo: Te la puedes colgar al cuello como si fuera un cencerro. La pizarra, digo. Más risas. Se lo estaban pasando pipa a mi costa. Me sentí fatal. Estaban abusando de mí porque yo no podía hablar y eso me imposibilitaba contestarles como se merecían. Con lágrimas en los ojos, hice ademán de irme, mientras escuchaba a Abril que le decía a la Quirona: Si se la cuelga al cuello, a lo mejor puede encontrar su camino, porque ahora va como vaca sin cencerro.

Aquello era más de lo que yo estaba dispuesta a aguantar. Había entreabierto la puerta, cuando me frené en seco al escuchar a Abril decirle a la Quirona: Bueno, yo también me voy, quiero hablar con mis hijos antes de la cena. Me volví con rapidez, cogí el rotulador azul y le escribí en la pizarra que me acababa de regalar: ¿Cómo hablas con tus hijos, tienes un teléfono o Internet en tu casa? Ella me respondió, como si la duda la hubiera ofendido: Pues claro que tengo Internet y wifi. Y también ordenador, un portátil. ¡Estamos en el siglo XXI!, ¿acaso crees que uti-

lizamos palomas mensajeras para comunicarnos? Obvié su comentario, borré la pizarra y volví a preguntarle: ¿Me dejarías que yo usase tu Internet? Abril miró a su amiga con un gesto de extrañeza. ¡Pues claro! ya te dije que aquí los móviles no sirven para nada porque no hay cobertura, pero puedes usar mi ordenador, sin ningún problema. Solté la pizarra de una y me abracé a su cuello. Ambas rieron con mi reacción.

Me daba lo mismo, se reían de mí, pero yo estaba feliz. Podría mandarle un mensaje o un correo electrónico a Sofía. Seguro que me contestaba de forma inmediata. Seguro que estaría muy preocupada por mí, y le encantaría tener noticias mías. Volví a coger la pizarra y a escribir en ella: ¿Vamos a tu casa? Sí, claro, hija, me dijo Abril, debes tener mucha prisa. ¿Quieres ponerte en contacto con tu marido o con tu novio? Detecté cómo le brillaban los ojos cuando pronunció esas palabras, y también que evitaba mirar a la Quiróna. Pero me daba igual, todo me daba lo mismo. Decidí ser amable con ella y le escribí: Con una amiga.

Cuando salimos hacia la casa de Abril, la Quiróna me gritó en la puerta que cenaríamos en un rato. «Porque tú tienes mucho en que pensar esta noche» —añadió. No me gustó su comentario, me dio la impresión de que ella estaba ya segura de cuál iba a ser

mi decisión. Pero deseché ese pensamiento. Ni yo misma lo sabía, ¿cómo iba a saberlo ella? Para mí, el contacto con Sofía era imprescindible, en esos momentos, para decidir si me quedaba en Bulnes hasta la primavera, o si regresaba a Gijón. Yo no tenía nada claro y estaba cada vez más confundida.

Al llegar a casa de Abril, esta se mostró muy amable conmigo. Me hizo sentar en una mesa que tenía en el salón, y se fue a traerme su ordenador portátil. Tardó bastante y yo empecé a inquietarme. Su salón era muy parecido al de la Quirona. Tampoco tenía tele. También era muy austero, con todo lo imprescindible pero ningún lujo ni adornos superfluos, de esos que hay en todas las casas. Me llamó la atención que en la estantería no hubiera ningún libro, como en mi cuarto. Pensé que, o no leía, o los tenía en algún otro lugar de la casa. Y no había ni rastro de juguetes, ni de que hubiera pasado algún niño por allí.

Yo empezaba a inquietarme con su tardanza, hacía más de diez minutos que se había pasado a buscar el ordenador. Me puse de pie y moví la silla a ver si haciendo ruido se daba por aludida y salía. No sé si funcionó, pero al cabo de unos instantes apareció con un ordenador portátil bajo el brazo. No parecía un último modelo, pero si funcionaba... Ella misma acercó una silla a mi lado y encendió el ordenador.

Me inquietó que se pusiera tan cerca de mí, como si quisiera cotillear lo que yo escribiera a Sofía. Pero en realidad daba lo mismo. El ordenador se encendió, pero solo aparecía una pantalla con el mensaje: Sin señal. Lo intentamos una y otra vez, pero nada. Le pregunté, escribiendo en mi pizarra, dónde estaba el router. ¿El qué, eso qué es? Me respondió con cara de extrañeza. Después de intentarlo por más de media hora, llegué a la conclusión de que la vieja no sabía nada de informática. Seguramente sus hijos le dejaban el ordenador preparado para que ella lo utilizase, cuando estaba con ellos... Pero entonces ¿por qué había dicho a la Quirona que iba a ponerse en contacto con sus hijos, antes de cenar?

Empecé a sospechar que todo aquello era una farsa, que quizás el ordenador ese no hubiera funcionado nunca. Que todo era un plan, urdido con la Quirona, para ponerme a prueba, para reírse de mí. Me sentía mal por momentos, así que me levanté para irme, cogí mi pizarra y escribí en ella: Gracias. Abril se deshizo en disculpas. No sé cómo ha pasado esto, debe ser por la nevada, este ordenador nunca me da problemas. Yo no escuchaba sus excusas, lo único que quería era marcharme a mi habitación. Aquello me había dejado sin fuerzas. Lo mejor era que cogiera mi maleta, al día siguiente, y regresase a Gijón. Aquel viaje había sido un des-

propósito, y lo único que había conseguido es que dos viejas chaladas se rieran de mí. ¡No hay derecho!, dije para mis adentros. Cuando iba a abrir la puerta para marcharme, Abril me retuvo por un brazo y me dijo muy seria, con un tono grave de voz: Espera, Virginia, no dejes que el desánimo se adueñe de tu espíritu.

Sus palabras desataron algo en mi interior y, sin poder evitarlo, me vine abajo y me puse a llorar. Siéntate un momento y escúchame, me pidió. No has podido hablar con tu amiga porque no la necesitas. La decisión de irte o quedarte, la tienes que tomar tú sola. Posiblemente el resto de tu vida va a depender de lo que decidas ahora. Tu curación —continuó— es cosa tuya y de nadie más. La Quirona puede ayudarte, pero el trabajo tendrás que hacerlo tú. Olvídate de tu amiga, no te dejes llevar por nadie, ni siquiera por nosotras, y toma las riendas de tu vida.

Sus palabras me parecieron muy melodramáticas, pero de alguna manera habían conseguido calmarme. Algo en mi interior me decía que llevaba razón. Había llegado el momento de dejar de ir de acá para allá, de centrarme en mi vida y tratar de averiguar qué coño hacía yo en este mundo. Aunque la decisión de quedarme se la hice saber a la Quirona al día siguiente, fue en ese instante cuando la tomé. O algo la tomó por mí, no sabría decir. Lo que sí puedo añá-

dir es que fue una decisión sin ningún género de dudas. Y con todas las consecuencias. Me llevasen a dónde me llevasen. De todas maneras, no tenía ningún sitio a dónde ir.

CAPÍTULO 6

Cuando salí de casa de Abril me fui derecha a mi habitación. Tenía ganas de llorar en soledad. Aunque, como he dicho, la decisión de quedarme en Bulnes ya estaba tomada. Aun así, me tumbé en la cama y lloré largo rato. En algún momento escuché cómo la Quiróna llamaba a mi puerta para decirme que la cena ya estaba lista. No le abrí ni subí a cenar. No tenía ganas de comer nada ni de verla. Ya se daría cuenta, por sí misma, de que yo no estaba para visitas. Debí comprenderlo así, porque no volvió a llamar a mi puerta.

¿Cómo me sentía en esos momentos? Rara, muy rara. Y dividida. Una parte de mí quería salir corriendo de allí y volver a Gijón, pero otra, la que iba ganando, me obligaba a quedarme. Su argumento era que yo no tenía nada que perder. Que había ido hasta allí para curarme y, al menos, debía intentarlo.

No eran argumentos muy sólidos, la verdad, sino más bien de resignación. Y yo odiaba la resignación. Esa era una actitud de la que había hecho gala mi madre, a lo largo de su vida, y siempre me rebelaba contra ella. Sobre todo cuando le ponía apellido y la llamaba resignación cristiana. ¡Me ponía de los nervios! No llegué a entender nunca por qué no luchaba, por qué no hacía algo para rebelarse ante las situaciones que la hacían resignarse, e intentar cambiarlas. Ella siempre me decía: Virginia, hay cosas que dependen de nosotros y otras no, y añadía: estas últimas no se pueden cambiar. Y mira tú por dónde, la situación en la que yo me encontraba se parecía mucho a esa resignación cristiana que me sacaba de quicio. Agotada por el llanto, y con estos pensamientos en mi cabeza, me quedé dormida y, por primera vez desde que estaba allí, dormí toda la noche de un tirón, sin recuerdos de haber tenido ningún sueño.

Mi paseo nocturno en brazos de Morfeo debió de ser reparador para mi cuerpo y mi mente. Me levanté temprano, pero muy descansada, y cuando la Quiroña me avisó para desayunar, yo ya me había duchado, vestido, y me encontraba dispuesta a enfrentar el nuevo día con un ánimo distinto al del día anterior. La curandera lo notó nada más verme, y empezó a reírse. Cogí mi pizarra para escribirle que mi decisión

había sido quedarme, pero ella se llevó el dedo índice de su mano derecha a los labios, y me dijo: Desayuna, y luego me cuentas. Lo primero que tenemos que hacer es atender al cuerpo, después viene todo lo demás. El cuerpo es muy importante. Asentí con la cabeza mientras tomaba un colacao caliente. La Quirona sonrió. No, no me entiendes —añadió—; no estoy hablando del cuerpo como imagen de nuestra personalidad. No estoy hablando del peso perfecto, ni de ir a la peluquería, ni comprar vestidos caros para estar guapa. ¡Todo eso es una gilipollez, es superficial!

Al escucharla abrí mucho los ojos y debí poner cara de ¿qué me está diciendo ésta? Ella continuó: Me estoy refiriendo al cuerpo como sede del alma, como instrumento de conexión con el espíritu. Pero tú no sabes de qué te hablo, ¿a que no?, me increpó apuntándome con una tostada en la mano. Yo paré de comer y me encogí de hombros. La Quirona soltó una sonora carcajada. ¡Mira que me daba miedo esa mujer! Luego añadió: No creas que es broma. Dicho esto, me apremió a que terminara mi desayuno. Así lo hice, mirándola de reojo, y también la obedecí cuando me ordenó que recogiera las tazas, platos, cafetera y todo lo que habíamos ensuciado y lo fregase. No soy tu criada, afirmó con un tono de mal humor. Cuando la tarea estuvo hecha, me pidió que me abrigase y fuéramos a dar un paseo. Eso me gus-

tó. Debíamos estar a varios grados bajo cero, el frío cortaba el aliento, pero había sol y sus rayos iluminaban mi ánimo. Después de ponerme mi anorak de plumas, gorro y guantes, fui a coger mi pizarra y me ordenó que la dejase: No la vas a necesitar, me dijo. Intenté protestar con gestos, pero no me hizo caso. Yo me planteaba cómo iba a contarle mi decisión, si no me dejaba coger la pizarra, pero la obedecí en la seguridad de que llevaba una pequeña libreta y un boli en un bolsillo interior del anorak. Entonces, para mi sorpresa, ella insistió: Deja también la libreta, ya te he dicho que no la vas a necesitar. Solo vamos a andar. Me pregunté ¿Cómo sabía que yo llevaba encima una libreta? Ella pareció no dar ninguna importancia a su adivinanza, y me instó a que la siguiera.

Salimos al pueblo, que estaba precioso, bordeando el río Texu, cuyas aguas no paraban de dar saltos y hacer cabriolas. Yo estaba embobada viendo aquel hermoso paisaje helado. Enfilamos un camino cuesta arriba que, según se indicaba en una señal de madera, subía hasta el refugio del pico Urriellu. La Quiroña iba por delante, a buen paso, y todo el rato me decía: Venga, venga, porque yo me quedaba atrás. Cuando llevábamos una media hora de subida, ya no podía con mi alma. Mi cara estaba congelada, sobre todo cuando pasábamos por algún tramo de um-

bría, y casi no me sentía ni las manos ni los pies, a pesar de los guantes y de las excelentes botas de montaña que calzaba.

La curandera, sin embargo, parecía no cansarse, incluso me pareció que, aunque no corría, daba saltitos y andaba a grandes zancadas. Estaba muy ágil. Me pregunté cuántos años tendría porque caminaba por aquellos parajes como si fuera un gato montés. Como si me hubiera leído el pensamiento, se paró en seco, esperó a que me pusiera a su altura, y me preguntó: ¿Cuántos años crees que tengo? Su pregunta me pareció impertinente. Demasiado sabía que yo no podía contestarle. ¿Qué esperaba, que se lo indicase con los dedos de mis manos? Por lo visto sí, porque me miró, esperando una respuesta, sin continuar la marcha. Resoplé, hasta recuperar el aliento, y me puse a pensar. ¿Cuántos años tendrá esta mujer? Viendo cómo andaba por aquel camino cuesta arriba, no parecía tener muchos. Daba la impresión de que era una joven y ágil moza. Pero claro, resultaba obvio que no era así. Estaba claro que tenía más que yo, y si yo había cumplido los 50, ella debía tener, al menos, 20 años más. Como continuaba esperando mi respuesta, abrí y cerré mis manos siete veces, indicándole con los dedos que tenía 70. ¡Casi, casi!, dijo satisfecha, tengo 72... o más, quién sabe, sonrió. Yo hice gestos que querían indicarle que se la veía en

muy buena forma para su edad. La Quirona se echó a reír y luego cambió el tono para regañarme: ¿Y no te da vergüenza que una vieja como yo, que tiene 22 años más que tú, te tenga que estar esperando todo el rato como si fueras una niña pequeña? Su bronca me pareció innecesaria. Me encogí de hombros de nuevo. Echaba de menos mi pizarra o mi libreta. Ella se aprovechaba de que yo no podía responderle. ¡Por eso no quería que me las llevase! Para ser siempre ella la que tuviera la última palabra.

No sé por cuánto tiempo continuó la subida por el camino. Yo intentaba seguirle el paso, pero no podía. Me encontraba exhausta y de peor humor cada vez. ¿Qué sentido tiene esta caminata a marchas forzadas? No entendía nada. En un recodo del camino la perdí de vista y me rendí. No tenía fuerzas para continuar. ¡A la mierda!, me dije para mis adentros. ¿Así es como piensa que voy a recuperar la voz? Mi garganta estaba congelada, a pesar de que el cuello del anorak me la cubría, y a la vez echaba fuego por el dolor. La tenía completamente seca y, por supuesto, no llevaba agua. No había salido preparada para una caminata de esa envergadura. La Quirona solo me había dicho que íbamos a andar, pero aquello no era un inocente paseo entre montañas. Aquello era una prueba de resistencia que yo no iba a superar. Entre otras cosas, porque mis piernas congeladas de

frío se negaban a andar, y había tenido algún que otro calambre. Sin pensarlo dos veces, me senté en una gran piedra que vi junto al camino, en la que estaba dando el sol. La roca estaba caliente y sentarme allí me reconfortó. Necesitaba descansar, ya no podía más. ¿Y la Quirona?, me pregunté, mirando a lo lejos. ¡Que le den, cuando vea que no la sigo, se dará la vuelta! Yo de aquí no me muevo. Y eso hice, me quedé inmóvil sentada en aquella piedra al sol. Me sentía tan reconfortada, que experimenté una especie de sopor, y hubiera jurado que me quedé dormida. Como en una nebulosa o en un sueño, vi a la curandera hablando con un hombre alto y delgado, que podría tener su edad. Éste le decía: Por hoy ya está bien, no la machaques más.

Al escuchar estas palabras abrí los ojos bruscamente y me encontré con el rostro de la Quirona, que me observaba, pegado a mis narices. ¿Qué, descansando?, me preguntó. Yo estaba ya tan pasada de rosca que le sonreí, no pensaba enfadarme con ella. Solo quería volver a Bulnes y descansar porque estaba agotada. Ella me miró con sus ojos profundos y oscuros, y noté cómo su mirada penetraba en mi interior y me agarraba por las entrañas. Me quedé paralizada. Por unos instantes me faltó la respiración. Luego tomé aire profundamente y algo se aflojó en mi pecho. La curandera me dio unos golpecitos en la

espalda, entre los omoplatos y, con una voz cálida y suave, me invitó a levantarme y a emprender el camino de regreso: Venga, volvamos a casa. Ya está bien por hoy. Emprendimos la vuelta y, curiosamente, yo ya no iba cansada. Fui capaz de seguir su ritmo, aunque me pareció que había disminuido la velocidad de su paso, que era ella la que se amoldaba al mío. El camino hasta Bulnes se me hizo mucho más corto, y no solo porque fuéramos cuesta abajo. Me sentía renovada, con fuerzas. No iba nada fatigada. Y hasta de buen humor.

Cuando llegamos a su casa, lo primero que hice fue coger la pizarra. Quería decirle cómo me sentía. Pero me lo impidió de nuevo. Ahora vamos a comer, me dijo, cuando terminemos me escribes todo lo que quieras. Hice gestos de protesta, temiendo que, después de la comida, me tuviera preparada cualquier otra sorpresa. Con voz condescendiente, la Quiróna me aseguró que no me mentía, que después de comer hablaríamos. Bueno, es un decir, añadió, está claro que tú aún no hablas. Iba a enfadarme con ella por este comentario un tanto cruel. Pero lo dejé estar. Me sentía tan bien en esos momentos, que me pareció que no merecía la pena enfadarme. Comí con gran apetito una succulenta fabada asturiana. No solo terminé mi plato, sino que acepté repetir cuando la curandera me lo ofreció. ¡Ten cuidado, dijo, a ver si te va a dar una

indigestión! Después de ese segundo plato, me ofreció como postre una cuajada, pero la rechacé; estaba muy llena y me empezaba a arrepentir por haber comido tanto. Nuevamente me ordenó fregar, mientras ella preparaba café. Cuando ambas finalizamos nuestras tareas, nos sentamos en el sofá con nuestras tazas en la mano, mirando el fuego que ardía en una chimenea, situada enfrente. Observar el fuego es mejor que mirar la televisión. El fuego contiene el impulso de la vida, pero también puede destruirte. Es un poderoso elemento. Todos lo son, me dijo.

Después de un rato hipnotizada por el fuego, la curandera me dio permiso para coger mi pizarra, antes de que me quedase amodorrada, después de una comida tan copiosa. Cogí la pizarra y escribí en ella: He decidido quedarme aquí hasta la primavera. Se la alargué para que la leyera, con una sonrisa. Pensé que se pondría contenta con mi decisión, y que tal vez suavizase su forma de tratarme. En lugar de eso cogió la pizarra y la puso boca abajo, sin leerla. Con gesto serio me miró de forma penetrante y me dijo que ya sabía lo que había decidido. Porque en realidad tú no has decidido nada de nada, añadió. Solo crees que la decisión ha sido tuya, pero no es así.

Desde luego, no me esperaba esa respuesta. Me quedé desconcertada. ¿Cómo que yo no había decidido nada, si ella misma me había instado a tomar

una decisión? Cogí de nuevo la pizarra, borré lo que había escrito antes, y escribí de nuevo, con rabia mal contenida: Sí, ha sido mi decisión. Yo lo he decidido. La respuesta a mis palabras fue una carcajada por su parte. Estaba claro que aquella mujer era una maleducada, que no sabía tratar con la gente. Me pregunté cómo era que tenía tan buena fama siendo tan gruñona. Me miró, retadora, pero yo no me rendí y escribí mis pensamientos en la pizarra. Cuando los leyó se tronchó de la risa, para gran cabreo mío. Con un tono mucho más amable, me preguntó: ¿De verdad quieres saber por qué tengo tan buena fama? Asentí con la cabeza. Pues verás, dijo la Quirona, mi buena fama se debe a que curo a las personas, pero no todas sois iguales. A quien solo le tengo que curar un esguince o cualquier mal físico menor, se lo curo sin ningún problema. Pero ese no es tu caso. La interrogué con gestos. Ella respondió, mirándome fijamente a los ojos: Tú no has llegado a mí con ningún hueso roto. A ti tengo que curarte el alma.

Su respuesta me dejó muda, más de lo que ya estaba. Quería escribirle algo en la pizarra. Decirle que mi alma estaba perfectamente y no tenía nada que ver con el intenso dolor en la garganta o con mi pérdida de voz. Que lo mío también era un problema físico. Esto último lo pensé, pero no lo expresé. Ella, sin embargo, me contestó: No, no, dijo, si crees que

tienes algo físico, te estás engañando tú sola. Sé perfectamente que te ha reconocido un afamado otorrino, y no encontró nada en tu cuerpo que provocase la pérdida del habla ni los dolores. La miré asombrada, ¿cómo podía saberlo, si yo no le había comentado nada del diagnóstico del doctor Buendía? Eso me lo dijo el padre de tu amiga —aclaró—, cuando se puso en contacto conmigo para que te tratase. Así que deja ya de hacerte la niñita pequeña, y asume de una vez que lo que tienes que curar es tu alma, si es que quieres volver a hablar y quitarte de encima ese dolor que te amarga la vida.

Me quedé mirándola, sin saber qué cara poner ni qué escribirle. En el fondo de mí sabía que tenía razón. Que algo andaba mal conmigo... pero no sabía el qué. Estaba claro que no era un problema físico que se solucionase con un tratamiento de pastillas. Al pensar esto, me vino a la cabeza nuevamente el sueño que había tenido, en el que aparecía la Quiroña, cogía mi bolsa de medicamentos y los arrojaba al andén, desde aquel tren en el que ambas íbamos subidas. Recordé perfectamente sus palabras: «No los vas a necesitar, y tampoco tu viejo equipaje. El viaje continúa, pero hay que hacer transbordo. Cambiar de tren». A punto estuve de contarle el sueño que había tenido, pero desistí. Era demasiado largo para escribirlo en la pizarra y, por otra parte, ¿cómo le iba

a decir que ella había aparecido en mi sueño, cuando yo no la conocía ni sabía que existía, justo la noche antes del día que perdí la voz? No, no podía contarle algo así. Pensaría que me había vuelto loca. ¿O no? Mi cuerpo se puso rígido, y empecé a sentir de nuevo un miedo atroz de esa mujer. ¿Qué me estaba haciendo?, me pregunté, pero no me atreví a preguntárselo a ella. La Quirona me miró y detecté compasión en sus ojos. No te preocupes, me dijo, seguro que te curarás. Estoy convencida de que sabes mucho más de lo que tú crees que sabes.

Sus palabras me parecieron enigmáticas. Aun así, negué repetidamente con la cabeza. Ella insistió: Me lo has demostrado esta mañana. Suspiré profundamente, seguí negando con la cabeza y haciendo gestos con las manos. No sabía de qué me estaba hablando. Ella me preguntó: ¿Por qué crees que has vuelto con tanta energía de la caminata? ¿En el camino de ida, ibas totalmente exhausta, no podías seguir más! Lo pensé y le escribí: Porque me paré a descansar en una roca donde daba el sol. ¡Efectivamente! —gritó ella—, te paraste en un lugar donde se concentraba una enorme cantidad de energía. ¿Ah, sí? Solo era una piedra al lado del camino, sería una casualidad, escribí. No, no, respondió la curandera categóricamente, las casualidades no existen. Deberías saberlo. Como tampoco es casualidad

que estés aquí conmigo. De toda la caminata que hicimos por ese camino, añadió, solo existe un lugar así. Y tú lo encontraste y fuiste derecha a sentarte sobre esa roca. Estaba caliente porque le daba el sol, le escribí. No, me respondió, le daba el sol, pero no estaba caliente por eso. Era una especie de estufa energética natural, para que lo entiendas.

Permanecí en silencio unos instantes, tratando de procesar todo lo que me estaba diciendo la Quirona. Pasados unos minutos, le escribí de nuevo. No, no hice nada de forma consciente... ella me interrumpió: ¿Quién ha dicho que lo hicieras de forma consciente? En nuestra vida decidimos de muchas maneras, y la mente, por cierto, que tan sobrevalorada está, es la que peor lo hace. La mente es buena para la lógica. Hace un papel innegable cuando tenemos que ser lógicos y organizarnos en la vida cotidiana. Pero la mente siempre divide y, en realidad, no nos sirve para tomar decisiones.

La miré con los ojos muy abiertos, sopesando mi próxima duda: Entonces, si no fue casualidad, y mi mente no intervino, ¿quién tomó la decisión de sentarse en esa roca? pregunté, escribiendo en la pizarra. Ella respondió de inmediato: El cuerpo. Tu cuerpo tomó esa decisión. Por eso te he dicho antes que tú no habías decidido nada sobre quedarte conmigo en Bulnes. Tú achacas la decisión a tu mente y a tu per-

sonalidad, pero no funciona así. Algo que sabe realmente, es quien toma las decisiones por nosotros. ¿Algo externo?, pregunté, atrapada en la conversación. ¡Claro que no! Nada externo decide por nosotros. Ese algo que sabe, está en nuestro interior. Todo se desarrolla dentro de nosotros. Lo externo es solo una proyección. Sus últimas palabras me desconcertaron un poco. Hice un gesto, llevándome el dedo índice de la mano derecha a la sien, como si estuviera a punto de volverse loca. La Quirona sonrió. Y volvió a decirme aquello de basta por hoy. Pero yo aún tenía más preguntas. Le supliqué, juntando las manos, que solo una más. Ella asintió con la cabeza y me invitó con un gesto a escribir mi pregunta en la pizarra. Medité un poco cómo la plantearía. Finalmente puse: ¿Cualquier persona hubiera podido encontrar ese sitio? Y añadí: ¿Qué hubiera pasado si no me hubiera sentado en esa roca? ¡Eso son dos preguntas!, dijo la curandera, en un tono de enfado fingido.

Vamos por partes —comenzó a explicarme—; encontrar cuáles son los lugares que nos aportan energía es tarea de cualquier ser humano. Y no me estoy refiriendo a paseos campestres, sino a la vida cotidiana. La mayoría de las personas se pasan la existencia en lugares y con gentes que les restan energía, y apenas tienen para sobrevivir. Por eso están cansadas, o tienen ansiedad, o no saben qué hacen en esta vida.

¿Y crees que no se dan cuenta de ello?, me preguntó. Yo me encogí de hombros. La mayoría lo saben. Saben que no tienen que ir a determinados lugares, o que no tienen que relacionarse con determinadas personas, porque no les hace ningún bien. Pero siguen haciéndolo para mantener su vida social. Su triste vida social, diría yo. La mayoría de la gente, continuó, necesita ser amada y reconocida, así se lo exige su ego. Sin ese supuesto amor y reconocimiento social, el ego, su personalidad, no es nada. Y precisamente en intentar ser algo emplean su tiempo, su dinero y su energía hasta el día en que mueren... sin saber lo que es la vida realmente.

¿Y qué es la vida, entonces?, pregunté en mi pizarra. La vida tiene que ver con la esencia y no con la apariencia —respondió—, vivimos en un mundo donde todo es apariencia y falsedad. No haya muchas personas auténticas, ni relaciones auténticas, todo en la existencia gira en torno a intereses personales o colectivos de unos y otros. Es una pena, concluyó en un tono lastimero, y así nos va. Pero ahora las fuerzas que gobiernan nuestra existencia y la de la Tierra que habitamos, nos están dando un ultimátum. O nos transformamos y empezamos a vivir de otra manera, o las consecuencias serán muy graves para nosotros y lo pasaremos muy mal. Nadie puede detener el movimiento de los tiempos.

Me quedé muy pensativa sopesando sus palabras. Aunque me parecieron un tanto grandilocuentes y exageradas, en algún punto llevaba razón. Sin quererlo, empecé a pensar en mi propia vida, realmente muy superficial. Pensé en los amigos que no lo eran, pero con los que me seguía juntando para mantener la ilusión de que la vida era divertida y lo pasábamos bien, sin muchas preocupaciones. Y pensé en los lugares a los que iba, los viajes que hacía, que antes me llenaban, y ahora me parecían vacíos. Como si mi vida formase parte de una gran representación teatral, y todos representarían un papel en el que no creía. Me vino a la cabeza que somos actores en el gran teatro de la existencia. Pero actores malos, de esos que sobreactúan y no conmueven ni convencen a nadie. Como en un aluvión, me llegaron imágenes de mí misma en numerosos lugares que no eran mi sitio y que me aportaban experiencias dañinas para mi alma.

Fue al llegar a la palabra alma cuando me paré en seco. ¿Mi alma?, me pregunté para mis adentros. Esta palabra no formaba parte de mi vocabulario habitual. Me asusté un poco. ¿Sería verdad, como decía la Quirona, que lo que tenía que sanar era mi alma, y no mi cuerpo? Por primera vez me vi tentada de contemplar esa posibilidad y de darle la razón a la curandera. Y si era así, ¿cómo se curaba el alma? Siguiendo un impulso se lo pregunté, escribiendo en

mi pizarra: ¿Cómo se cura el alma? Ella, que se había abstraído mirando al fuego, casi se atraganta de la risa cuando leyó mi pregunta. ¡Vaya, vaya, exclamó, algo hemos avanzado! Veo que ya contemplas la posibilidad de que lo que te ha hecho perder la voz, es más profundo que un simple síntoma físico. Sonreí a modo de respuesta. ¡Me había pillado! Aun así, le mostré de nuevo lo que había escrito, sin renunciar a obtener una respuesta.

La Quiróna suspiró profundamente y me dijo: Eso no es algo que ocurra de un día para otro. Lleva tiempo. Por eso te pedí que te quedases en Bulnes, al menos hasta la primavera. ¿Al menos?, escribí debajo de mi pregunta anterior, haciendo gestos de protesta. Sí, Virginia, al menos. Quizás tengas que quedarte más tiempo conmigo. Pero no adelantemos acontecimientos, añadió de forma apresurada antes de que yo protestase de nuevo. En realidad depende de ti, no de mí, subrayó. En realidad depende de cuánto estés dispuesta a soltar el control de tu vida. Y eso depende de lo fuerte que sea tu ego, de lo importante que te creas. Protesté con gestos y ella se rio. ¿Lo ves?, me dijo, sigues creyéndote muy importante en este mundo y quieres que vuelva pronto tu voz, porque tienes muchas cosas que hacer y que decir. Sus palabras me indignaron. Cogí la pizarra, borré lo que había escrito antes y le pregunté: ¿Y eso es

malo? Me respondió con rapidez: Las cosas no son malas ni buenas, es tu mente la que divide las experiencias según tu conveniencia. Pero la vida no funciona así. Que vuelvas a hablar, deje de atormentarte tu dolor de garganta y regreses a tus clases, no es ni bueno ni malo. Todo depende de cómo lo vivas tú. Si lo que pretendes es que tu vida vuelva a ser la misma que tenías antes, ese es un mal camino. Si de verdad quieres que tu vida deje de ser algo superficial, se base en la esencia de lo que eres y comprendas qué haces aquí en este mundo, entonces es otra cosa. Cuando se vive desde lo que somos, da igual lo que hagamos o a qué nos dediquemos. Siempre estamos más dotados para unas cosas que para otras, y dedicarnos a lo que nos hace felices favorece nuestra existencia. Yo diría que favorece nuestro sueño. Pero no se trata de seguir soñando, sino de despertar.

La Quirona dio por terminado su discurso, se levantó, se puso el anorak y salió de la casa. Yo me quedé clavada en el sofá, mirando el fuego y pensando en sus palabras. Antes de marcharse me dijo que fregase las tazas del café. Luego añadió: Mañana empezarás a saber cómo se sana el alma. Mi cuerpo se puso alerta y se me erizó el vello de la piel. Algo me decía que no me confiase, que sus palabras podían encerrar algo maléfico para mí, que al día siguiente podía pasar cualquier cosa. ¡Y vaya si pasó!

CAPÍTULO 7

Y sí, pasaron muchas cosas, pero no al día siguiente, como me había anunciado la Quirona. La curandera desapareció de su casa, como por arte de magia, y estuvo fuera algunos días, no recuerdo muy bien cuántos. No me dijo nada. Solo me dejó una nota escrita en la cocina, anunciándome que estaría ausente unos días. La nota añadía que podía encontrar en el frigorífico y en la despensa comida suficiente para no pasar hambre durante su ausencia.

Me extrañó su comportamiento, pero tampoco demasiado. Tenía muy presentes las palabras de Sofía cuando me decía que era una mujer muy rara. ¡Y vaya si lo era! Yo podía dar fe de ello, en el poco tiempo que llevaba viviendo en su casa. A decir verdad, su misteriosa ausencia no solo no me molestó, sino que experimenté cierto alivio ante la posibilidad

de pasar unos días sola, sin su opresiva presencia. Pensé que dedicaría esos días a pasear por el pueblo y a descansar de la tensión de las últimas jornadas. También se me ocurrió acercarme a casa de Abril, con la intención de probar nuevamente su ordenador, para ver si podía ponerme en contacto con Sofía. Y eso fue lo primero que hice ese día, y al siguiente. Pero en casa de Abril no había nadie. Pensé que, tal vez, estuviera fuera de Bulnes acompañando a la Quirona. Sí, eso era lo más probable, o lo que a mí me resultaba más fácil creer. No podía ser que ambas mujeres hubieran desaparecido del pueblo a la vez, sin que su marcha estuviera, de algún modo, relacionada.

Y lo que yo creía que iban a ser unos días tranquilos para mí, en ausencia de la curandera, se convirtieron en una especie de tortura psicológica en la que mi mente campaba a sus anchas, sugiriéndome toda clase de ideas peregrinas. La que me parecía más inquietante era la que se había instalado en mi cabeza, según la cual la Quirona y Abril no se habían ido realmente, sino que, de alguna forma, permanecían en Bulnes y me observaban. Eso en el mejor de los casos. Había otra versión en la que las dos brujas —a esas alturas yo no tenía dudas de que Abril también lo era— lanzaban sobre mí toda clase de sortilegios y anulaban mi voluntad. La verdad es que hubo

momentos en los que pasé mucho miedo. Sobre todo, por las noches cuando me encontraba en mi habitación y oía cualquier ruido.

Después de la segunda noche, desde la ausencia de la Quirona, estaba tan asustada que me levanté muy temprano, me abrigué y salí a pasear por el pueblo. Aún no había amanecido del todo. No aguantaba más permanecer en la cama muerta de miedo, con la inquietante sospecha de que me observaban. Bulnes estaba desierto, parecía un lugar deshabitado, una población fantasma. Y eso alentaba todavía más mis miedos. ¿Y si me habían dejado allí sola? Me adentré por una calle que llevaba a la parte alta del pueblo, la que se llamaba la zona del castillo, según rezaba en una señal de madera.

Cuando llegué arriba del todo, después de pasar junto a varias casas y restaurantes que estaban cerrados a cal y canto, me asomé a un mirador, junto a un bar también cerrado. Desde allí podía verse una especie de camino de cabras, en muy malas condiciones, junto a un indicador que señalaba a Poncebos. Me quedé observando ese camino, y empecé a pensar que, si algún día quería escaparme de la Quirona, una forma de salir de Bulnes era a través de ese camino, en lugar de coger el funicular. Yo misma me sorprendí de ese pensamiento y me dije para mis adentros: Pero bueno, si te quieres largar de aquí no

hace falta que te rompas la crisma por este camino, coges el funicular, y punto. Estaba embebida en mis pensamientos de huida cuando se me acercó un perro pequeño de raza indefinida, moviendo el rabo, y empezó a saltar a mi alrededor. Me quedé muy sorprendida, no lo había oído llegar. Era el primer ser vivo que me encontraba, además de las dos brujas, desde que había llegado allí. El animal parecía amistoso. Cuando me agaché para acariciarlo, se presentó corriendo otro perrillo, junto a un joven. Al ver al hombre me asusté; aunque no parecía peligroso. Al contrario, se dirigió a mí, con una sonrisa, y me dijo: Buenos días. Hice una inclinación con la cabeza, a modo de saludo, y también le sonreí. Casi de inmediato reconocí que aquel era el mismo joven que viajó conmigo en el funicular, el día en que llegué a Bulnes. La presencia de los dos perros me lo confirmaba. Sin saber por qué, la aparición de este chico hizo que me relajase. Parecía una persona normal, vestía con ropa de montaña, muy abrigado. Podía haber sido uno de mis alumnos.

Hola, dijo el joven, me llamo Álex, ¿y tú? Hice un gesto señalándome la garganta para indicarle que no podía hablar. Le pedí que esperase, con otro gesto de mi mano, y miré en el bolsillo de mi anorak para comprobar si había traído mi pequeña libreta. La saqué y escribí en ella: Me llamo Virginia. Él me mira-

ba con una especie de intriga y fascinación. Me dijo que no se veía a mucha gente por allí en invierno, y que ya había sido una sorpresa cuando me vio con una maleta en el funicular. Supongo —añadió— que has venido a ver a la Quirón, ¿te quedarás mucho tiempo? Me encogí de hombros y escribí en mi libreta: No lo sé.

De pronto tuve una intuición y le pregunté si conocía algún sitio en Bulnes donde pudiera haber cobertura para el móvil. Se echó a reír ¡Esa es la pregunta del millón! me dijo. Me fijé en él y me pareció muy guapo, rubio de cabellos lacios y largos, barba de pocos días, tenía los ojos azules. Debía llevarse a las chicas de calle. Además, se le veía muy amable y simpático. Me miró con curiosidad, y me preguntó: ¿Qué me das si te indico el lugar donde hay cobertura? Me quedé un tanto desconcertada, no esperaba esa respuesta. Me encogí de hombros. Debí de poner cara de tonta. Realmente no sabía qué podía darle, ¿dinero? Confieso que llegué a pensar si no querría abusar de mí. Debí ponerme colorada, Álex se rio de buena gana, y me dijo: ¡Es broma! Ven, sígueme, te mostraré con mucho gusto el único lugar de la zona donde hay un poco de cobertura. Un poco, y no siempre, me advirtió. Asentí con la cabeza y le seguí dócilmente, como hacían los dos perriños que iban con él.

Me indicó que el lugar estaba cerca y me contó por el camino que hacía montañismo y organizaba rutas en verano. Se conocía muy bien la zona y era un enamorado de aquellos parajes tan hermosos. Había formado parte, en más de una ocasión, de escaladas al Naranjo de Bulnes. Yo le escuchaba embohada, estaba contenta de haberlo encontrado. Con gestos le pregunté si vivía allí. Me dijo que solo en verano, tenía una pequeña casa de alquiler en el pueblo, muy rústica, que visitaba con frecuencia, más que nada para no descuidar su mantenimiento. En realidad, era el dueño de una tienda de material de montaña, que también era su casa durante el invierno, en Las Arenas; un pueblo por el que yo había pasado con el coche en mi viaje a Poncebos para coger allí el funicular hacia Bulnes. Todo lo que me contaba me tranquilizaba y alejaba de mis negros pensamientos sobre la curandera y su amiga.

Cuando me disponía a preguntarle su opinión sobre la Quirón, llegamos a un recodo del camino, que estaba en alto, y me dijo que ese era el lugar. Me preguntó si había traído mi móvil para comprobar la cobertura, y negué con la cabeza, poniendo cara de lástima. ¡No se me había ocurrido cogerlo! ¿Cómo iba yo a pensar que podría utilizarlo? Álex se ofreció a dejarme el suyo, por si yo quería llamar a alguien. Recibí su oferta con muestras de alegría, y escribí en

mi libreta: Pero no puedo hablar. Él dijo: Es verdad, no había caído. Le escribí que volvería en otro momento, con mi teléfono móvil, a ver si me dejaba mandar algún wasap. Pero Álex insistió, con amabilidad: Mira, si quieres yo puedo llamar a la persona que me digas, y le doy algún recado de tu parte. ¿Es tu marido, o algún hijo?, me preguntó. Aunque no había motivo, su pregunta me ofendió. En esos momentos caí en la cuenta de que aquel joven me veía mucho mayor de lo que yo pensaba, por lo que yo debía tener marido, hijos, y puede que hasta nietos. ¡Joder, que solo tenía 50 años y muy buen aspecto! Pero era obvio que Álex, con sus veintipocos, me veía casi como una ancianita. O, al menos, como una mujer mayor.

Sonreí y, sin darle más explicaciones, escribí en mi libreta que quería llamar a una amiga. ¡Ah!, exclamó, poniendo cara de asombro. Vale, ¿cómo se llama tu amiga?, me preguntó: Sofía, le escribí. Sin más preámbulos, me indicó que marcara el número de mi amiga. Así lo hice, rogando que cogiera el teléfono. Tardó un buen rato, hasta que la voz somnolienta de Sofía se escuchó débilmente a través de su móvil. Álex puso el manos libres y le explicó que la estaba llamando en mi nombre, porque yo no podía hablar. Sofía debió despertarse de una y preguntó, con voz angustiada: ¿Está bien Virginia, está bien? Yo asentí

con la cabeza, y el joven continuó haciendo de intérprete. Dice que sí, que está muy bien. Yo no había dicho tanto, pero bueno. Álex le pidió que esperase un poco, porque yo le estaba escribiendo algo en una libreta, para que él me lo transmitiera. Él se lo leyó. Dice que se quedará en Bulnes hasta la primavera, para que la Quirona pueda curarla. ¿Hasta la primavera?, preguntó Sofía muy alterada. ¿Cómo que hasta la primavera? No lo entiendo. Bueno, eso es lo que ella me ha escrito para que yo se lo diga, afirmó Álex, que ponía cara de no entender nada. Cuando yo escribía una nueva frase tranquilizadora para Sofía, el móvil se cortó, y la comunicación se quedó interrumpida. ¿Ves? —dijo él con un tono de fastidio—. La cobertura aquí no es permanente. Ya te lo había advertido. Lo siento.

Con gestos le agradecí que me hubiera acompañado al lugar, y le escribí que ya volvería con mi móvil para intentar ponerme en contacto por wasap con mi amiga. Sin mediar más palabras, ambos emprendimos el camino hacia la parte baja de Bulnes y me acompañó hasta la casa de la Quirona. Ya en la puerta, le pregunté por escrito dónde estaba su casa. Noté que no le había gustado mi pregunta, me respondió con un escueto: Queda lejos de aquí. El joven se quedó en silencio, como si no supiera lo que hacer. De pronto sonrió y se despidió de mí. Cuando ya se ha-

bía dado media vuelta, volvió sobre sus pasos y me dijo: Mira, coge el número de mi teléfono móvil. Así si necesitas que te traiga alguna cosa de Las Arenas, me puedes llamar desde el lugar que te he indicado, o me mandas un mensaje, ¿vale? Aquel gesto me llenó de alegría, casi me pongo a llorar de la emoción. Apunté el número que me daba en mi libreta y le cogí ambas manos como señal de agradecimiento.

Álex se marchó con sus perros, que en realidad eran hembras, como supe más tarde, y se llamaban Falina y Lola. Entré canturreando para mis adentros en casa de la Quiróna. Era el tercer día que estaba sola. No sabía nada de ella, pero el encuentro con Álex había cambiado mi visión del mundo. Me había tranquilizado. Hasta se podría decir que me encontraba contenta. Su sola presencia ayudaba a iluminar mi incierta y triste existencia en aquel hermoso lugar alejado del mundo.

También me alegraba mucho haberme puesto en contacto con Sofía, que seguro que ya había empezado a preocuparse sin tener noticias mías. Y, bueno, Álex le había transmitido lo esencial, que pensaba quedarme en Bulnes hasta la primavera, para poder recuperar la voz. No me extrañaba que ella se hubiera alterado tanto con esta noticia. A mí misma me aterrorizaba cada vez que lo pensaba. ¡Todavía faltaban dos meses! ¿Aguantaría allí todo ese tiempo? Uf,

no lo sabía. De momento no habíamos empezado con el tratamiento y ya llevaba allí varios días. Me puse a pensar cuántos, y no lo tenía claro. ¡He perdido la noción del tiempo, desde que estoy aquí!, me dije para mis adentros. Debería apuntarlo en mi libreta, como hacen los que se encuentran presos en una celda. Ese pensamiento me asustó, porque no podía quitarme de encima la sensación de que estaba secuestrada o algo así. No, no, no, nadie me retiene aquí, razoné, podría irme ahora mismo si quisiera.

Sin embargo, no podía. Sí, podía hacer mi maleta y dejar una nota a la Quirona, informándole de que había vuelto a Gijón. Podía hacerlo, sí, nadie me lo impedía y, sin embargo, no podía. Algo en mi interior me retenía allí. Suspiré diciéndome que estaba claro que lo que me retenía en Bulnes era mi deseo de curarme, recuperar la voz y olvidarme de los fuertes dolores de garganta. Estaba claro. Sin embargo, en el fondo de mí yo sabía que me engañaba, que además de esas razones lógicas, había algo en aquel lugar que me paralizaba para coger la maleta y volver a Gijón.

Ese día regresé en dos ocasiones al lugar que me había indicado Álex, para intentar conectar con Sofía. No hubo manera. La cobertura de mi teléfono móvil estaba completamente muerta, cero total. A última hora de la tarde me di por vencida y regresé a

casa de la Quirona para cenar y acostarme. Esa noche tampoco conseguí dormir bien en mi habitación. Había echado la llave de la puerta, tenía miedo. Era la tercera noche, inquieta, con pesadillas. Lo curioso es que, cuando me despertaba, no me acordaba absolutamente de nada de lo que había soñado. Mal que bien, a trompicones, conseguí dormirme cuando empezaba a amanecer. Por eso estaba como un tronco cuando me despertaron unos golpes insistentes en mi puerta.

Enseguida escuché la voz de la Quirona gritando: Abre, Virginia, ¿es que te has encerrado?, ¿no tendrías miedo, verdad? Después de este comentario, oí las risas descontroladas de la curandera y de Abril. Ya están aquí las dos locas, pensé. Me tiré de la cama y, con los ojos somnolientos, conseguí abrir la puerta a duras penas. Las dos mujeres entraron como una exhalación, gritando y riéndose. Cada una llevaba una caja de cartón. Y me pidieron que no cerrara porque había más en la puerta. Yo estaba totalmente desconcertada. Ambas apilaron las cajas, que estaban cerradas, en un rincón de mi habitación. Aquí no te estorbarán, dijo Abril con una sonrisa. La Quirona asintió y se me quedó mirando. Puso cara de pánico, y me dijo: ¡Dios mío, estás horrible! ¿Qué te ha pasado? Ambas se rieron de la gracia, y yo corrí al baño a mirarme en el espejo, para ver qué era lo

que las alarmaba tanto. No vi ninguna cosa rara, solo mi cara de siempre recién levantada, con el añadido de haber pasado una nocecita toledana.

Cuando volví a la habitación las dos mujeres se estaban yendo. La Quirona se volvió y, mirándome fijamente con sus penetrantes ojos oscuros, me dio un golpecito en la espalda y me dijo: Arréglate un poco. Te espero para desayunar. Ánimo, mujer, hoy es el primer día del resto de tu vida: ¡Empezamos tu tratamiento! Abril aplaudió como si fuera una niña pequeña. Me pareció ver un brillo especial en su mirada de ojos felinos. Dieron un portazo y se marcharon. Yo me quedé ahí en medio, sin saber muy bien qué hacer. Se acabó la tranquilidad, me dije. ¿Qué habrá dentro de esas cajas? ¡Miedo me daba descubrirlo! No quedaba más remedio que hacer de tripas corazón y comprobar, de una vez por todas, si aquella mujer podía hacer algo por mí para curarme. Y si no, me repetí otra vez, agarro mi maleta y me vuelvo a Gijón. Lo pensé, es verdad, pero no me creía que fuera a hacerlo realmente. Así que me duché, me vestí, me calcé mis botas de montaña y me puse el anorak.

Comprobé que llevaba dentro la libreta con el número de teléfono de Álex, lo que me proporcionaba cierta tranquilidad, y subí a desayunar. Las dos mujeres casi habían terminado. Me di cuenta de que ha-

bían traído alimentos y, junto con mi colacao, me pusieron unos carballones que estaban realmente deliciosos. Me comí dos. Las dos mujeres empezaron a gastar bromas sobre mi figura, diciéndome que, como siguiera comiendo de esa manera, no me iban a conocer cuando regresase a Gijón. No tenía ganas de enfadarme con ellas, aunque estaba segura de que lo decían para molestarme, así que yo también me reí.

Cuando terminé de desayunar, y sin que la Quiroña me lo dijera, recogí las tazas y los platos y los fregué. ¡Mira qué pronto ha aprendido! —señaló la curandera. Ya te dije que era una chica lista —respondió Abril, acariciándome la cabeza. Cuando terminé de fregar, recuperé mi pizarra y pregunté: ¿Qué hay en las cajas? Ni te lo imaginas, respondieron ambas casi al unísono. Vamos a tu habitación y lo verás.

Efectivamente, no me lo imaginaba. Las dos mujeres disfrutaban de lo lindo, haciendo comentarios entre ellas. Pero no llegaron a abrir las cajas, solo simulaban que lo hacían, y sacaban objetos imaginarios, mostrándoselos una a la otra con sus manos vacías. Mira, mira éste, ¿te gusta? Intenté escribir en mi pizarra, pero Abril me la quitó de las manos, con gran delicadeza, mientras la Quiroña me preguntaba: ¿Sabes lo que es el kintsugi? Puse un gesto de extrañeza y negué repetidas veces con la cabeza. Sién-

tate en la cama y escucha. Así lo hice. Abril se sentó a mi lado y la Quirona permaneció de pie. Se hizo la interesante un rato, paseándose por la estancia, y finalmente dijo: El kintsugi es un arte japonés, una técnica que se remonta al siglo XV. Consiste en reparar los objetos rotos pegándolos y resaltando después esas grietas con hilo de oro.

Hizo una pausa que me resultó muy teatral. Yo la miraba y la escuchaba con atención, pero no entendía nada de nada, ¿qué tenía que ver el *kinleches* ese, o como se llamase, conmigo? Supongo que mi cara era un poema, y la curandera adivinó mis pensamientos. Seguro que crees que lo que te estoy contando no tiene nada que ver contigo, afirmó. Yo asentí con la cabeza y levanté los hombros como diciéndole que no entendía nada. La Quirona y Abril hicieron un gesto de complicidad y sonrieron. Pues tiene mucho que ver contigo y con lo que te pasa. Lo verás con el tiempo, se necesita paciencia para recomponer los trozos rotos, afirmó con rotundidad.

Yo no sabía qué pensar. Ella continuó: De algún modo, todos estamos rotos por dentro, pero tú parece no saberlo y te empeñas en disimular tus heridas, de forma que nadie pueda verlas. El problema, añadió, es que ni tú misma eres capaz de verlas. Me quedé totalmente desconcertada, ¿de qué heridas me estaba hablando? Yo no tenía ese tipo de problemas,

era una mujer fuerte, con la vida muy bien resulta, independiente, que tenía estudios superiores, daba clases en un instituto, mis alumnos me adoraban... sentí una inmensa rabia de no poder hablar para explicarle todo eso que estaba pensando. Cuando hice ademán de coger mi pizarra, para protestar, Abril volvió a impedírmelo con suavidad. Escucha, me dijo con su mejor sonrisa, no necesitamos que pongas tu atención en la queja. No desperdicies tu energía defendiéndote. Relájate, y solo escucha a la Quirona.

Estaba claro que me tenían atrapada con sus palabras. Así que intenté relajarme y escuchar. La curandera continuó: En realidad, eres una artista en el arte del camuflaje. Te has pasado toda tu existencia contándote una película sobre ti misma, que es totalmente falsa. Pero te la has creído a pie juntillas. Has estado de carnavales todo el año, escondiéndote tras una máscara de falsedad, disfrazándote como una mujer libre e independiente, que tiene de todo, que puede llevar a cabo cualquier cosa que se proponga y que puede manejar a los demás a su antojo.

Esta última afirmación me hizo ponerme en pie. ¡No había derecho, yo no manejaba a nadie! Abril y la Quirona se rieron con mi reacción, que calificaron de infantil. La prueba de que lo que digo está basado en la verdad, es cómo ha afectado a tu ego, afirmó la curandera. Si todo lo que estoy diciendo de ti fuera

falso, te resbalaría, no tendrías necesidad de protegerte, no te afectaría. Pero te afecta, y mucho, concluyó.

Volví a sentarme en la cama, sin saber qué hacer. ¿Llevaba razón con lo que me decía? Pero yo no recordaba haber manejado a nadie en toda mi vida. ¿O sí? De pronto vinieron a mi mente un montón de escenas en las que yo, claramente, había manejado los sentimientos de Raúl para mi propio interés. De hecho, le había estado haciendo creer que en algún momento viviríamos juntos y formaríamos una familia, aunque nunca había tenido ni la más mínima intención de hacerlo. También me había hecho creer a mí misma que, en realidad, no me había importado que me abandonase. Cuando sí que me afectó.

Como si se hubiera desatado algo en mi interior, aparecieron en mi mente otras situaciones en el instituto, como cuando un joven de clase se enamoró de mí. En realidad, había sido yo quién había estado coqueteando con mi alumno, quedando con él fuera de clase, y comportándome como si hubiera querido tener una relación con él. El joven dejó de asistir a mis clases, y aunque supe que lo había pasado mal, le culpé a él mismo de haber creado la situación, cuando había sido yo la responsable. Acudieron a mí otras escenas de mi vida, en relación con mis padres, a los que yo manipulaba continuamente durante mi

adolescencia y después, sacando partido de que yo era hija única. Ellos eran mayores y se volcaban totalmente en complacerme, en darme todos los caprichos y en que no me faltase de nada. De pronto comprendí lo poco que yo me había ocupado de ellos, más allá de obtener algún tipo de beneficio.

Me sentí mal, muy mal. Nunca en mi vida me había sentido tan frágil y tan perdida. ¿Qué me estaban haciendo aquellas dos mujeres?, ¿me habrían puesto algún tipo de droga en el desayuno? Como si fueran capaces de adivinar lo que yo estaba pensando, Abril dijo por lo bajines, pero con un tono de voz suficiente como para que yo lo oyera: ¡Sí, en el colacao, te hemos puesto droga en el colacao! Me quedé paralizada al escucharla, agarré con rapidez la pizarra, y escribí en ella: ¿Quiénes sois? La carcajada que soltaron se debió escuchar en todo el pueblo. Yo no podía más, me tapé la cara con las manos y empecé a llorar, como si un torrente de lágrimas amenazara con ahogarme. Ellas dejaron de reírse. Abril me acarició el pelo y le dijo a la Quirona: Pobrecilla, ¡siempre se te va la mano! La curandera no respondió. No sé si hizo algún gesto porque no podía verlo. Yo seguía llorando y llorando con gran desconsuelo. ¡Qué frágil y vulnerable me sentía!

La imagen esa que yo había mantenido de mujer fuerte que puede con todo, se había esfumado para

siempre. Algo me decía que yo no iba a volver a ser la misma. A mis 50 años, me había dado cuenta de cosas de mí misma, que no había sabido ver en toda mi existencia. Y seguro que eso iba a traer consecuencias. Aunque en esos momentos no podía saber de qué tipo, seguro que no me iban a dejar indiferente.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Abril me seguía acariciando suavemente en la cabeza, y la Quirona se mantenía callada. Poco a poco me tranquilicé. Me hubiera gustado contar a las dos mujeres todo lo que había pasado por mi cabeza, pero la curandera se colocó el dedo índice de su mano derecha sobre los labios, indicándome que me mantuviera en silencio. Obviamente no podía hacer otra cosa, así que su gesto me hizo sonreír. Ambas celebraron mi sonrisa como si fuera una fiesta, incluso se cogieron de las manos y empezaron a bailar por la habitación. Yo me reí. No tenía duda de que aquellas dos viejas estaban como un cencerro. Incluso noté en mi interior una chispa de cariño hacia ellas; cosa que no había ocurrido desde que llegué a Bulnes.

Cuando se cansaron de dar saltos, la Quirona me dijo: Me alegro muchísimo de tu llanto purificador. Quizás no lo sepas, pero hoy has dado un pequeño paso para tu curación. No sabía si hablaba en broma o en serio, pero le agradecí sus palabras, llevándome

una mano al corazón. Ella continuó, como si no hubiera visto mi gesto de agradecimiento: Gracias a esas abundantes lágrimas has abierto una puerta para comprender lo que vamos a hacer a continuación. Mi vello se erizó y mi cuerpo se puso en guardia. Con una especie de reverencia, alargó su mano hacia Abril, y le preguntó: ¿Preparada? Ésta, con gran ceremonia, se levantó y ambas se dirigieron hacia las cajas que habían dejado en mi habitación.

La curandera desprecintó y abrió la caja de cartón que estaba encima y sacó de ella una especie de jarrón de porcelana blanco, con forma de corazón, que le dio a Abril, haciendo una broma como si se le cayera de las manos. Ambas se rieron y mi primer pensamiento fue: ¡Qué cosa más horterita! A continuación, sacó otra pieza, más o menos del mismo tamaño que la anterior, pero esta vez era un cuenco de color gris oscuro. Juntas, se volvieron hacia mí y se quedaron allí mirándome fijamente a los ojos, con una sonrisa. Yo no podía zafarme de sus intensas miradas. Hice gestos con las manos y los brazos, me encogí de hombros, como queriendo decirles: ¿Y qué?

Ellas permanecieron un rato en la misma postura, hasta que Abril preguntó a la Quirona, ¿Ahora? Entonces vi una de las escenas más surrealistas que había visto en mi vida. Como si fueran una misma persona, ejecutaron una danza al unísono, con los ojos

cerrados. Sus movimientos eran hipnotizantes, yo no podía apartar la mirada de ellas. Y en un momento determinado se pararon y arrojaron con todas sus fuerzas los objetos al suelo. Estos se hicieron añicos y, con el golpe, me pareció que yo despertaba de un sueño. Desperté lo suficiente como para darme cuenta de lo que habían hecho y pensar, algo horrorizada, que aquellas dos mujeres estaban realmente locas.

CAPÍTULO 8

A partir de ese momento las dos mujeres empezaron a llamarme la Dama del Kintsugi. Sin duda, ese día marcó un antes y un después en nuestra relación porque ellas empezaron a tratarme de otra manera. No es que ya no se rieran de mí, claro que sí, seguían haciéndolo, pero yo notaba que me miraban de otra forma, tal vez con más cariño, con más paciencia y, sobre todo, me hacían saber que lo que yo estaba haciendo no era un asunto baladí, sino algo sagrado. Algo que, según me decían, iba a recomponer mi alma rota. Sí, como aquellas piezas que ellas mismas habían hecho añicos delante de mis narices.

Porque de eso se trataba. Me explicaron que recomponer los objetos rotos formaba parte de una milenaria técnica japonesa, para reconocer la belleza y el valor aún en las cosas imperfectas. Un cuenco roto, podía ir a la basura. En estos tiempos, ensegui-

da sería sustituido por uno nuevo, dada la escasa importancia que damos a las cosas cuando se rompen o se estropean. Esto es lo que haría cualquier persona, porque así es como se actúa en el mundo moderno. Sin embargo, el kintsugi invita a la reflexión, a comprobar cómo el paso del tiempo, aunque estropea las cosas, no les resta ningún valor. Al contrario, te lleva a apreciar la belleza de los objetos y, en lugar de tirarlos porque están rotos, resalta esas imperfecciones únicas a fin de otorgarles más mérito y más interés.

La cuestión, según me explicaron las dos mujeres, es que todos, absolutamente todos, estamos rotos, tenemos heridas por nuestros sufrimientos, y por las pruebas que hemos atravesado a lo largo de la vida. Con esta técnica, mientras reparamos los trozos de la pieza rota, vamos reparando nuestra propia alma, haciendo que nuestras heridas interiores se vayan transformando y mostrándonos el camino hacia un nuevo ciclo vital. Esas heridas podían ser físicas, emocionales o mentales. O podían tener todos los componentes a la vez. Cuando terminaron con su explicación, yo me quedé un poco desconcertada. No terminaba de ver con claridad por qué arreglar un cuenco o un jarrón, iba a tener en mi vida el efecto que ellas decían. Y así lo escribí en mi libreta ¡Anda, no pienses tanto!, me dijo la Quiróna. Todo

lo racionalizas, todo lo vives con la mente, y la mente solo sirve para sembrar dudas, pero no para curarte, ¿no es verdad? Me encogí de hombros. Ella continuó: Se trata de un proceso alquímico. ¿Habrás oído hablar de los alquimistas, no? Afirmé con la cabeza e hice un gesto como queriendo decir que no era tonta. Ya, ya sabemos que no eres tonta. Si lo fueras, no te habrías quedado aquí, pero, ¿siempre tiene que salir tu ego a recordarnos tu importancia personal?, preguntó. Hizo un silencio, que me pareció muy teatral, y continuó explicándome el arte del kintsugi: Los alquimistas transformaban los metales viles en oro. Era un proceso interior, claro, pero tenía una correspondencia en el exterior. Ellos se transformaban por dentro, al mismo tiempo que trataban de convertir el plomo en oro, a través de una serie de operaciones con los metales.

No creas que todo el mundo puede hacerlo, añadió, hay que dejarse llevar por el cuerpo, por los sentidos, poniendo toda tu atención y toda tu intención en la tarea. Se necesita mucha concentración y mucha paciencia. ¡Y tú no tienes ninguna de las dos cosas! Esta afirmación provocó una nueva oleada de carcajadas en las dos viejas. A mí me produjo cierto malestar, que no me molesté en disimular ¿Lo ves? dijo Abril, ¡ya te has enfadado otra vez! Llevaban razón. Parecía que yo estaba siempre con la escopeta

cargada, defendiendo con uñas y dientes el fortín de mi ego. Nunca lo había pensado, pero esta vez me di cuenta de ello y junté las manos en actitud de pedir perdón. Ambas se miraron con sorpresa. Quizás no esperaban mi reacción. El caso es que les gustó. Abril me acarició la cabeza y le dijo a la Quirona sobre mí: Chica lista. Creo que vamos a poder hacer carrera de ella. Su comentario me hizo reír, y noté que esa risa era liberadora para mí. Sí, aquellas dos mujeres estaban como un cencerro, pero había algo en ellas que, muy a pesar mío, me gustaba. Me hacían enfrentarme con mis demonios internos. Y cuando conseguía rendir las murallas de mi ego, experimentaba en mi interior una libertad que no había sentido nunca en mi vida. No sé cómo explicarlo. Era como si mi mundo externo se viniera abajo y, por primera vez, yo fuera capaz de vislumbrar otro mundo que nada tenía que ver con mis vivencias hasta ese momento, a mis cincuenta años de edad.

La Quirona afirmó que iría explicándome el proceso poco a poco, conforme yo fuera capaz de superar las distintas etapas: Así no te distraerás, pensando en lo que tienes que hacer a continuación. Con la tarea del día será suficiente. Según me dijo, la primera etapa ya la habían hecho ellas, acompañándola de una danza sagrada. Quise saber algo más sobre esa danza, pero la curandera hizo un gesto despectivo

con la mano, como muestra tajante de que no pensaba explicarme nada. ¡Eso no es importante ahora!, zanjó. La primera etapa, como te he dicho, ya está hecha: consiste en romper los objetos. Ahora te corresponde a ti la segunda fase. Me miró con sus ojos penetrantes y, antes de que me dijera una palabra, adiviné de qué se trataba. Seguro que tenía que recoger todos los trozos del suelo y pegarlos. Miré a mi alrededor, y solo entonces comprobé que había muchos y eran muy pequeños. No iba a ser fácil. Las dos mujeres habían arrojado el jarrón y el cuenco contra las baldosas, con todas sus fuerzas. Hice un gesto con las manos, como diciendo que algún trozo se podría haber perdido, estaría debajo de la cama, o vete tú a saber dónde. Las dos se miraron satisfechas y comentaron entre ellas que habían hecho muy bien su trabajo. Yo me indigné otra vez y empecé a revolverme en mi interior, pensando que todo aquel jueguito era una solemne tontería.

La Quirona se puso muy seria, tanto que me asustó. Simplemente, dijo, no estás entendiendo nada. Si no quieres hacer lo que te digo, por favor, coge tus cosas y márchate. Una de las condiciones que te puse para quedarte es que debías hacer lo que yo te dijera, aunque te pareciera algo raro o que no comprendes. Me quedé petrificada con sus palabras, no las esperaba, y no me pareció que estuviera hablando en

broma. En ese instante nada de lo que estaba pasando me pareció una broma. Al contrario, pensé que todo tenía más importancia de la que yo era capaz de ver. Así que volví a juntar de nuevo mis manos, en señal de paz, y asentí con la cabeza, queriéndole mostrar que me quedaría y que la obedecería. La Quirona, en un tono mucho menos severo, me dijo que mi respuesta a sus sugerencias era de lo más normal: Sé que no entiendes nada de nada, ni lo vas a hacer en bastante tiempo, añadió, pero ten paciencia, y date una oportunidad. No me la estás dando a mí. Te la das a ti. No lo olvides.

Dicho esto, volvió a decirme que tenía que recoger todos los trozos, tanto del jarrón como del cuenco. Añadió que, para facilitarme la labor, estos objetos eran de distintos colores. El jarrón con forma de corazón era blanco y el cuenco gris oscuro. Así no podrás confundirte y sabrás qué trozos corresponden a cada pieza. Abril, por su parte, remató el comentario de su amiga, diciendo: Si los dos fueran del mismo color y el mismo material, te habrías liado muchísimo con los trozos. Llevaba razón, y les agradecí el detalle en mi interior. Me parecía que ya iba a tener demasiados problemas, tal y como estaba la cosa. Suspiré profundamente, pensando que nunca había sido nada hábil con los trabajos manuales. La verdad es que era bastante torpe. No me gustaba nada

utilizar mis manos. Lo mío era pensar, utilizar la mente, razonar, estudiar, pero los trabajos manuales... Solo me los aprobaban en el colegio porque me los hacía mi madre. Sobre todo cuando se trataba de costuras. De lo único que soy capaz es de coserme un botón. Para todo lo demás, siempre llevo mis prendas a sitios de esos donde te las arreglan. Yo no sirvo para las manualidades.

Como si fuera capaz de penetrar en mis pensamientos —cada vez tenía más claro que lo hacía—, la Quirona me ordenó que parase de pensar. ¡Madre mía, eres una locomotora, tu mente no para ni un minuto, ya veo por qué estás tan agotada! Me encogí de hombros. Cierto, pero así era yo y no iba a cambiar a mi edad, me dije para mis adentros. La curandera saltó con voz potente: Sí, sí vas a cambiar. No es cuestión de edad, sino de voluntad, de intención, de querer hacerlo, y a ti te va la vida en ello. Si no cambias, no vas a recuperar nunca la voz. Y no se trata de tu personalidad, sino de tu mirada, lo que tienes que cambiar es la manera de ver y percibir el mundo que te rodea. Los demás cambios llegarán solos, sentenció. Ante una afirmación tan rotunda, me quedé paralizada.

Estuve así unos instantes, tratando de procesar lo que me había dicho, mientras las dos mujeres me observaban en silencio. Después, dócilmente, me aga-

ché y empecé a recoger los trozos del suelo. La Quirona dio un grito, me frenó en seco, y me hizo devolver a las baldosas los trozos que había recogido: Anda, siéntate en la cama y respira hondo, me dijo, esto no va así. No es tan sencillo.

Me senté en la cama. Me hizo cerrar los ojos y centrar mi atención en la respiración, mientras ellas tarareaban una canción. No sé cuánto tiempo estuve así, pero me quedé muy calmada. La curandera me dijo que me centrara en sus palabras, porque me iba a explicar qué actitud debía tener para emprender mi trabajo de transformación. No sé por qué, pero su voz me pareció distinta. Más penetrante, más poderosa. Sentí como si los sonidos que emitía me cogieran de la mano y me llevaran por algún viaje interior. Era una sensación muy rara. Te he dicho antes —añadió la curandera— que te estabas dando una oportunidad a ti misma. Así es. Por tanto, lo primero que tienes que decidir es si quieres darte esa nueva oportunidad porque, te advierto que tu existencia va a cambiar, y ya no podrás llevar la misma vida que llevabas antes de venir aquí.

Al escucharla, una parte de mí intentó rebelarse, ¿cómo que no iba a poder llevar la misma vida? La Quirona me regañó: No pienses, solo escucha. No vas a poder llevar la misma vida, porque tú ya no vas a ser la misma persona. Pero eso ahora no es im-

portante, añadió, aunque debes saberlo. Antes de empezar a recoger los trozos del suelo tienes que preguntarte, sinceramente, si eliges dar una segunda oportunidad al objeto que se ha roto y, por supuesto, a ti misma. Porque a partir de ahora se creará una identificación entre la Virginia rota y el objeto hecho añicos y, si decides darte esa oportunidad y dársela al objeto, tú pasas a llamarte la Dama del Kintsugi.

Para que pudiera decidir libremente sobre ese paso tan trascendente, me dijo que me dejarían sola, en mi habitación, todo el día. Yo no debía salir de allí. Ellas me dejarían la comida junto a la puerta, para que no me distrajera de mi verdadero y único objetivo. Asentí con la cabeza, deseando quedarme sola, deseando que las dos viejas locas me dejaran en paz. Una vez que la puerta se cerrase tras ellas, ya no tendrían ningún poder sobre mí y yo me sentiría libre para pensar lo que quisiera. ¡Faltaría más!

Antes de marcharse, la Quirona me dijo que, cuando recogiera los trozos rotos del suelo, debía limpiarlos, numerarlos y extenderlos sobre la mesa, como si representaran las piezas del puzle de mi vida. Dales las gracias por ofrecerte la oportunidad de recomponerte, mientras trabajas con ellas, añadió. Moví la cabeza en sentido afirmativo, rogando que se marchasen cuanto antes. ¡Ya vería yo si les daba las gra-

cias a los trozos rotos, o los pisoteaba para hacerlos aún más pequeños! Las dos mujeres se miraron y sonrieron. Veo que tienes prisa para que nos vayamos, dijo Abril. Yo negué con la cabeza, puse mi mejor cara de póker y mi mirada más inocente, para hacerles ver que estaban muy equivocadas, que incluso gozaba con su presencia. Eso fue lo que me dije a mi misma, a ver si colaba. Sí, en esos momentos me di cuenta de que yo manejaba con soltura el arte de la falsedad, y que éste me había dado buenos resultados en muchas, muchísimas, ocasiones. La cuestión es que yo tenía la certeza de que a ellas no podía engañarlas. Las dos mujeres se miraron con complicidad, soltaron una carcajada y se marcharon.

¡Al fin sola!, dije para mis adentros, con una especie de euforia mal contenida. Miré a mí alrededor y comprobé, una vez más, cómo estaba el suelo de la habitación lleno de trozos de cerámica. Suspiré con resignación y, con cuidado de no pisarlos, me tendí en la cama para evaluar el despertar tan brusco que había tenido esa mañana, con la irrupción de las dos mujeres en mi habitación trasladando cajas dentro, y toda la puesta en escena que se había desarrollado después. El hecho de que no fueran a aparecer en el resto del día, me producía emociones encontradas. Por un lado, me venía fenomenal no verlas y dejar de tener su aliento sobre mi cogote. Por otro lado, expe-

rimentaba cierta tristeza, cierta desazón. De alguna manera me encontraba perdida. Al estar sola, no tenía más remedio que mirarme a mí misma, sin ninguna distracción, y pensar en todo lo que me habían dicho. Y eso me asustaba. Fui consciente en esos momentos de que vivía asustada siempre. La imagen de mujer independiente, que con tanto ahínco había promovido en mi vida, era solo una pose, una máscara de cara a la galería. Lo cierto es que me molestaba la gente, no me gustaba que estuvieran presentes en mi vida, me estorbaban. Pero, por otro lado, no podía vivir sin ellos, sin esas relaciones superficiales sobre las que había asentado mi existencia. Y odiaba los compromisos, le tenía pánico a comprometerme con alguien o con algo en mi vida.

Estos pensamientos me descorazonaron. Me pregunté para mis adentros: ¿Qué clase de bicho raro soy yo? ¿Qué me están haciendo estas dos brujas? Sin saber por qué, me vino a la cabeza una frase de Oscar Wilde, el autor de *El retrato de Dorian Gray*; obra que tantas veces había comentado con mis alumnos. La frase decía: «El verdadero valor de un hombre no radica en sus posesiones, sino en su manera de ser». Y mi manera de ser era una mierda, según estaba comprobando desde que llegué a Bulnes. O sea, que mi valor como persona, dejaba mucho que desear.

Después de comerme unas galletas que guardaba en mi habitación, me dispuse a enfrentar la tarea de recoger los pedazos rotos del suelo. Cuando me agaché a coger los primeros, me vinieron a la cabeza las instrucciones que me había dado la Quirona. Más o menos me había dicho que yo tenía que decidir si quería dar una nueva oportunidad a mi vida, y a aquellos objetos rotos. ¡Vaya chorrada!, pensé. El jarrrón y el cuenco roto me importaban bastante poco, la verdad. En cuanto a mí, lógicamente, estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para volver a hablar y acabar con ese fuerte dolor en la garganta. Lo mismo me daba que me hicieran recoger trozos rotos del suelo, que mierda de vaca.

Mis objetivos estaban claros, y no podía dejar que los sermones de las dos mujeres me alejasen de ellos. Estos eran: curarme el dolor que me acompañaba continuamente, volver a hablar y regresar a mis clases y a mi vida anterior, por supuesto. No entendía muy bien por qué me había dicho la Quirona que, si me curaba, yo no iba a ser la misma persona, y tampoco iba a poder regresar a la vida que llevaba antes. No solo no lo entendía, sino que estaba convencida de que la curandera se equivocaba. ¡Tú cúrame, me dije interiormente con convicción, y ya veremos si vuelvo o no a la vida que he llevado! Esta frase me otorgó fuerzas para emprender la tarea. Fue como si,

internamente, tuviera la certeza absoluta de que nada ni nadie podría decirme nunca lo que yo tenía que hacer. Esa había sido mi convicción y el mantra al que yo me agarraba desde pequeña. Solo yo mando en mí y los demás tienen que hacer lo que yo quiera, cuando yo quiera, y como yo quiera. Ese es mi poder, me dije, y todo lo demás es un cuento chino... o japonés.

Con una gran confianza en mí misma, y en que las dos mujeres no pudieran manipularme, empecé a recoger los trozos del suelo. ¡Dios mío, había muchísimos! Decidí recogerlos todos y después separar los blancos de los oscuros. Los había ido poniendo encima de la mesa, pero ésta se me quedaba pequeña. Así que dejé los grises donde estaban, y los blancos sobre la cama. Me llevó algún tiempo ordenarlos por colores, y después limpiarlos. Uno a uno los lavé con agua bajo el grifo del lavabo y los fui secando con una toalla. Me estaba poniendo bastante nerviosa con la tarea, porque no le veía mucho fuste, la verdad. Estuve tentada de subir a casa de la Quirona, para que me explicase por qué coño perdía el tiempo haciendo todo eso. En serio, no terminaba de entenderlo.

Mi ánimo fue decayendo por momentos, hasta que me dejé caer en la única silla que había en mi habitación, y empecé a llorar. Toda la fuerza y la de-

terminación con la que empecé mi tarea, se había venido abajo sin contemplaciones. En esas estaba cuando apareció Abril por mi habitación, para traermela la comida. Me asusté al verla, no lo esperaba. Había entendido que me dejarían la comida en la puerta, y pasaría sola el resto del día. La mujer se puso un dedo sobre los labios y me dijo: No hagas ruido, la Quirona no sabe que estoy aquí y, si se entera, seguro que se enfada mucho. Aunque yo estaba muy llorosa y con la moral muy baja, no por eso dejé de pensar que las dos mujeres estaban representando conmigo el juego de poli bueno, poli malo. Y eso no me consoló. Más bien me sentí víctima de sus manipulaciones; cosa que no me gustaba nada en esos momentos en que había decidido no dejarme llevar por sus manejos.

Abril dejó la bandeja con la comida sobre las cajas que aún quedaban en un rincón. Realmente no había otro sitio en la habitación donde dejarla. Miró a su alrededor y me dijo, con un tono suave: Veo que ya has empezado, pero me da la impresión de que, si no cambias de actitud, todo esto no va a servirte de nada. Me fastidió mucho su comentario. Cogí la pizarra y un rotulador y le pregunté de mala gana: ¿Cómo sabes cuál es mi actitud? Se puso la mano en la boca para ahogar su carcajada. Pero hija, si eres un libro abierto, se te nota todo lo que piensas, afir-

mó. No contenta con la respuesta volví insistir, y escribí: Lo que pasa es que la Quirona y tú sois brujas y adivináis todo lo que pienso, con vuestros poderes. Puse un punto tras la frase, con la fuerza de toda mi rabia. Abril ya no disimuló su carcajada. Se rio a mandíbula suelta por un buen rato, mientras yo me encontraba cada vez más indignada. En cuanto se tranquilizó un poco, le pregunté: ¿Por qué estoy haciendo esto? Ella respondió con un tono de seriedad: La Quirona ya te lo ha explicado, lo que pasa es que tú no lo entiendes, por eso persistes en tu actitud al considerar que este arte japonés para curar las heridas del alma, no sirve para nada. Y, claro, con esa actitud te aseguro que va a ser inútil. Eso es lo que he venido a decirte. ¡Tienes que cambiar tu actitud, tu forma de mirar estos pedazos de cerámica rotos, y tu forma de mirarte a ti! No sigas persistiendo en la idea de que el mundo tiene que ajustarse a tus necesidades y a lo que tú quieras en todo momento. ¡El mundo no te debe nada!

No fue lo que dijo, sino la forma en que lo dijo. Llevaba razón, aunque yo me empeñara en mis viejas creencias sobre mí misma, sobre el mundo y sobre la vida, lo que estaba claro es que todo había cambiado para mí. Mi mundo, ese que yo había ido construyendo con mi personalidad, ya no existía. Ahora me encontraba en tierra de nadie. Por primera

vez me di cuenta de una cosa, y esta certeza me impactó. La curandera tenía razón, yo no iba a poder regresar a la vida de antes. En esos momentos estaba en una especie de limbo vital. Las certezas sobre las que había construido mi existencia, habían removido la tierra bajo mis pies. Ya nada era seguro. Por otra parte, yo no tenía nada que pudiera reemplazar a esas creencias en las que me apoyaba. Vamos, que estaba bien jodida.

Me dejé caer en la silla, a falta de otro punto de apoyo, y Abril me miró compadecida. O eso me pareció ver, compasión en sus ojos felinos. Ya no me parecieron tan fieros y penetrantes. Yo tenía ganas de llorar, pero me aguanté. Lo que no pude aguantarle fue la mirada. Así que cerré los ojos y me deslicé por el abismo que se acababa de formar en mi interior. Estuve así un rato. Ella se agachó y me cogió las manos. Con voz suave, pero firme, me dijo: Sé cómo te sientes. Y algo dentro de mí tuvo la certeza de que no mentía, Abril sabía cómo me sentía. Eso me produjo cierto consuelo. Ella continuó hablando: Cambiar es muy difícil, todo el mundo en que vivimos conspira en nuestra contra para que no se produzca ninguna transformación en nosotros, para que no despertemos del sueño y de la película que nosotros mismos hemos ido construyendo con las creencias que nos han inculcado los demás, y que hemos hecho

nuestras sin cuestionarlas. Y lo hemos hecho tan, tan bien, que encima nos creemos que son nuestras propias creencias, nuestros propios puntos de vista, que somos personas libres que controlamos nuestra existencia, y que vivimos ejerciendo esa sacrosanta libertad. ¡Eso sí que es brujería, y además de la buena! Ni la Quirona ni yo somos brujas, en el aspecto despectivo del término. Así nos llaman algunos y lo aceptamos, pero en realidad somos mujeres sabias, mujeres de conocimiento, que hemos ido más allá de lo que se ve a simple vista. El mundo es un lugar portentoso, lleno de misterio, mágico, y lo que vive la mayoría de la gente no tiene nada que ver con ese mundo que tú ahora puedes alcanzar. Lo que ellos viven es solo un tenue reflejo de la verdadera realidad, de lo que Es.

Yo llevaba ya un rato con los ojos abiertos, escuchando atentamente sus palabras. Mis manos estaban calientes por el contacto con las suyas. En ese momento sí fui capaz de sostenerle la mirada. Al hacerlo, un torrente de llanto acudió a mis ojos. Ella me consoló: Llorar todo lo que quieras, las lágrimas limpian el alma y las memorias de tiempos que debemos dejar atrás. Eres muy afortunada, Virginia, al estar aquí y poder convertirte en la Dama del Kintsugi. La Quirona y yo sabemos que, tras esa máscara de autosuficiencia, hay una mujer muy valiente, que

está dispuesta a no dejarse llevar por la vida superficial que has tenido hasta ahora, y a adentrarse en otros caminos que te lleven a ser quien realmente eres. Abril interrumpió la conversación, y yo dejé que sus palabras cayeran sobre mi interior como una lluvia liberadora. Ella me apretó las manos, se puso de pie, y se despidió de mí. Ánimo, te aseguro que estás en el momento preciso y en el mejor lugar para iniciar otros caminos y curarte. ¡Ten confianza en la Quirona! Sabe lo que hace. Y ten confianza en ti misma y en que tu alma te guíe de la mejor manera posible para ti. ¡Y come, me dijo, vas a necesitar energía para hacer bien tu tarea! Asentí con la cabeza y sonreí, sin levantarme de la silla. No tenía fuerzas para hacerlo.

Nunca nadie me había hablado como esa mujer anciana, que tanto parecía saber de mi vida. Cuando llegó a la puerta, antes de salir, se volvió y me preguntó: ¿Sabes por qué la llaman la Quirona? Me quedé sorprendida con su pregunta. No, no lo sabía, obviamente ese no era su verdadero nombre. Negué con la cabeza, y la miré anhelante esperando una explicación. Mi gozo en un pozo. Abril me dedicó una sincera sonrisa, y me dijo, encogiéndose de hombros: ¡Tendrás que preguntárselo a ella!

CAPÍTULO 9

El tiempo pasó muy deprisa para mí, a partir de aquel día. Las palabras que Abril me dirigió calaron hondamente en mi interior y me hicieron cambiar mi actitud. Me dije a mí misma que haría todo lo que me mandase la Quiróna, para lograr mi curación y poder hablar de nuevo. La curandera fue adiestrándome en el arte del kintsugi, paso a paso, sin prisas. No me hablaba de lo que debería hacer a continuación, hasta que no hubiera completado la fase anterior. También me recomendó que llevase un diario, que escribiera mis impresiones, mis dudas y, sobre todo, mis sentimientos y emociones. La escritura siempre es terapéutica, me dijo. No necesitas escribir con ninguna finalidad concreta ni para alcanzar una meta determinada. El simple hecho de escribir basta. Escribir es un fin en sí mismo. Y para que me animase a hacerlo, no solo cuando quisiera comentarles algo en la pizarra, Abril me regaló un precioso cua-

dero en cuya portada y contraportada figuraban libélulas, flores, colibrís y mariposas de variados y luminosos colores. El regalo me encantó y me prometí a mí misma que lo utilizaría. Es solo para ti, me advirtieron las dos mujeres. No queremos ni tenemos necesidad de leer lo que escribas. Eres tú comunicándote sinceramente con tu alma, sin intermediarios, y sin la presión de que alguien pueda leerlo. Sé sincera contigo misma, me pidió Abril. La escritura es una herramienta muy útil, desde tiempos inmemoriales, para contactar con el aspecto más sagrado y más desconocido de nosotros mismos, sentenció.

Como digo, la noción del tiempo cambió drásticamente para mí. Me metí de lleno en la reparación de esos objetos, como si me fuera la vida en ello. En algún momento escribí esta frase en mi pizarra: que estaba empezando a actuar como si me fuera la vida en ello. Se la enseñé a las dos mujeres y se echaron a reír. ¡Es que te va la vida en ello! De vez en cuando, mientras me explicaba el proceso, la Quirona soltaba algunas frases crípticas, como que el dolor que yo sentía en la garganta era un mensaje que me estaba dando mi cuerpo. Si yo aceptaba ese mensaje, que algo andaba mal conmigo, si no trataba de negarlo, si admitía cómo ese dolor estaba dificultando mi vida, si lo acogía, éste acabaría por marcharse. Porque yo había puesto luz en esa zona de sombra oscu-

ra de mi existencia. A mí no me parecía tan fácil, pero bueno. No puedes cambiar tu pasado, me dijo, pero sí la mirada sobre el mismo. Eres imperfecta, como todos los seres humanos, acepta tu imperfección y no quieras aparentar lo que no eres. Una cosa es la apariencia y otra la esencia. La apariencia no es real, vive y se alimenta en el caldo de cultivo de las convenciones sociales, y está sujeta al espacio y al tiempo. La esencia sí lo es. Es lo único real, y no está sometida ni al tiempo ni al espacio. La esencia es infinita. Tu cuerpo, por ejemplo, añadió, al que prestas tanta atención para tener una buena imagen, no eres tú. Tampoco eres tus pensamientos ni tus emociones o sentimientos. Estos son aspectos de tu personalidad cambiante. Tú eres otra cosa. ¿Y qué soy?, le pregunté. Tendrás que descubrirlo por ti misma, me respondió. De momento basta con que sepas lo que no eres. Lo demás ya vendrá a su debido tiempo.

Para la tercera etapa de reconstrucción de las piezas, una vez que yo las había limpiado, separado, y realizado una especie de puzle con ellas, la Quiróna me proporcionó todas las herramientas que iba a necesitar. Abrió otra de las cajas de cartón que había dejado en mi habitación, y sacó todos los objetos que iba mostrándome y nombrando: una espátula, una paleta, laca, pinceles, polvo de oro, una caja para el secado, varillas, aguarrás, papel de lija finísi-

mo, algodón de seda, y unos guantes para protegerme. Solo con ver tantos utensilios se me vino el mundo abajo. Aquello parecía más difícil de lo que yo pensaba en un principio. No se trataba de pegar los trozos y ya está. Suspiré con gran decepción y nuevamente me vino a la cabeza mi vieja creencia de que yo no servía para los trabajos manuales. Y también nuevamente, como si las dos mujeres estuvieran al tanto de mis pensamientos, me regañaron, casi al unísono, de forma cariñosa. ¿Otra vez?, me dijo la Quirona, saca ya de tu mente, de una vez por todas, tu manía de que no sirves y de que lo que estamos haciendo son trabajos manuales. Cuando a los viejos constructores de la Edad Media les preguntaban qué estaban haciendo, solo los necios respondían que estaban poniendo piedras. Los más sabios sabían que estaban construyendo una catedral. ¡Sal de tu pequeña mirada y observa a lo grande! No estás haciendo trabajos manuales. No estás pegando dos objetos que se han roto. ¡Estás reconstruyendo tu vida y tu alma, por amor de Dios! ¡No te quedes en las apariencias!

Intenté no hacerlo, durante ese día y los siguientes intenté ser consciente de la grandeza del proceso, y empecé a pegar los trozos con la laca que me habían proporcionado. Abril me advirtió que esa laca era muy irritante, y que debía protegerme a la hora de

usarla. Empecé con el corazón blanco y, cuando terminé de pegar los trozos, me sentí como si fuera una auténtica heroína. ¡Dios, lo había conseguido! Estaba tan contenta que abracé a las dos mujeres. Ellas me dejaron hacer, y lo celebraron conmigo, pero poco; enseguida me advirtieron de que el trabajo aún no estaba terminado, ni mucho menos.

La Quiróna me iba instruyendo, y Abril vigilaba el proceso. Ambas se encargaban de hacer la comida, que seguían llevándome a mi habitación, para que yo no me distrajera de mi tarea. Lo que sí hicieron fue levantarme la prohibición de salir. Yo podía salir por el pueblo a pasear sola, a tomar el aire y a estirar las piernas, pero no debía hablar con nadie, me advirtieron. ¡No sé con quién iba a hablar! ¿A quién iba yo a contarle el lío en que estaba metida? Siendo sincera, tengo que decir que se me pasó por la cabeza subir al lugar donde podía haber cobertura para el móvil, y mandar un mensaje a Álex. ¿Pero, qué iba a decirle? No tenía ningún sentido. Y, además, apenas le conocía. También pensé en Sofía, claro, pero por alguna razón que yo ignoraba, se me habían pasado las ganas de ponerme en contacto con ella. Seguro que, aunque se lo explicase, no iba a entender nada de lo que yo estaba haciendo. Incluso podría pensar que me estaba volviendo loca. Los días seguían pasando, y yo cada vez estaba más enfrascada en mi

tarea. También escribía de vez en cuando en mi diario. No todos los días. La verdad es que estaba tan abstraída en lo que hacía, que me quedaba agotada y lo único que me apetecía era meterme en la cama y dormir como un tronco cuando llegaba la noche.

Pegar con la laca los trozos del cuenco gris oscuro, me costó más trabajo que con el corazón blanco. Cuando intenté ensamblarlos, me di cuenta de que me faltaba una pieza. Esa circunstancia me hizo venirme abajo. Revolví toda la habitación, la puse patas arriba. La estancia no era muy grande y el trozo que faltaba no había salido de allí. No podía estar muy lejos. Sin embargo, no lo encontraba por ninguna parte. Esto me descorazonó. Cuando vino a verme la Quirona me encontró hecha un mar de lágrimas. ¿Cómo iba a arreglarlo si me faltaba un trozo? ¡Era imposible! La curandera me ordenó que me tranquilizase. En ese estado de agitación no vas a resolver nada, me dijo. Intenté calmarme, pero no lo conseguí. Vamos a hacer una cosa, olvídate de esa pieza, y céntrate en el corazón. Hice gestos de incomprensión, pero ella insistió: Mira, no tiene mucho sentido empeñarse en algo que no se puede hacer. Tú no puedes reparar este cuenco, porque te falta un trozo, así que no dediques tu energía a cosas que no están en tu mano. Céntrate en lo que sí puedes hacer. Cogí la pizarra y escribí en ella: He estado buscando

el trozo y no aparece por ningún lado. ¡No está en la habitación, alguien se lo ha llevado! En este punto la Quirona se echó a reír y me preguntó, poniéndose en jarras: ¿No pensarás que lo hemos cogido alguna de nosotras? Me apresuré a borrar la pizarra y a escribir: No, no, claro que no. Mentí. Realmente sí se me había pasado por la cabeza esa posibilidad. La curandera se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Yo me sentí avergonzada. Sin duda, había adivinado mis pensamientos, una vez más. Cuando se le pasó el ataque de risa, me dijo en un tono conciliador: ¡Qué afición tienes al drama! Habrías sido una buena actriz. Resulta increíble cómo te montas las películas tú sola. Abril se va a quedar encantada cuando se lo cuente.

Como siempre, llevaba razón. Yo tenía la manía, desde pequeña, de empeñarme en cosas que no estaban en mi mano o que no se podían hacer. Al fin y al cabo, me veía como una especie de superwoman a la que nada se le resiste y consigue todo lo que quiere. En eso me parecía a mi amiga Sofía. Una vez más, la Quirona se introdujo en mis pensamientos y me dijo con un tono cariñoso, pero firme: Ya es hora de terminar con todas esas creencias absurdas. No tienes que sacar siempre nota alta en todo lo que hagas, ni conseguir todo lo que te propongas. Las cosas son como son, ni más ni menos, y todos los intentos por

forzarlas o modificarlas, no sirven para nada. ¿Aún no te has dado cuenta? ¿No ves que eres una mujer vulnerable, que ni siquiera puede hablar, ni es capaz de aceptar la situación que ahora estás viviendo? Venga, deja ya los delirios de grandeza, por favor, deja de alimentar tu ego y de pensar que puedes controlarlo todo. ¡Porque no controlas una mierda!, gritó. Al escuchar esta última frase, creo que se me debió quedar cara de tonta, pero luego no pude aguantarme la risa. ¡Mira, eso está bien!, me dijo la Quirona. Es una buena señal de que ya no te tomas tan en serio. Vamos progresando, añadió, dándome con los nudillos de su mano derecha suavemente en la cabeza. Finalmente, me dispuse a olvidarme del cuenco y a centrarme en el jarrón con forma de corazón. Envolví en una tela que me dio la curandera todos los pedazos del objeto gris, y los guardé cuidadosamente. Aun así, no me olvidaba del todo porque cuando ella se iba, me apresuraba a mirar de nuevo por mi habitación, para ver si encontraba el trozo que se había perdido.

Después de pegar los pedazos del corazón roto con la laca que me habían proporcionado, me vino a la cabeza, por primera vez, que esa cerámica me representaba realmente porque eso era yo: un corazón roto, al que la vida había maltratado en numerosas ocasiones; aunque yo siempre me había negado a

verlo. Aceptar que tal o cual situación me hubiera dolido profundamente, era un fracaso para mí porque estropeaba la imagen impoluta que yo tenía de mí misma y que quería proyectar en los demás. Supuso todo un choque brutal darme cuenta de que nunca, pero nunca, había sido la mujer fuerte que quería aparentar. Ese día, me dediqué a escribir en mi diario todas las veces que yo recordaba en las que me había sentido dañada profundamente por alguna persona o circunstancia y no había sido capaz de reconocerlo, enterrando bajo mi alfombra personal el dolor que había experimentado, la humillación, la vergüenza, la ofensa, la burla...

Me faltaban palabras para reseñar tantas y tantas vivencias, que me habían marcado por dentro profundamente y habían herido, hasta romper mi corazón. Y todo ello sin haber sido consciente. Fue como si un dique estancado en mi interior se rompiera, dando pie a un río de recuerdos que amenazaba con desbordarse. Recuerdos de mi existencia que reviví con el mismo dolor que había experimentado en su momento, y al que yo no le había hecho caso. La nueva situación caló profundamente en mí. Intenté enseñarles a la Quirón y a Abril todo lo que había escrito sobre esta revelación que había tenido. Pero ambas desecharon la posibilidad de leer mi diario. La curandera, además, fue bastante dura conmigo:

No, no, me dijo, no vamos a recrearnos en tus miserias. Me alegro de que las hayas visto, pero yo no tengo ninguna necesidad de reforzar tu papel de víctima. Hice gestos de protesta, un tanto herida con su respuesta. Escribí apresuradamente en la pizarra que, si había sido víctima, era de los demás, de las personas que me habían hecho daño. Ella se empezó a reír a carcajadas: No, hija, no, nadie nos hace nada que nosotros no permitamos. Solo somos víctimas de nosotros mismos. Este mundo es una especie de teatrillo y cada uno hace su papel. En última instancia, tú y solo tú eres responsable de cómo vives cada cosa que te pasa. Echar la culpa a los demás, es algo que está ya muy pasado de moda, concluyó. Como había tenido poco éxito con ella, lo intenté con Abril. Esta se limitó a decirme, con una gran amabilidad y una franca sonrisa: No, gracias, querida, todo lo que escribas en tu diario es solo para tus ojos.

Centrada ya en el jarrón con forma de corazón, la Quirona decidió que fuéramos avanzando en las siguientes fases. Me explicó que debía rascar la materia que sobraba entre los trozos pegados, con una espátula fina o un cúter. A continuación, tenía que limpiarlo con aguarrás. Eso no me llevó mucho tiempo, lo hice todo en un mismo día. Seguidamente me dio unas cintas adhesivas para proteger las partes ensambladas. Me explicó que la laca que había usado

para pegar los trozos, estaba viva, como todo lo que existe en el universo, añadió, y yo debía dejarla respirar para que hiciera bien su trabajo de secarse y endurecerse. Hice todo lo que me pedía con sumo cuidado. Ya no podía ver el jarrón de corazón como la simple pieza hortera que me pareció el primer día. En esos momentos se había producido la identificación. Ese era mi propio corazón, me gustase o no, y debía tratarlo con mimo y cuidado. Después, la curandera me ayudó a preparar una caja de cartón cerrada, puso en el fondo una tela y algunas varillas para hacer una especie de rejilla y colocar el objeto encima.

Creí que esa fase ya había terminado, y me sentí muy satisfecha de mí misma por la atención que había puesto en mi tarea. ¡Cómo me equivoqué! Empezó a explicarme que la laca se secaba mejor si se mantenía el jarrón a más de 20 grados y a una humedad de entre el 75% y el 90%. Por esa razón me dio una especie de pequeño hornillo y un termómetro, para que yo vigilase que la temperatura y la humedad fueran constantes. Me quedé absolutamente paralizada. ¡No podía reaccionar! No encontraba palabras para escribir mi más sincera protesta en la pizarra. Cuando reaccioné, hice un montón de gestos con las manos, con los brazos, con todo mi cuerpo. ¿Cómo esperaba que yo pudiera controlar algo así?

La Quirona se limitó a decirme que recomponer el alma no era tarea fácil: Ya te lo advertí desde el principio, piensa que estas heridas que tienes en tu corazón forman parte de un proceso alquímico interior, debes transformarlas en oro, lentamente y con mucha paciencia. Yo la oía, pero no la escuchaba, solo tenía ganas de ponerme a llorar. Ella se encogió de hombros y aludió nuevamente a lo que llamaba mi adicción al drama; algo que no me ayudaba mucho a consolarme. Lo que yo no sabía es que aún tenía que darme el golpe de gracia. Como sin darle importancia, me dijo antes de salir de mi habitación y cerrar la puerta tras ella: como todo en esta vida, esta técnica ancestral del kintsugi necesita tiempo para que cada elemento lleve a cabo su proceso alquímico. Por eso habrá que esperar entre siete y catorce días para que el corazón se seque dentro de la caja.

No, no lo vi venir, no me esperaba algo así, me tiré con rabia encima de la cama y empecé a llorar como si eso fuera lo único que yo pudiera hacer en esta vida. Como si no hubiera un mañana y todo el universo se concentrase en los escasos metros cuadrados de mi habitación. Sentí que ahí estaba el centro del mundo, y todo estaba mal. No había otro lugar para mí que el desconsuelo y la impotencia. Pensé que la Quirona me estaba tomando el pelo. Me estaba engañando desde el primer día que llegué a su casa. Me

estaba distrayendo, dando largas. Me sentí como el burro corriendo detrás de la zanahoria. A cada trote que da, cree que la va a alcanzar. El pobre animal ignora que, por mucho que avance, nunca la conseguirá. Y eso es lo que me estaba pasando a mí. Cuando creía que había alcanzado algo en el camino de mi recuperación, ésta se veía aún más lejana. Porque yo seguía sin poder hablar y el intenso dolor instalado en mis cuerdas vocales, no se había movido ni un milímetro. A veces ya ni lo notaba, supongo que me había acostumbrado a su presencia. Pero no por eso dejaba de dolerme.

En medio de todas estas reflexiones me sentía fatal. Me había hundido de nuevo en un pozo sin fondo y, una vez más, empezaba a cuestionarme mi presencia en Bulnes y los métodos que la Quirona usaba para mi sanación. Nuevamente, se me pasó por la cabeza la posibilidad de hacer mi equipaje y dejar allí a la curandera con su jarrón en forma de corazón, su temperatura idónea y su humedad. Sin embargo, volvió la extraña sensación interna que me obligaba a quedarme allí. Intenté hacerle frente con argumentos, pero era tal la certeza interior de que no podía irme, que dejé de luchar contra ella. Pero no por eso me encontré mejor. Me encontré sola, impotente y desvalida. Y también cabreada. Sí, furiosa, diría yo. La razón era que, una vez más, la Quirona se

iba a salir con la suya y yo iba a permanecer en su casa, haciendo todo lo que ella me dijera, por muy absurdo que fuera. Como controlar un jarrón metido en una caja, y contemplar cómo las juntas de las piezas que yo había pegado, se mantenían a temperatura y humedad constante. ¡Vaya mierda!, grité para mis adentros.

Entonces tuve la visita inesperada de Abril. ¿Inesperada? No tanto. ¡La que faltaba!, pensé, ahora viene el momento en que el poli bueno llega a darme ánimos. ¡Pues no las tengo yo a éstas caladas ni nada! La mujer entró con una amplia sonrisa dibujada en su rostro, pero antes de cerrar la puerta vi cómo se colaba en mi habitación un gato entre sus piernas. No me dio tiempo a reaccionar. Ni a ella tampoco. El felino se metió dentro, como una exhalación, y empezó a recorrer el cuarto, subiéndose a donde podía, dando grandes saltos. Abril empezó a llamarlo, con la puerta abierta, para ver si podía echarlo: ¡Texo, Texo!, le gritaba, intentando que saliera. Solo entonces me di cuenta de que era el gato siamés de la Quirona, que me había asustado a mi llegada a su casa. El animal era un gatazo imponente, le faltaba un ojo, y el otro era azul intenso. El color de su cuerpo era blanco, excepto las orejas, la cara y las patas, que eran de color negro. Nunca me había fijado bien en él, porque hasta ese momento no había vuelto a

verlo desde mi llegada a casa de la curandera. El gato no dejaba de dar saltos, como si tuviera ganas de jugar, y no parecía tener ninguna intención de marcharse de mi habitación, por mucho que Abril intentase atraerlo hacia la puerta. Me pidió comida para echársela fuera y sacarlo, pero yo no tenía allí nada, más allá de alguna galleta rancia. Se la di a ella, la miró con cierta aprensión, e hizo un gesto como diciéndome: No sé si esto servirá. Se la mostró a Texo, y le puso la galleta en la puerta fuera de la habitación. Pero el gato, que parecía muy bien alimentado, pasó olímpicamente de la comida. Ciertamente, no era un bocado muy apetitoso, pero yo no tenía nada allí, ya que la comida me la proporcionaban diariamente las dos mujeres.

De pronto vi que fijaba su atención y su único ojo felino en la caja donde estaba la cerámica del corazón, y se dirigía hacia ella. Primero con pasos sigilosos, como si sopesara qué era aquello. Después llegó hasta la caja en dos grandes saltos. Se detuvo ante ella, metiendo el hocico dentro. Miró muy atentamente el corazón sobre la rejilla y, sobre todo, el pequeño hornillo encendido para mantener el calor y la humedad del objeto. Todo ocurrió muy rápido. Pero yo recuerdo la escena como si la hubiera vivido a cámara lenta. Cuando Abril se dio cuenta de la situación, corrió hacia la caja, gritando: ¡No, Texo, no!

Pero el gato estaba a lo suyo. Introdujo su pata delantera derecha en ella, y debió quemarse o notar el calor, al acercarla al pequeño fuego. Entonces soltó un fuerte maullido y salió corriendo. En su huida apresurada tiró al suelo la caja, con todo lo que había dentro, y se fue de la habitación a toda velocidad, como si supiera que había hecho alguna trastada. El jarrón con forma de corazón rodó hasta mis pies. Me agaché a cogerlo con el temor de que se hubiera despegado o roto. Pero no, los surcos que se habían formado en la superficie del objeto al pegarlos, habían aguantado. Mi auténtico corazón, el que tenía dentro de mi pecho, latía como un caballo desbocado. Totalmente nerviosa se lo mostré a Abril. Ella se había apresurado a cerrar la puerta y a colocar de nuevo, en su sitio, la caja de cartón, la tela, la rejilla, el pequeño hornillo y el termómetro que medía el calor y la humedad. Me hizo un gesto para que yo depositase dentro el corazón, y así lo hice, con sumo cuidado. Al hacerlo, no pude reprimir las lágrimas y empecé a llorar.

Abril me abrazó mientras me acariciaba el pelo y repetía: ¡Pobre, pobre! ¡Vaya susto nos hemos llevado! Hice un gesto con la mano, señalándome el pecho, para decirle que el susto me lo había llevado yo. Ella se echó a reír, y me pidió que me sentara en la cama. La mujer se sentó a mi lado, y me preguntó:

¿Sabes qué día es hoy? La pregunta me pilló por sorpresa, no venía a cuento. Miré el reloj que llevaba en mi muñeca izquierda, de forma instintiva, para ver qué día era. Pero antes de que pudiera comprobarlo, Abril me dijo: Hoy es 11 de febrero. Me encogí de hombros, como preguntando, ¿y qué? Ella prosiguió: Por si no te has dado cuenta, hace ya un mes que viniste a Bulnes. Asentí con la cabeza, llevaba razón, no lo había pensado. El tiempo allí discurría para mí de una forma distinta a cuando estaba en Gijón. Cuando daba clases en el instituto, todas las semanas eran más o menos iguales. Cinco días de trabajo y dos de descanso. La rutina era similar, salpicada solo por los puentes y las vacaciones. Aunque estos periodos también seguían, más o menos, rutinas muy parecidas: viajes, compras, lecturas, cotilleos, cañas con las amistades... poco más. La verdad es que mi vida no era muy interesante, según me pareció en esos momentos.

Abril volvió a señalarme que en ese mes que había pasado con ellas, yo había hecho grandes progresos. Pero eso era más de lo que yo podía soportar escuchar en esos momentos. Rechacé su comentario en redondo, negando con mi cabeza. Me levanté de un salto y cogí la pizarra para escribirle: No estoy de acuerdo, no progreso nada. Ella lo leyó y respondió, con dulzura: Sí lo haces, pero eres demasiado

impaciente. La Quirona me engaña, escribí, me va dando largas. ¡Ahora tengo que cuidar el corazón pegado, como si fuera un bebé, dos semanas! Subrayé con rabia estas dos últimas palabras. Borré la pizarra y escribí de nuevo: Y encima su gato se ha colado en la habitación y casi me destroza todo mi trabajo. Estaba al borde del llanto, y noté cómo Abril me miraba con compasión. ¡No puedo más!, puse en la pizarra.

Ella suspiró con fuerza y me pidió que me sentase en la cama a su lado. Cuando lo hice, me cogió las manos entre las suyas y me miró con sus ojos felinos. Por unos momentos me pareció ver en ella la misma mirada del gato que se acababa de ir y que tenía un solo ojo. Abril parecía tener un escáner en su mirada, de alguna manera me atrapaba cuando posaba sus ojos sobre los míos. Con voz firme me dijo: Virginia, no digas que no puedes más, porque no es así. Sí puedes, y sí vas a poder recuperar el habla. Nunca he tenido ninguna duda, pero después del episodio con Texo, estoy completamente segura de que así será. La Quirona se va a poner muy contenta cuando se lo cuente, añadió con una sonrisa. A mí me molestó. Cogí la pizarra de nuevo y le pregunté: ¿Se va a poner muy contenta cuando le digas que su gato ha estado a punto de tirar por tierra todo mi trabajo? De hecho, lo ha tirado, pensé, solo que hemos tenido la

inmensa suerte de que no se ha roto. Ella volvió a hablarme: Tú no lo entiendes, me dijo, pero el incidente con Texo es una buena señal. Tu corazón ha aguantado el zarpazo y no se ha roto. Eres más fuerte de lo que crees, Dama del Kintsugi. Y te aseguro que no todo el mundo habría aguantado la prueba. Texo, añadió, no es un gato cualquiera. Debes contemplarlo como lo que es, un animal sagrado. Me quedé de una pieza escuchando sus palabras, y tuve la sensación de que el felino no se había colado en mi habitación por casualidad, sino que había sido la propia Abril la que lo había atraído a mi cuarto.

Quise escribir estas dudas que me surgían, pero Abril se llevó el dedo índice de su mano derecha a los labios, en un gesto que me indicaba silencio: No dejes que tu mente racional estropee con sus dudas este momento mágico. Disfruta de ello, me dijo a modo de despedida, mientras se dirigía a la puerta. Pronto tendrás una buena sorpresa, sentenció enigmática.

CAPÍTULO 10

La sorpresa se llamaba Sofía, y vaya si lo fue. Nunca imaginé que mi amiga iba a ir a Bulnes a verme, y mucho menos que la Quirón iba a permitir que me visitase. Así que al día siguiente del incidente con el gato me llevé una enorme sorpresa, que viví con gran desconcierto. Era sábado y a eso del mediodía, mientras yo escribía en mi diario los sucesos acaecidos el día anterior, llamaron a la puerta de mi habitación. Me levanté a abrir y al otro lado escuché risas. Distinguí la de Abril, inconfundible, pero no la de la otra persona que la acompañaba. A todas luces una mujer, pero no la Quirón. Algo extrañada abrí la puerta y allí estaba Sofía. Llevaba un vestido a media pierna y un chaquetón muy elegante; algo bastante inapropiado y fuera de lugar para el frío que hacía entre aquellas montañas. Con una amplia sonrisa se echó a mis brazos, al tiempo que Abril me decía:

¡Mira quién ha venido a verte! Tardé un poco en reaccionar y, cuando lo hice, no pude ocultar las lágrimas de la emoción que me producía tener allí a mi amiga. Las dos mujeres me consolaron: Venga, venga, no llores. Yo también tenía muchas ganas de verte, me dijo Sofía, pero no me atrevía a venir por si interrumpía tu tratamiento. Yo asentía con la cabeza, como una imbécil, sin terminar de creerme que estaba allí. Cuando hube procesado la inesperada visita, me aferré a su cintura y no podía dejar de sonreír. Sí que había sido una sorpresa, sin lugar a duda. Abril nos dijo que se marchaba y nos dejaba solas para que pudiéramos hablar. Inmediatamente se dio cuenta de lo desafortunado de la frase, y añadió señalándome la pizarra: Bueno, para que os contéis vuestras cosas. Añadió que nos llamaría cuando la comida estuviera a punto, y se marchó.

Lo primero que me dijo Sofía, después de abrazarme de nuevo, fue: ¡Estás horrible!, ¿cómo vas vestida así con esas trazas de campesina, y con esos pelos? ¿No te pones la ropa que te puse en la maleta, no hay ninguna peluquería por aquí? Me encogí de hombros, no tenía ningún interés en decirle que saqué de mi equipaje todas esas prendas que ella incluyó, por si acaso me hacían falta, y que yo estaba segura de que no iba a necesitar. Por otra parte, ignoraba si había alguna peluquería en Bulnes. La

próxima vez que venga a verte, añadió, te traeré ropa nueva para que te sientas más atractiva. Tampoco me pareció necesario decirle que sentirme o no atractiva, me importaba bastante poco en esos momentos de mi vida. Eso sí, cogí la pizarra y escribí: Lo único que me importa es recuperar la voz. Claro, claro, se apresuró a decir ella después de leerlo, pero una cosa no quita la otra, dijo guiñándome un ojo.

Miró a nuestro alrededor, como buscando un sitio para que nos sentásemos y, al comprobar que solo había una silla, exclamó: ¡Tienes una habitación muy austera, demasiado, diría yo! ¿No hay por aquí ningún hotel rural en el que puedas alojarte con más comodidad? Su pregunta me indicó que Sofía seguía pensando que yo estaba en Bulnes de vacaciones, y que no tenía ni idea de lo que allí se estaba cocinando. Me limité a sonreír y escribí: No te preocupes, estoy bien, tengo todo lo que necesito. Además, me dan de comer estupendamente. Sí, sí, eso ya lo veo —admitió—, yo diría que en este mes que llevas aquí has cogido algún que otro kilito. Se te ve más llenita. ¡No sé si darte la caja de bombones que te he traído, la verdad! Sí, sí, asentí repetidas veces con la cabeza. Vaaale, afirmó ella mientras sacaba de un bolso enorme de esos de marca que solía llevar, una caja de bombones con forma de corazón. Como en cuarenta y ocho horas se celebra el día de

los enamorados, solo vendían estas cajas para san Valentín, y no he podido comprarte otra cosa, con las prisas, añadió. Le arrebaté la caja de las manos, quité el envoltorio torpemente, rasgándolo a toda prisa, y abrí mi precioso tesoro con ansia. Enseguida degusté un magnífico ejemplar de chocolate blanco. Aún con el bombón en la boca, hice gestos para agradecerle el detalle. ¡Madre mía, Virginia! —exclamó horrorizada—, ¡Se ve que estás muy necesitada de azúcar! Yo me reí de su ocurrencia y asentí con la cabeza. A ella solo se le ocurrió decir que tendría que ponerme a régimen cuando volviera a Gijón: No puedes asomar así en el instituto. ¿Por cierto, cuándo será eso? Aunque no te preocupes por la baja. Ya me estoy encargando de gestionar todo el papeleo.

Le hice un gesto para que nos sentáramos las dos en mi cama, me eché otro bombón a la boca, éste de chocolate negro con naranja y almendras, y cogí mi pizarra dispuesta a responder a su pregunta. La Quirón me dijo que tendría que quedarme aquí hasta la primavera, escribí. Sí, ese es el mensaje que me transmitió aquel chico que me llamó en tu nombre, ¿no es así? Afirmé con la cabeza y escribí en mi pizarra: Álex, ese es su nombre. No sé por qué, Sofía se puso muy contenta. Sííí, ¿es guapo?, me preguntó con cara de pillina. Su pregunta me dejó muy desconcertada.

Afirmé con la cabeza. Ella saltó: ¡Lo sabía, lo sabía! Sabía que había algún chico por medio que estaba retrasando tu estancia en Bulnes, ¿no es así? Nooo, escribí en la pizarra y lo subrayé. ¡Pero has dicho que es guapo y además sabes su nombre!, sentenció. Yo no sabía qué cara poner. ¿En serio mi amiga había pensado que yo estaba allí ligando? Suspiré profundamente y, lo más solemne que pude, escribí: No, Sofía, te equivocas, estoy aquí siguiendo un tratamiento para recuperar la voz y recuperar mi vida, no para ligar. Ya, insistió ella, ¿qué clase de tratamiento?, porque llevas aquí un mes y sigues sin hablar. Asentí con la cabeza, con cierta tristeza, y me encogí de hombros. Escribí en la pizarra: Hago lo que puedo.

Ella me consoló entonces y se mostró segura de que yo volvería a hablar: Eso es lo que me dijo la Quirona por teléfono cuando habló conmigo, y que hacías grandes progresos... aunque yo no los veo, la verdad. Sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. Sofía se llevó de pronto la mano a la boca, como si hubiera hablado más de la cuenta. ¡Ay, cuánto lo siento, exclamó, se supone que no debería haberte dicho nada de esto! ¿Nada de qué?, pregunté. Pues de esto, de que estoy aquí porque la Quirona me pidió que viniera a verte. La interrogué con la mirada, evitando que se me saltaran las lágrimas. Nuevamente pensé que me estaban engañando, que

la curandera jugaba conmigo. Ella me cogió de las manos y se justificó: A ver, yo pensaba venir a verte de todas maneras. Me tenías muy preocupada, y me preocupé todavía más cuando ese chico, ¿Alex? me llamó en tu nombre para decirme que tenías que quedarte en Bulnes hasta la primavera. Y después nada, ninguna llamada más. Si miras tu móvil, verás todas las que yo te he hecho y los mensajes que te he mandado. En el instituto me preguntan por ti, ¡y no sé qué decirles!

Me quedé unos momentos reflexionando. En realidad, no estaba enfadada con Sofía, sino con la Quirón, ¿qué se traía entre manos? Ella continuó: De verdad que he intentado ponerme en contacto contigo, de verdad. Te creo, le escribí, pero aquí no hay cobertura. Yo también lo intenté en varias ocasiones, pero fue inútil. Sofía suspiró profundamente y me preguntó, poniendo cara de ternero degollado: ¿Estás enfadada conmigo? No, no, claro que no, escribí en mi pizarra. Mi amiga puso cara de sentirse aliviada, pero yo seguía con el mal sabor de boca que me había producido enterarme de que ella estaba allí, porque la había llamado la curandera; cosa que chocaba frontalmente con sus instrucciones de que yo no debía contactar con nadie. ¿A cuento de qué había cambiado de idea? ¿Cuál era la auténtica razón por la que había permitido a Sofía ir a verme, pidién-

dole incluso que viajara hasta Bulnes? Yo estaba enfrascada en mis pensamientos más sombríos, que me impedían escuchar lo que me estaba contando mi amiga. Me costó mucho trabajo abandonar mis negras ideas y prestar atención a lo que ella me estaba relatando. Tampoco merecía mucho la pena. Solo eran los cotilleos de siempre del instituto. Esos que antes me gustaba tanto escuchar, e incluso alentar, y que ahora me importaban un pimiento. En esas estábamos cuando llegó Abril para avisarnos de que la comida estaba lista. Enseguida detectó que a mí me pasaba algo y que tampoco estaba muy a gusto en compañía de Sofía. Me miró con ternura y me acarició el pelo. Anda, me dijo en un susurro, vamos a comer, ya comentaremos todo lo que sea necesario después, cuando se haya ido tu amiga.

La Quirona nos esperaba arriba con su mejor sonrisa, yo la miré con mala cara, y ella me sostuvo la mirada con sus ojos penetrantes, hasta que bajé la cabeza. Había dispuesto la mesa para las cuatro, como si fuera un día de fiesta. En el centro, un jarrón blanco con forma de corazón, similar al que yo estaba recomponiendo, contenía un ramo hecho de hierbas y flores silvestres. Cuando lo vi, me quedé paralizada. La curandera hurgó en mi sorpresa, diciéndome: ¿Has visto que flores más bonitas, Virginia? ¡Como si yo no me hubiera dado cuenta! La ha-

bría matado allí mismo, pero en lugar de eso asentí con la cabeza, sin atreverme a mirarla a los ojos otra vez. ¿Qué clase de broma era esa?, me pregunté para mis adentros. Sofía y yo nos sentamos mientras la Quirona ponía los platos y Abril los acercaba a la mesa. Mi amiga se deshacía en elogios por lo bien que olía la comida: arroz con almejas. No se podía negar que tenía muy buena pinta y olía de maravilla. Ya con las cuatro en la mesa, empezamos a comer. Pero antes de hacerlo, la curandera miró a Sofía para preguntarle si quería rezar o bendecir los alimentos. Mi amiga contestó, un tanto confusa: No, no hace falta, así está bien. Vi cómo Abril se aguantaba la risa. No capté el sentido de la pregunta de la Quirona. Todos los días comía y cenaba con ella, y jamás había sugerido lo de rezar o bendecir la mesa.

A Sofía le estuvo tan bueno el arroz, que preguntó si podía repetir. Así lo hizo, elogiando a la cocinera, incluso llegó a pedirle la receta de cómo conseguía un plato tan en su punto y tan exquisito. Según ella, nunca había probado un arroz con almejas tan bueno como aquel. Y eso que yo voy a restaurantes de los que tienen muchas estrellas, nos dijo. Bueno, le respondió la curandera, aquí también tenemos sitios con muchas estrellas. ¿De verdad?, preguntó Sofía, tendré que venir a comer a alguno de ellos. Con un tono de satisfacción poco disimulada, la Quirona le

respondió, señalando hacia arriba: Me refiero a estrellas en el cielo. Mi amiga soltó una carcajada, riéndole la gracia, sin darse cuenta de que se mofaban de ella y de sus restaurantes de lujo. La conversación discurrió por temas intrascendentes, como el turismo en el pueblo. Bueno, llamarlo conversación no sería lo propio. Más bien habría que decir el monólogo, pues la única que no paraba de hablar era Sofía. Una vez terminado el arroz, pasamos al postre: leche frita. Mi amiga, que también repitió, no paraba de elogiar las dotes culinarias de la Quirona. En un momento determinado, la curandera se dirigió a Abril y le preguntó en un tono irónico: ¿Qué te parece si abrimos un restaurante aquí en Bulnes? Claro, claro, respondió, me parece buena idea, ¡como no hay ninguno! Sofía no captó la ironía, se lo tomó al pie de la letra y empezó a dar palmaditas. ¡Qué emocionante! Yo os haría propaganda en Gijón. Tengo muchos amigos, y seguro que podría traeros una buena clientela.

Yo estaba impresionada con la escena que presenciaba y mi cabeza no dejaba de darle vueltas a la misma pregunta: ¿Qué está pasando aquí? ¡No entendía nada! Y menos todavía cuando, ya sentadas en el sofá frente a la chimenea, tomando café, escuché cómo la Quirona le agradecía a Sofía su presencia. Me alegro mucho de que hayas venido, le dijo,

cuando te pedí por teléfono que vinieras a Bulnes a ver a Virginia, no sabía si podrías hacerlo o no. La curandera me miró, penetrándome con sus ojos. Mi amiga se quedó un tanto desconcertada y, entrándole al trapo, le contestó: Claro, cómo no iba a venir. Había hecho otros planes, pero tenía tantas ganas de ver a Virginia, que no me pude negar. ¡Estoy encantada de haber venido! Y me alegro de que me llamas. Por cierto, añadió ingenuamente, creí que me habías dicho que no le comentase a Virginia nada de tu llamada, que era una especie de secreto entre nosotras. ¿Secreto? preguntó a su vez la curandera, poniendo su mejor cara de sorpresa. No, no, entre Virginia y yo no hay secretos, ¿verdad?, me preguntó a mí. Yo no le respondí, no sabía a qué estaba jugando, me limité a esbozar una tímida sonrisa. ¡Ay, pues mucho mejor, porque se me había escapado y ya se lo había comentado a Virginia, qué peso me quitas de encima! Abril medió en la conversación y se fue para volver con una botella de sidra asturiana y unos vasos. Ella misma la escanció, sin tirar ni una gota al suelo, y propuso un brindis por mi pronta recuperación.

Nuevamente, la conversación discurrió por temas intrascendentes. Sobre las cinco y media la Quiróna cortó la sobremesa recordándole a Sofía que el último funicular de Bulnes a Poncebos salía a las seis de

la tarde. ¡Es que como estamos en temporada baja!, se justificó, como si fuera culpa suya. ¡Es verdad!, cómo se pasa el tiempo cuando se está en buena compañía, dijo Sofía con su mejor sonrisa. Pues voy a prepararme para cogerlo... si me indicáis donde está el servicio, preguntó. Mientras mi amiga estaba en el baño, la curandera y Abril se dedicaron a recoger las tazas y todo lo que habíamos utilizado. Lo amontonaron sobre el fregadero, ignorándome por completo, como si yo no estuviera allí. Me sentí bastante molesta con su actitud y me quedé clavada en mi silla. Cuando volvió Sofía, se dispuso a despedirse de mí, pero la Quiróna me sugirió que la acompañase a la estación del funicular. No me pareció mala idea. Bajé a mi habitación para coger el anorak y unos guantes y, de paso, le eché un vistazo a mi obra reparada, comprobando que el calor y la humedad eran los adecuados.

Cuando subí a recoger a mi amiga, ésta ya estaba de pie en el salón, despidiéndose de las dos mujeres. Llegué a tiempo para ver cómo Sofía sacaba un sobre blanco de su bolso, y se lo entregaba a la curandera, al tiempo que le decía: ¡Qué cabeza la mía, casi lo olvido! Después de los besos y abrazos de rigor, ella y yo nos encaminamos a la terminal del funicular. Hacía una tarde muy plomiza, llovía bastante y no llevábamos paraguas. Yo me cubrí con la capucha

del anorak, mientras Sofía se ponía su gran bolso de marca sobre la cabeza, para no mojarse. Me fijé entonces que llevaba unas botas altas de tacón, y que tenía dificultades para andar por ese terreno que, además, estaba lleno de charcos. No sé si fue por la lluvia, o qué, pero Sofía no mostró muchas ganas de mantener un monólogo conmigo. Iba pendiente de no calarse su lacia melena rubia teñida y de ver dónde ponía los pies. Solo me abrazó, antes de subirse al funicular, y me dijo: Te dejo en buenas manos. A papá le curó enseguida y seguro que también te cura a ti. ¡Además, son encantadoras y cómo cocina la Quiróna, no me extraña que hayas engordado tanto!

El funicular iba vacío, solo la llevaban a ella. A esas horas y con aquel tiempo, no me extrañó. La despedí con la mano y me quedé allí plantada, viendo cómo se alejaba por el túnel. Me arrepentí de no haberle preguntado por el sobre que le dio a la curandera. No tenía ni idea de qué podía contener. Mi mente empezó a especular ¿Sería dinero? ¿Acaso Sofía estaba pagando a la Quiróna por sus servicios para curarme? A mí nunca me había pedido nada, ni cuando llegué ni durante todo el mes que llevaba allí. Aquello me desconcertó. Pensé que debía haberle preguntado sobre ese tema a la curandera, no solo ya por sus servicios como tal, sino también para sufragar los gastos por el alojamiento y la comida. Curio-

samente, yo no lo había pensado en todo el tiempo que llevaba en su casa. Decidí dar un paseo, pero la lluvia arreciaba y pronto anochecería. No quería andar sola por allí, por esas calles vacías, en aquellas condiciones. Además, me estaba calando. Así que volví a toda prisa hacia la casa de la curandera.

Intenté pasar directamente a mi habitación. No tenía fuerzas para enfrentarme con ellas en esos momentos, pero no fue posible. Abril había salido a mi encuentro con un paraguas. Te estás calando, me dijo con voz suave mientras me tapaba de la lluvia. Anda, vamos a casa. La seguí dócilmente. ¡Qué remedio! Al llegar, encontré a la Quiróna absorta en el sofá mirando el fuego. Me hizo un gesto para que me sentase a su lado. Me quité el anorak, que estaba muy mojado, y me senté junto a ella, dispuesta a escuchar algún sermón por su parte. Permaneció callada un buen rato, hasta que Abril se sentó con nosotras en un sillón junto al sofá y, de pronto, me preguntó: ¿Cómo te has sentido con tu amiga? Su pregunta me pilló de improviso y, sin saber por qué, tuve ganas de llorar. Aun así, me aguanté y, como toda respuesta, me encogí de hombros. En ese punto, Abril se levantó, volvió con mi pizarra y me la entregó. Yo no tenía ánimo para escribir nada, así que no lo hice. La curandera me miró fijamente y empezó a hablar: No hace falta que escribas nada, ha saltado a la vista que

no te has encontrado muy a gusto con ella durante su visita. Entonces sí escribí: ¿Por qué le has pedido que venga? Por varias razones, dijo la Quirona. Después de un mes con nosotras, y de todas las dificultades que para ti está teniendo este tratamiento, me pareció adecuado que tuvieras una pequeña ración del mundo que dejaste atrás cuando estabas en Gijón. Y qué mejor exponente de ese mundo que Sofía. Y, por otro lado, le pedí que viniera a verte porque, según me contó Abril, Texo, el gato, entró ayer en tu habitación, pero no pudo destruir lo que estás haciendo como Dama del Kintsugi. ¿Y...? pregunté. Y eso es una muy buena señal. Muy, muy buena, insistió. ¡No entiendo!, escribí. Ya, ya sé que no entiendes, pero es así. Es tan buena señal, que marca un antes y un después en tu proceso de curación. Abril asintió con una franca sonrisa.

La verdad es que no sabía qué decir, ni tampoco tenía ganas de jugar a sus abracadabras. Me sentía muy cansada, agotada. Solo tenía ganas de irme a mi habitación y echarme en la cama para dormir un poco. No sabía de qué hablaban. Yo no estaba mejor, ni mucho menos. Eran fantasías de aquellas dos viejas, que nuevamente me pareció que les faltaba un tornillo. Yo me encontraba fatal. Seguía sin poder hablar y el dolor en la garganta continuaba torturándome, cada día más. ¿Eso era estar mejor?

Estos agoreros pensamientos los tuve para mis adentros pero, una vez más, la Quiróna pareció adivinarlos: ¡No te dejes llevar por el desánimo!, me ordenó con voz potente. Ya sé que no confías en nadie, añadió. Hice un gesto de protesta, pero ella me ignoró y me pidió: Pero debes confiar en mí. Te va en ello tu curación, así que déjate de remilgos y ponte a terminar tu trabajo con los cinco sentidos... y alguno más. Dejé de hablar durante un buen rato y, cuando me levanté para marcharme, me agarró del brazo y me hizo que me sentase de nuevo. Iba a protestar, pero me dejé caer en el sofá, dispuesta a terminar con la escena cuanto antes para poder marcharme a mi habitación. Sí, sí, ya sé que quieres irte a dormir, añadió. Sé que estás cansada, sin fuerzas, sin energía. Por eso hice venir a tu amiga, para que comprobases el efecto que ejerce en ti. Abrí mucho los ojos y la interrogué con gestos. Vamos a ver, piensa, Virginia. ¿Estás tan dormida que no te has dado cuenta de que la presencia de Sofía te ha dejado vacía de energía?

Me paré un rato a reflexionar y tuve que convenir en que no había estado a gusto con ella. La alegría inicial que tuve al verla, se convirtió enseguida en una carga. La verdad es que estaba deseando que se marchase. En muchos sentidos, me pareció una persona extraña. Como si ya no tuviera nada que ver conmigo. Estos pensamientos me hicieron sentirme

mal conmigo misma, pero la Quirona me cortó en seco: No, no, no vayas por ahí, me dijo. No te sientas culpable. No es culpa tuya, y tampoco de ella. No es culpa de nadie. Conforme vamos recorriendo nuestro camino vital, que para mí es un camino espiritual, muchas personas con las que tuvimos sintonía en el pasado, ya no la tenemos. Es —siguió— una cuestión de energía. Eso es lo que somos: energía. Coincidimos con aquellos que están en nuestra misma longitud de onda. Y no lo hacemos ya con los que siguen aferrados a su forma anterior. En este caso, las circunstancias que han propiciado tu pérdida de voz, tu dolor y las que has vivido durante un mes aquí en Bulnes, han hecho que no seas la misma persona que salió de Gijón, concluyó. Yo la escuchaba atentamente, tratando de procesar todas sus palabras. Sabía que, en el fondo, llevaba razón, aunque no quería reconocerlo. Realmente yo me sentía distinta y veía a Sofía de una manera diferente a cuando estábamos en el instituto de Gijón, nos íbamos de juerga o de viaje juntas. Entonces nos unían muchas cosas que me parecían importantes, pero que en esos momentos habían perdido interés para mí.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, la Quirona me dijo con un tono de dulzura en su voz: Esto es lo que hay, y no tienes por qué empeñarte en ver a tu amiga como la veías antes, y mucho menos

sentirte culpable por ello. Tampoco la juzgues, añadió, cada persona tiene que vivir las circunstancias que le corresponden en este mundo. Y esas vivencias son el caldo de cultivo que alimenta o destruye su energía, en un sentido o en otro. Ninguna persona puede engañar a la vida. Es un privilegio habitar este hermoso mundo, y cada cual debe hacer su camino, no el de otro, siguiendo su propio ritmo. Unos van más deprisa y otros más despacio. Pero el camino a recorrer es el mismo para todos; aunque cada cual lo vea y lo viva de forma diferente, con experiencias diferentes. A mí me gusta decir, distintos personajes, mismo guión. Suspiré profundamente y asentí con la cabeza.

En esos momentos me encontraba mucho más tranquila y menos confusa que cuando se había marchado Sofía. Pero aún quedaban muchos cabos sueltos y muchas dudas que necesitaba despejar. Aproveché su buena disposición y le pregunté en la pizarra: ¿Y el jarrón, a cuento de qué? La Quirona se echó a reír y también Abril. ¿Eso es lo que te preocupa? El jarrón era un pequeño guiño para ti. No era para molestarte, ni mucho menos. Era una forma de decirte que culminarías tu trabajo con él, su transformación en una pieza única, y también contigo misma. No hubo mala intención. ¡Eres muy mal pensada!, me regañó mientras se reía. Yo insistí: Y el sobre que te dio mi amiga, ¿qué contenía, dinero?

Mi pregunta hizo que las dos mujeres se rieran a carcajadas. ¿En serio crees que Sofía nos ha dado dinero? Esta vez fue Abril la que preguntó. Yo me encogí de hombros y escribí en la pizarra. ¿Por qué no? Alguien tendrá que pagar mi tratamiento, mi comida y alojamiento, y a mí no me habéis pedido nada. Esta vez su respuesta sí que me pilló por sorpresa. Ambas mujeres se levantaron al unísono, se cogieron de las manos y empezaron a bailar. Yo estaba un poco sobrecogida, ¿qué he dicho, qué les pasa? Me pregunté para mis adentros. Ellas siguieron celebrando lo que fuera que les divertía tanto. En serio que me asusté, no entendía a qué venía tanta algarabía.

Me quedé quieta en el sofá, mirándolas, hasta que se cansaron de bailar y reír. Finalmente volvieron a sentarse a mi lado mientras yo las miraba sin comprender nada de nada. No te asustes, me dijo Abril, la Quirona y yo habíamos hecho una apuesta, ¡y la he ganado yo! Obviamente, esa explicación no explicaba nada de su loco comportamiento. Así que continué esperando una respuesta más convincente. La apuesta consistía en saber en qué momento nos ibas a hablar de dinero o me preguntarías por mis honorarios, dijo la Quirona. Me encogí de hombros como queriendo decir que mi pregunta no era tan extraña. Sí, sí lo es en nuestro mundo, añadió Abril, nosotras no actuamos por dinero. La Quirona nunca cobra a

nadie ejerciendo como curandera. Tiene un don y los dones son gratuitos, no se puede comerciar con ellos. Quizás algún día se decida a contarte cómo el Espíritu le otorgó ese don. Quizás, añadió la curandera. Me quedé un poco desconcertada y sentí la necesidad absurda de justificar mi pregunta por el dinero.

Cogí la pizarra y pregunté: ¿Entonces qué había en el sobre que te dio Sofía? La Quirona hizo un gesto con la cabeza a Abril. Esta se levantó, fue a un cajón del mueble que había en el salón, y regresó con el sobre en la mano. Se lo dio a la curandera y ésta me lo pasó a mí. Ábrelo, me ordenó. Lo hice y me encontré con un folio oficial en el que figuraba mi partida de nacimiento. Las interrogué con la mirada, sin entender nada de nada. Abril se levantó, me quitó el sobre de las manos y me dijo: la fecha y la hora exacta de nacimiento forman parte del proceso de tu curación. Ya te hablará la Quirona de ello. Pero no hoy, me dijo la curandera con una sonrisa, no hoy.

CAPÍTULO 11

El día siguiente de la visita de Sofía fue el domingo 13 de febrero. Yo me encontraba tan agotada que me pasé casi todo el rato durmiendo. Los acontecimientos del día anterior me habían dejado exhausta. Yo no entendía muy bien el porqué. En realidad, ninguna de las cosas que había vivido era para tanto. Eso es lo que me decía en mis pensamientos, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. Me encontraba muy cansada, sin fuerzas para nada, y lo único que quería era dormir. Así debieron entenderlo las dos mujeres porque ninguna de ellas apareció en mi habitación ese día. Ni siquiera me llamaron para comer. Solo dejaron la comida en mi puerta, esperando que yo la cogiera.

Una de las veces que me desperté, miré el reloj y, casi a rastras, me asomé a la puerta, cogí mi ración de comida y volví a meterme en la cama. Lo que re-

cuerdo de ese día es que tuve un descanso sin sueños. No soñé nada. O al menos no fui consciente de ello. Me despertaron al día siguiente unos fuertes golpes en la puerta. Somnolienta, me levanté a abrir y allí estaban ellas con su mejor sonrisa. Eso me asustó de inmediato y me hizo ponerme alerta. Las interrogué con la mirada y con gestos de mis brazos. Las dos mujeres se rieron y Abril me dijo: ¡Venga, gandula, ya has descansado bastante! Es hora de trabajar. Estaba claro que ya no podría dormir más ese día, aunque lo necesitaba porque continuaba muy cansada. Cogí mi ropa, con cierto malhumor y resignación, y me metí en el baño para darme una ducha y vestirme. Me pareció que ellas no tenían intención de irse de mi habitación.

Cuando salí, bastante más espabilada, las dos mujeres se encontraban inspeccionando el jarrón con forma de corazón, que continuaba su proceso de secado metido en la caja de cartón. La Quiróna asintió con la cabeza y me dijo: Esto va muy bien, seguramente podremos continuar con el trabajo de transformación, antes de lo que esperábamos. En realidad, yo no esperaba nada, solo quería terminar ya cuanto antes con aquello, fuera lo que fuera, que ellas llamaban mi tratamiento.

Las dos mujeres estiraron el edredón que había sobre mi cama, y se sentaron en ella. A mí me indicaron

que me sentase en la única silla que había en la habitación, junto a la mesa. Así lo hice, cogiendo la pizarra por si tenía que escribir algo. Tras unos instantes, Abril me anunció que la Quiróna me explicaría para qué necesitaba la fecha y hora exacta de mi nacimiento: Porque seguro que te habrás preguntado por qué encargamos a tu amiga que nos trajera tu partida de nacimiento, añadió. Yo me encogí de hombros. La verdad es que no había pensado mucho en el asunto y eso me pareció raro. Pero lo cierto es que me había quedado tan agotada después de la visita de Sofía, que prácticamente lo único que había hecho era dormir. Aun así, agradecía que, al menos por una vez, fueran a darme alguna explicación de sus tejemanejes. Asentí con la cabeza y esperé sus palabras.

La curandera me dijo que necesitaba esos datos para hacer mi carta natal, y desplegó ante mí un círculo dividido en doce partes. Cada una de las partes se correspondía con un signo del Zodíaco. Dentro había otro círculo más pequeño, también dividido en doce porciones que contenía números del 1 al 12. A estos los llamó casas. Yo la escuchaba con atención, pero no me resultaba muy claro qué tenía que ver todo aquello conmigo y con mi curación. La curandera continuó y me dijo que yo había nacido bajo el signo de Cáncer. Asentí con la cabeza, ¡eso sí lo sabía, claro! ¿Quién no sabe cuál es su signo del Zo-

díaco? Además, yo siempre miraba en el periódico o en las revistas, para ver qué me deparaban los astros. La Quirona cortó mis pensamientos en seco. Con tono firme me dijo: No, no es eso, la Astrología es mucho más seria, profunda y trascendente que toda esa basura que se lee en el horóscopo. Me sentí pillada en un renuncio. No es que yo me creyera lo que me ponía en el periódico, pero siempre lo miraba y, a decir verdad, si me decía algo agradable, incluso le daba credibilidad. Suspiró profundamente y miró a Abril como diciendo: Esta muchacha no tiene arreglo. O al menos así interpreté yo la mirada cómplice entre las dos mujeres.

Tras una pequeña pausa continuó: No temas, no voy a enseñarte Astrología a menos que tú lo quieras... y me parece que no es ese el caso. Yo me encogí de hombros. Obviamente, no tenía ningún interés en aprender Astrología y cada vez estaba más intrigada preguntándome a dónde me quería llevar con sus explicaciones. Extendió el papel en la mesa, delante de mis ojos, y me pidió que me fijase por unos momentos en mi carta natal. Así lo hice. Pero no entendía nada de aquellas líneas que se cruzaban de un lado a otro. Eso sí, observé que en el ángulo superior izquierdo ponía carta astral online. Eso me hizo pensar que había sido sacada por ordenador y empecé a preguntarme si la habría sacado desde el ordenador

de casa de Abril. Ese que, cuando yo intenté mandar un correo electrónico a Sofía, no funcionaba. Ahora por lo visto sí. La Quirona me preguntó en un tono de regañina: ¿Por qué siempre te fijas en las chorradas, en lugar de mirar lo esencial? ¡Mira tu carta! Es una fotografía fiel de cómo se encontraban el cielo y todos los planetas, el día, la hora y el año en que tú naciste. ¿Es que no te interesa?, insistió. Estuve a punto de responderle que no mucho, la verdad, que lo único que a mí me interesaba era recuperar mi voz y poder hablar. Pero no lo hice. Tampoco quería mentirle, así que volví a encogerme de hombros, procurando poner mi mejor cara de chica buena. ¿Qué culpa tenía yo de que no me interesase la Astrología?

Haciendo gala de una gran paciencia me fue explicando lo que eran todos y cada uno de los signos que figuraban en mi carta natal. Estaba guay, como información me pareció interesante, pero no alcanzaba a ver mucho más. Me hizo saber que mi luna estaba en Tauro, en casa 3, y que mi ascendente era Acuario. ¡Pues vale!, pensé para mis adentros. Y ahora presta mucha atención, me dijo, este planeta que ves aquí, en Capricornio, en tu casa 12, es Quirón.

Lo dijo como si fuera importantísimo, como si hubiera descubierto el Mediterráneo, con cara de satisfacción. Yo estaba a la expectativa, deseosa de que me aclarase algo más, porque seguía sin entender

nada de nada. En este punto intervino Abril para decir: A Arabela la llaman la Quirona por este planeta y lo que representa. ¡Ostras, pensé, su verdadero nombre es Arabela! Algunas veces me lo había planteado, pero nunca me atreví a preguntárselo a ella. Sí recordé que Abril me había dicho, en algún momento, que debía interesarme en saber por qué la llamaban la Quirona. Me quedé tan impactada al descubrir el verdadero nombre de la curandera, que saber lo que representaba Quirón pasó a un segundo plano. Pero ella estaba dispuesta a poner en primera línea esa información. Sin más preámbulos me dijo que Quirón era un planeta enano, muy especial, que transitaba entre las órbitas de Saturno y Urano. A Saturno lo definió como el planeta de los límites, las reglas, o algo así, mientras que Urano era todo lo contrario, un revolucionario que se asociaba a los cambios y las sorpresas, no solo a nivel personal, sino también a nivel social.

Reconozco que cada vez le prestaba más atención, pero solo porque quería saber qué tenía que ver todo eso conmigo. El punto en el que logró que mis cinco sentidos estuvieran pendientes de sus palabras, fue cuando añadió que a Quirón se le asociaba con el dolor. Pero no era un dolor que nos infligiera nadie, nacíamos con él, era nuestra herida de nacimiento, puesto que todo el mundo tenía a Quirón en algún

lugar de su carta natal. Y esa referencia al dolor hizo que su explicación empezase a interesarme más.

Para que yo lo entendiera mejor, añadió que Quirón había sido descubierto el 1 de noviembre del año 1977 y que, a partir de entonces, empezaron a popularizarse las medicinas alternativas, en las que el foco de atención estaba en las personas por encima de las enfermedades. Interrumpí su explicación para escribir en mi pizarra, muy contenta: Yo he hecho yoga y meditación en cursos de fin de semana. Nuevamente la Quirona miró a Abril con esa mirada suya que yo interpretaba como diciendo: Esta muchacha no tiene apañó. Instantes después, ambas se rieron y la Quirona me preguntó en su tono más amable: Pero eso no te ha servido de mucho, ¿verdad?

Su comentario me pareció cruel, pero no contesté. Entre otras cosas porque me di cuenta de que llevaba razón. Yo había perdido el habla y estaba sometida a un intenso dolor, a pesar de mis cursos saludables de fin de semana. Me puse triste y la curandera me consoló diciendo: No te preocupes, no eres la única, todos pasamos por las mismas fases de crecimiento, aunque cada uno a su manera. A Quirón lo llaman el sanador herido y su herida, que es la de todos, no tiene cura. Hice un gesto de incredulidad y escribí en la pizarra: ¿Y entonces? A veces, continuó ella, no podemos hacer nada sobre lo que no controlamos y

la herida no desaparece, porque no todo puede curarse. Quirón es el sanador, pero no el sanado, concluyó. Sin embargo, todo lo que aprende para curarse le sirve para curar a otros. Estaba reflexionando sobre sus palabras cuando Abril le sugirió: ¿Por qué no le hablas del mito de Quirón?

La curandera asintió y dijo que me lo resumiría, porque no quería aburrirme: Quirón es un centauro, mitad hombre mitad animal, como todos nosotros. Nace gracias a la relación entre Saturno, Cronos, y Fílira, de la que se enamora apasionadamente acosándola todo el tiempo para copular con ella. Para eludir ese acoso, Fílira se convierte en yegua, pero Cronos se da cuenta del engaño y él mismo se transforma en caballo, para forzar la cópula. Y en estas condiciones es engendrado Quirón. Al comprobar que nacía mitad humano y mitad animal, su madre lo rechaza y su padre no quiere saber nada de él. Por lo que Quirón es un hijo abandonado, sin haber hecho nada para merecer su desgracia. Sin embargo, estas condiciones nefastas son las que, precisamente, provocan que Apolo lo adopte y le enseñe sobre las artes y la sanación, despertando en él todo lo bueno y verdadero que encierra su naturaleza. De este modo Quirón se convierte en un maestro muy reconocido, que enseña a los demás el origen del dolor y su forma de curarlo. Además, desarrolla su sabiduría

en materias tales como la medicina, la música, la astronomía, la caza, la guerra... tiene también habilidades en la práctica de tiro con arco, en el uso de las hierbas y plantas medicinales y, por supuesto, en la Astrología. A estas alturas del relato de la Quiróna, yo estaba ya fascinada con el tal Quirón, y le hice un gesto para que continuase.

Ella sonrió satisfecha y prosiguió. Era obvio que, esta vez, sí había conseguido atraer toda mi atención. Quirón, añadió, fue maestro de personajes como Hércules, Jasón, Aquiles y Esculapio. Este último fundó la Medicina. Pero nuestro centauro, no solo arrastra la herida emocional de ser rechazado por sus padres, sino que además sufre un dolor físico con una herida imposible de curar en una de sus rodillas. Esta herida se la había hecho Hércules, de forma involuntaria, cuando en una pelea contra centauros, lanza una flecha envenenada que hiere a Quirón, su maestro. Pero como éste gozaba de inmortalidad, por ser hijo de un dios, resulta que ni puede curar su herida... ni tampoco puede morir. Pero nuevamente, un suceso desgraciado en su vida, como lo fue su nacimiento, le proporciona una nueva gracia en su existencia. Porque Quirón empieza a estudiar cómo curar esa herida, lo que le otorga la capacidad y sabiduría para curar a los demás, aunque no a sí mismo. Y aquí es donde nace el arquetipo de este planeta: el sanador

herido, que no es sabio porque haya podido curar su herida ni porque haya superado el dolor, ni mucho menos, sino por saber curar a otros. Cura porque a él le duele y no desarrolla su actividad en su propio beneficio, sentenció. Absolutamente entregada al relato, pregunté a la Quirón: ¿Qué nos quiere decir su historia? Satisfecha con mi atención, la curandera respondió: Básicamente nos dice que el dolor forma parte de la vida de todos los seres humanos, pero no cualquier dolor, sino aquel que nos llega de forma injusta, sin que tenga una razón que podamos entender. Mientras la escuchaba, identifiqué el dolor del centauro con mi propio dolor, con la pérdida de la voz y con la situación injusta, desde mi punto de vista, en la que yo misma me encontraba.

La curandera permaneció en silencio, como dándome tiempo a que yo asumiera y reflexionara sobre sus palabras. Pasados unos minutos le escribí: ¿Cómo termina la historia? Las dos mujeres se echaron a reír y Abril me preguntó: ¿Te gusta, eh? Asentí con la cabeza. Pues aún no ha terminado, sigue escuchando. Me arrellané en aquella silla tan incómoda, para prestar atención a este mito que tanto me estaba impactando. La Quirón continuó: En un momento de su vida, el destino de Quirón se cruza con el de Prometeo, ya sabes, aquel que fue castigado por robar el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. Asentí

con la cabeza, eso sí lo sabía. Por este motivo, Zeus encadenó a Prometeo a una roca. Durante cada día un águila se comía su hígado, y cada noche volvía a crecerle, lo que le proporcionaba un tormento perpetuo. Pero no tanto, había una salida, siempre la hay, insistió. La solución estaba en que un ser inmortal renunciase a su condición de inmortalidad en favor de Prometeo. Y ahí es donde nuestro Quirón encontró la posibilidad de curar su herida con la muerte y, a la vez, liberar a Prometeo de su horrible castigo. Y eso es lo que hizo, renunció a su inmortalidad para aliviar a aquel que sufría, y con esta importante decisión pudo poner fin a su dolor, concluyó la curandera. ¿Y colorín colorado?, estuve a punto de poner en mi pizarra, aunque lo que realmente escribí fue: ¿Y murió? ¡Claro que murió!, me respondió la Quiróna, pero no hagas como siempre, no te quedes en la superficie de las cosas, profundiza un poco más.

Yo no tenía ganas de profundizar, estaba triste porque Quirón había muerto y para mí no era ningún consuelo el hecho de que Prometeo se hubiera librado de su castigo. Sí, era verdad, el castigo era horroroso, pero al fin y al cabo él se lo había buscado por haber robado el fuego a los dioses. Pero, ¿y Quirón?, el pobre no había hecho nada malo. Desde pequeño sufría y no era por su culpa, sino por el rechazo y el abandono de sus padres y luego va Hércu-

les y le da con una flecha envenenada, que no iba destinada a él. No sé, todo era muy injusto. Me pregunté por qué le pasaban estas cosas a un ser bueno como él, que lo único que hacía era ayudar a los demás. Y, además, ¿qué tenía que ver todo eso conmigo? Intenté reflexionar, pero las piezas de aquel rompecabezas no encajaban en mi mente.

Abril acudió en mi ayuda, y me dijo: La condición de estar vivos conlleva la seguridad de que tenemos heridas que no cierran, y eso nos hace padecer un dolor injusto. Sin embargo, añadió, nos otorga una visión sanadora de la muerte. ¡No lo entiendo!, escribí en mi pizarra. Fue la Quirona la que respondió: La muerte es una experiencia que puede resultar aterradora para la mayoría de los seres humanos, que sienten miedo al morir. Sin embargo, mirar con consciencia el significado de la muerte, nos hace vislumbrar nuestra vida desde una óptica mucho más lúcida y vivir el dolor que no se cura, con gran aceptación y lucidez. Siempre digo, añadió, que todo lo que la muerte toca lo convierte en oro, sentenció, como esperando alguna reacción por mi parte. Pero yo estaba bastante confusa, no la entendía muy bien. Si mi dolor solo se iba a ir con mi muerte, ¡vaya historia! ¡Para ese viaje no hacían falta alforjas!

La Quirona me traspasó con la mirada. Sentí, una vez más, como si me agarrara por dentro con sus

ojos. Tosí un par de veces, como si me faltara el aire. Abril me pidió que respirara lenta y profundamente. Se levantó de la cama y colocó una mano en mi pecho, en el esternón, y otra por detrás. Después de varias respiraciones profundas me fui tranquilizando poco a poco. La curandera me dijo, mostrando tristeza: No entiendes nada, Virginia. ¿Qué crees que estamos haciendo aquí? Su pregunta me dio ganas de llorar. De pronto me sentí muy triste y desvalida. Me consideraba una especie de víctima de aquellas dos mujeres. Abril, que había vuelto a sentarse en la cama, me susurró en un tono de advertencia: No, no te deslices por esa pendiente. No te conduce a ningún lugar bueno y puede hacerte mucho daño.

La Quiróna volvió a preguntarme: ¿Qué crees que estamos haciendo aquí? Yo no sabía qué contestar, su pregunta me parecía confusa. Me señaló la pizarra para que respondiera. Después de dudar un poco, escribí: ¿Curarme? La curandera respondió con rapidez: Yo no puedo curarte, tienes que curarte tú misma, yo solo puedo mostrarte el camino, pero eres tú la que tienes que recorrerlo. Lo que estamos haciendo es mostrarte la muerte como lo que es, como una parte de la vida. Y mostrarte, también, que la vida está compuesta de muchas muertes, de muchas cosas, creencias, situaciones, personas, pensamientos y emociones que hay que ir dejando atrás, porque ya

no nos sirven. Esas muertes en vida causan mucho dolor. Dolor emocional y dolor físico. La buena noticia es que tú estás ya en un proceso de cambio que no tiene vuelta atrás. Hice un gesto de interrogación. Sí, sí, insistió ella, aunque tú no te lo creas. La pérdida de la voz y el dolor en la garganta, se produjeron por los cambios que te exigía tu alma, y a los que tú te resistías. Por eso pasaron al cuerpo físico, para llamar tu atención. El cuerpo nunca miente, concluyó.

Me quedé pensativa, no sabía cómo reaccionar, pero todo lo que me estaba diciendo cobró sentido para mí. Era cierto que, antes de aquel fatídico día en el que perdí la voz en el instituto, sabía, en el fondo de mi alma, que algo no iba bien conmigo, que mi vida me parecía vacía y carente de sentido. Resultaba evidente que yo no era la misma persona que había llegado, un mes atrás, a Bulnes, pero no terminaba de saber muy bien si esos cambios internos, que detectaba en mí la curandera, iban a llevarme a recuperar la voz y a eliminar el intenso dolor que sentía en la garganta. Estaba muy confusa. Abril intervino para decirme: Mira, los problemas no pueden resolverse en el mismo escenario en que se han creado. Tus problemas físicos, no pueden curarse en el ámbito de tu cuerpo, sino donde realmente se crearon. ¿Dónde?, escribí confusa. En otros cuerpos más sutiles, dijo la Quirona. Ya te comenté que lo que había

que sanar era tu alma herida. ¿Cómo la de Quirón? Las dos mujeres recibieron mi pregunta con carcajadas. Sí, como la de Quirón, respondió la curandera. Una herida que no tiene cura pero que, gracias a ella vas a poder evolucionar como ser humano. Porque solo se trata de eso, ¿sabes?, de ser lo que realmente somos. Suspiré profundamente y ella añadió: A tus cincuenta años, el planeta Quirón ha retornado al mismo signo, a la misma casa, a la misma hora, minutos y segundos donde estaba en el momento de tu nacimiento. El sanador herido te está dando una oportunidad de oro para que cures tus heridas emocionales y las pongas en valor. ¡No desaproveches la oportunidad que te brinda la vida! Como siempre, sus palabras me resultaban muy grandilocuentes, pero yo no terminaba de captar su sentido.

De pronto se levantó de la cama y se dirigió a la caja donde estaba el jarrón con forma de corazón. Me pidió que fuera a su lado, y así lo hice. ¡Míralo!, me ordenó. ¿Qué ves? Era obvio, lo que veía era un objeto roto, cuyas piezas se estaban pegando. Eso es lo que pensé. La Quiróna, como siempre, adivinó mis pensamientos y me habló: Lo que ves ahí es un corazón herido, el tuyo, que está en proceso de sanar sus heridas para volverse, de nuevo, un corazón completo. ¿Te das cuenta?, me preguntó. Asentí con la cabeza. Pero fíjate bien, insistió, cuando hayas termi-

nado de reconstruirlo, ese corazón seguirá teniendo las mismas heridas. ¡Estas no van a desaparecer! ¿Entiendes? Permanecí callada, no sabía a dónde quería llegar. Lo que quiero decir es que el jarrón será más hermoso, más resistente, con más valor, porque será único. Tendrá sus cicatrices bien marcadas, a la vista de todo el mundo, cicatrices que, a pesar del dolor y los sinsabores que haya sufrido en la vida, mostrarán que ha superado las dificultades. Las heridas del alma son incurables, como la de Quirón, y a cada persona le afectan de manera distinta, porque cada uno de nosotros tiene a este planeta en un lugar distinto de su carta natal. Pero son heridas iniciáticas que van transformando, en un proceso interior alquímico, todos nuestros metales viles en oro. Ya te lo dije. Cuando terminemos con el proceso de transformación del jarrón, habrá finalizado también para ti una parte muy importante del proceso de sanación de tu alma. Me hubiera gustado preguntarle más cosas, pero me dijo que ya era bastante por ese día y me anunció que pronto continuaríamos con las fases que me restaban para finalizar mi trabajo como Dama del Kintsugi.

Las dos mujeres se marcharon de mi habitación, y me aconsejaron que saliera a pasear un poco. Se te está poniendo cara de acelga de no tomar el sol, me dijo Abril antes de irse. Yo pensé que llevábamos va-

rios días nublados, y no veía al sol por ninguna parte. La Quirona se volvió en la puerta y me dijo, sonriendo: El Sol siempre está ahí. Otra cosa es que lo tapen las nubes, pero el astro que nos nutre y alimenta, no falta ningún día a su cita con el planeta y con los seres que lo habitamos. ¡Y malo será el día que no salga! ¿Te lo imaginas?, me dejó esta pregunta en el aire mientras cerraba la puerta a sus espaldas y yo escuchaba las risas de las dos mujeres.

Miré a mí alrededor y me vi en la soledad de mi habitación, como no la había sentido hasta ese momento. Decidí hacerles caso, me abrigué y salí a la calle con la intención de pasear por el pueblo. Aunque hacía frío, el lugar me pareció más bello que nunca. Me subí al puente en el que podía leerse el letrero de Bulnes. Me adentré por un camino y bordeé el río con sus pequeñas cascadas. Me senté en una piedra a su orilla para escuchar el rumor de aquella agua tan cristalina. Un pensamiento me vino de repente a la cabeza: No me importaría vivir aquí. Lo rechacé de inmediato. No, no, me dije para mis adentros, estoy aquí de paso, hasta que pueda volver a hablar. Cuando lo haga, regresaré a Gijón a mis clases y a mi vida. Una voz interior interrumpió los razonamientos de mi mente para preguntarme con sarcasmo: ¿De verdad vas a poder volver a tu vida anterior?

CAPÍTULO 12

Las dos semanas que faltaban para terminar el mes de febrero se me pasaron en un suspiro. La Quiróna no me dejaba apenas tiempo libre. Me mandaba a hacer paseos y a contarle luego lo que había visto y lo que había percibido. Decía que mi atención no estaba donde se encontraba mi cuerpo. Algunos paseos los hacía sola, los menos; otros con Abril, que se empeñaba en acompañarme. Me hacía andar de una forma muy rápida. No me llegaba el resuello. Me hacía buscar lugares para sentarme, o coger determinadas plantas que había por el suelo, y que ella iba identificando para mí.

Pero, lo peor de todo, era que las caminatas podían ser a cualquier hora del día o de la noche. Estas últimas eran bastante frecuentes y peligrosas porque, en esos días de finales de febrero, la luna empezó a menguar o estaba cubierta por las nubes. No se veía

nada. Yo casi tenía que adivinar dónde ponía los pies en el camino, para no caerme. Una noche me caí y rodé por una pendiente. Me hubiera gustado sentarme a lamerme las heridas, pero Abril no me dejó. Me ayudó a levantarme y me dijo: Venga, venga, no te detengas, es una caída de nada. Mientras Abril me instruía en las caminatas, me di cuenta de que yo andaba por la vida sin fijarme en nada, solo en frivolidades. No andas con los pies, me decía, andas con la cabeza. No sabes de dónde vienes ni adónde vas. Para un poco y deja hablar al cuerpo. Tus pies sí saben a dónde te llevan, tu mente, no.

Por otra parte, la Quirona me seguía enseñando mi carta natal, hasta el punto de que yo era capaz de distinguir todos los planetas. Conocía sus símbolos y, más o menos, sus significados. También se interesaba mucho por mis sueños. Estuve a punto de contarle que, antes de conocerla, había soñado con ella. Pero no lo hice, me limitaba a contarle retazos sueltos, solo la parte que recordaba de los muchos sueños que tenía durante la noche; si es que Abril no me despertaba en medio de la madrugada para llevarme a alguna de sus infernales caminatas. Un día le pedí a la curandera que me siguiera hablando de Quirón y de cómo este planeta influía en mi vida. Dudó unos instantes y me dijo que el sanador herido obraba de una forma determinada en mí, en función del signo

en que se encontraba y en la casa. Me recordó que yo lo tenía en Capricornio, en mi casa 12. Eso ya lo sabía, porque ella me lo había dicho, y la animé a que me contase algo más. Me explicó que la Astrología era muy complicada y que había que estudiar la carta en su totalidad para poder saber cosas sobre nosotros mismos, además de tener en cuenta todos los tránsitos planetarios que se producían, porque el cielo no para de moverse, me dijo, está muy vivo. También me contó un antiguo lema de la época medieval, que decía: los astros inclinan, pero no obligan. Añadió que favorecen ciertas inclinaciones en nuestra personalidad y en nuestra vida, pero siempre dejan un margen para la autonomía.

Le pregunté en mi pizarra qué tanto inclinaban, y si la libertad o el libre albedrío, no dejaba de ser una quimera. Me respondió que se alegraba mucho de que le hiciera todas esas preguntas, pero que cualquier respuesta contundente por su parte sería una temeridad. Yo diría que no controlamos nada de lo que nos sucede en el exterior, añadió, pero sí podemos moldear nuestra vida interna. Es como si tuviéramos que hacer un cesto con los materiales planetarios que tenemos desde nuestro nacimiento. Dependerá de la calidad de esos materiales que el cesto sea de una manera o de otra, pero, sobre todo, lo más importante es cómo lo vivamos. Me quedé pensativa unos momen-

tos y me vino a la mente la letra de una canción: «Si naciste *pa* martillo del cielo te caen los clavos». Lo escribí para que lo leyera la Quirona. Ella se echó a reír y me respondió: Así es, conozco la canción de Pedro Navaja. Puse cara de asombro y ella sonrió diciéndome: No sabes nada de mí.

Sus palabras me hicieron reflexionar profundamente. Esa noche no pude dormir. La frase había calado profundamente en mi interior. Llevaba toda la razón. En realidad, no sabía nada de ella, ni de Abril. Y aunque aún me desconcertaban y asustaban, para qué negarlo, les había cogido cierto cariño a las dos viejas. Pero seguro que no siempre lo habían sido, que en su día serían niñas y después jovencitas. Y que tendrían muchas experiencias a sus espaldas. Buenas y malas, de todo tipo, seguro. Y quizás empecé a mirarlas de otra manera. Desde luego, muy normales no eran. Sofía se había quedado corta cuando definió a la Quirona como rara, muy rara. Pero ambas tenían un halo especial que las hacía totalmente diferentes de las demás personas que yo había conocido hasta entonces. Antes de caer en un profundo sueño, después de haber dado muchas vueltas en la cama, me hice un propósito: intentaría conocer a aquellas dos mujeres de una manera más profunda y menos superficial de como las había visto hasta ese momento.

A las tres de la madrugada Abril me despertó. Me pidió que me vistiera y me abrigase, porque íbamos a dar una caminata. Protesté con toda clase de gestos, prácticamente me acababa de dormir. Ella ni se inmutó. Solo me apremió a que me diera prisa. Tuve la tentación de taparme la cabeza con el edredón y seguir durmiendo. Pero no lo hice, sabía que era totalmente inútil. Así que salimos de mi habitación y la seguí a trompicones. Aunque iba medio adormilada, me di cuenta de que me llevaba por unos caminos distintos a los que recorríamos en otras ocasiones. Estábamos en la madrugada del 1 de marzo. No había luna y tampoco llevábamos linternas. Abril me comentó que al día siguiente se produciría la luna nueva de Piscis, por lo que estábamos al final de un ciclo. No entendí lo que quería decirme. Tampoco me dejaba mucho tiempo para pensar. Me hacía caminar de forma muy rápida. Ella iba por delante, y yo intentaba seguirla y mantenerla a mi vista para no perderme.

Pero en un momento determinado me despisté y dejé de verla. Más que nunca, eché de menos mi voz para gritar, y poder llamarla. Eché a correr torpemente de un lugar para otro. Seguía adelante, volvía sobre mis pasos, andaba en círculo. Pero Abril no aparecía por ninguna parte. Me sentí aterrorizada y empecé a llorar, emitiendo una especie de gruñidos,

como si fuera un animal herido. No sabía qué hacer, si quedarme quieta, esperando que Abril volviera a recogerme, o caminar por mi cuenta.

Tras dudar un rato, elegí la segunda opción. ¿Pero cómo, hacia dónde? No tenía ni idea de en qué lugar me encontraba ni conocía la zona. Calculé que quizás habíamos andado algo más de una hora. Pero no era seguro, quizás habríamos caminado durante más tiempo todavía. Lo único que estaba claro para mí era que Abril me había llevado esa noche por caminos desconocidos. Y totalmente a oscuras como estaba el cielo, yo no había podido fijarme en ningún lugar del camino que me pudiera servir como punto de referencia para volver a casa. En dos palabras: estaba perdida. Me maldije a mí misma y maldije a Abril por haberme dejado sola en medio de la oscuridad.

No sé cuánto tiempo estuve lamentándome de mi situación. Estaba desconsolada, no podía dejar de llorar. Tenía muchísimo miedo. Empecé a escuchar sonidos de animales nocturnos. El murmullo del viento meciendo las copas de unos árboles que yo no veía. ¿O eran imaginaciones mías? Intenté otra vez mirar a mi alrededor para ver si podía detectar algún movimiento que me indicase dónde estaba Abril. No solo estaba asustada, sino también muy dolida en mi interior. Me sentía traicionada por ella, ¿cómo había sido capaz de hacerme eso? Porque no se trataba de

que yo me hubiera perdido, sino de que ella se había alejado de mí para provocar que yo me perdiera. Pero ¿con qué finalidad? No entendía nada. Solo estaba cabreada y muy, muy dolida. Sin saber por qué, me vino a la cabeza un episodio de mi infancia. Estaba en un parque con mis padres. No recuerdo los años que tendría, pero pocos. Ellos me dijeron que nos marchábamos ya para casa, pero yo quería seguir en el parque, quería que me llevaran a los columpios. Como no accedían a mis deseos, cogí un berrinche de los que solía hacer gala para conseguir mis propósitos. Pero esa vez no funcionó. Ellos se despidieron de mí diciéndome: Si no quieres venir con nosotros, ahí te quedas... y se marcharon. Yo los vi alejarse, pero pensé que no iban en serio, que volverían a recogerme. No lo hicieron y yo convertí mi berrinche en un llanto sincero de verdadera angustia.

La gente que había por el parque empezó a acercarse a mí y a preguntarme si me había perdido. Miraban alrededor buscando a mis padres. Alguien habló de llamar a la policía. Al cabo de unos quince minutos, cuando yo estaba ya totalmente desesperada, aparecieron sonriendo. Mi madre me abrazó y yo no sabía si estaba aliviada con su presencia o la odiaba con todas mis fuerzas. La gente siguió su camino, más tranquila y, cuando nos quedamos solos, me dijeron que no me habían perdido de vista ni un minu-

to, incluso me llevaron al lugar desde el que me vigilaban. Me pareció una crueldad por su parte, les dije que los odiaba con todas mis fuerzas, pero mi padre y mi madre se miraban sonriendo, con complicidad, satisfechos con el acto despiadado que habían realizado ¡conmigo, con su única hija! A modo de explicación me dijeron que así aprendería que no podía salirme siempre con la mía, y que debía de tener en cuenta a los demás.

Los pensamientos sobre este suceso de mi infancia, que yo creía enterrado en mi memoria, no contribuyeron a que me sintiera mejor, ni mucho menos. Cada segundo que pasaba estaba más enfadada con Abril, con mis padres, y con el resto de la humanidad. Todo lo que me ocurría me parecía una especie de complot contra mi persona. Estaba segura de que las dos viejas se habían puesto de acuerdo para joderme, hasta era posible que, como en el caso de mis padres, estuvieran observándome desde algún lugar. Pero tampoco este pensamiento me reconfortó. De pronto, escuché muy cerca de mí un ruido que no supe identificar. Miré a mí alrededor, en todas direcciones, pero no vi a nadie. Sin embargo, yo sabía que algo o alguien andaba por allí, me acechaba. Nuevamente eché de menos la posibilidad de gritar. Esa presencia, o lo que fuera, se movía en la oscuridad como si galopase subido en el viento. Me entró un

pánico atroz. Nunca en mi vida, jamás, había experimentado tanto miedo. Como forma instintiva de protegerme, me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Coloqué mis manos encima de mis oídos y, con los brazos encogidos y apretados contra mi cuerpo, me hice una especie de ovillo. Cerré mis ojos y me puse a suplicar para mis adentros una protección de la divinidad o de lo que fuera. Entonces ocurrió. Algo tocó mi cabeza por la parte de la nuca. Se me erizó todo el vello del cuerpo. Una fuerte descarga eléctrica recorrió mi columna vertebral. Todo mi cuerpo, encogido como estaba, temblaba de terror. Me apreté los oídos con las manos, con todas mis fuerzas; aun así, escuché claramente cómo esa cosa, esa presencia, o lo que fuera, me susurraba algo dentro de mi cabeza, aunque yo no entendía lo que decía. ¿Cuánto tiempo duró aquello? No sabría decirlo porque me desmayé, perdí el conocimiento de puro miedo.

Cuando abrí los ojos me dolía todo el cuerpo. Estaba tendida en el suelo y continuaba con las manos sobre mis oídos, agarrándome la cabeza, con el resto del cuerpo en posición fetal. Tenía todos los músculos agarrotados. Lo que me despertó fue una lluvia fina que caía sobre mí. Me incorporé y me di cuenta de que ya había amanecido. Eso me produjo un gran alivio. Vi entonces que estaba en medio de un claro,

rodeada por un bosque. Lo primero que me vino a la cabeza fue que el rumor del viento moviendo las copas de unos árboles que yo no veía, no había formado parte de mi imaginación. Había sido real. Me puse en pie a duras penas, me sacudí la ropa y comprobé que estaba en una especie de encrucijada de caminos. No sabía cuál de ellos tomar. Me paré un instante para decidir, y me vinieron a la mente las recomendaciones de Abril: deja hablar al cuerpo, tu cabeza no sabe a dónde vas, pero tus pies sí. Empecé a andar por uno de los caminos, sin saber si era o no el correcto. Al parecer, mis pies sí lo sabían. Lo seguí sin desviarme hacia ningún otro lugar y, al cabo de una hora, más o menos, vislumbré Bulnes en la lejanía y me encaminé a casa de la Quiróna.

No me sorprendió que ella y Abril estuvieran en la puerta, mirando hacia el camino por el que se suponía que yo iba a aparecer, como esperándome. Ambas mostraron mucha alegría al verme y salieron a mi encuentro, dándome golpecitos en la espalda y abrazándome. Escuché cómo Abril le decía a la curandera, en voz baja: Te lo dije, te dije que lo lograría. Yo me dejaba hacer, como si la escena formase parte de una película que veía desde afuera. Me pregunté en mi interior: ¿Qué me ha pasado? Me siento muy rara. Intenté recapitular lo que me había ocurrido aquella noche, pero no pude. Algo dentro de mí

me impedía pensar. Tampoco podía acordarme de cómo había hecho el camino de vuelta hasta la casa de la Quirona. Mi impresión es que yo andaba y andaba, como si alguna fuerza ajena a mí condujera mis pasos. Me di cuenta de que ni siquiera estaba enfadada con las dos mujeres, después de lo que me habían hecho y del miedo que yo había pasado.

Ambas me condujeron a mi habitación. La Quirona se puso a arreglar mi cama, y añadió otro edredón al que yo tenía. Comprobó que la calefacción estaba a máxima potencia. Mientras, me dejé conducir por Abril hasta la ducha. Me ayudó a quitarme la ropa, abrió el grifo del agua caliente, me metió dentro y cerró la mampara, ordenándome que permaneciera bajo el chorro y no saliera de allí hasta que ella me lo dijera. Yo no cuestionaba nada de lo que me pedían. Las dejé hacer. Era como si me hubieran arrebatado la voluntad. Sin embargo, me sentía más poderosa y centrada que nunca en toda mi vida. Cerré los ojos y dejé que el agua caliente se deslizase por mi cuerpo desnudo. Tampoco sé cuánto tiempo estuve así. En un momento determinado Abril abrió la mampara, cerró el grifo y me ayudó a salir y a secarme. Me trajo un pijama limpio, que no era mío, y me ayudó a vestirme. Cuando estuve lista, ella y la Quirona me hicieron tomar un caldo caliente que tenían preparado encima de la mesa. Me lo tomé sin

rechistar y noté cómo le sentaba bien a mi cuerpo. Cuando terminé, me hicieron acostarme y me dijeron que tenía que dormir. La curandera insistió: Debes reponer fuerzas, duerme y no te preocupes de nada. Ya comentaremos mañana lo que has vivido esta madrugada. No sé por qué, al escucharla me vino a la cabeza que, en realidad, no había nada de qué hablar. La Quirona me penetró con sus ojos, como si hubiera leído mis pensamientos y me dijo: Vamos, Virginia, no seas tan condescendiente, lo que te ha ocurrido no pasa todos los días. La interrogué con la mirada, de forma instintiva, y ella me ordenó: Duerme. Y eso hice, me dormí al instante.

Según me contaron, dormí todo ese día y toda la noche siguiente. Jamás en mi vida había dormido tanto y de forma tan seguida, sin levantarme ni siquiera para ir al servicio. Cuando desperté eso fue lo primero que hice, salí de la cama corriendo, medio adormilada, para ir a orinar. Al volver me di cuenta de que Abril estaba sentada en un sillón, que habían colocado junto a mi cama. Tenía los ojos cerrados, me acerqué a mirarla y me dijo: Estoy despierta, bienvenida al mundo de los vivos. Le sonreí de buena gana y me pregunté si habría estado a mi lado durante todo el tiempo que yo había dormido. Me senté en mi cama y esperé a que ella dijera algo. Yo no tenía ganas de cháchara, me hubiera puesto a

dormir otra vez. Abril debió captar mis intenciones y me dijo: Ni se te ocurra. Llevas durmiendo desde hace dos días. Hice un gesto de extrañeza, pero en realidad no me extrañaba tanto, teniendo en cuenta lo descansada que me sentía y la energía que notaba en mi interior. Abril me mandó a la ducha para que, cuando estuviera vestida y lista pudiéramos desayunar con la Quirona. Me pareció una buena idea, de repente me di cuenta de que tenía mucha, pero que mucha hambre. La curandera nos recibió con la mesa puesta y un desayuno abundante.

Yo me encontraba feliz y sonriente y comí de buena gana todo lo que me pusieron por delante, mientras las dos mujeres se reían al comprobar mi apetito voraz. Cuando terminamos de recoger la mesa y fregar, Abril me anunció que tendríamos una conversación. Siempre que me decían eso con cierta solemnidad, yo me ponía totalmente en guardia. Esta vez, sin embargo, no me hizo ese efecto. Es más, las contemplé a las dos con una sonrisa beatífica y cierta indiferencia. Escuché a Abril cómo le preguntaba a la curandera si creía que había llegado el momento de hablar conmigo. Yo la veo muy atontada todavía, le dijo. Yo escuché este comentario, como si no fuera conmigo. Y también la respuesta de la Quirona: Sí, aún está impactada, pero ya se espabilará. Hablaban de mí como si yo no estuviera delante. En otros mo-

mentos, eso me habría cabreado muchísimo, pero no en ese. La verdad es que no me afectaba lo que dijeran.

Me llevaron al sofá y me sentaron en medio de ambas, después de atizar el fuego de la chimenea. Yo contemplaba las llamas con auténtica devoción. Me sentía muy atraída hacia ellas. En esos momentos, la curandera me propinó un golpe entre los omoplatos, y sentí como si saliera de un trance. Abrí y cerré los ojos varias veces, mientras la Quirona me decía: Así está mejor, necesito que me prestes toda tu atención. Esta vez sí mi cuerpo se puso alerta, como en posición de escucha. A pesar de eso sonreí, me sentía muy bien por dentro. Sin más preámbulos la curandera me dio mi pizarra y me preguntó: ¿Qué pasó la otra noche? Me encogí de hombros. Sinceramente, no sabía de qué me estaba hablando. Ella me dijo: Necesito que recuerdes, es muy importante. Tómate tu tiempo, no tenemos prisa. Vi que las dos mujeres me miraban con expectación, pero yo no recordaba nada especial. En realidad, mi mente estaba sumergida en una especie de neblina. Con un tono de paciencia, Abril me dijo: Atiende, Virginia, la otra noche tuviste una experiencia muy importante cuando salimos a dar una caminata de madrugada. La miré como interrogándola. No te acuerdas porque tu mente racional te está diciendo que nada pasó...

pero tú sabes que sí. No escuches a tu mente, sino a tu cuerpo y recordarás. Estas últimas palabras, en las que me pedía que escuchara a mi cuerpo, arrancaron algún velo de mi conciencia dando pie a que una serie de imágenes llegaran hasta mí. Al principio eran difusas, pero poco a poco se fueron focalizando. La primera que me vino a la cabeza fue la imagen en la que yo estaba tumbada en el suelo en posición fetal, mientras una fina lluvia mojaba mi cuerpo. Cogí la pizarra y lo escribí. Las dos mujeres parecieron satisfechas al leerlo y me presionaron para que recordase más cosas. Yo negué con la cabeza, no me acordaba de nada más. Abril me preguntó si yo recordaba el momento en que ella había entrado a mi habitación esa noche para decirme que nos íbamos de caminata.

Hice un esfuerzo por recordar, pero no estaba segura porque esa escena de sacarme de la cama, en medio de la madrugada, se había repetido también otras noches. De pronto recordé que esa noche en particular me había llevado por caminos desconocidos. Lo escribí en la pizarra. Me animaron a continuar con mis recuerdos. Sitúate fuera de la escena, me dijo la Quiróna, contéplala como si estuvieras viendo una película. Esta indicación suya me allanó el camino y llegó hasta mi mente el preciso momento en que dejé de ver a Abril y me di cuenta de que estaba perdida en medio de una noche oscura, lo que

provocó que me pusiera muy nerviosa, pero la curandera me tranquilizó con sus ojos. No sé cómo lo hizo, pero lo hizo. Desde ese momento recordé, con toda nitidez, el terror que había sentido en la oscuridad, cómo se me erizaba el vello, cómo detecté que había algún tipo de presencia en torno a mí, cómo esta presencia, o lo que fuera, me tocó en la nuca y cómo después perdí el conocimiento. Todo ello fui escribiéndolo y ellas lo iban leyendo en voz alta. Yo estaba totalmente desconcertada. ¿Cómo se me había podido olvidar una experiencia así? La Quiróna me sonrió y me dijo que lo había hecho muy bien y que estaba muy orgullosa de mí. Yo no terminaba de entender por qué estaba tan orgullosa, ¿por haberme perdido en medio de la noche? Intenté reflexionar sobre toda esta experiencia, pero la curandera me dijo que era suficiente, por el momento. Añadió una pregunta: ¿Esa presencia en la oscuridad te dio algún mensaje? Inmediatamente respondí que sí, pero que no me acordaba de lo que me había dicho. No importa, dijo Abril, ya lo recordarás en el momento en que tengas que hacerlo.

La recapitulación de la extraña experiencia que había tenido cambió por completo mi estado de ánimo. De momento sentí mucho rencor por aquellas dos mujeres y, sin pensármelo dos veces, escribí en la pizarra que nunca las perdonaría por lo que me ha-

bían hecho, y sobre todo a Abril, por dejarme sola en mitad de la noche. Las dos se rieron mucho cuando leyeron en voz alta, casi al unísono, lo que había escrito. Pero a mí no me hacía ninguna gracia, y me enfurruñé. Dejé la pizarra y me crucé de brazos, mirándolas con cara de odio. Ellas se rieron más todavía con mi actitud de niña pequeña a la que le llevan la contraria, según dijeron. Tampoco me gustó la comparación y cada vez me notaba más enfadada.

En esas estaba cuando la Quirona le pidió a Abril: ¡Anda, tráele la caja de bombones a ver si así se le pasa el berrinche! Yo no podía creer lo que estaba oyendo, ¿en serio se pensaban que me iban a contentar con unos dulces después de lo mal que se habían portado conmigo? Lo cierto es que Abril apareció con una enorme caja de bombones y la dejó en el sofá a mi lado. La curiosidad me hizo abrirla y comprobé que eran de los buenos, de los que a mí me gustaban. Con la mirada las interrogué: ¿Puedo coger uno? Coge los que quieras, dijo Abril, son tuyos, los hemos comprado para ti. Cogí uno y lo saboreé en mi paladar. ¡Estaba buenísimo! Tenía que reconocer que el chocolate era mi auténtica debilidad. Las dos mujeres estaban delante de mí, mirándome con una sonrisa. Después de ese examiné el interior de la caja y cogí otro. En ese punto, ambas se dejaron caer desde el sofá al suelo, con movimientos exagerados,

y se agarraron la tripa mientras se reían. Pensé: ¡Qué histéricas! Lo cierto es que mi mal humor había desaparecido por completo, ya no las odiaba. En realidad, me daba lo mismo que se rieran de mí. Me sentía contenta otra vez y quería saborear ese estado de ánimo, como los bombones, sin preguntarme cuál era la causa de mi alegría. ¡Qué más daba!

Las dos mujeres estaban fascinadas con mi cambio de humor y cuchicheaban entre ellas, sin dejar de reír. Yo también les sonreía, mientras seguía engullendo bombones. Y sentí cierto extraño orgullo cuando escuché a la Quiróna decir a Abril: Mírala, ¿no es una mujer extraordinaria? ¡Esta es mi niña!

CAPÍTULO 13

A primeros de marzo la Quiróna me anunció que el jarrón con forma de corazón estaba listo, y que debíamos seguir con el proceso de restauración. Antes de darme sus instrucciones, me dijo, como el que no quiere la cosa, que llevábamos varios días en guerra porque Rusia había invadido a Ucrania. Me quedé muy desconcertada, no sabía nada. Me di cuenta de que, desde que había llegado a Bulnes dos meses atrás, había estado desvinculada de todo lo que pasaba en el mundo.

No es que yo estuviera pendiente de las noticias en mi vida anterior. De hecho, me aburrían mucho los medios de comunicación, con sus informaciones sesgadas y poco objetivas, siempre arrimando el ascua a su sardina ideológica o económica. Por eso no les prestaba mucha atención. Pero esto era diferente. Me pareció una noticia muy preocupante y le hice un

gesto como preguntándole por qué no me lo había dicho antes. Ella me entendió a la perfección y me respondió: Porque ya tienes bastante con tu guerra interna. Y hasta que no resuelvas esa, insistió, no debes estar pendiente de la que existe en el exterior. Protesté haciendo aspavientos y me dijo: Mira, todo lo que vivimos está en nuestro interior. Lo externo es solo una proyección. Un poco enfadada cogí mi pizarra y escribí: Yo soy pacifista. ¡Claro, como todos!, se rio. Las guerras se producen en nombre de la paz, ¿no lo sabías?, ironizó. Algunas, incluso, se consideran guerras santas. ¡No me vengas con zarandajas! Si quieres hacer algo porque la guerra se termine, busca la paz en tu interior. Aunque no lo creas esa es la mejor forma de contribuir a la paz en el mundo, afirmó, dando por concluida la conversación. Intenté protestar, pero la curandera me cortó en seco, añadiendo: Vamos a lo nuestro.

Lo nuestro era continuar con la restauración del corazón roto y recompuesto, utilizando el milenar arte japonés del kintsugi. Según me explicó, la cuarta etapa consistía en la reparación. Para eso, y ya que el objeto estaba completamente seco, yo tenía que limpiar los restos que hubieran quedado adheridos a la pieza, con un cúter y aguarrás. Luego, debía alisar la superficie con papel de lija. Al terminar, comprobaría que el corazón blanco tenía cicatrices de color ma-

rrón. Me indicó que algunas imperfecciones eran difíciles de detectar con los ojos, y me sugirió que emplease el tacto para comprobar que la superficie había quedado totalmente lisa, pasando los dedos por encima de las marcas de aquellas cicatrices. Después de hacer esto tenía que aplicar, con un pincel muy fino, una capa de laca negra en las zonas pegadas para, finalmente, dejarlo secar en la caja. Cuando ella me indicase que ya estaba listo, tenía que volver a pulir la superficie, aplicándole de nuevo una segunda capa muy fina de laca roja en las roturas. Añadió que, cuando terminase esa fase, solo me quedarían dos más para finalizar el trabajo de transformación del objeto, y el mío propio.

Este anuncio me llenó de emoción y no pude evitar preguntarle cuando terminaría. La Quirona sonrió y subrayó: Te lo voy a decir con toda precisión. Lo terminarás justo en el momento en que lo termines. Ni antes ni después. Será precisamente en ese momento. Mi cara debió ser un poema, casi me daban ganas de llorar de la rabia, cogí la pizarra y escribí: ¿Por qué nunca contestas a mis preguntas? Lo leyó y me dijo: Sí lo hago, siempre contesto a tus preguntas. Lo que pasa es que no contesto lo que tú quieres oír. Dicho esto, me instó a ponerme a la faena, y a no preguntar sandeces. Con un tono más amable, añadió: ¡Qué más da cuánto tardes! Lo im-

portante es que hagas bien tu trabajo. Te lo he explicado muchas veces. No estás haciendo un trabajo manual como los que te mandaban en el cole. Estás reconstruyendo tu corazón herido para ponerlo en contacto con tu alma. ¡Es una tarea monumental! ¿No vas a dedicarle el tiempo que necesite? ¿Acaso tienes algo mejor que hacer en estos momentos? Pregúntatelo, añadió antes de marcharse y dejarme sola con mi tarea. Pero no lo estuve mucho tiempo.

Estaba reflexionando sobre sus preguntas cuando Abril entró en mi habitación con su mejor sonrisa. De manera cariñosa dijo que venía a ayudarme con la tarea. Aunque eres tú quien tiene que hacerla, dijo, quizás no te venga mal un poco de compañía. Asentí con la cabeza y sonreí. A pesar de que me había dejado tirada en medio de la noche, no conseguía enfadarme con ella. Siempre se había portado bien conmigo, menos en esa ocasión, claro, mucho mejor que la Quirona que era fría y seca en el trato y continuamente se estaba metiendo conmigo. Como si estuviera al tanto de mis pensamientos, Abril me dijo que la curandera era una mujer impecable que se tomaba muy en serio mi curación: Has tenido mucha suerte de llegar hasta ella, señaló, aunque a ti te parezca lo contrario. Recapitulé sobre las circunstancias por las que acabé en Bulnes, y recordé cómo todo había sido idea de Sofía. Escribí su nombre en la pizarra y se lo

mostré a Abril. Ella se rio. Sí, el Espíritu se las ingenia para trazar los planes de nuestra vida, y cualquier persona puede tener un papel destacado o secundario para que lo que tenga que suceder, suceda. Me quedé pensativa, no podía responderle nada. En realidad, llevaba razón. Un cúmulo de situaciones inesperadas y decisiones que no se ajustaban a mi personalidad, y que había tomado a pesar mío, me habían conducido hasta allí para ponerme en manos de aquellas dos extrañas mujeres. Dando una palmada, añadió: ¡Basta de cháchara, vamos ya a la faena!

Fui siguiendo escrupulosamente todos los pasos que me había indicado la Quiróna. Abril me pidió que, durante el proceso, respirara de forma tranquila y regular y que mis gestos fueran especialmente lentos, fijándome bien a la hora de aplicar la laca por todas las cicatrices. Yo intentaba hacerlo lo mejor posible, pero me temblaba el pulso. Abril me hablaba suavemente para que estuviera tranquila. Relájate, me decía, hazlo sin esfuerzo. Solo tienes que deslizar el pincel por la herida. Esto no es un simple objeto, representa tu corazón que fue roto en muchas ocasiones, y ahora tú lo estás curando. Es algo vivo. El sanarte a ti misma se merece toda tu atención y todo tu tiempo. Yo no sabía por qué, pero el tono que empleaba me tranquilizaba. Era como si me estuviera cantando una nana y meciéndome con

su voz. Podría haberme quedado dormida mientras la escuchaba, sin embargo me sentía más despierta que nunca, poniendo todos mis sentidos en hacerlo lo mejor posible. ¡Sigue tu intuición!, me susurraba. Deja que tus manos te lleven. Ellas saben cómo hacerlo bien. Cualquier grieta, imperfección o dolor que padezcas en tu interior, tiene un sentido profundo. ¡No te quedes en la superficie! Nuestras heridas, el dolor, forman parte de la existencia. No importa que sea un dolor físico, emocional o mental. El dolor va asociado al despliegue de nuestra consciencia, continuó. Es una herramienta que se nos da a los seres humanos para sacarnos de nuestro egocentrismo, para que veamos nuestra vulnerabilidad y, desde ella, trascenderlo. Yo seguía con mi tarea, pero el estado en el que me encontraba no era el que tenía en mi vida cotidiana. Su voz actuaba de forma hipnótica para mí, y Abril, mientras me hablaba, supervisaba mi trabajo.

Durante unos minutos permaneció en silencio, observándome. Después me preguntó: ¿Conoces los trabajos de Hércules? Su pregunta me desconcertó, y desconcentró. Ella me pidió que no me distrajera de lo que estaba haciendo. Volvió a hacerme la misma pregunta, y yo asentí con la cabeza. Sí, claro, los había estudiado someramente, pero quizás no había profundizado en su significado. Abril no esperó mi

respuesta, aunque sabía lo que yo estaba pensando. Me dijo que los doce trabajos de Hércules estaban relacionados con los 12 signos del Zodíaco y representaban doce etapas en el camino de todos los seres humanos para vencer su naturaleza más oscura y alcanzar su verdadera esencia luminosa. Mientras continuaba pasando el pincel por las grietas, asentí con la cabeza. Hoy voy a hablarte, mientras completas tu tarea, del octavo trabajo de Hércules, que se corresponde con el signo de Escorpio. Aunque ese no sea tu signo, aclaró, da lo mismo porque todos los humanos tenemos que pasar por las pruebas que representan los doce signos zodiacales, a los que los antiguos llamaban dioses. El octavo trabajo del héroe Hércules consiste en vencer a la Hidra, que vive en una fétida ciénaga. Esta criatura monstruosa tiene nueve cabezas, y una de ellas es inmortal. Pero no creas que se la puede combatir por métodos ordinarios como sería cortando sus cabezas, porque por cada una que destruyas, dos se regeneran y vuelven a crecer. Esto se lo advirtió a Hércules su maestro, que además le dio varios consejos.

Yo me había detenido para escuchar mejor la historia. Abril me dijo: De acuerdo, escúchala y luego sigues. A continuación, prosiguió con su relato: Hércules se fue al lugar donde habitaba la Hidra, en una ciénaga que permanecía a oscuras de día y de noche,

y cuyo olor pestilente era inaguantable. Para hacerla salir de la cueva donde vivía, Hércules lanzó en su interior flechas de brea ardiendo. Y en el umbral de la entrada apareció la Hidra totalmente encolerizada, echando fuego en todas direcciones y agitando su cola, que removía el fango. Este animal era tres veces mayor que nuestro héroe y poseía una gran fealdad, que había sido engendrada y alimentada por los malos pensamientos acumulados de todos los tiempos. Al ver a Hércules, la Hidra se abalanzó sobre él. Él, por su parte, asestó un golpe en una de las cabezas del animal. Esta cayó al suelo, y en su lugar crecieron dos nuevas cabezas. Mientras duraba la pelea, Hércules se debilitaba cada vez más, mientras que la Hidra renovaba sus fuerzas. Yo escuchaba a Abril con gran devoción y, de alguna manera, supe con toda seguridad que aquella historia me estaba hablando a mí misma.

De una manera mítica y simbólica aquel relato me estaba haciendo saber algo que me concernía personalmente. Ella continuó: estaba claro que así no podía vencer a la bestia, hizo una pausa dramática y sonrió, pero entonces nuestro héroe se acordó de los consejos que le había dado su maestro: «Ascendemos arrodillándonos, vencemos cediendo, ganamos renunciando». Entonces Hércules se arrodilló en el pantano, cogió a la bestia con sus manos y la levantó

por encima de su cabeza exponiéndola a la luz. Cuando el sol y el aire empezaron a realizar su trabajo, la Hydra empezó a debilitarse. Poco a poco, las cabezas empezaron a caer al suelo. Así Hércules pudo ver cómo quedaba en pie solo la cabeza que era inmortal. De un golpe la cortó y la enterró bajo una roca, venciendo al mítico animal. Y colorín colorado, dijo, este cuento se ha acabado. Tú serás la que, de ahora en adelante, le des un significado personal a este relato arquetípico.

Tras la pequeña pausa para escucharla, Abril me hizo volver a la tarea que tenía entre manos y me puse a ella con total atención y dedicación, aplicando de nuevo, con un pincel muy fino, una segunda capa de laca roja encima de las cicatrices que ya había marcado anteriormente con laca negra. Me hubiera gustado que continuase hablándome sobre los trabajos de Hércules y el significado que podían tener en mi existencia. Ella afirmó que hablar de esos significados no tocaba en esos momentos, más allá del octavo trabajo que me había referido para que yo reflexionase más tarde sobre él. No te preocupes, tiempo habrá de hablar de muchas cosas... cuando tú recuperes la voz, añadió. Al escucharla, me dio un vuelco el corazón, no pude evitar interrogarla con la mirada, de forma anhelante, como preguntando: ¿Cuándo será eso? Ella me entendió y se mostró se-

gura de que sería pronto. Yo no sabía si creerla. Una parte de mí estaba deseando hacerlo, pero otra parte se mostraba muy escéptica. Ella añadió: Créeme, será muy pronto, antes de lo que tú esperas. Pero para hacer salir a tu Hidra personal de tu inconsciente, que es lo que representa la cueva, tienes que poner luz en esa oscuridad que todavía mantienes. Ese es el primer paso. Y es lo único que voy a decirte, por el momento. Y ahora, sigue con tu trabajo, me ordenó. Así lo hice, aunque no podía dejar de pensar en sus palabras: recuperaría pronto la voz y para hacerlo, según deduje, yo debía poner luz en la oscuridad, en mi cueva interior que, según el mito, estaba en una ciénaga que apestaba.

Cuando terminó el día también finalizó la cuarta etapa de reparación. Abril examinó el corazón y se mostró muy contenta. Me trajo una cena abundante a mi habitación, pero no me permitió salir de ella. Yo no había comido nada en todo el día, y tenía mucha hambre. Mientras cenaba, ella depositó el corazón en la caja para que reposase. Me mandó a dormir y lo hice sin resistirme. Por alguna razón que ignoraba, me sentía muy cansada. Me anunció que al día siguiente emprenderíamos la quinta etapa del proceso de restauración. Esa noche tuve sueños extraños de combates en cuevas oscuras. Luchaba contra distintos monstruos y personas. Una de ellas era Sofía y

otros eran amigos o conocidos con los que yo no tenía mucho trato. Me desperté bruscamente empapada en sudor, recordando los sueños vagamente. De lo que sí me acordaba era de que mi única arma para luchar era una tea encendida, y con ella me defendía. Cuando abrí los ojos, vi que Abril se encontraba en mi habitación, y me asusté. No esperaba verla allí. Ella me sonrió y me pidió que me levantara, me duchara y me vistiera, porque íbamos a emprender la quinta etapa del proceso. Intenté protestar y le señalé a la ventana como diciéndole que aún era de noche. Sí, Virginia, ya lo sé, me dijo. Sé que todavía no ha amanecido, pero es justo ahora cuando tienes que seguir con tu trabajo. Y así lo hice, ¡qué remedio!

Ella dirigió toda la operación. Me dijo que era el momento de iluminar. Puso polvo de oro en un pequeño aplicador y me indicó cómo debía espolvorearlo suavemente y con cuidado sobre la laca roja, que aún estaba pegajosa. Después, tuve que recoger el polvo de oro sobrante con un pincel, y depositar de nuevo en la caja el corazón, para que se secase y endureciera. Mientras esto ocurría, Abril me anunció que pasaríamos el resto del día andando por la naturaleza y que llevaríamos comida y agua para nuestra caminata. Debí poner cara de pánico, recordando mi experiencia perdida en medio de la nada. Ella se rio y me dijo: ¡No te preocupes, mujer, que no voy a de-

jar que te pierdas otra vez! Además, mira, ya se ha hecho de día. Hice un gesto como diciendo que eso no quería decir nada. Ella añadió, te prometo que estaremos de vuelta antes de que se haga de noche. Y, además, la Quirona viene hoy con nosotras. Eso me dio más miedo todavía, pero Abril intentó tranquilizarme: Confía en nosotras, no va a pasarte nada malo. Si salimos a caminar es porque hay cosas que solo se pueden hablar en compañía de la naturaleza.

No esperamos a desayunar, nos pusimos en marcha en cuanto llegó la Quirona a recogernos. Traía tres pequeñas mochilas preparadas, una para cada una, con comida y agua, según nos dijo, ya que pasaríamos todo el día fuera. La temperatura se había suavizado, incluso el sol se dejaba ver a ratos por algunas zonas por las que caminábamos. Por otros lugares imperaba una densa niebla que le daba al paisaje un aspecto extraño y ominoso. Marchábamos a paso rápido y, en algún momento, me dio la impresión de que estábamos caminando en círculos. Estuve a punto de sacar mi libreta y hacérselo saber, pero no dije nada. Después de varias horas andando llegamos al lugar junto al bosque en el que me había perdido noches atrás. Me di cuenta de que habíamos tardado mucho más tiempo en llegar, que durante mi caminata con Abril. Eso me hizo pensar, de nuevo, que las dos mujeres me habían hecho andar en círcu-

los. Al llegar a ese lugar, sentí una extraña sensación en la nuca. Se me erizaron los pelos, y empecé a tener recuerdos extraños de aquella noche en la que me perdí. Aunque era de día y me acompañaban las dos mujeres, confieso que tuve miedo. Ellas debieron notarlo por mi postura corporal. Abril se apresuró a decirme que no tuviera miedo, porque ellas estaban allí para acompañarme y protegerme. Esta última palabra, protegerme, me hizo sentir verdadero pánico. ¿Protegerme de qué?, me pregunté para mis adentros. La Quirona nos hizo sentar en el suelo, formando un triángulo. Pidió que cerrásemos los ojos y los mantuviéramos así hasta que ella nos dijera. Hice lo que me pedía, pero con mucho recelo. Mantener los ojos cerrados suponía para mí, en esos momentos, casi un acto de entrega heroica y de sometimiento a fuerzas invisibles. Algo dentro de mí me decía que abriera los ojos. Y estuve a punto de hacerlo. Me lo impidió la voz de Abril que me decía: Confía.

No sé cuánto rato permanecimos así, porque perdí por completo la noción del tiempo. Solo sé que, en un momento determinado, algo me tocó, primero en la cabeza, y después en el hombro izquierdo. Por una parte estaba aterrorizada. Sin embargo, otra parte de mí se mostraba tranquila y confiada. Sabía que no estaba sola. Como en la lejanía, pero muy cerca de mí, escuchaba a Abril y a la Quirona susurrándome

palabras que no entendía, pero sus voces tenían una cadencia que me tranquilizaba. Me fui relajando poco a poco, y el miedo desapareció. Lo que sentí en esos momentos es algo difícil de explicar. Yo estaba allí, con las dos mujeres, y sin embargo no estaba porque veía la escena, con los ojos cerrados, desde afuera. En algún momento recuerdo que llegué a preguntarme: ¿Cómo es que puedo ver con los ojos cerrados?

La voz de la curandera interrumpió mis pensamientos, diciéndome: Déjate llevar, esto no es para que lo analice tu mente. El Espíritu está hablando a tu alma. Entonces lo vi, vi cómo el Espíritu me hablaba. No tenía forma humana. No tenía ninguna forma, pero yo sabía que estaba allí porque notaba su presencia en mi interior. Entonces supe también que, precisamente, mi interior había sido siempre su morada. Como lo era el interior de todos los seres vivos, humanos, animales, minerales y plantas. Pude ver cómo una red luminosa nos unía a todos con el planeta y con este universo. Tuve muchas ganas de llorar, y así lo hice. Las lágrimas fluyeron desde mis ojos a la tierra, pasando por mis mejillas. Tuve la certeza de que había otro mundo más allá de las apariencias de éste, y yo formaba parte de él, como todos los seres vivos. Muchas escenas de mi infancia, adolescencia y de mi vida adulta pasaron ante mis

ojos. Mi mente se preguntó: ¿Estaré muerta? Esta vez no hizo falta que me hablasen ninguna de las dos mujeres, yo misma alejé esos pensamientos de mi mente y escuché una voz interior que me decía: No estás muerta, estás más viva que nunca. Y así era como me sentía realmente, viva, viva hasta la médula. Poco a poco se fueron apagando las luces de la red que nos entretejía a todos los seres, y empezó a aparecer ante mí el paisaje cotidiano de aquel cruce de caminos que había junto a un bosque. Yo continuaba con los ojos cerrados. Sin embargo, todo lo que había percibido seguía estando en aquel lugar mágico. De pronto me sentí muy cansada. Me dejé caer en el suelo, mientras escuchaba la voz de la Quiróna que me mandaba dormir. Obedecí su orden. Entre sueños, noté cómo las dos mujeres me tapaban con una manta. También me pareció que echaban sobre mí tierra y me cubrían con algunas ramas. Dormí profundamente sin sueños.

Cuando me desperté, estaba anocheciendo. Las dos mujeres seguían a mi lado y me sonreían. Yo también les sonreí, y me alegré tanto de verlas que se me saltaron las lágrimas. Me ayudaron a incorporarme y me hicieron caminar unos cuantos pasos andando, y luego al trote. Yo me sentía eufórica, llena de energía y con ganas de correr. Pero ellas no me lo permitieron. No te pases, me dijo la curandera, que

eres muy dada a los excesos. Escuché sus palabras como si fueran un sonido angelical para mis oídos. Me daba igual lo que me dijeran, nunca en mi vida me había sentido tan bien. En realidad, no podía dejar de sonreír, aunque quisiera. Estaba completamente feliz.

Después de estirar las piernas, me pidieron que las siguiera. Me condujeron hasta el cercano bosque y me hicieron sentar junto a un majestuoso árbol, pidiéndome que apoyara la espalda en su tronco, para que pudiera transmitirme su poderosa energía. Así lo hice. Hubiera hecho cualquier cosa que me pidieran; aunque fuera que me tirase a un pozo. Abril pareció estar al tanto de mi estado de ánimo, y me dijo: ¡Qué exagerada eres! Tras permanecer un buen rato junto al árbol, me dieron comida y me animaron a comérmela. Mientras lo hacía, la Quirona me explicó que ese ser vivo extraordinario en el que me apoyaba, era un tejo que tenía más de dos mil años de vida. Añadió que era el único árbol que crece de arriba abajo. En un tejo han vivido cientos de tejos, porque renace de sí mismo. Es símbolo de fertilidad y renacimiento. Mientras engullía un trozo de carne, hice un gesto de extrañeza y pensé: ¿cómo puede un árbol crecer al revés? Como si estuviera esperando este pensamiento por mi parte, la curandera me explicó que eso era posible porque su tronco está hueco. Desde los nó-

dulos de las ramas, añadió, una raíz interna descendiendo por ese hueco hasta el suelo para enraizarse y generar un tronco nuevo. Mientras, se seca y se cae el tronco viejo que lo rodea. Nunca lo había oído y me quedé asombrada con su explicación. Abril añadió que las semillas del tejo eran venenosas y que antiguamente, en Asturias, los guerreros se suicidaban con estas semillas, antes de caer en manos de sus enemigos. Estas palabras me impactaron pero, sobre todo, me emocionó la historia que me había contado la Quirón sobre cómo el tejo crece de arriba abajo.

Cuando terminé de reponer fuerzas con la comida que me habían dado, sentí el impulso de abrazar a ese hermoso árbol, que llevaba en esta tierra mucho más tiempo que todas nosotras. Me abracé a su tronco rugoso y, en mi interior, le di las gracias por haberme traspasado parte de su energía. Abril me dijo que lo que había hecho estaba muy bien, porque siempre hay que agradecer a cualquier ser vivo que se cruce en nuestro camino por todo lo que nos ha dado. En esos momentos eché mucho de menos no poder hablar. Si hubiera podido, les habría dado las gracias también a aquellas dos mujeres por todo lo que estaban aportando a mi existencia. Les habría dicho que, gracias a ellas, había cambiado por completo mi visión del mundo y de mí misma. Y que, gracias a la experiencia que había tenido ese día, me

había dado cuenta que todos los seres vivos formamos una red interconectada de energía luminosa, más allá de las formas individuales de cada uno. Ahora sabía que una misma alma y un mismo corazón latía desde las entrañas de la Tierra hasta los confines del universo, uniéndonos y sosteniéndonos a todos con su energía de luz. Como no podía hablar, no pude decírselo, pero tuve la certeza de que las dos mujeres estaban al tanto de mi especial estado de ánimo y que, en cierto modo, se sentían orgullosas de mí. Por mi parte, experimenté un fuerte vínculo con ellas, y con todas las demás mujeres del planeta, que se extendía más allá del espacio y del tiempo.

CAPÍTULO 14

Unos días después de mi experiencia junto al tejo, mi relación con las dos mujeres había mejorado considerablemente. En lugar de mantenerme en mi habitación, me pedían continuamente que las ayudase con las tareas domésticas, haciéndome partícipe de su vida cotidiana, como si fuéramos una comunidad que vivía junta con un objetivo común. Yo estaba satisfecha con el cambio. Me parecía que ya no me miraban como a una paciente que había acudido a la curandera para sanarse, sino más bien como a alguien con quien habían establecido una relación de intimidad.

Uno de esos días, la Quirona me dijo que mi curación a través de practicar el arte del kintsugi estaba a punto de culminar, puesto que el objeto que estábamos transformando iba a entrar en la sexta y última etapa. Yo no era consciente en esos momentos de lo

que eso significaba realmente. Me puse muy nerviosa y con ganas de preguntar. Lo intenté por separado, primero con Abril, y luego con la curandera. Pero ambas me impidieron formular alguna pregunta al respecto. Su respuesta fue la misma en ambos casos, como si se hubieran puesto de acuerdo: No lo hagas, me ordenaron, solo déjate llevar por el proceso. Todo llegará a su debido tiempo. Para ellas debía de resultar muy fácil, pero no para mí. Mi cabeza iba a mil por hora, en torno a una sola pregunta: ¿Qué es lo que tiene que llegar, cuando el jarrón esté rehecho con sus heridas doradas, volveré a hablar? Intenté por todos los medios no pensarlo, pero no me resultaba nada sencillo. Las escuché cómo cuchicheaban que, mientras llegase el momento culminante —así lo llamaron—, debían tenerme muy ocupada para que no me dejase arrastrar por mis pensamientos.

Y eso es lo que hicieron. Me levantaban antes de la salida del sol, Abril me acompañaba en largas caminatas a lo largo de la mañana. Comíamos la exquisita comida que preparaba la Quirona, me ponían a fregar, a recoger la cocina, a hacer limpieza general en toda la casa, lavar a mano —no me dejaban usar la lavadora—, tender la ropa, que tardaba muchísimo en secarse, arreglar las macetas, cortar nuevas plantas... todo ello sin descanso, hasta que, agotada, me mandaban a dormir. Una noche, después de la

cena, la Quirona me dijo que se aproximaba el día de la luna llena, prevista para el 18 de marzo, y que yo debería culminar en esa fecha el trabajo de sublimar las heridas, tanto en el objeto como en mí misma. Me aclaró que las mujeres estamos íntimamente ligadas a las fases de la luna y que, cuando llega el Plenilunio, es el momento de culminación de algo que iniciamos con la luna nueva, un tiempo atrás. Me dijo que había llegado el momento de que mis cicatrices internas y externas, representadas en el corazón, fueran visibles y yo las aceptase para que pudiera comenzar un nuevo ciclo. Abril añadió que la luna llena de ese mes de marzo se formaba en el signo de Virgo. La llaman luna de gusano, añadió, y es el último plenilunio del invierno, antes de que comience el nuevo año astrológico con el equinoccio de primavera, que este año será el 20 de marzo, dos días después.

Al pronunciar estas palabras me vino a la mente lo que la Quirona me había pedido cuando llegué a Bulnes: que debía quedarme allí, al menos, hasta la primavera. Como si pudiera leer mis pensamientos, la curandera añadió: Sí, al igual que la naturaleza, estás al final de un ciclo. Aunque la gente celebre el inicio de nuevo año el 1 de enero, el año astrológico comienza cuando el sol está en el grado cero del signo de Aries; es decir, comienza con el equinoccio de

primavera o de otoño, según vivas en el hemisferio norte o sur.

Al escuchar sus palabras, puse cara de asombro y pensé: ¿El año empieza en marzo?, hice un gesto de interrogación con la cabeza. Así es, subrayó Abril, y así era antes, hasta que el calendario gregoriano, que es por el que nos regimos desde 1582, sustituyó al calendario juliano que instauró Julio César en el año 46 antes de Cristo. Y fue la iglesia católica la que eligió el 25 de diciembre como fecha del nacimiento de Jesús, pero no es cierta. Quise preguntar algo sobre esta cuestión, pero no me dejaron. La Quiróna subrayó que, lo que importaba de verdad, era que el año astrológico empezaba con el equinoccio.

Me pareció muy interesante todo lo que me estaban contando, pero en mi cabeza seguía rondando la misma pregunta: ¿Recuperaré el habla? La curandera incidió en lo que ya me había dicho antes, que sería bueno que yo culminase mi tarea, según el arte japonés del kintsugi, para la luna llena. Añadió que el Plenilunio supone una fase lunar de plenitud y realización. Al aportar el disco lunar la máxima cantidad de luz reflejada del sol, esta fase aporta consciencia, especialmente a las mujeres. Es hora de resultados, positivos o negativos, dijo. Algo llega a su máxima expresión con la luna llena, concluyó, dando por finalizadas sus explicaciones. Me tomé

muy en serio sus palabras. Efectivamente, algo en mi interior, que yo no sabía expresar, me avisaba de que estaba a punto de vivir un final. Era más bien una intuición. Pero en esos momentos no podía imaginar cómo sería en realidad. Tampoco me llegué a plantear que cada final conlleva un nuevo comienzo. Como también ocurriría en mi caso.

Siguiendo las instrucciones de la Quirona, durante los días sucesivos a esta conversación, me dediqué en cuerpo y alma a culminar mi tarea. Aquel jarrón con forma de corazón, que me pareció tan vulgar la primera vez que lo vi, se había convertido en un objeto único y hermoso que dejaba al descubierto sus cicatrices doradas. Cuando la laca se secó tuve que pasar una bola de algodón de seda para retirar el exceso de polvo de oro, que se había quedado adherido. Apliqué otra capa fina de laca para proteger y estabilizar el oro, dejándolo secar de nuevo durante veinticuatro horas. Pasado ese tiempo, la curandera me dio una piedra de obsidiana negra para pulir el oro. Me dijo que la obsidiana era un mineral muy poderoso. A mí me pareció muy bello con ese negro profundo.

La curandera me contó que, en realidad, la obsidiana era lava fundida, que se había enfriado con tanta rapidez, que no le había dado tiempo a cristalizar. Añadió que operaba en nosotros potenciando la verdad de forma despiadada, sin concesiones a la ga-

lería a la hora de exponer nuestras conductas negativas, que están ocultas en nuestra sombra. Me preguntó si yo sabía qué significaba el término sombra, acuñado por Jung, y asentí con la cabeza. Hice gestos para saber más sobre la obsidiana, pero la Quiroña me dijo que no era el momento y que, con lo que me había contado, yo tenía suficiente por ahora. Solo agregó que esta lava fundida se consideraba como un símbolo de la mutación alquímica y que tenía grandes atributos de sanación. Su presencia en la Tierra, dijo, data desde hace muchos miles de años. Abrí los ojos de forma exagerada, y mi gesto hizo reír a la curandera, que exclamó: Claro, ¿qué te piensas? En el planeta hay seres vivos muchísimo más viejos que tú y que yo... y mucho más sabios. Esa poderosa obsidiana es para que te la quedes. Cuando termines todo este proceso, podrás tenerla y te ayudará en tu camino, concluyó.

Me gustó el gesto de regalarme esa piedra de lava fundida, que había salido de las entrañas de la Tierra. Sin saber por qué, me puse muy contenta y acaricié el mineral, sintiendo una identificación profunda con él. Cuando me acosté esa noche, coloqué la obsidiana debajo de mi almohada, por sugerencia de Abril. Tuve sueños en los que me veía en el interior de una montaña, mientras caían rocas de la parte superior. Estas, pasaban a mi lado, pero no me lastima-

ban. También me vi en sueños en un lugar, con mucha vegetación, rodeada de mujeres. Cuando intenté contar a la curandera mis experiencias oníricas, no me lo permitió. La Quirona me dijo, con un tono de mal humor: No te despistes, eres muy dada a perder energía con tus ensoñaciones fantásticas.

El día 18 de marzo, tal y como quería la curandera, finalicé con el proceso de pulir el corazón con una mezcla de aceite y polvo que me facilitó Abril, para que el objeto brillase. Cuando terminé con esta tarea, me hizo ponerlo encima de la mesa de mi habitación y me pidió que me alejase un poco para ver cómo mostraba con orgullo sus cicatrices doradas. Una gran emoción se apoderó de mí al verlo, y no pude evitar que las lágrimas se deslizaran por mi rostro. En verdad aquel objeto feo se había transformado en una pieza hermosa y única. Para resaltar más las heridas cubiertas por polvo de oro, el sol que entraba por la ventana hizo que brillasen en todo su esplendor. Abril me pidió que no dejase de contemplar el corazón restaurado y que tratase de ver, a través de sus profundos arañazos dorados, lo que antes era mi dolor y mi frustración interior: Toma conciencia de que en ese corazón está el tuyo, el que late bajo tu pecho, me dijo, sin poder evitar la emoción. Y acepta todas tus imperfecciones con orgullo. Muéstralas, porque todo lo que has vivido como

algo negativo, a lo largo de tu existencia, no ha podido en modo alguno doblegar tu espíritu. Ese corazón cuenta tu historia personal a través de sus heridas, pero ya no hay oscuridad ni dolor. Lo que hay es un corazón nuevo, mucho más fuerte y sabio, que se ha transformado en la esencia de lo que ahora eres. Yo estaba emocionadísima escuchando sus palabras, que hablaban directamente a lo más profundo de mi alma.

En verdad me sentí una mujer nueva; aunque no podía traducir a palabras ese sentimiento interior tan fuerte que, según me parecía, me superaba. Estaba por encima de cualquier cosa que yo hubiera experimentado con anterioridad, en mis 50 años de existencia. Además, sentí una especie de sano orgullo. Restaurar ese objeto hasta convertirlo en esa belleza sin igual, me pareció lo más importante que yo había hecho en toda mi vida. Repasé mentalmente algunas supuestas proezas que había realizado a lo largo de mi existencia. Me vino a la memoria cuando terminé la carrera en la universidad, o cuando saqué las oposiciones y me dieron plaza en el instituto de Gijón. Recordé el duelo que vino tras la muerte de mis padres. Y me di cuenta de que, en realidad, tampoco había muchos momentos sublimes más en mi vida, que la mayoría de mis recuerdos se referían a cosas superficiales, sin más importancia, que nada

tenían que ver con aquella proeza que acababa de realizar. Así es como yo la veía en esos momentos pues, tal y como me habían insistido las dos mujeres, no me había limitado a pegar un jarrón como si fuera un trabajo manual. No, se había producido una transformación real en mi interior mientras reparaba el objeto, que era más precioso y más resistente que cuando yo había empezado con el trabajo. Suspiré profundamente y me abracé a Abril, que no podía disimular el orgullo y la alegría que sentía, reflejadas en su cara.

De pronto pensé: ¡La Quirona tiene que ver esto! Cogí mi pizarra y escribí esa frase para que la leyera Abril. Ella me dijo entonces que se lo mostraríamos a su debido tiempo, esa misma noche de luna llena. No le pregunté por qué no podíamos mostrárselo en esos momentos. Me encogí de hombros y ella me aclaró: No podemos enseñárselo ahora, porque la Quirona ha salido y no estará de vuelta hasta la noche. Afortunadamente, las nubes nos dejarán ver el Plenilunio en todo su esplendor y tú podrás mostrar tu trabajo a la luz de la luna llena, afirmó con convicción. A continuación, dijo que debíamos prepararnos para ese importante momento. Me sentí un poco aprensiva, pero rechacé de forma inmediata mis negros pensamientos. Abril dijo que me dejaría sola un par de horas para que yo pudiera escribir mis

impresiones, si así lo deseaba, sobre lo que experimentaba interiormente al haber finalizado mi trabajo como Dama del Kintsugi. En esos momentos, hizo una elaborada y teatral reverencia y se marchó diciendo que hacía mutis por el foro. Yo me senté en la cama y empecé a llorar de nuevo, sin poder apartar la mirada del corazón, cuyas heridas habían sido marcadas con polvo de oro.

Recapitulé sobre el tiempo que llevaba en Bulnes. Hacía ya más de dos meses y sentí que, obviamente, no era la misma mujer asustada que había llegado hasta allí. Aunque me lo había sugerido Abril, no tenía ganas de escribir sobre mis emociones, pero sí reflexionar sobre ellas. Sin embargo, oscuros pensamientos empezaron a ocupar mi mente. Algo en mi interior me sugirió que, todo eso del kintsugi estaba muy bien, pero el motivo de mi viaje y mi estancia allí era el de curarme, recuperar mi voz y hacer desaparecer mis dolores. Era curioso, pero con los dolores había aprendido a convivir. No sabía si es que ya no me dolía tanto la garganta, o es que me había acostumbrado. Esta idea, la de que me había acostumbrado a convivir con el dolor, me espantó. ¿Quería decir aquello, que no iban a desaparecer nunca? Negros nubarrones iban afectando a mi estado de ánimo por momentos, y la pregunta recurrente volvía una y otra vez a mi mente: ¿Recuperaría la

voz? De pronto, me pareció que todo aquello, todo lo que había vivido en Bulnes, formaba parte de un sueño. Que era una especie de alucinación onírica que yo en modo alguno podía controlar, y me sentía esclava de fuerzas que se apoderaban de mi voluntad. Estaba a punto de caer en una especie de pozo sin fondo, cuando se abrió la puerta bruscamente y Abril entró en mi cuarto hecha una exhalación. ¡Vamos, vamos!, me apremió, salgamos afuera y demos un paseo. Me dio mi anorak y me urgió a que me lo pusiera, empujándome hacia la puerta. Ella, mientras tanto, envolvió el corazón en una especie de chal de colores que había llevado, y lo metió, con sumo cuidado, en la caja donde había reposado otras veces.

Nada más salir al exterior empecé a sentirme mejor y mi estado de ánimo dejó de ser tan sombrío. Abril me habló, caminando a mi lado: No te preocupes, le pasa a todo el mundo. Siempre que la luz toma el mando, la oscuridad se pone a combatirla con todas sus fuerzas, y a veces consigue vencerla. Es lo que te estaba pasando a ti, después de la gran proeza interior que has realizado. Sus palabras no me tranquilizaron demasiado. Ella me instó a que me parase, hiciera tres respiraciones profundas, y continuase caminando, para detenerme otra vez, volver a respirar, y caminar de nuevo. Me pidió que lo hiciera hasta que ella me lo dijera. Así lo hice, y esta

técnica, o lo que fuera, logró tranquilizarme. Sentí una gran paz interior y me pareció que andaba con mucha más agilidad que en toda mi vida. Yo había hecho muchas rutas de senderismo a lo largo de mi existencia, pero la forma en que hacía mis caminatas con Abril, no tenían nada que ver con el senderismo. Recordé que, en algún momento, tiempo atrás, las llamó caminatas de poder. No tuve ningún interés, cuando lo dijo, en preguntar qué quería decir con esa forma de llamarlas. En esos momentos me hubiera gustado poder saber algo más. Entonces caí en la cuenta de que, durante mi estancia en Bulnes con las dos mujeres, no había mostrado interés en interrogarlas sobre experiencias que yo había vivido, y sobre las que, ahora, me hubiera gustado tener más información. Continuamos andando, disfrutando del sol que teníamos ese día, y llegamos a un lugar donde Abril me dijo que comeríamos allí. Nos sentamos en unas piedras dispuestas a la orilla del camino, que parecían estar ahí, esperándonos, para servirnos de asiento. Ella sacó comida y agua de su mochila y la tomamos en silencio.

Cuando terminamos, Abril notó que yo no me había tranquilizado del todo. Aparentemente sí, mi cuerpo estaba más relajado, pero por dentro me encontraba muy inquieta. Algo en mi interior me alertaba sobre algún futuro suceso que yo desconocía,

pero que me resultaba inquietante. No podía evitarlo. Solo era una intuición, pero muy fuerte. Me sentía como si estuviera a punto de cruzar un abismo. Abril cogió mis manos con cariño y yo recordé la primera vez que la vi en Poncebos, en la estación del funicular que nos trasladaría a Bulnes, con un carrito de la compra, como si fuera un ama de casa más. Recordé cómo me asustó su escandalosa risa y el miedo que me causó entonces cuando me dijo que la Quirona era en realidad una bruja, pero buena, porque no se comía a los niños.

Una imagen muy viva llegó entonces a mi cabeza: la de Abril mostrando una boca desdentada al reírse de forma exagerada. ¡No había vuelto a verla así, con pocos dientes, desde ese día! Sin poder evitarlo, la interrogué señalando su boca, con un gesto de extrañeza, y tocando mis dientes con los dedos. Ella se echó a reír y, en un rápido gesto, se quitó una dentadura postiza, dejando a la vista su boca desdentada, tal y como la mostró al subir al funicular. La miré con cara de asombro, y empecé a reírme. Con la misma agilidad y rapidez que se la había quitado, colocó de nuevo en su boca la dentadura postiza. Sí que has tardado en darte cuenta, exclamó, exhibiendo su mejor sonrisa de dientes perfectos. Solo me quito los dientes para asustar a los forasteros, como hice contigo el día que llegaste, añadió guiñándome un ojo.

Me reí con ella y me pareció extraño que, hasta ese momento, yo no me hubiera dado cuenta del detalle de los dientes; algo que sí me impresionó cuando la conocí. Mientras yo reflexionaba sobre esa circunstancia, Abril me comentó: El mundo es un lugar extraño, donde nada es lo que parece. Tal y como lo conocemos habitualmente, solo se debe a todas las descripciones que nos han hecho nuestros semejantes, y nosotros mismos, desde que nacemos. Pero eso es solo un espejismo, una especie de sueño. El mundo real es un misterio pavoroso, añadió, y tenemos que cambiar nuestros esquemas mentales y creencias, para verlo tal cual es y vernos a nosotros mismos como lo que somos, concluyó. Empecé a buscar mi libreta en los bolsillos del anorak. Había mil preguntas que yo quería hacerle, pero ella no me lo permitió. Me dijo que debíamos volver a casa de la Quiroña para preparar el momento en que le enseñáramos mi obra de kintsugi terminada.

Emprendimos el camino de vuelta a casa de la cu-randera y, conforme nos acercábamos, yo me ponía cada vez más nerviosa. Abril me ordenó que practicara la misma marcha que habíamos hecho con anterioridad, alternando las paradas para respirar profundamente, con la propia marcha. Así lo hice y conseguí que mi respiración se acompasara, pero no logré calmar esa sensación interna que me acompa-

ñaba durante todo el día. Al llegar a casa de la Quiróna, Abril me dejó en mi habitación y me comentó que ella iría a su propia casa y que pasaría a recogerme en una hora, más o menos. Y me anunció: Tenemos que llevar el corazón restaurado al lugar donde se encuentra el tejo milenario, porque es allí donde nos encontraremos con la Quiróna. Nada más decirme esto, mi cuerpo se puso alerta, sin que yo pudiera evitarlo. Abril parecía estar al tanto de mi estado de ánimo y subrayó que yo no debía permitir que negros pensamientos se apoderasen de mi mente, como había ocurrido por la mañana. No te quedes en la habitación sin hacer nada —me advirtió—. Dúchate y cámbiate de ropa. Ponte tus mejores galas porque la experiencia que vas a tener es muy importante en tu vida. Yo diría que es la más importante de todas las que hayas tenido. Sus palabras me dejaron perpleja, y no me tranquilizaron lo más mínimo. No tanto por lo que dijo, sino por la solemnidad con la que se expresó, lo que provocó que mi aprensión aumentara por momentos.

Al entrar en mi cuarto, vi que Texo, el gato siamés blanco de la Quiróna estaba acostado en la puerta. Su presencia me inquietó más todavía, me asustó, y tuve mucho cuidado de no permitir que entrase en la habitación. Aún recordaba el estropicio que hubiera podido causar la última vez que se coló allí. En esta

ocasión, el felino incorporó la cabeza al verme llegar, con cierta indiferencia. Me miró con el único ojo azul que tenía y volvió a acostarse sin ningún problema. Yo suspiré profundamente cuando me vi dentro de mi cuarto, satisfecha de que no hubiera ocurrido ningún percance. Aun así, no podía evitar que me temblasen las piernas.

Cuando me tranquilicé un poco, hice lo que me había pedido Abril. Me duché y empecé a revolver en mi equipaje a ver si encontraba algo especial que ponerme. Pero nada. Me acordé de todas las prendas que saqué de la maleta y que me había puesto Sofía, por si acaso las necesitaba. Lo único que hice fue cambiarme de jersey y pantalones, por otros limpios, pero esas eran prendas de abrigo que yo había estado usando a diario, nada especial. Cuando fui a peinarme, observé cómo las canas habían ganado terreno en mi melena teñida de rubio. Llevaba más de dos meses sin darme el tinte y se notaba. En mi vida anterior, yo no hubiera consentido estar tanto tiempo sin ir a la peluquería. De hecho, ni siquiera sabía cuál era el color real de mi pelo en esos momentos porque, en cuanto aparecía la raya oscura, me apresuraba a teñirlo. Habitualmente lo llevaba suelto. Ese día, como algo especial, me hice una trenza y me coloqué, a modo de diadema, un pañuelo del cuello de colorines. El reflejo que me devolvió el espejo me

gustó y decidí que, en adelante, me recogería el pelo con más frecuencia. Apenas estuve lista llegó a buscarme Abril. Iba muy guapa, parecía mucho más joven, llevaba una falda larga de color verde botella, y bajo su rebeca asomaba una blusa blanca con bordados. Le hice saber, con gestos del pulgar y con aplausos, que estaba muy guapa. Ella me dio las gracias y después, mirándome la cabeza, me dijo que el pañuelo que me había puesto me sentaba muy bien y que el pelo recogido me favorecía mucho más que la melena suelta. Estuve de acuerdo con ella y le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

Me apremió a que nos fuéramos cuanto antes y me dijo cómo transportar el corazón restaurado, que iba cuidadosamente envuelto en un manto, para que no se rompiera. Cuando salimos, el gato continuaba acostado junto a la puerta de mi habitación. ¿Has visto?, me preguntó, seguro que Texo ha estado aquí todo el tiempo que estuvimos fuera esta mañana, como guardián del umbral, protegiendo tu obra de kintsugi. Deberías darle las gracias, me sugirió. Me paré frente a él y le hice una reverencia con la cabeza. El gato levantó la suya, estiró sus negras orejas, y volvió a recostarse en la misma posición. A mí me resultaba inquietante que Texo hubiera estado custodiando mi corazón con heridas de oro, ¡pero si Abril lo decía! Después de convivir durante dos meses con

las dos mujeres y vivir todo lo que me habían pasado, yo ya no sabía muy bien qué era real y qué no. ¡Cualquier cosa era posible!

Hicimos el camino hasta el tejo en silencio. Como siempre, Abril caminaba por delante de mí, pero volvía la cabeza con frecuencia para adaptarse a mi paso y, sobre todo, iba muy pendiente del objeto restaurado, que yo llevaba en mis brazos apretado suavemente contra mi pecho. No sé si fueron imaginaciones mías o no, pero me dio la impresión de que aquel corazón de porcelana se fundía con el mío de carne y entre ambos creaban un calorcito que calentaba mi pecho. Y aunque no la veía, tuve la certeza de que también despedían una luz con su fusión. El camino se me hizo muy corto y, curiosamente, el hecho de transportar el corazón transformado me tranquilizó. Cuando llegamos al tejo, Abril me pidió que depositase el objeto en la tierra, junto a las raíces del árbol. La obedecí, con mucho cuidado. Después me dijo que teníamos que hacer un fuego, mientras esperábamos a la Quiróna. Empezamos a recoger ramas caídas y hojas secas para hacer la fogata. Fue Abril la que dispuso todo para la hoguera y, cuando terminó, me dio una caja de cerillas y me pidió que la prendiera, indicándome por qué lugares debía hacerlo. El fuego estuvo dispuesto enseguida, empezó a chisporrotear, alcanzando las llamas una altura considera-

ble. Nunca había visto yo un fuego campestre tan alto. El claro donde habíamos hecho la fogata era extraordinariamente bello. El cielo estaba plagado de estrellas, se distinguía perfectamente la Vía Láctea y, arriba, brillante, luminosa y majestuosa, nos contemplaba la luna llena.

Estaba tan extasiada observando el paisaje, que no vi llegar a la Quirona. Me alegré mucho al verla. Me acerqué a ella, con mi mejor sonrisa y la abracé. Ella también me sonrió y correspondió a mi abrazo. Me cogió las manos y las tenía heladas. Eso me hizo retroceder unos pasos. La miré. Era ella, sin duda, pero no parecía ella. Había algo extraño en sus penetrantes ojos oscuros. No me dirigió la palabra y eso me resultó muy raro. Fue Abril la que me dijo que recogiera el corazón restaurado junto a las raíces del tejo, y se lo entregase a la Quirona. Así lo hice. Lo saqué del manto que lo cubría y, con sumo cuidado, me acerqué hacia la curandera y lo deposité en sus manos.

Toda la escena era muy solemne. Nada que ver con cómo yo la había imaginado. Ella empezó a observar el objeto y a pasar sus manos por las heridas de oro. Me pareció que musitaba algo, pero no pude entenderlo. Yo estaba como hipnotizada, observándola. Entonces ocurrió algo extraño. Como si en esos momentos se cayera un velo de mis ojos, vi que la

Quirona iba vestida de la misma manera que apareció en mi sueño, antes de que yo la conociera ni supiera de su existencia. Llevaba puesta una falda larga que le llegaba casi a los pies, con tonos otoñales marrones y amarillos. Por debajo asomaban las mismas botas de montaña que ya le había visto el día que llegué a Bulnes, y completaba su atuendo con un jersey de color lila sobre el que llevaba un poncho negro. La miré, sin poder creer lo que veía, reviviendo aquel sueño tan extraño que tuve la noche antes de perder la voz. Algo en mi interior luchaba por salir afuera. Era una sensación de lo más rara. Yo estaba ahí, mirando hipnóticamente a la Quirona, y a la vez contemplaba la escena desde fuera, como si fuera una película.

Vi cómo la curandera se acercaba a la fogata, elevaba hacia la luna el corazón restaurado y después, en un movimiento rápido y lleno de energía, lo estampó contra el fuego haciéndolo añicos. Fue todo muy rápido, me quedé totalmente desconcertada. Lo siguiente que escuché fue mi voz, saliendo del fondo de mis entrañas, gritando: ¡Nooooo!

CAPÍTULO 15

El intenso sonido de mi propia voz, el grito desgarrador que había trepado por mi garganta para salir al exterior, me provocó una pérdida de equilibrio y caí al suelo, perdiendo la conciencia. No recuerdo cuánto tiempo estuve desmayada. Cuando abrí los ojos, lo primero que vi en el cielo fue la luna llena. Después, los rostros sonrientes de la Quirona y Abril, que se inclinaban sobre mí. Tardé unos momentos en recordar lo que había pasado. No sin temor, intenté que las palabras volvieran a salir de mi boca y, sin ningún esfuerzo por mi parte, exclamé con emoción contenida:

—¡Puedo hablar!

—¡Sí, puedes hablar! —me dijo Abril con su mejor sonrisa.

—Pero no hables ahora. Estás agotada, debes descansar —me ordenó la Quirona, con un tono que no admitía réplica.

Escuché a las dos mujeres cuchicheando entre ellas, pero no presté atención a sus palabras. Todo mi interés estaba centrado en escucharme a mí misma, en sentir esa voz interior que me decía: ¡Virginia, puedes hablar, puedes hablar, has recuperado la voz!

No tengo mucha conciencia de lo que ocurrió a continuación. Sólo recuerdo que las dos mujeres me ayudaron a incorporarme y me acercaron al fuego para que yo viera cómo el jarrón con forma de corazón con sus heridas doradas, que con tanto esmero había recuperado, se había hecho añicos. La Quirona me hizo mirarlo y me susurró unas palabras. Solo entendí que el fuego lo había purificado, al igual que mi propio corazón. Yo estaba como sonámbula. Vi cómo Abril apagaba la fogata y echaba tierra y agua sobre ella. Me dijo que en esa purificación habían participado todos los elementos. Como si quisiera darle la razón, las ramas del tejo milenario se mecieron suavemente con el viento. Después nos fuimos de allí a toda prisa. Yo no entendía por qué corríamos tanto, pero ellas me apremiaron a abandonar ese lugar.

—¿A dónde vamos?, pregunté.

—Vamos a mi casa —respondió la Quirona—, pero no debes hablar por el camino. Reserva tus fuerzas, tienes muy pocas. Estás agotada.

Sin saber muy bien cómo, me encontré entre las dos mujeres haciendo el camino de vuelta. La luna

llena iluminaba el sendero, aunque yo no veía por dónde íbamos. Me llevaban en volandas, casi corriendo. Yo seguía viviendo todo aquello como si no fuera real, como si estuviera en un sueño. El trayecto se me hizo muy corto. Aunque esto es solo una forma de hablar. En realidad, había perdido la noción del espacio y del tiempo. Así que no sé cuánto duró el camino de vuelta.

De pronto me vi ante la casa de la Quirona. Hice ademán de decir algo, pero ambas me silenciaron, poniéndose el dedo índice en sus labios. A toda prisa, como si alguien nos persiguiera, llegamos a mi habitación, me desnudaron y me metieron en la cama. Yo me dejaba hacer. Tiritaba, tenía mucho frío. Abril me echó otro edredón por encima, sobre el que ya había en la cama. Poco a poco, acurrucada en posición fetal, fui entrando en calor. La Quirona me arropó, como si fuera una niña, y con voz dulce, me dijo, emocionada:

—¡Muy bien, Virginia, lo has conseguido!

Iba a responderle, pero colocó suavemente su mano sobre mi boca. Continuó hablando:

—Aunque tú no lo sepas, lo que has logrado es una gran proeza.

Hice un gesto y la señalé, para decirle que era ella la que había conseguido devolverme la voz, pero me interrumpió de forma inmediata.

—No, eres tú la que lo has logrado, yo solo te he acompañado en ese sendero. Pero el camino lo has andado tú sola. Como no puede ser de otra manera, sentenció. Ahora toda tu atención debe estar centrada en dormir y en descansar. Mañana habrá tiempo de hablar. De que tú hables —añadió con una sonrisa—. Pero en estos momentos no hay nada que decir. Solo relájate y duerme. Mañana será otro día... sobre todo para ti, que inicias un nuevo camino vital.

Sus últimas palabras me hicieron pensar. Lo intenté, pero en verdad no tenía fuerzas para nada, no podía concentrarme. Se me cerraban los ojos y me dejé arrullar en los brazos de Morfeo. Tuve un sueño sin sueños. O al menos yo no los recordaba cuándo desperté a la mañana siguiente. Sentada junto a mi cama estaba Abril, que me contemplaba con curiosidad. Iba a hacerle un gesto con la mano para que me dijera qué hora era. Entonces recordé que solo tenía que preguntárselo, porque ya podía hablar. Esta certeza me puso de muy buen humor. Me incorporé en la cama y, con mi mejor sonrisa, le pregunté:

—¿Qué hora es? Me parece que he dormido mucho.

—Unas doce horas —me respondió Abril—; ya es mediodía.

Suspiré profundamente y, sin poder evitarlo, me levanté y me eché a sus brazos, llena de agradeci-

miento y con una enorme fuerza interior. Ella recibió mi abrazo con risas.

—¡Madre mía, que energía! —dijo con entusiasmo.

—Te doy las gracias por todo lo que has hecho por mí —le contesté emocionada—. Nunca podré pagaros, ni a ti ni a la Quiróna, que me hayáis curado y haya recuperado mi voz.

Cuando le estaba diciendo estas palabras, me di cuenta de otra cosa: ya no me dolía la garganta. Los fuertes dolores que me habían acompañado durante los últimos meses, habían desaparecido. Me palpé el cuello y mi garganta estaba normal. No notaba ninguna irritación ni carraspera. Loca de alegría, se lo hice saber a Abril, que me contestó sonriente:

—Me alegro mucho, Virginia. Siempre confié en que te curarías por completo. ¡Tienes madera de sanadora, y la primera sanación es hacia uno mismo! Aunque debes recordar el mito de Quirón, el sanador herido. Ese extraordinario centauro podía sanar a los demás, pero no a sí mismo.

—Pero yo me he sanado a mí misma, ¿no? —pregunté intrigada.

—Sí y no —me respondió Abril—. Tu cuerpo físico ha sanado. Depende de ti ahora, de los cambios que ejecutes en tu vida, el que sanen también tus otros cuerpos: emocional, mental y etérico.

—¿Qué quieres decir? —pregunté asustada— ¿Podría volver a perder la voz?

—No, no creo. Vamos, estoy segura de que no —afirmó con convicción—. Pero tu proceso de sanación no termina aquí... yo diría que acaba de empezar.

—No te entiendo —le dije—, ¿a qué te refieres?

En ese momento entró la Quirona en la habitación y, después de preguntarme cómo había pasado la noche, se sentó en la cama a mi lado, me abrazó y me anunció:

—Ya estás curada. Puedes hablar y los terribles dolores que te torturaban en la garganta, han desaparecido.

Me pregunté cómo lo sabía, si no me había dado tiempo de comentarle nada. Ella continuó y lo hizo con una pregunta muy directa:

—¿Qué vas a hacer ahora?

La pregunta era obvia, pero a mí me pilló desprevenida. Aún no me lo había planteado. ¡No había tenido tiempo! Dudé un poco antes de responder, pero al final algo en mi interior decidió por mí y dije con un tono de firmeza:

—Me vuelvo a Gijón, a mis clases, quiero retomar mi vida.

Conforme lo estaba expresando, mi tono era firme. Pareciera que hablaba con convicción, pero ten-

go que confesar que no era así. El tiempo que había pasado con las dos mujeres y todas las experiencias vividas, habían propiciado un cambio en mi manera de ver el mundo. Eso no lo podía negar. Sin embargo, también sabía que tenía que volver a mi antigua vida, sí o sí. Y así se lo hice saber a la Quirona. Me sinceré con ella al decirle:

—En estos momentos no tengo nada claro, esa es la verdad. Pero vine con un objetivo y, gracias a vosotras, ese objetivo se ha cumplido. He vuelto a recuperar mi voz, y ya no tengo dolor en la garganta. Así que, en este punto, creo que tengo que volver a mi casa en Gijón y a mi trabajo. Hasta ahí llego —concluí—; no alcanzo a ver más allá.

Las dos mujeres se miraron. Me pareció que lo hicieron de una manera complacida, como si ambas aprobasen la decisión que yo había tomado. Me abrazaron de forma cariñosa, y yo no pude contener las lágrimas. Mi corazón herido, el que latía en mi pecho, estaba muy agradecido a aquellos dos seres, a aquellas dos mujeres que me parecían fantásticas. Un río emocional me recorrió de arriba abajo, pero la Quirona me cortó en seco.

—Vale, vale —me dijo—, no te dejes llevar por esta oleada de emotividad. Los sentimientos que nacen del corazón son imprescindibles, pero siempre

unidos a la cabeza. Si no, es muy fácil perder la chaveta. Sobre todo en este camino.

—¿Qué camino? —pregunté, sorbiéndome los mocos.

Ambas estallaron en una sonora carcajada.

—¡No has cambiado tanto! —exclamó Abril entre risas.

Me uní a su alegría y yo también me reí con ganas... aunque no sabía muy bien de qué. Cuando llegué a Bulnes, sus constantes ataques de risa me producían irritación. Siempre creía que se estaban riendo de mí. Y seguramente lo hacían, lo mismo que en esos momentos, sólo que a mí ya no me importaba ni me daba por ofendida. Cuando nos tranquilizamos en poco, la Quiróna me preguntó, tan directa como siempre:

—¿Cuándo piensas marcharte?

Nuevamente, su pregunta me pilló desprevenida. Dudé un poco y pregunté a mi vez:

—¿Esta misma tarde?

Las dos mujeres se rieron nuevamente. La curandera afirmó:

—Claro, ¿por qué no? Es posible que puedas coger alguno de los funiculares que salen por la tarde. Los horarios son desde las dos hasta las seis, cada

media hora. Vamos a comer, primero, y ya decides en cual te vas —concluyó con una sonrisa.

Noté una punzada en el pecho, como si me molestase su predisposición a que me marchara cuanto antes; aunque había sido yo misma la que lo había sugerido.

—Veo que quieres deshacerte de mí enseguida —le comenté con tristeza, intentando forzar una sonrisa.

—Claro que no, Virginia —me respondió mirándome fijamente a los ojos—. Eres tú la que has decidido marcharte esta misma tarde. Y me parece bien, porque no quiero que te vayas. Por eso, cuanto antes, mejor. No me gustan las despedidas ni alargar las agonías.

Su respuesta me dejó sin palabras. Las suyas me parecieron sinceras y se las agradecí con un gesto, llevándome la mano al corazón. Me di cuenta entonces de que, a veces, sobran las palabras porque no representan nuestros verdaderos sentimientos.

Intervino Abril, que se había mantenido muy callada. Con tono firme, pero sereno, dijo:

—Quiero que sepas que ya formas parte de nuestra vida, y que puedes venir a vernos siempre que quieras. Incluso puedes quedarte en mi casa, si la Quiróna no está... Siempre que no estén mis hijos y

mis nietos, claro —subrayó con un tono de picardía en la voz.

—¿Pero tus hijos y tus nietos existen de verdad?
—pregunté con inocencia.

—¡Pues no, no existen! —exclamó Abril sin poder contener la risa.

—¿Entonces? —contesté un tanto perpleja.

—Es una historia muy larga...

—Que algún día te contaremos —la interrumpió la Quirona.

—De momento —retomó la conversación Abril, señalando a la curandera— solo puedo decirte que ésta es mi familia. Pero no tengo ni marido, ni hijos ni nietos... ¡ni falta que me hace!

Nuevamente, sus palabras fueron motivo de jolgorio, al que yo me uní de buena gana, añadiendo:

—Bueno, yo tampoco tengo nada de eso.

Con un buen humor excelente, la Quirona anunció que había hecho una comida especial para mí, y que ya era el momento de dar buena cuenta de ella, antes de que yo partiera en mi viaje hacia el pasado. Eso dijo. Entonces no lo entendí.

Me duché, me vestí y preparé mi equipaje antes de subir a comer a casa de la Quirona. Allí me esperaba la típica fabada asturiana, a la que no le faltaba ningún ingrediente. Al ver el plato, le dije:

—Tú lo que quieres es que me vaya a Gijón rulando. He engordado tanto que no voy a poder subir a mi coche, se me va a quedar pequeño.

—¡Un poco sí que has engordado! Afirmó Abril, haciendo un gesto exagerado de inflar la barriga.

La comida transcurrió con total normalidad. Como si fuéramos tres amigas que se habían juntado para pasar el día. Sin embargo, a pesar de la conversación distendida, yo notaba una punzada en mi interior. Se suponía que debía estar muy contenta de volver a la vida que quedó interrumpida. Pero no era así. En algunos momentos tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no echarme a llorar. Muchas preguntas se agolpaban en mi mente sobre sucesos que habían ocurrido durante mi estancia en Bulnes, empecé a preguntar qué había pasado exactamente la noche en que recuperé la voz, pero la Quiróna me cortó en seco.

—No es el momento, Virginia. Cuando regreses a Gijón, acudirán a tu mente muchas cosas que has vivido aquí, y querrás explicártelas. No lo hagas —añadió con firmeza—, no tienen explicación lógica. La mente es un instrumento muy valioso y potente que tenemos los seres humanos, pero no es el único ni el mejor para comprender ciertos procesos. La mente siempre divide todo en dos: las cosas son buenas o malas, fáciles o difíciles, bonitas o feas... y así

podría seguir mucho más. Pero la vida real, no la que proyectamos en el mundo, no puede catalogarse según los dictados de la mente.

—¿Entonces no podré preguntar cuando me surja alguna duda?

—¡Pues claro que sí! —dijo la Quirona con énfasis.

—Pero tendrás que venir aquí a hacernos las preguntas —añadió Abril con una pícara sonrisa—. Recuerda que aquí no hay cobertura y los móviles no funcionan.

—¡No estoy yo tan segura! —contesté fingiendo enfado.

Ambas mujeres se partieron de la risa, y yo me pregunté, una vez más, si no me habrían estado engañando todo el tiempo.

Tras la fabada llegó un postre de cuajada con miel y, después, tomamos café. Abril se ofreció a sacar unos dulces, pero yo le supliqué que, por favor, por mi salud, que no lo hiciera. Ella se encogió de hombros y preguntó con un tono de inocencia:

—Bueno, pero un bomboncito sí querrás con el café.

—Vale, eso sí —contesté resignada. Sabes que no me puedo resistir a los bombones, que son mi debilidad.

Acabada la sobremesa, fui a mi habitación a coger la maleta para dirigirme al funicular. Llevaba un nudo en la garganta. Quería darles las gracias otra vez, pero pensé que, si intentaba hablar, iba a echarme a llorar. Las dos mujeres estaban al tanto de mi profunda emoción y me abrazaron sin decir nada. Yo no podía contener las lágrimas. La Quirona rompió el hechizo, al decirme:

—Recuerdos para tu amiga la rubita. Dile que no se olvide de incluir nuestros platos en la guía Michelin.

—¿Para Sofía? —pregunté con ingenuidad.

—Sí, sí, recuerdos a Sofía —añadió Abril—, esa amiga tuya tan elegante que siempre come en restaurantes tan caros.

Estas palabras provocaron que las dos mujeres empezaran a reírse de nuevo, sin poder parar. Quise unirme a ellas, pero la Quirona me apremió para que no perdiera el funicular.

—Anda, anda, vete —me empujó con suavidad—. ¡Y no olvides que eres la Dama del Kintsugi!

Y ahí se quedaron, riendo, mientras yo me alejaba llorando y sin volver la cabeza, arrastrando la maleta que había llevado a Bulnes más de dos meses atrás. Mientras me alejaba, vi gente en las calles, turistas seguramente. Era el día 19 de marzo, sábado, y segu-

ramente algunas personas visitaban ese hermoso pueblo durante el fin de semana. Cogí el Funicular de las cinco de la tarde, y me llamó la atención que hubiera tantos jóvenes que hacían el viaje conmigo. Pensé que en Bulnes había poca diversión de fin de semana para ellos, y seguramente buscaban algo más de animación en los pueblos de los alrededores. Aunque me pregunté: ¿dónde se ha metido esta gente joven durante los meses anteriores? Yo no vi a nadie. Excepto a Álex. Me vino a la cabeza el recuerdo de aquel guapo joven, y pensé que me detendría en Las Arenas, camino hacia Gijón.

Los siete minutos que duraba el viaje en el funicular, por las entrañas de la montaña, se me pasaron en un suspiro. Al llegar a Poncebos, me dirigí hacia el aparcamiento en el que había dejado mi coche. Solo en ese momento caí en la posibilidad de que no arrancase, después de más de dos meses sin moverlo del sitio, y con las bajas temperaturas que, sin duda, había soportado. Incluso llegué a pensar que quizás me lo habían robado, alguien que se hubiera dado cuenta que el vehículo estaba siempre aparcado en el mismo lugar.

Pero no. Ahí estaba. Nadie se lo había llevado. Ya solo faltaba que arrancase. Y arrancó a la primera, algo que me llenó de alegría. Metí la maleta en el asiento de atrás, y me dispuse a emprender el cami-

no de vuelta hacia Gijón. Tenía por delante 110 kilómetros, una parte de autovía, una hora y media de viaje en coche. Al arrancar, me propuse centrarme en la carretera y no ceder a la nostalgia ni a los recuerdos de las dos mujeres y de mi estancia en Bulnes. Pero resultaba muy difícil no llevarlas en mi mente, puesto que ambas ocupaban un lugar en mi corazón.

Al llegar a Las Arenas me detuve y busqué la tienda de material de montaña que me había dicho que tenía Álex en esa localidad. La encontré enseguida, pero estaba cerrada. Tenía un timbre en la puerta. Llamé, pero nadie me abrió. Pensé que quizás estuviera cerrada porque era sábado por la tarde. Un poco frustrada, me volví a mi coche y continué el viaje. Me pregunté para qué, en realidad, quería ver a un muchacho al que apenas había conocido. No obtuve ninguna respuesta sobre mis motivos. No sabía, pero tenía la intuición de que Álex estaba relacionado de alguna forma con Abril y la Quirón. No sólo porque Bulnes era un pueblo muy pequeño y allí se conocían todos. No, no solo por eso.

Tenía la impresión de que nuestro encuentro no había sido casual y que, de alguna manera, estaba siguiendo instrucciones de las dos mujeres cuando coincidimos. Era solo una impresión mía. Pero algo en mi interior me decía que yo tenía razón.

Antes de subirme a mi coche para continuar el viaje, pensé en llamar por teléfono a Sofía, para darle la sorpresa de que había recuperado la voz. Pero algo me detuvo. Razoné que era mejor llamarla cuando estuviera de vuelta en mi casa. Eso me dije, pero en realidad me estaba engañando. Lo cierto es que no tenía ningunas ganas de hablar con Sofía. Y, lo que era más importante, no me sentía culpable por ello. Necesitaba estar sola, volver a mi casa, y disfrutar de la libertad de no tener que estar todo el tiempo dando explicaciones a nadie sobre lo que hacía o dejaba de hacer. Recordé que Abril había hablado en una ocasión de eso, de no ser esclava de los demás, informándoles todo el tiempo de lo que haces, piensas o sientes. Yo necesitaba disfrutar de esa libertad. Al menos antes de volver a retomar mi vida académica. Decidí en esos momentos que tampoco la llamaría al día siguiente, que tendría el domingo para mí sola, y que ya hablaría con ella el lunes. Con esta firme convicción, tomé de nuevo la carretera camino a Gijón.

Era un día soleado, con algunas nubes, y el trayecto se me hizo muy corto. La sensación de ir conduciendo por una autovía sin apenas tráfico, me hizo recordar en cierto modo la libertad que proporcionan los viajes. Antes de que quisiera darme cuenta, ya había llegado a mi casa. Metí el coche en el gara-

je, cogí mi maleta y subí en el ascensor hasta mi piso. Saqué las llaves de mi mochila y, cuando me dispuse a abrir la puerta, noté una punzada de angustia en el pecho.

—Vamos —me dije en voz alta, por el simple placer de escucharme hablar—, has llegado a tu casa. No hay nada que temer. ¡Has vuelto al hogar!

Sin pensarlo más, abrí y sí, allí estaba mi casa. Tal y como la había dejado un par de meses atrás. Cerré la puerta tras de mí, subí las persianas y recorrí las habitaciones, también con la mirada. Volví a salón, decepcionada, y me dejé caer en el sofá, con tristeza. Sí, aquélla era mi casa, en la que había vivido muchos años. Pero ya no la reconocí como tal. Me sentí una extraña entre aquellas paredes.

CAPÍTULO 16

Me desperté bruscamente en mitad de la madrugada, gritando como una posesa: ¡El colgante, el colgante! Me refería al colgante de obsidiana que me había dado la Quirona para mi trabajo de restauración del jarrón con forma de corazón. Tardé unos momentos en ubicarme. Sí, estaba en mi casa, aunque tenía la certeza de que ese ya no era mi lugar. Me incorporé del sofá. Tenía mucho frío. Me había quedado dormida sin taparme. Rápidamente fui a mirar dentro de mi mochila y, tras rebuscar un poco, encontré la piedra de obsidiana que me había regalado la curandera. Estaba dentro de una bolsita blanca transparente, de esas que venden en los bazares, y colgaba de un cordón de seda negra. Me la puse al cuello y empecé a acariciarla con los dedos. Me pareció una estupidez, pero con aquélla poderosa obsidiana colgando a la altura de mi pecho, me sentía más protegida. Volví a tumbarme en el sofá, y esta vez me

tapé con una manta que había en uno de los brazos. Aunque tenía frío, estaba sudando. Me acurruqué bajo la manta, agarrada a la obsidiana que, según me había dicho la Quirona, en realidad era lava fundida que se había enfriado con mucha rapidez, sin darle tiempo a cristalizar. También me dijo que nada podía esconderse a la poderosa obsidiana, que sacaba a la luz todos los elementos de la sombra. Y eso es lo que yo quería en realidad. Quería contemplar mi vida sin engañarme a mí misma, sin buscar distracciones vacías y huecas que me llevasen a perder el tiempo. Porque si algo había aprendido en Bulnes de aquellas dos mujeres, es que el tiempo del que disponemos es corto y valioso. Y no hay que malgastarlo en lo superficial.

Durante varias horas recapitulé sobre todo lo que había vivido en los últimos dos meses. Muchas cosas las recordaba, pero otras vivencias me resultaban nebulosas. Y sobre otras, quizás las más importantes, aún me faltaba información para poder evaluarlas. Fui consciente, en esos momentos, de que tenía que interrogar a la Quirona para que las numerosas piezas del puzzle, que albergaba en mi cabeza, empezasen a encajar. Aunque mi relación con ellas había sido irregular, de los primeros momentos a las vivencias finales, lo cierto es que no las conocía en absoluto. Realmente no sabía nada de ellas. Eran un miste-

rio para mí. Un misterio que yo necesitaba desvelar. Pensando en todo ello, noté cómo el sueño me iba rindiendo de nuevo. Me pregunté en el duermevela por qué no me acostaba en mi cama, donde podría dormir mucho más cómoda. Me costó admitirlo, pero tenía miedo. ¿Miedo de qué?, me pregunté en voz alta para escuchar mi voz. Miedo de que vuelvas a caer en la clase de vida que llevabas, me respondí sin titubear. Parecerá ridículo pero, durmiendo en el sofá, yo mantenía una sensación de provisionalidad que me inducía a creer que mi estancia en aquella casa, que ya no podía sentir como mía, tenía los días contados. Rendida por el sueño y el cansancio del viaje, me dormí agarrada a la obsidiana. Pero antes de entregarme en los brazos de Morfeo, tomé una decisión: tenía que volver a Bulnes para interrogar a la Quirona sobre todas las dudas que me asaltaban.

Me desperté bien entrada la mañana. Había dormido de un tirón y me encontraba muy descansada. Era domingo 20 de marzo, día del Equinoccio. La primavera se desperezaba de su letargo invernal y se asomaba tímidamente al exterior para desplegar su magia, provocando que la vida volviera a la Tierra en su ciclo anual. El sol entraba por la ventana del salón. Salí al balcón y contemplé la calle llena de gente con sus atuendos deportivos domingueros. Me sentí pletórica y llena de vida. Me pregunté a mí

misma: ¿Cómo estás? Y me respondí: Muy bien, estupendamente... Y deseando volver a Bulnes, añadió una voz interna. Esa voz no me molestó, al contrario, me hizo reafirmarme en mis deseos. Deshice la maleta, puse la lavadora con toda la ropa que traía, me duché y me preparé un café bombón, con toda la parsimonia del mundo. Había decidido dedicarme el día entero para mí. Aún no llamaría a Sofía. Me presentaría al día siguiente en el instituto y le daría una sorpresa. Pero el domingo, ese día, era solo para mí.

Me apetecía mucho ver el mar, así que me vestí y me encaminé hacia la playa. Mientras paseaba lentamente para llegar a mi destino, pensé nuevamente en todo lo que había vivido en Bulnes. ¡Qué poco se había equivocado la Quiróna cuando me pidió que me quedase en su casa hasta la primavera! ¿Cómo había podido calcular que un día antes del Equinoccio yo recuperaría el habla? Más lo pensaba, más segura estaba que debía volver y tener una larga conversación con la curandera. Quedaban muchos cabos sueltos que yo tenía necesidad de hilar para completar el nuevo tapiz que conformaba mi vida en esos momentos. La vista del mar me produjo una inmensa alegría y me reconfortó por dentro. Al verlo, una voz silenciosa salía de mis entrañas y me repetía: todo está bien, todo está muy bien.

Y así me sentía yo: muy bien. El día era soleado y luminoso. Hacía calorcito. Me quité la sudadera, para quedarme con una camiseta de tirantes, y la metí en mi pequeña mochila. Me quité también las deportivas y los calcetines y empecé a caminar descalza por la orilla del mar. Había unas pocas personas bañándose, aprovechando el buen tiempo. Sobre todo, niños salpicándose agua y jugando con las olas. Sentí un impulso irreprimible de meterme en el mar. No me lo pensé dos veces. Me quité la falda que llevaba y, con la camiseta y las braguitas, corrí rápidamente hacia el agua, sorteando las olas, con la misma ilusión infantil que tenía cuando me bañaba en mi infancia. Estaba fría. El agua estaba muy fría. Pero, una vez dentro, empecé a nadar y a mimetizarme con ese elemento fluido que, en realidad, era el mío. Nadaba y, para descansar, me hacía la muerta y dejaba que las olas me llevasen a su antojo.

Creo que no hay sensación más placentera en el mundo que la de dejarse mecer por el mar, sin oponer ninguna resistencia, sabiendo que todo es perfecto, que todo está bien. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero aquel me pareció un baño totalmente purificador. El agua salada limpiaba mi cuerpo, también mi alma. Y me predisponía a empezar una nueva vida. Sí, después de haber perdido la voz durante varios meses, y de haber pasado por las vivencias

que pasé en Bulnes, mi vida ya nunca podría ser la misma. Llevaba razón la Quirona cuando me lo advirtió. Yo entonces no lo veía. Lo único que quería era recuperar el habla y recuperar mis clases, mi vida superficial y estúpida. Pero hay caminos que, cuando se inician, no tienen vuelta atrás. Y la existencia me había colocado a mí en uno de esos senderos.

Cuando salí del mar me sentí totalmente renovada, cual Afrodita emergiendo de las profundidades, bañada en la espuma. Sentí mucho frío. No tenía toalla para secarme. Así que me senté en la arena para que el sol acariciase mi piel y me secase con su calidez. Pasado un rato, me las apañé para quitarme la camiseta mojada al tiempo que me ponía la sudadera seca encima de mi cuerpo. Me entró la risa al ver mi atrevimiento a la vista de todos los turistas que paseaban por la playa. Me puse la falda estampada que llevaba y me quité las bragas. Las escurrí, junto con la camiseta, y las metí en mi mochila. No pude evitar soltar una carcajada al pensar: ¡Madre mía, si mi madre me viera sin bragas... o Sofía, que es peor aún! Lo pensé, pero en realidad me daba igual. Sentía una intensa libertad interior para hacer lo que me viniera en gana. En realidad, nadie se fijaba en mí. Solo una niña, que jugaba con la arena en la orilla, se dio cuenta de todos mis movimientos. Y cuando vio que me quitaba las bragas, se echó a reír,

de una forma muy graciosa, llevándose las manos a la boca. Nos hicimos un gesto de complicidad. Cuando me fui de la playa nos saludamos con la mano. De alguna manera sentí que yo también era esa niña y ella era yo, unos años después. Fue una sensación intensa y curiosa, que yo nunca había experimentado hacia otro ser humano. Esa niña y yo éramos lo mismo, sin ninguna duda.

Elegí una terraza cerca del mar para comer. Me pedí una cerveza sin alcohol, y una ensalada. Yo antes nunca tomaba cerveza sin alcohol. Todo lo contrario, me gustaban las alemanas, que están más bien fuertes. Sin embargo, no me apetecía tomar alcohol en esos momentos. Quería estar totalmente lúcida y despierta. La ensalada que me pusieron era para dos personas, como mínimo, no pude terminarla. Después de la fabada que había preparado la Quiróna el día anterior, y los postres con los que me había obsequiado durante mi estancia en Bulnes, aprovechándose de mi afición al dulce, mi cuerpo necesitaba comer alimentos más ligeros. Bien que lo comprobé al vestirme esa mañana. Solo pude ponerme la falda que llevaba, porque tenía goma en la cintura. Era obvio que mi estancia con la curandera me había regalado muchas cosas. Entre ellas, algunos kilitos de más. Pero ya habría tiempo de recuperar la forma. Al fin y al cabo, la tiranía del peso ideal era otra de las

cosas de mi antigua vida, que había dejado de preocuparme. ¡Ya me compraría ropa nueva, más acorde con mi nuevo yo! Y, por supuesto, acordé conmigo misma hacer una guerra total a los tacones. Después de la comida y el café, regresé a mi casa. Me duché nuevamente para quitarme la arena, y me puse el pijama. Saqué la ropa de la lavadora, la tendí y, más allá de esas labores cotidianas, no supe qué hacer. Estaba desconcertada en aquella casa, despistada, como si nunca hubiera vivido allí. Así que me tumbé de nuevo en el sofá.

No se me ocurrió poner la tele ni coger un libro. La libertad de no hacer nada y de no tener nada que hacer me poseyó por completo. ¡Nunca la había experimentado! No recordaba ningún momento de mi existencia en el que no hubiera tenido algo que hacer. Y si no lo tenía, me buscaba yo misma alguna ocupación para llenar mi tiempo, para no tener la sensación de que lo perdía o de vacío existencial. Reflexioné sobre la obsesión enfermiza que tenemos los humanos por hacer cosas. Siempre haciendo algo, siempre inquietos. ¡Pobres, no sabemos estar tranquilos, sin hacer nada! ¡Solo estar! Si no es con una actividad tras otra, tenemos la sensación de que no estamos vivos. Hay quien concentra toda su energía en tener. Acumular cosas, propiedades, experiencias... Y hay quien concentra su energía en hacer.

Hacer esto o lo otro, siempre en un movimiento circular enfermizo. No sabemos descansar. Pero lo realmente importante para mí, en esos momentos, no era ni tener ni hacer. Solo ser. Ser, sumergirme en esa sensación interior de ser uno con la vida. Nada más... Y nada menos.

Me dormí muy pronto y muy relajada por el baño en el mar. Me desperté muy temprano. Aún faltaba tiempo para que comenzaran las clases en el instituto, así que, después de ducharme y vestirme, me fui a desayunar chocolate con churros en un bar cercano a mi casa. Me supieron a gloria. Cuando terminé, con paso lento, me fui paseando hasta el instituto. No cogí el coche. Aunque la mañana estaba fresca, me apetecía mucho andar. Cuando llegué allí, la entrada y los pasillos estaban vacíos. Deduje que los alumnos debían estar en sus aulas. Mejor, pensé, así no tengo que encontrarme con nadie. Me dirigí directamente al despacho de Sofía. Pero antes de llegar, alguien me echó el alto.

—Eh, señora —gritó—, ¿a dónde va? No puede estar aquí.

Me volví y reconocí a la conserje, que se dirigía hacia mí con paso rápido.

—Hola María, soy yo —le dije, bajándome la mascarilla para que me reconociera.

—Ay, perdón, doña Virginia —se excusó—, no la había conocido.

—Claro —dije yo—, es que con las mascarillas... a ver si nos las quitan de una vez.

—No, no es por eso solo —se justificó ella—, es que está usted... distinta. Pero ya veo que ha recuperado la voz —añadió como para hacerse perdonar la frase anterior—. Me alegro muchísimo de tenerla aquí de nuevo.

—Muchas gracias, María —respondí con cariño.

—¿Quiere que avise a doña Sofía?

—No, no, gracias, prefiero darle una sorpresa.

—¡Ya lo creo que se la va a llevar! —dijo sin que darle otra.

Seguí mi camino hacia el despacho de Sofía. Llamé a la puerta al mismo tiempo que la abría y asomaba la cabeza.

—¿Se puede?

Ella estaba escribiendo en el ordenador y, sin mirarme, empezó a decir, con un tono de mal humor:

—¡Estoy ocupada!

A continuación, levantó la mirada de la pantalla y, al verme, se quedó totalmente desconcertada, sin saber qué decir. Finalmente, balbuceó:

—Pero, ¿eres tú, Virginia?

Mientras lo decía se arrojó a mis brazos y me apretó con una fuerza inusitada para su frágil apariencia.

—Sííí, soy yo —grité—, y puedo hablar, estoy curada.

—¡Qué alegría más grande! ¿Cómo no me has avisado que venías? ¿Desde cuándo estás en Gijón?

—¡Esas son muchas preguntas! —respondí desahuciéndome de su abrazo.

—¡Cuenta, cuenta! —me pidió ella llevándome hasta el pequeño sofá de su despacho, para sentarse a mi lado y cogerme de las manos.

—Bueno, no hay mucho que contar —mentí, porque no tenía ganas de ponerme con ella de confidencias—; llegué a Gijón el sábado por la noche.

—¿Y cómo no me avisaste? —me interrumpió— Hubiéramos podido comer juntas ayer.

—Sí, es verdad, pero necesitaba estar sola y descansar. Además, ¡quería darte hoy una sorpresa!

—¡Y ya lo creo que me la has dado! —añadió mirándome de arriba abajo.

Yo le sonreí, esperando su dictamen sobre mi aspecto. ¡Era inevitable!

—¡Dios santo, estás hecha un asco! ¿Cómo no se te ha ocurrido ir a la peluquería antes de pasar por aquí?

Asentí con la cabeza, sin dejar de sonreír. Ella continuó:

—¡Tienes un aspecto horrible! No solo por el pelo, así, recogido en una coleta sin teñir —añadió con un gesto de asco—, sino por tu atuendo, con ese colgante negro al cuello. ¡Esa falda de colores a media pierna, y las zapatillas deportivas con calcetines! —concluyó con una mueca de horror.

No puede evitar echarme a reír, antes de decirle:

—No has tardado mucho en criticar mi aspecto. ¡No estás perdiendo facultades, Sofía!

—No, no, por favor, no quiero criticarte —dijo de forma lastimera—. Estoy supercontenta de que estés aquí de nuevo y hayas recuperado la voz. ¡Eso es lo importante!; pero presentarse en el trabajo de esta guisa... No sé, no te reconozco. Supongo que no te ha dado tiempo a arreglarte el pelo. Y, en cuánto a la falda y ese jersey de montaña que llevas...

—Para, Sofía, ¡no seas tan pija! —le supliqué.

Se quedó callada e hizo un gesto en el que se adivinaba, incluso a través de la mascarilla, que mis palabras le habían sentado mal. Yo tampoco estaba muy satisfecha conmigo misma por haberle llamado pija. Pero es lo que es, me dije para mis adentros.

Cuando se repuso del golpe, me respondió con un tono de reproche:

—Bueno, hasta hace bien poco tú también eras una pija... aunque veo que tu estancia en Bulnes te ha cambiado. Ya me di cuenta cuando estuve allí a visitarte —concluyó.

—Llevas razón en todo, Sofía —le respondí en un tono cariñoso—. Antes de irme a Bulnes, yo también era una pija, preocupada siempre por la apariencia personal. Pero ya no es así. Es verdad, conviviendo con Abril y la Quirona, he cambiado. Ya no soy la misma Virginia que se fue de aquí. Eso es así y hay que reconocerlo.

—Sí, a la vista está —dijo Sofía, con una entonación más suave.

—Pero no te engañes. Si crees que mi aspecto ha cambiado, que es así, el mayor cambio se ha producido en mi interior. Ese cambio no se ve, pero es muy profundo.

Sofía asentía con la cabeza.

—En cuánto a la falda y el jersey —continué—, no he podido ponerme otra ropa porque ninguna me viene. ¡Todo se me ha quedado pequeño, no me entra nada!

Mi sinceridad le encantó, se puso de pie, y enseguida empezó a sonreír y a hacer planes por mí.

—¡Estupendo —exclamó—, no hay mal que por bien no venga! Esta tarde tengo mucho lío porque he

de atender a varios padres, un coñazo, ya sabes, pero mañana mismo nos vamos de compras y renovamos todo tu armario. ¡Ya verás qué bien! —dijo aplaudiendo y dando saltitos como si fuera una niña.

—Bueno, bueno, ya veremos, no quiero precipitarme, y mucho menos molestarte.

—No es molestia ninguna —me interrumpió—, ya sabes lo que me gusta ir de compras. ¡A ver! —me hizo levantarme del sofá para mirarme de arriba abajo— ¡Tampoco has engordado tanto! Yo diría que unos cinco o seis kilos. Quizás alguno más. ¿Sabes cuántos, te has pesado en tu báscula de baño?

—No, no me he pesado. ¿Para qué? Sé que he engordado lo suficiente como para que no pueda abrocharme los pantalones ni embutirme en ningún vestido. ¡Pero tranquila! —añadí—, yo me encuentro muy bien. ¡Soy una mujer nueva que puede hablar!

Parecía como si no hubiera escuchado mis palabras. Ella seguía con su títere de comprar ropa nueva, explicándome a qué tiendas de moda íbamos a ir. Yo la oía, pero no la escuchaba. No quería escucharla ni que me envolviera de nuevo con sus neuras sobre la apariencia física. La corté en seco, y le dije:

—Ahora, antes de que llegue el recreo, quiero pasar por clase para ver a mis alumnos y que sepan que ya me voy a incorporar.

Sofía se calló de una, y me preguntó, atropelladamente:

—¿Ahora, quieres ver a tus alumnos con ese aspecto de hippie que tienes? ¿No sería mejor esperar a tener ropa nueva? ¿Y qué es eso de que quieres incorporarte ya? ¡Algo tendré yo que decir! —concluyó con un tono de enfado.

Respiré profundamente antes de responderle:

—Por supuesto, Sofía. Claro que tienes algo que decir, eres la directora de este centro. Pero sé que estás sustituyéndome desde que perdí la voz, cosa que te agradezco muchísimo, y quiero liberarte de mis clases cuanto antes —concluí con una sonrisa.

—Bueno, sí, claro. He estado dando tus clases, porque la consejería aún no me ha mandado ningún profesor sustituto. Me dijeron que no podían enviarlo antes de la Semana Santa.

—Pues mira, mejor, así no hay que quitar a ningún sustituto para que yo vuelva a ejercer. ¡Todo en orden! Te agradezco un montón que te hayas encargado tú de la asignatura, pero ya puedo hablar, y me gustaría incorporarme cuanto antes... con tu permiso, claro —concluí haciéndole una reverencia.

—¡Mira que eres tonta! —afirmó Sofía—, pues claro, ningún problema. Para mí va a ser una libera-

ción, ya sabes que tengo muchísimo trabajo. ¿Cómo aceptaría yo este puesto?

—¡Venga, no te hagas la mártir, si te encanta mandar! —le dije de buen humor.

Nos reímos y, ya con mejor tono, me preguntó:

—¿Cuándo quieres empezar, el lunes que viene? —me interrogó, después de mirar un almanaque.

—Nooo —le respondí con convicción—. Quiero empezar mañana. Y ahora quiero que me acompañes a mi clase a ver a mis alumnos... O no me acompañes, puedo ir yo sola. ¡Conozco el camino!

—¡Mira qué eres cabezona! ¡Si no te van a reconocer con esas pintas! Vas a parecer uno de ellos —afirmó refunfuñando.

—Oye, pues mejor —dije yo cogiéndola del brazo y emprendiendo el camino hacia el aula donde daba mis clases.

Cuando llegamos, se disculpó con el profesor que había dentro, mientras yo permanecía en la puerta, y después me hizo un gesto para que entrase, al tiempo que decía:

—¡Mirad quién está aquí, con la voz ya recuperada y en plena forma!

Los alumnos se alborotaron, como era previsible. Se levantaron de sus asientos y se acercaron a salu-

darme. Me abrazaban y me daban golpecitos en la espalda. Una de mis alumnas dijo en voz alta, mientras miraba a los chicos: ¡Virginia, no pareces tú, estás muy cambiada!

—¡Se nos ha vuelto un poco hippie con el tratamiento! —gritó Sofía.

Sus palabras fueron seguidas de aplausos y de piropos, por parte de las chicas, que yo agradecí con todo mi cariño. Mientras hablaba con ellas, escuché que un chico le decía a otro:

—¡Vaya cambio! Ya no me gusta. Ya no está tan buena.

CAPÍTULO 17

El martes 21 de marzo reanudé las clases que habían quedado interrumpidas, por la pérdida de mi voz, el 9 de diciembre del año anterior. Habían transcurrido más de tres meses. Pero no sólo eran los días que habían pasado por el calendario. Es que yo, en ese tiempo, había cambiado mi visión de la vida y del mundo y ya, desde la primera clase, me di cuenta de que iba a tener muchas dificultades para retomar mi trabajo como profesora en el instituto.

La noche anterior a esa primera clase no pegué ojo. Estaba muy nerviosa, como si no tuviera a mis espaldas muchos años de experiencia. Estaba insegura. Es difícil de explicar, era como si la rutina de las clases me sobrepasara, como si no estuviera segura de mí misma, ni de las materias que tenía que explicar. Sofía me había comentado por qué parte del te-

mario se había quedado para que yo siguiera con el programa establecido. Pero, como digo, tenía la mente en blanco y temí no saber muy bien qué decir en clase. De madrugada, como si fuera una principiante, miré en Internet lo que ponía sobre varios de esos autores literarios ¡Como si no estuviera harta de hablar sobre ellos y sus obras! Así que, con cara de sueño, con cansancio y arrastrando mi inseguridad, me dirigí al instituto dando un paseo, con el ánimo más bien por los suelos. Cuando llegué a las puertas, me las encontré cerradas. Extrañada, consulté mi reloj y comprobé que, con las prisas por no llegar tarde, me había adelantado casi una hora. ¡Joder, empezamos bien! Me dediqué a dar vueltas por los alrededores del centro, hasta que vi llegar a María, la conserje. Ella, sonriente me dio nuevamente la bienvenida.

—¡Qué madrugadora! —me dijo con un tono cariñoso.

—Sí, es que no quería llegar tarde —respondí un poco atolondrada.

No pasé por la sala de profesores, sino que me dirigí directamente a mi aula. Estaba vacía, claro, y los alumnos más madrugadores se llevaron una sorpresa, cuando llegaron, al ver que ya me encontraba dentro de la clase esperándolos. También me di cuenta de que cuchicheaban sobre mí. Con puntualidad alemana empecé la clase. Lo que significaba que to-

avía faltaban muchos alumnos rezagados. Enseguida apareció Sofía, pidió disculpas por la intromisión, y me llamó aparte para hablar conmigo. Salimos a la puerta y me preguntó:

—¿Qué te ocurre?, ¿cómo es que no has pasado por la sala de profesores? ¡Te estábamos esperando! Muchos compañeros querían saludarte y darte la bienvenida.

—¡Cuánto lo siento! —dije con una fingida tristeza—. Pero no hay problema, los veré a la hora del recreo, ¿no?

—¡Bueno, pero no te escapes! —replicó Sofía con un tono autoritario que no admitía discusión.

—No, no te preocupes, no me escaparé —subrayé con una sonrisa.

—¡Y tampoco te escapes para ir conmigo de compras esta tarde! —añadió.

Uf, de eso sí que no tenía ganas. Vale el paripé de la sala de profesores, pero lo otro... Era indudable que necesitaba ropa nueva, pero no quería que Sofía me la eligiera. Así que dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Esta tarde no va a poder ser. ¡Tengo dentista!

Estoy convencida de que Sofía no se tragó la excusa. Me miró con cara de circunstancias y lo único que dijo fue:

—¡Tú verás! Si quieres seguir con esas pintas...

No le respondí, me encogí de hombros y volví a clase. Como era natural, los alumnos se habían alborotado y estaban de cháchara. Mi primera intención fue ordenarles que se callaran. Pero, en lugar de eso, me senté tranquilamente en mi mesa, mirándolos con cara de pocos amigos, y aguardé a que hubiera silencio. Tardaron un rato en darse por aludidos, pero finalmente obtuve de nuevo su atención. Fui consciente de que ese comportamiento no era muy habitual en mí. Siempre había intentado ser una colega para ellos. Caerles bien, que se dieran cuenta de que yo era una profesora guay, muy enrollada. Pero en esos momentos, todo eso de ser igual a ellos, me traía sin cuidado. Yo era su profesora y ellos mis alumnos. No éramos amigos, no éramos colegas, no teníamos los mismos intereses, ni la misma edad, yo tenía que evaluar sus conocimientos de Literatura, aprobarlos o suspenderlos. Y tampoco me importaba mucho lo que pensasen de mí, la verdad.

Así que continué la clase donde la había interrumpido. La inseguridad con la que había llegado al instituto esa mañana se había escondido, desde el momento en que empecé con las explicaciones, y emergió de las profundidades la buena profesora que yo siempre había sido, y continuaba siendo. Me di cuenta de que dominaba perfectamente la materia

que impartía, y que mi cambio vital no había afectado a mi profesión. Sin embargo, también me di cuenta de que, en realidad, no tenía ningunas ganas de dar clases. De pronto, me cansaba repetir y repetir lo que llevaba años enseñando. Y tampoco lo hacía con el mismo entusiasmo que tenía años atrás. No quería reconocerlo, pero, de la misma manera que me había pasado con mi casa al llegar a Gijón, lo cierto es que tampoco creía que aquel fuera mi sitio. Me sentía fuera de lugar. Sí, claro, podía seguir dando clases sin ningún problema hasta que me jubilase —para lo que todavía faltaban muchos años—, pero ya no me llenaba. Esa certeza me asustó. Y todavía más, cuando llegó la hora del recreo y tuve que enfrentarme con mis compañeros de instituto.

Al entrar en la sala de profesores, se me cayó el alma a los pies al ver que me estaban esperando y me aplaudían. En otro momento, seguro que yo habría vivido su recibimiento con mucha alegría. Pero no estaba yo en ese otro momento. Todos me hablaban a la vez, me daban golpecitos en el hombro, besos, abrazos, y me hacían toda la clase de preguntas sobre mi recuperación. Una colega, con la que yo nunca había congeniado, me preguntó con cierto tono de mala leche:

—¿Es verdad que te ha curado una bruja de Bulnes?

Me quedé desconcertada con la pregunta. Ciertamente, tampoco podía sorprenderme que, durante esos tres meses de ausencia, se hubiera especulado con todo tipo de comentarios, más o menos malintencionados. Yo sabía, por propia experiencia, que el nivel de cotilleo de los profesores del instituto era superior al nivel de aprobados de los alumnos. Que estaba muy alto.

—Sí —le respondí con una amplia sonrisa—, me ha curado una bruja y me ha enseñado que la crítica malsana hacia los demás, inmiscuirse en su vida, es una forma muy practicada hoy en día de lo que antes se llamaba echar mal de ojo.

Mi colega se quedó un poco desconcertada, y comprobé cómo los demás profesores se callaron, esperando su reacción, pues todos sabíamos que ella era la más cotilla del claustro, con diferencia. Tras unos segundos de incertidumbre, se empezó a reír a carcajadas y exclamó:

—¡Qué graciosa eres!

Los demás celebraron mi ocurrencia y se rieron también como si lo que había dicho fuera una broma. ¡Pero no era así, era la pura verdad!

El resto del recreo transcurrió de forma distendida en la sala de profesores. Algunas compañeras hicieron comentarios jocosos sobre lo que había engorda-

do, mi nueva moda de llevar el pelo sin teñir, y mi forma desenfadada de vestir. Yo no decía nada y sonreía, pero Sofía, la pobre, se veía obligada a justificar mis kilos de más y mi aspecto. Contó que en las montañas de Bulnes me había asalvajado y añadió que me habían dado de comer muy requetebién.

—Yo misma tuve ocasión de comprobarlo cuando fui a verla —añadió—. Incluso le dije a la curandera que debía poner un restaurante allí, dado lo bien que cocinaba. Y hasta me ofrecí a promocionar sus artes culinarias y a llevar a gente a comer allí —concluyó con satisfacción.

Antes de volver a las clases, un compañero, que siempre me tiraba los tejos, sugirió que debíamos hacer una excursión o algún viaje durante la Semana Santa, como otros años, para celebrar que yo había vuelto y había recuperado la voz. ¡Me quedé horrorizada al escuchar la propuesta! Nada me apetecía menos en esos momentos. Rápidamente, tres o cuatro compañeras más se apuntaron a la iniciativa. Sofía tomó el mando y empezó a proponer lugares a los que podíamos ir, como hacíamos antes de la pandemia. Pero una voz interior también tomó el mando, sin que yo fuera muy consciente, y hablando por mí dijo:

—Os lo agradezco mucho, chicos, me encantaría —mentí descaradamente—, pero no voy a poder ir.

Ya estoy comprometida. En Semana Santa volveré a Bulnes para seguir con el tratamiento.

Mis palabras debieron caer en Sofía como un jarro de agua fría, a juzgar por la cara que puso. Sin disimular su contrariedad, me preguntó:

—¡No me habías dicho nada de eso! ¿Es que no estás curada del todo?

Obvié la pregunta y le respondí:

—¡Es que no me ha dado tiempo a decirte nada, Sofía!

El café en la sala de profesores se disolvió y cada uno volvió a sus clases. El colega que había propuesto lo del viaje comunitario, comentó que lo podíamos dejar para el verano, cuando terminasen las clases. Todos asintieron sabiendo, como yo sabía, que ese viaje de falsa hermandad docente, no iba a celebrarse nunca. Al menos, no con mi presencia.

Los días que transcurrieron hasta la Semana Santa se me hicieron muy largos. En mi mente solo había una cosa que me motivaba para levantarme todos los días: volver a Bulnes coincidiendo con las vacaciones. Di las gracias a esa voz que salió desde el fondo de mis entrañas, decidiendo por mí que era allí a donde quería encaminarme. Pensé si debía llamar a la Quirón para hacerle saber que volvería a su casa.

Pero no lo hice. Algo dentro de mí me decía que no era necesario, que tanto ella como Abril me estarían esperando, aunque yo no se lo dijera. Esta certidumbre me llenaba de emoción y de entusiasmo, como si fuera una niña pequeña. No recordaba, al menos en los últimos años de mi vida, haber estado tan contenta y con tantas expectativas ante un viaje, por lo que me dediqué a fantasear sobre mil historias y sobre mi relación con las dos mujeres. La verdad es que las echaba de menos. Sentí nostalgia de ellas desde el minuto uno en que me subí al funicular hacia Poncebos y me alejé de Bulnes. Quizás las cosas no habían salido como yo esperaba al llegar a Gijón. Pero, en realidad, ¿qué esperaba? ¿Acaso no me advirtió la Quiróna de que no podría volver a mi vida anterior? Recordé que, cuando nos despedimos, ella aludió a que volver a mi ciudad era como un viaje al pasado. En esos momentos no lo entendí. Creí que se había equivocado y en realidad había querido hablar de mi viaje al futuro. Pero llevaba razón, durante los días que continué con las clases, escapándome cuanto podía del contacto con mis compañeros y paseando junto al mar en soledad, me di cuenta de que ese mundo, el de antes, había quedado atrás para mí y ya no podía regresar a él, aunque quisiera.

Y esta certeza me producía mucho miedo. Estaba deseando llegar a Bulnes para hablarlo con las dos

mujeres. En mis monólogos internos me ponía en plan victimista y me preguntaba una y otra vez: ¿Qué va a ser ahora de mí? ¡Tendré que seguir dando clases! —me decía—. Si no, ¿de qué voy a vivir? Mi cabeza no paraba de dar vueltas. Especulé con vender el piso de Gijón, y con ese dinero trasladarme a Bulnes. Podría vivir un tiempo sin trabajar. ¿Pero cuánto tiempo? Recuerdo una noche que no podía dormir pensando en todas estas cuestiones, estaba muy agobiada sobre lo que debía o no debía hacer. Mi vida cotidiana y las clases en el instituto habían pasado a un segundo plano. Lo que realmente ocupaba mi tiempo y requería toda mi energía era mi próxima visita a Bulnes y saber qué iba a hacer con mi vida.

Porque estaba claro que no quería seguir viviendo de la misma manera, ni me motivaba lo más mínimo seguir ejerciendo como profesora; algo que me desconcertaba por completo, porque yo había estado siempre convencida de que esa era mi auténtica vocación y me dedicaría en cuerpo y alma a esta profesión, hasta el día de mi jubilación. Pero, obviamente, ya no era así. Dándole vueltas a todo esto en mi cabeza, finalmente me quedé dormida. Fue en la madrugada del 1 de abril cuando tuve un sueño revelador. Lo recuerdo porque ese día había luna nueva en el signo de Aries; la primera luna nueva del año as-

trológico, según me había explicado Abril, que la definió como un inicio muy poderoso. Esa noche soñé con la Quiróna. Pero no lo viví solo como un sueño. El encuentro tuvo lugar en el salón de mi casa, donde yo seguía durmiendo en el sofá. La curandera vino a verme y me preguntó por qué estaba tan alterada. Algo en mi interior tenía la certeza de que la curandera estaba allí, en mi casa. Me incorporé del sofá y le pregunté:

—¿Cómo has llegado hasta aquí, si nunca te he dicho dónde vivo?

—¡No digas tonterías! —me reprendió en broma—. Y contesta a lo que te he preguntado. ¿Por qué estás tan alterada?

Sentí un nudo en el estómago. Me dieron ganas de vomitar, empecé a tener arcadas.

—Vamos, vamos —me dijo ella con un tono suave y melodioso en la voz— ¿Ya has olvidado que eres la Dama del Kintsugi?

No sé cómo, pero sus palabras me tranquilizaron y una fuerza, como si fuera un latigazo eléctrico, empezó a recorrer hacia arriba mi columna vertebral. Me sentí mejor y fui capaz de responderle.

—¡Es que no sé lo que hacer ahora con mi vida! —me lamenté.

—¿Y para qué quieres saberlo? — preguntó—. No hace falta que Virginia, tu personalidad, lo sepa. ¡La vida lo sabe! Tú no tienes que preocuparte de nada. Ella te conducirá a dónde tengas que estar y con quien tengas que estar. No hace falta que controles o planifiques nada. Solo déjate llevar y compórtate como lo que eres, una auténtica Dama del Kintsugi, que ha transformado su naturaleza interior. ¡Tú ya no tienes el mando, lo has cedido a lo que Es! ¡A lo que eres! —sentenció con énfasis.

Tras escuchar estas palabras me desperté bruscamente. Me levanté de un salto del sofá y me puse a mirar por toda la casa, llamándola. Estaba convencida de que aquel encuentro no había formado parte de un sueño, sino que la Quirona había estado realmente allí. En mi casa. No era la primera vez que la curandera aparecía en mis sueños. Así fue como la vi por primera vez, en un sueño muy lúcido, la noche antes de perder la voz.

Esta experiencia me transformó por completo. Solo faltaban diez días para que se iniciasen las vacaciones de Semana Santa. Y de ellos, solo me quedaban cinco días de clase. Esas jornadas las viví de forma más tranquila y más segura. También estaba más abierta a confraternizar con mis compañeros de instituto. Ellos lo notaron y volvieron a hablarme con naturalidad, sin dejar constancia de que me veían

como un bicho raro desde que volví curada. Pero, sobre todo, lo notó Sofía, a la que había estado rehu-
yendo constantemente. Por supuesto, no había salido
de compras con ella, cosa que debió sentarle muy
mal y que no se molestaba en disimular. Supongo
que pensaba que yo era una amiga desagradecida,
después de lo que ella se había preocupado siempre
por mí. Y creo que, desde su perspectiva, llevaba ra-
zón. Pero es que cuando alguien está en un proceso
de cambio radical, como era mi caso, y las personas
de su alrededor permanecen en el mismo lugar que
estaban antes, es muy difícil que no se produzcan
este tipo de desencuentros. Aun así, yo me sentía un
poco culpable de no querer su compañía. Para aca-
llar la voz de mi conciencia, un día, al terminar las
clases, me dijo que me invitaba a comer y acepté. Al
principio hablamos de cosas nimias, superficiales,
pero enseguida llegamos al fondo del asunto. Sin an-
darse por las ramas me preguntó a bocajarro:

—¿Qué es lo que te pasa conmigo?

No voy a decir que no me esperaba la pregunta,
sabía que, antes o después, sería formulada. Suspiré
profundamente y pensé que merecía algún tipo de
explicación porque, sin duda, mi actitud hacia ella
había cambiado.

—No me pasa nada contigo, Sofía. No tengo nin-
gún reproche hacia ti. Todo lo contrario, no sabes lo

agradecida que estoy por tus desvelos, porque me llevases con el doctor Buendía y porque me pusieras en contacto con la Quirona.

—Pues de esto último me arrepiento muchísimo —subrayó—, porque esa mujer te ha cambiado por completo.

—¡Y me ha devuelto la voz! —le repliqué yo con convicción— ¿No te parece suficiente motivo para estarte agradecida por haber insistido para que me tratase?

—¡Eso sí, claro! Pero, ¿sabes lo que creo?

—Dímelo tú —le pedí.

—Creo que habrías recuperado la voz de todas maneras, tarde o temprano. Ya te dijo el doctor Rafael Buendía, el amigo de mi padre —subrayó—, que no tenías ningún problema físico que te impidiera hablar. Así que, si no hubieras ido a ver a la curandera, te habrías curado de todas formas.

—Es posible, pero lo cierto es que me ha costado más de tres meses recuperar la voz, desde el momento en que la perdí. Y creo, sinceramente, que no lo habría logrado sin la Quirona —concluí.

—La cuestión es que, en el tiempo que has permanecido en Bulnes, te has dado la vuelta como un calcetín. ¡Ya no eres la misma persona, Virginia!

Suspiré profundamente otra vez intentando explicarle algo que ella no quería entender.

—Es verdad, Sofía, tienes toda la razón: ¡ya no soy la misma persona! Es algo evidente, no puedo negarlo. Pero, ¿sabes qué? Me siento mejor y más auténtica que nunca...

—Eso es lo que no entiendo —me cortó— ¿Cómo puedes estar mejor y ser más auténtica con esas pintas que llevas ahora?

Me eché a reír. Estaba claro que para Sofía la apariencia exterior, la imagen, era muy importante. Vi en su cara que no le había sentado bien que me riera. Le pedí disculpas solo por no herirla. Aunque no había ninguna razón.

—Sofía, escúchame, por favor —le pedí—. No he querido herirte cuando me he reído. Es que, no sé si lo entiendes, pero a mí, en estos momentos, no me interesa ni la moda, ni las cremas, ni los tintes, ni la peluquería... en fin, todo eso que es importante para ti, y a mí me resulta muy superficial.

—¿Crees que yo soy muy superficial? —me preguntó en un tono que mostraba cómo le habían molestado mis palabras.

—Esa no es la cuestión, Sofía. No te juzgo, de verdad, tú eres como eres, una amiga estupenda que me ha ayudado mucho cuando más lo necesitaba. Pero, por favor —le dije en un tono de súplica, juntando las manos—, no me juzgues tú a mí tampoco y acépt-

tame tal y como soy ahora. Con todos mis cambios. Aunque a ti no te gusten.

Mis palabras debieron calar de alguna manera en el ánimo de Sofía. No creo que la convenciese de nada, tampoco lo pretendía. Lo cierto es que su actitud agresiva hacia mí se relajó un poco, y fuimos capaces de terminar la comida sin reproches; aunque el resto de la conversación discurrió por asuntos más o menos superficiales.

Esta conversación me sirvió, antes deirme de vacaciones a Bulnes, para que nuestra relación en el instituto fuera más distendida y yo no tuviera que esconderme por los pasillos para huir de ella y de sus miradas de reprobación, así como para acallar mi mala conciencia con relación a Sofía. También me relajé, y hasta participé en la cena de profesores que hicimos el viernes, último día de clase, antes de iniciar nuestro descanso por la Semana Santa. En realidad, tuve que hacer un poco de tripas corazón para estar allí con mis compañeros, que comían abundantemente y bebían como cosacos, cuando, en realidad, lo que me apetecía era estar sola y no tener que prestar oídos a conversaciones irrelevantes. Pero bueno, solo mi cuerpo estaba presente en el restaurante. Mi mente y mi atención estaban puestas en el viaje en coche que emprendería al día siguiente para dirigirme a casa de la Quiróna.

Esa noche dormí de un tirón, sin los sueños y preocupaciones que había tenido en las anteriores. Estaba feliz ante la posibilidad de volver a Bulnes; aunque también un poco inquieta en mi interior por la reacción que tuvieran las dos mujeres al verme de nuevo.

Comprobaría que en realidad no había ningún motivo para esa inquietud. Me recibieron con los brazos abiertos... Pero no adelantemos acontecimientos.

CAPÍTULO 18

Ni en mis más locas fantasías se me podía pasar por la cabeza que escucharía las cosas que me iban a contar en Bulnes. En el fondo de mí tenía la intuición de que ese viaje iba a ser decisivo para mi futuro, pero la vida siempre te sorprende y te lleva por caminos distintos a los que tú habías planeado. No sé cómo a estas alturas del siglo XXI, después de haber pasado una pandemia a nivel planetario y de haber vivido tantas guerras, todavía hay personas que piensan que pueden controlar su existencia, y no se dan cuenta de que la vida te puede cambiar, sin previo aviso, en menos de un suspiro. Y eso es lo que me pasó a mí cuando regresé a Bulnes.

Francamente, después de todo lo que había vivido durante meses atrás junto a la Quirona y Abril, creí que ya lo había visto todo. Pero no era así. Aún quedaba mucho camino por recorrer, aunque yo no lo

sospechaba cuando ese 9 de abril, víspera del Domingo de Ramos, emprendí el viaje hasta Poncebos. Después de la fiestecita con los compañeros del instituto la noche anterior, no pude pegar ojo al llegar a mi casa. Lo único que deseaba era que se hiciera de día cuanto antes, para coger el coche y emprender el viaje. La ilusión que tenía por llegar iba pareja a los nervios que me acompañaban. Nervios que se acrecentaron, aún más, cuando comprobé el intenso tráfico que había en la autovía. No sé de qué te extrañas, me dije en voz alta, estamos en el inicio de las vacaciones de Semana Santa y todo el mundo quiere huir de sus casas. La palabra *huir* resonó en mi interior y me pregunté: ¿es eso lo que tú estás haciendo, huir de tu realidad cotidiana, como una salida de escape? En seguida me respondí a mí misma que no, que no era eso lo que yo hacía, que sabía muy bien hacia dónde quería encaminarme al dirigirme hacia Bulnes.

Sin embargo, reconocí para mis adentros que, en otros tiempos, mis escapadas vacacionales o de fin de semana sí habían tenido mucho de huida y de evasión, de no querer enfrentar la triste realidad de mi existencia. Se trataba de distraerse. ¿Distraerse de qué?, me pregunté. Enseguida llegó la respuesta: Distraerme de mí misma, de lo que soy en realidad. Pero no era eso lo que yo quería hacer en esos momentos.

Todo lo contrario, lo que quería era regresar a mi centro y no distraerme con banalidades exteriores.

A pesar de la cantidad de tráfico que había, se circulaba de forma muy fluida. De todas maneras, fue un alivio dejar la autovía para adentrarme por carreteras secundarias que, aunque también estaban muy transitadas, eran mucho más agradables, inmersas en paisajes bellos y recónditos, que te transportaban a otros mundos más serenos y auténticos, alejados de las prisas y las aglomeraciones. Conforme me iba acercando, sentí la imperiosa necesidad de parar de nuevo en Las Arenas y de dirigirme a la tienda deportiva que regentaba Álex. No sabía por qué, pero algo en mi interior me obligaba a ver de nuevo a ese chico, al que solo había visto en una ocasión y apenas conocía.

Sentía una extraña conexión con él, que no tenía nada que ver con que me atrajera en el plano físico o a nivel sentimental. Al llegar al pueblo aparqué el coche y me dirigí andando hacia su negocio. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, y no supe el porqué. Cuando vislumbré la tienda, vi que Álex estaba saliendo de ella y cerrándola. Sin pensármelo dos veces, grité su nombre. Él se volvió y, tras unos instantes de duda, me sonrió. Cuando nos juntamos me dio un par de besos en las mejillas, y me preguntó:

—¡Anda, Virginia! ¿Qué haces por aquí? Es Virginia cómo te llamas, ¿no?

—Sí, mi nombre es Virginia —le respondí con otra pregunta— ¿Te acuerdas de mí?

—¡Claro que me acuerdo, la mujer en busca de cobertura! —subrayó con un gesto cómico, sacando el móvil de su bolsillo y elevándolo hacia el cielo, como si fuera una plegaria.

Ambos nos reímos. Si me estaba imitando, en verdad yo le habría resultado patética.

—Pero bueno, ya me he enterado de que has recuperado la voz. ¡Enhorabuena, es una gran proeza!

—¿Te has enterado? —pregunté intrigada.

—¡Claro, no olvides que en Bulnes nos conocemos todos!

—¿Quién te lo ha dicho? —insistí.

—Me lo dijo Abril... me llevo muy bien con ella —añadió a modo de justificación.

Al decirme estas palabras algo se desbloqueó en mi mente porque me vino a la cabeza el día en que cogí el funicular para llegar a Bulnes, en el pasado mes de enero. Si la memoria no me fallaba, Álex había subido al trenecillo, con sus dos perros, para viajar al mismo tiempo que Abril y que yo misma. ¡Y no se dirigieron la palabra entre ellos, como si no se conocieran! Estaba totalmente segura de eso y así se lo

hice saber, muy extrañada. Me observó, sonriéndome, y me preguntó como respuesta:

—¿Tienes hambre?

Me encogí de hombros, esperando algún tipo de explicación.

—Venga, te invito a comer y hablamos. Tengo solo media hora, porque después dirijo una expedición de senderismo por la ruta del Cares. ¿La conoces?

Le respondí con un gesto afirmativo de la cabeza y, casi sin darme cuenta, me encontré caminando a su lado hacia un bar cercano. Como hacía muy buen día, nos sentamos en la terraza, pedimos unas cervezas y unos bocadillos. Después de algunos comentarios sobre los días soleados que llegaban con la Semana Santa, me preguntó a bocajarro, sin perder la sonrisa, mirándome con sus intensos ojos azules:

—¿Qué quieres saber?

—Pues eso —balbuceé—, cómo es que, si te llevas tan bien con Abril, aquel día no os saludaseis siquiera en el funicular... salvo que hayas congeniado con ella recientemente, después de esa fecha —añadí con un tono de escepticismo.

Sin perder la sonrisa Álex se retiró el mechón rubio que le caía sobre los ojos y murmuró, más para sí mismo que para mí:

—¡Es que soy un bocazas, no tenía que haberte dicho que la conocía!

—¿Y eso por qué? —pregunté un poco molesta.

—Mira, lo mejor es que le preguntes a la Quirona. ¡Seguro que ella te lo explica todo!

—También conoces a la Quirona, claro.

—¡Claro! —dijo él—. Ya te he dicho que en Bulnes nos conocemos todos.

—Sí, ya me lo has dicho, pero no me refiero a eso —le comenté, cada vez más molesta—. Me da la impresión de que me ocultas tu verdadera relación con las dos mujeres, y no entiendo por qué.

Álex se quedó pensativo unos momentos y, al final, exclamó:

—¡Qué mierda, ya no tengo por qué ocultártelo, tú has conseguido recuperar la voz, mereces saberlo!

—¿Qué es lo que merezco saber? —pregunté impaciente.

—Que la Quirona y Abril son mis maestras.

—¿Maestras de qué? —exclamé aparentando cierta ingenuidad.

Álex volvió a retirarse el mechón rubio de la frente y luego se rascó la cabeza, antes de decir:

—Las dos son mujeres sabias y me enseñan sobre el conocimiento... ¡pero no les digas que las he llamado maestras, no les gusta que las llame así! Dicen que el tiempo de los maestros ya ha pasado y que

ahora cada uno somos nuestro propio maestro... ellas solo me ayudan. Como te han ayudado a ti.

Me quedé reflexionando sobre lo que acababa de decirme. La chica del bar apareció con los bocadillos y a Álex le sirvieron de excusa para cortar la conversación que teníamos. Dijo que debíamos comer, porque ya le quedaba muy poco tiempo para hacerlo, antes de la excursión. Comimos dos bocadillos de tortilla francesa con chorizo asturiano, y apenas comentamos cosas intrascendentes. Yo todavía me sentía impactada por lo que significaban sus palabras. Al terminar de comer pagó la cuenta y nos encaminamos hacia su tienda, donde dijo que tenía que recoger algún material.

—No te la enseño porque hoy tengo mucha prisa, otra vez será. Estoy seguro de que volveremos a vernos —concluyó dedicándome una cálida sonrisa.

Nos abrazamos y, cuando yo me dirigía hacia mi coche, corrió hacia mí y me dijo a bocajarro:

—Oye, yo necesito una socia para llevar este negocio, tengo mucho trabajo y no puedo con todo. A la gente le ha dado por hacer senderismo porque necesita el contacto con la naturaleza. Si te animas, ya sabes dónde encontrarme.

—¿Animarme? —le pregunté, un tanto desconcertada.

—¡Claro, mujer, a ser mi socia! ¿O es que crees que vas a poder seguir viviendo cómo antes? Yo no pude, y las dos mujeres que te ayudaron tampoco.

Nos despedimos, pero sus palabras calaron profundamente en mi interior. Cuando me subí a mi coche, para recorrer los pocos kilómetros que faltaban para llegar a Poncebos, no cesaba de oír machaconamente en mi cabeza lo que me había dicho Álex: ¿O es que crees que vas a poder seguir viviendo como antes? Lo cierto es que no, no lo creía. Me habían bastado dos semanas dando clases en el instituto para saber que mi futuro no estaba en esas aulas, que necesitaba un cambio de aires y vivir nuevas experiencias. Además, los meses que había pasado en Bulnes habían despertado algo dormido en mi interior. Aun no sabía qué era, pero tenía claro que estaba viviendo un proceso de transformación, cuyas consecuencias no era capaz de calibrar en esos momentos.

Cuando llegué a Poncebos aquello estaba lleno de coches hasta arriba. Ya desde antes de llegar a la zona del funicular, había coches aparcados a lo largo de la carretera. ¡Madre mía, cuánta gente!, exclamé en voz alta. Me resultó difícil encontrar un hueco para aparcar mi coche. Tuve suerte porque salió uno de la fila y ocupé su lugar. Cogí el poco equipaje que llevaba en una mochila, y me dirigí al trenecillo para subir a Bulnes. Al ver la cola que había me asusté.

Aquel sitio no tenía nada que ver con el que yo conocí en el mes de enero, estaba abarrotado de turistas. También aquí tuve suerte porque fui la última en entrar al funicular en ese turno. Cortaron la fila justo por donde yo estaba. Bueno, en realidad la cortaron antes, pero como iba una pareja no querían separarse, y solo podía entrar una persona más, me cedieron a mí el puesto, y dijeron que ellos esperarían al siguiente. Es obvio decir que el funicular iba abarrotado de familias con niños y parejas. Todos llevaban pequeñas mochilas a las espaldas, lo que me hizo pensar que subían a ver el precioso pueblo, pero que su estancia allí sería corta. El día era ideal, soleado pero sin calor excesivo.

Durante los pocos minutos que duró el trayecto recordé al detalle cuando hice ese viaje para llegar a Bulnes la primera vez. Muchas cosas habían pasado desde entonces. La más importante de todas es que yo había llegado muda y ahora podía hablar. ¿O no era eso lo más importante de todo lo que había vivido?, me pregunté para mis adentros.

Al bajar del funicular me quedé asustada de la cantidad de gente que había en las terrazas de los restaurantes, haciéndose fotos en el puente, sentados junto al río, escuchando el murmullo de las aguas con su trotecillo, formando pequeñas cascadas. ¡Dios santo —pensé—, no me podía imaginar que hubiera

tanta gente por aquí! Con mi mochila a las espaldas, me encaminé hacia casa de la Quirona. En cuanto la divisé, la vi a ella y a Abril en las escaleras de la puerta, como si realmente me estuvieran esperando. Así que no me extrañó cuando me abrazaron y me dijeron, casi al unísono:

—¡Te estábamos esperando!

—¿Cómo sabíais que venía? —les pregunté.

Ambas se miraron y estallaron en una carcajada.

—Álex nos avisó por teléfono que venías para acá —dijo Abril muy risueña—. ¿Cómo íbamos a saberlo si no, mirando en la bola de cristal?

Las dos mujeres volvieron a reírse de nuevo. Yo no sabía si me estaban gastando una broma. Debí poner cara de idiota antes de preguntar:

—¿Cómo que os avisó por teléfono, si aquí no hay cobertura?

Se rieron otra vez y se preguntaron entre ellas:

—¿Tenemos cobertura? —dijo la Quirona.

—Sííí, ahora sí —respondió Abril muy cargada de razones—. Es que nos la ponen cuando llegan los turistas. Los pobres no saben vivir sin el móvil.

—Ah, vale, me tranquilizas —afirmó la Quirona—, yo creía que Alex nos había avisado de la llegada de Virginia telepáticamente.

—Nooo, mujer, la telepatía ha sido sustituida por la tecnología.

—Ahhh, menos mal —afirmó la curandera—, ¡si no, nos podrían haber tachado de brujas!

Esta frase fue definitiva. Las dos mujeres se abrazaron y empezaron a dar saltitos, sin poder dejar de reír. De vez en cuándo se agarraban las barrigas y hacían gestos obscenos, juntando las piernas, como si se estuvieran orinando y no pudieran aguantarse. Yo contemplaba la escena llena de perplejidad, no sabía si me gastaban una broma o es que, de verdad, se habían vuelto locas en mi ausencia. Cuando se tranquilizaron un poco, la Quirona me abrazó de nuevo, al tiempo que me decía:

—Ay, Virginia, Virginia, no te tomes todo tan a pecho, deja de buscar explicaciones lógicas. La vida es solo un juego y lo único dramático es que dura demasiado poco.

—Relájate, querida —añadió Abril, con un tono cariñoso—. De cualquier forma, te estábamos esperando y nos alegra mucho que hayas vuelto.

Flanqueada por ambas, pasé a casa de la Quirona y, nada más quitarme la mochila, me hicieron sentar en el sofá y me acribillaron a preguntas sobre cómo había sido mi regreso a Gijón y mi vuelta a las clases. Les expliqué todo lo que había pasado y cómo me había sentido con la vuelta a mi casa, a mi ciudad y a

mi trabajo. Ellas escuchaban con atención y, según pude detectar por sus miradas cómplices, estaban satisfechas con lo que les relataba. Yo, sin embargo, conforme iba contándoles mi experiencia me ponía cada vez peor, más triste, cayendo en mi vieja costumbre de sentirme víctima de las circunstancias. La Quirona me cortó en seco:

—No, Virginia, no lo hagas, eso ya no te sirve.

Aunque sabía a lo que se refería, le pregunté:

—¿Qué es lo que ya no me sirve?

—Lo sabes muy bien —respondió la curandera—, lo que estabas haciendo, sentirte una víctima de todas las maravillosas experiencias que has tenido, en lugar de aprender de ellas.

Iba a replicar, pero me callé. Llevaba razón. A modo de justificación, dije:

—Sí, lo sé, caigo con mucha facilidad en el victimismo.

—¿Y por qué crees que haces eso? —me preguntó Abril.

—No lo sé. ¡No tengo ni idea!

—Sí, sí lo sabes, profundiza en un poco —añadió.

—¡Es que las cosas no salen como yo quiero!

Mi frase les provocó nuevamente un ataque de risa. Yo me encogí de hombros. No sabía que hubie-

ra dicho algo tan gracioso. La Quirona me alborotó el pelo, deshaciéndome la coleta. Intenté rehacerla volviendo a ponerme la goma. No me gustaba ese gesto que había hecho.

—Te sientes siempre una víctima —afirmó con un tono de seriedad— porque no te haces responsable de tu vida. ¡Claro que las cosas no salen como tú quieres...!

—¡Ni como quiero yo! —la interrumpió Abril, cruzándose de brazos y poniendo cara de niña pequeña enfurruñada.

—Ni como yo quiero —añadió la Quirona—, ni como quiere nadie. ¿Por qué la vida debería ajustarse a tus expectativas?

Me encogí de hombros.

—¿No deberías ser tú la que se adaptase a la vida y te hicieras responsable de todo lo que te ocurre, sabiendo que cuando pasa alguna cosa que no te gusta es una oportunidad para crecer como ser humano? ¡Anda, anda, no me digas esas cosas a estas alturas! —concluyó con una sonrisa.

—¡Es que estoy muy confundida! —me lamenté.

—¿Y por qué quieres saberlo y controlarlo todo, si solo eres un ser humano? —me preguntó.

—¡Es que no sé qué hacer con mi vida! —seguí lamentándome.

—Sí lo sabes —me dijo la Quirona de forma grave—; lo sabes perfectamente. Sabes que estás en un proceso de transformación. Sabes que ya no te sientes satisfecha con la existencia que llevabas antes. Sabes que las clases ya no te llenan. Sabes que te encuentras extraña en tu casa de Gijón. Sabes que ya no tienes ninguna sintonía con las amistades superficiales que mantenías. Y sabes que ha llegado el momento de cambiar, porque estos tiempos tan intensos y maravillosos que estamos viviendo así nos lo exigen. Nos piden que nos despojemos de lo que ya no nos sirve para crecer, y emprendamos el camino de vuelta a nuestra verdadera esencia.

Las palabras de la Quirona calaron profundamente en mi interior. Otra vez tenía razón. Yo sabía perfectamente todo eso que ella acababa de decirme. Aun así, algo se resistía dentro de mí. Algo me atenazaba y me oprimía. Suspiré profundamente, como si me faltara el aire. La curandera me puso la mano en el pecho, suavemente, y me fui tranquilizando poco a poco.

—Eso se llama miedo —me dijo—. Es solo miedo. Miedo al cambio. Todos lo hemos sentido en más de una ocasión. Miedo a la vida. Miedo a dejar caer las ideas y las falsas creencias que nos han sostenido durante toda la vida, y a las que nos aferramos con uñas y dientes a pesar de saber, con toda certeza, que

ya no nos sirven. El miedo y la incertidumbre —añadió— provocan un vacío existencial que nos atterra, y lo único que se nos ocurre para sobrevivir es llenar ese vacío con falsedades y estupideces. ¡Es lo que has estado haciendo tú, durante toda tu vida! Pero no te culpes. Lo hacemos todos. Todos somos igual de estúpidos. Nos montamos vidas ilusorias, para no sucumbir a ese vacío. Sin embargo, es ahí donde está la auténtica plenitud.

La Quirona se calló como para darme tiempo a reflexionar sobre todo lo que me había dicho. Así lo hice, y las tres permanecemos en silencio por unos momentos. De pronto sentí una gran necesidad de hablar y le conté que, unos días antes de regresar a Bulnes, la había visto en un sueño. Se interesó de inmediato:

—¿Ah sí, te dije algo, o solo observé cómo dormías?

—Sí, sí, me hablaste. Me preguntaste qué me pasaba y yo te respondí que no sabía qué hacer con mi vida.

—¡Por lo visto esto es un tema recurrente para ti, en sueños y en vigilia! —bromeó Abril.

—¿Y qué te respondí?

—Me respondiste: ¿Y para qué quieres saberlo?

Las dos mujeres se troncharon de la risa, una vez más. Yo continué, ignorando su jolgorio:

—Me dijiste que no hacía falta que yo lo supiera, que la vida lo sabía. Que no debía preocuparme, porque ella me conduciría a donde tuviera que ir y con quien tuviera que estar... Que debía confiar.

—¡Pues ya ves! —dijo la Quirona de buen humor— ¿Por qué te preocupas? Solo tienes que hacer caso a los buenos consejos que te doy en sueños —concluyó, como si fuera obvio.

—Es que este encuentro no me pareció un sueño —me atreví a decir—, me dio la impresión de que habías estado allí mismo, en mi casa.

—¿En cuerpo mortal? —preguntó Abril con sorna.

—Sí —respondí con seguridad—, en cuerpo mortal.

Yo creí que se morían del ataque de risa que tuvieron ambas al escuchar mis palabras. A duras penas, casi sin poder hablar de las carcajadas, Abril le dijo a la Quirona:

—¡Pues ya me dirás cómo lo haces, porque yo solo puedo hacerlo si me dejo el cuerpo físico durmiendo en mi cama!

Yo no entendía nada. Ingenuamente les dije:

—¡Pero es verdad, yo la vi en mi casa!

Costó un poco de tiempo que se tranquilizaran. Finalmente, la Quirona adoptó un tono grave, algo malicioso, y me recordó:

—Bueno, Virginia, no es la primera vez que tú y yo nos vemos en un sueño ¿verdad?

Sus palabras me trajeron a la memoria la primera vez que la encontré en sueños, la noche antes de perder la voz. Mi cabeza se volvió entonces un torbellino. ¡Tenía tantas cosas que preguntar!... pero no sabía por dónde empezar. No podía ordenar mis ideas ni me salía la voz. Me asusté mucho. La Quirona posó nuevamente su mano sobre mi pecho y me tranquilicé. Cuando recuperé la voz, le dije con una gran excitación:

—¡Tengo muchas cosas que preguntarte!

—Lo sé, Virginia, lo sé. Pero cada cosa a su debido tiempo. Hoy éramos nosotras las que preguntábamos. Mañana, después de que hayas descansado en tu cuarto, llegará tu turno. Te lo prometo. Creo que ya estás lista —añadió mirando a Abril, con aire de complicidad, mientras ésta asentía con la cabeza.

CAPÍTULO 19

Poco puedo decir de esa primera noche vacacional que pasé en Bulnes. Después de la conversación con las dos mujeres, y una cena frugal, Abril me dio a beber una infusión. La miré con cierta aprensión, dudando sobre si debía tomarla o no. Ella me regañó:

—¡Venga mujer, tómatala, no seas desconfiada! Solo es una infusión de las que venden en los supermercados para dormir mejor. Lleva melisa, pasiflora, hierbaluisa...

Me iba comentando los beneficios de los ingredientes, mientras yo vencía mis resistencias y me la tomaba. Estaba caliente y me sentó bien. Lo único que sé es que, después de hacerlo, me metí en la cama del cuarto que tenía asignado en casa de la Quirona, y me dormí casi al instante. No quería pensar en

nada, solo descansar, como me recomendó Abril. Estuve toda la noche durmiendo de un tirón sin despertarme siquiera para ir al baño, hasta que escuché golpes en mi puerta, a la mañana siguiente. Debía de ser muy temprano cuando las dos mujeres aparecieron en mi habitación y me pidieron que me levantara.

—¡Debe ser muy temprano —protesté—, estoy de vacaciones!

—Así es. ¿No has oído decir que al que madruga Dios le ayuda? —preguntó la Quirona con sorna.

Me tapé la cabeza con la almohada, pero no me sirvió de mucho. Ellas me la quitaron y me mandaron a la ducha, sin ningún miramiento. Yo apenas me había despertado aún. Siempre necesitaba un tiempo prudencial para salir del mundo de Morfeo y espabilarme lo suficiente. El agua caliente, deslizándose por mi pelo y mi piel, logró el milagro de espabilarme por completo. Cuando salí a coger ropa para vestirme, ya estaban las dos dispuestas, organizando sus mochilas.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Ya debías saberlo —respondió Abril con una sonrisa—, vamos a ver a nuestro amigo el tejo milenario. Él, que tiene mucha sabiduría, nos ayudará a

contarte lo que tenemos que decirte, y a que tú lo asimiles.

La vena escéptica se apoderó de mí en esos momentos, y estuve a punto de comentar que no sabía cómo un árbol iba a ayudarnos, por muy milenario que fuera. Pero no lo hice. Me callé y las dos mujeres, como si estuvieran al tanto de mis pensamientos, se miraron sin poder disimular una sonrisa. Lo cierto es que, a esas alturas, a mí no me extrañaba ya nada y si ellas decían que el tejo nos podía ayudar, seguro que llevaban razón. Después de vestirme con unos pantalones deportivos color kaki, que me había comprado junto con una camisa blanca, y de calzarme mis gastadas botas de senderismo —afortunadamente mis pies no se habían ensanchado como el resto de mi cuerpo—, cogí una pequeña mochila y nos pusimos en marcha. Al salir de su casa, y a pesar de lo temprano que era, ya había mucho bullicio en las calles de Bulnes.

—¡Madre mía —dije con asombro—, el pueblo no tiene nada que ver con el que yo me encontré en invierno, está a tope!

—Sí —dijo la Quiróna—, esa es otra de las razones por las que hay que salir de aquí temprano. Es una forma de huir de los turistas que llegarán hoy, aprovechando que es Domingo de Ramos.

Con la emoción de estar allí, se me había olvidado que era ese día. Fui a comentárselo a la curandera, pero ella me silenció con un gesto de la mano y me pidió:

—Mira, mejor hacemos el camino hasta el tejo en silencio y hablamos cuando lleguemos allí, ¿te parece?

Asentí con la cabeza. ¿Cómo no me iba a parecer? En realidad, el mío solo iba a ser un comentario intrascendente y, como ella decía, era mejor el silencio y escuchar el sonido de la naturaleza que nos rodeaba.

Cuando llegamos al tejo me emocioné mucho. No recordaba que el árbol fuera tan majestuoso. Sin poder evitarlo, se me saltaron las lágrimas. Abril me recordó que tenía 13 metros de altura, casi 7 de diámetro en el tronco, y 15 en la copa. Pero su tamaño no es lo más importante, añadió:

—Ya sabes que crece de arriba abajo, de adentro a afuera, que renace de sí mismo, como has hecho tú, por eso se considera un símbolo de la inmortalidad. En realidad, más que un árbol sagrado es un ser mitológico —concluyó con una sonrisa de satisfacción.

Me abracé a su tronco, aunque no podía abarcarlo con mis brazos, y sentí su energía recorriéndome el cuerpo. Cerré los ojos y me pareció que ese magní-

fico ser me trasladaba a otros espacios más elevados. La Quirona me dio un pequeño empujón que me hizo soltarme.

—¿Qué haces? —le pregunté con mal humor por haber interrumpido mi vuelo.

—¡Te estoy rescatando! —contestó con seriedad—. Te necesito aquí y ahora, entera, déjate de vuelos. Necesito que tengas los pies en la Tierra. Pero no solo ahora, esto es un consejo que te doy para el resto de tus días. Fíjate en el tejo. Sus ramas miran al cielo, ondean al viento, pero no podría sostenerse si sus raíces no estuvieran firmemente asidas a la Tierra. ¡La Tierra es la que nos nutre, no lo olvides!

Después de estas palabras Abril y ella dispusieron que nos sentásemos en círculo, alrededor del tejo, de forma que nos viéramos perfectamente las caras. Bueno, en realidad, más que un círculo era un triángulo. Cuando estuvimos acomodadas, Abril empezó a hablar y me rogó que no la interrumpiera hasta que terminase la historia que me iba a contar.

—¿Pero es una historia real, o ficticia? —pregunté, ignorando su ruego.

Ambas se miraron y movieron la cabeza en un gesto de desaprobación, que interpreté como que yo no tenía arreglo. Aun así, no se enfadaron conmigo y yo me llevé un dedo a la boca, indicando que estaría

callada. Abril dijo que me iban a contar su historia que, por supuesto, no era de ficción, sino que había ocurrido de verdad. Me removí en la tierra donde estaba sentada, con expectación mal contenida, esperando a ver por dónde me salían. Abril soltó a boca-jarro:

—La Quirona fue médica...

—¿Quééé, fue médica? —pregunté asombrada, sin poderme aguantar.

Ella ignoró mi pregunta y continuó:

—Tuvo un accidente, la operaron y estuvo varias horas sin despertarse, como muerta. En alguno de esos momentos vivió lo que se llama una ECM, es decir una experiencia cercana a la muerte. Cuando regresó, cambió su vida por completo y... mejor que te lo cuente ella misma —añadió.

Yo no sabía qué decir, me había quedado absolutamente perpleja y, obviamente habían atrapado mi atención. Lo de la ECM me había impactado, pero, si digo la verdad, no tanto como saber que la Quirona había sido médica. Intenté representármela con una bata blanca y un fonendoscopio colgado del cuello, y no pude. Esa imagen rompía todos mis esquemas sobre ella. Estaba tan desconcertada, que casi no me salían las palabras, finalmente pregunté:

—¿De verdad fuiste médica, de esas que ven enfermos y todo?

Ella sonrió antes de responder:

—¿Te resulta tan difícil de aceptar?

—¡Pues sí, la verdad, no te imagino!

—Ejercí como médica durante muchos años, hasta que tuve el accidente. Era ginecóloga, por lo que mis pacientes fueron mujeres.

Se me debió de quedar la boca abierta, y no la podía cerrar.

—¿Atendías partos y todo eso? —pregunté con escepticismo.

—¡Claro, y no solo partos! También atendía a mujeres mayores con problemas ginecológicos, algo que es muy frecuente.

—¡Ahhh! —exclamé sin saber qué decir— ¿Y qué te pasó cuando tuviste el accidente?

—Se puede decir que se encadenaron una serie de causas inesperadas que trastocaron mi vida por completo. Tuve una caída haciendo senderismo por un monte de esta zona. Esa caída me originó una fractura de peroné y ésta me provocó una trombosis que me llevó a tener un infarto pulmonar, que me diagnosticaron erróneamente como una neumonía. Me ingresaron en la UCI con varios trombos en la vena femoral. Esto ocurrió en el Hospital de Oviedo, donde yo

trabajaba. Y, estando allí tuve una vívida experiencia cercana a la muerte. Lo que experimenté de forma clara duró unas dos horas; aunque es difícil saberlo porque el tiempo transcurre de forma diferente en este otro plano, donde se desarrolla el tránsito.

—¿Qué?, ¿qué es el tránsito? —balbuceé—. Me estoy perdiendo.

—¡Pues no te pierdas y presta atención! —me ordenó Abril con suavidad.

—El tránsito es una fase en el proceso de la muerte. Se inicia en el instante en el que sales del cuerpo físico que te ha servido como vehículo para tener la experiencia humana. Se puede decir que es una fase que discurre entre la salida de este plano material y la entrada a un plano de luz.

—¿Y tú viviste ese tránsito de forma consciente? —pregunté cada vez más desconcertada. ¡No pensaba que iban a contarme algo así!

—Sí, así es.

—¿Pero esto del tránsito le pasa a todo el mundo? —insistí.

—Claro —dijo la Quiróna.

—¿Y cuánto dura?

—Eso depende de cada uno, puede ser muy breve, puede durar horas, días, semanas, años...

—¿De qué depende la duración, entonces? —me interesé; nunca había oído nada semejante.

—Bueno, depende de dos cosas, básicamente. Ten en cuenta que es como una especie de pasillo que recorres desde el momento en que sales del cuerpo físico hasta que llegas al famoso túnel de luz, que seguro has oído nombrar.

—Sí, claro, en las películas. Pero no sabía que ocurría de verdad —añadí.

—Lo primero de todo es darte cuenta de que has muerto físicamente. Y en segundo lugar, aceptarlo, rompiendo conscientemente con los vínculos, pensamientos, sentimientos y cualquier otra cosa que te pueda mantener apegado al plano material.

—¡Hay una película, *El sexto sentido*, en la que el protagonista no sabe que ha muerto! —exclamé como si hubiera hecho un gran descubrimiento—. ¡Anda, tendré que verla otra vez desde esta nueva perspectiva!

Las dos mujeres se rieron por lo que había descubierto y asintieron con la cabeza. La Quiróna continuó con su relato:

—Pero no nos centremos solo en el tránsito. Si te interesa el tema, hablaremos de esto más despacio. Hay muchísima bibliografía que te podemos recomendar.

—¡Claro que me interesa! —afirmé con convicción— ¿A quién no podría interesarle saber algo de lo que es seguro que vas a vivir?... O a morir. ¡¡Ya no sé ni lo que digo!!

—Lo has dicho bien. Es algo que vas a vivir, con toda seguridad, porque la muerte, según la concebimos, no existe, es un imposible. Todo es vida y la muerte es solo una puerta que se abre para ir de esta encarnación física a la vida en otro plano. Pero prosigamos con lo que nos interesa —concluyó.

Suspiré profundamente a la espera de la próxima sorpresa. Iba a necesitar tiempo para asimilar todo lo que me estaban contando.

—En esa experiencia de desencarnación, antes de llegar al túnel de luz, ves pasar tu vida completa ante tus ojos en un solo instante. Eso sí —matizó—, te garantizo que no hay nadie que te juzgue, es tu propia conciencia la que se da cuenta con claridad de tus aciertos y errores, de cómo has vivido tu existencia.

La Quirona me miraba con atención para ver cómo recibía sus palabras. Yo procuraba no perder ningún detalle, abriendo los ojos como platos. Ella continuó:

—También empiezas a percibir que no estás sola. Seres de luz vienen a recibirte. Aunque no tienen cuerpo, tú los identificas perfectamente como tus familiares y seres queridos: padres, abuelos... Incluso puedes encontrarte con otros seres de luz que están relacionados con tu religión o con tu cultura espiritual.

—Eso no lo entiendo —la interrumpí— ¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que, si eres cristiano, lo más probable es que identifiques al ser de luz que te va a hablar como Jesús. Y si eres budista, lo más probable es que lo identifiques con Buda.

—¿Y contigo se comunicó algún ser de luz?

—¡Claro! —respondió como si fuera obvio.

—¿Y quién era, Jesús o Buda? —pregunté, intrigada.

—Pues ninguno de los dos —me dijo—, en esos planos hay muchos seres de luz. Pero con quien lo identifiques no es importante. Cada uno tenemos nuestra experiencia. Igual que cuando estamos en el plano físico. Lo importante es lo que yo percibí.

—¡Cuenta, estoy en ascuas! —le pedí.

—El ser de luz que me habló, es una forma de decirlo, claro, porque la comunicación no es con palabras, me dijo que aún no había cumplido mi propósito para esta encarnación y me preguntó qué me parecería si volviera a mi cuerpo físico y al plano material.

—¿En serio, se puede elegir? Yo creí que cuando morías no hay vuelta atrás.

—En algunos casos sí, como lo atestiguan muchas experiencias. Subrayó que la vivencia que yo estaba teniendo en esos momentos, no era para que muriera a este mundo, sino para que viviera más y llevarse a

cabo el propósito de mi alma en la Tierra. Pero también me insistió en que la elección era mía.

—¡Qué fuerte! ¿Y qué decidiste? —la interrogué, dándome cuenta enseguida de que había hecho una pregunta estúpida.

—¡¡Decidí volver!!

—Así, sin pensarlo ni nada.

—No lo pensé, mi alma supo que tenía que volver y eso hice. Y en cuanto lo decidí, regresé a mi cuerpo físico en la UCI, donde mis compañeros médicos se afanaban por volverme a la vida.

—¡Yo tengo que procesar todo esto! —dije, poniéndome de pie—. Necesito tiempo para pensar.

—Claro —intervino Abril—, pero es que aún no hemos terminado. Así que siéntate.

—¿No habéis terminado? —pregunté con cara de susto.

Las dos se rieron a carcajadas y Abril preguntó:

—¿No querías saberlo todo?

—¡No sé si quiero saber más! —contesté, sin quedarme otra.

—Anda, siéntate y aguanta un poco —añadió la Quirona—. ¿No has venido buscando respuestas?

Iba a responderle que buscaba respuestas lógicas, algo que mi mente pudiera aceptar, pero lo que me habían contado era difícil de digerir. Y así se lo hice saber.

—¡Pues si para ti es difícil de digerir, imagínate para mí que, como médica, tenía una mente científica y solo creía en lo que veía y se podía demostrar! Pero el mundo no es solo que se ve —añadió con convicción—, te lo aseguro.

La Quirona continuó diciendo que esta experiencia cambió su visión de la existencia por completo. Tardó casi un año en recuperarse de todas sus dolencias y, durante ese tiempo, se dedicó a leer numerosos libros sobre experiencias cercanas a la muerte.

—Empecé a interesarme por este tema porque, antes de mi experiencia, yo no sabía nada de esto. Entonces comprobé en mis lecturas que muchos de los testimonios que leía, eran muy semejantes a lo que yo había vivido, y que las investigaciones llevadas a cabo en hospitales, no eran ajenas al mundo científico. ¡Aunque mi visión científica de la existencia, había saltado por los aires a esas alturas! —concluyó con una sonrisa.

—¡Y entonces es cuando aparezco yo en escena! —dijo Abril, con una gran sonrisa, como si estuviera impaciente por intervenir—. Yo era enfermera.

—¿Tú eras enfermera? —pregunté cada vez más perpleja.

—Sí, pero, aunque trabajábamos en el mismo hospital, la Quirona y yo no nos conocíamos. Entonces nadie la llamaba así, claro, sino por su nombre de

pila: Arabela. Su experiencia cercana a la muerte había sido la comidilla de toda la profesión médica en Oviedo y yo, como desde pequeña me habían interesado mucho esos temas, fui a verla para que me contase.

—Con cierta reticencia, porque mucha gente no me creía y se reía de mí, le conté a ella mi experiencia —dijo la Quirona—, y comprobé que Abril, no solo no se reía, sino que me creía y se interesaba de verdad por mi experiencia cercana a la muerte.

—Y nos hicimos amigas. Yo la visité durante el año que duró su recuperación —añadió Abril—, y cuando consideré que ella estaba convencida de lo que había vivido y de que la experiencia había cambiado su visión sobre la existencia, le hablé de Manuel Matus.

—¿Quién era Manuel Matus? —pregunté intrigada, abriendo mucho los ojos.

—Era un médico que dirigía la UCI de un hospital, no importa cuál, y que, al comprobar que varios de sus pacientes habían tenido una ECM, y le relataban experiencias parecidas, se puso en contacto con las ucis de otros lugares de España e inició un proyecto de investigación, realizando más de 700 entrevistas en todo el país sobre este asunto —me explicó Abril.

—Estas investigaciones le llevaron a comprender que la muerte física no era el final de la existencia, y

esa nueva visión cambió su vida por completo, hasta el punto de que siguió investigando en distintas tradiciones, dejó la Medicina convencional y nos enseñó a Abril y a mí todo lo que sabemos, afirmó la Quirona.

—¿Entonces fue vuestro maestro? —pregunté, interesada.

Las dos mujeres se miraron y sonrieron. Fue Abril la que me respondió:

—Se puede decir así... aunque él decía que la época de los maestros ya ha pasado y que ahora cada uno de nosotros somos nuestro propio maestro.

Al decir estas palabras, me vino a la cabeza lo que me había dicho Álex con respecto a su relación con las dos mujeres. Preferí callarme y no decir nada sobre esta coincidencia que, obviamente, no era tal. Después de pensarlo unos instantes, pregunté con cierta timidez:

—¿Puedo yo conocer a Manuel Matus?

Ambas sonrieron y la Quirona me respondió:

—No, no puedes. Ya no está entre nosotros, aunque estoy segura de que detecta tu presencia a nuestro lado, desde el plano de luz.

Yo me había quedado tan impactada con todo lo que me habían contado, que me encogí de hombros

cuando Abril se interesó por si tenía algo que preguntar. No sabía qué decir. Muchas preguntas acudían a mi mente de forma desordenada, pero necesitaba poner en claro mis ideas después de esas confesiones por su parte.

—¡Es que no sé qué preguntar —me lamenté—, necesito procesar todo esto que me habéis contado!

—Claro, mujer, es normal —dijo la Quirona—. Yo tardé un año en darme cuenta del hermoso regalo que me había hecho la vida con la experiencia cercana a la muerte que había experimentado. Y tardé aún más en comprender las implicaciones que tenía para mi existencia personal y para la de los demás. Tú también has tenido una experiencia muy rica como Dama del Kintsugi. Tu vida anterior ya no te llena, creemos que estás preparada para hacer un cambio radical, por eso te hemos hablado de todo esto. Ahora eres tú la que debe decidir. Sólo tú. A solas contigo.

EPÍLOGO

Ni siquiera me quedé a dormir esa noche en Bulnes. Durante el trayecto que hicimos andando, desde el tejo milenario a casa de la Quirona, todas permanecemos en silencio. Interpreté que las dos mujeres no querían intervenir en la decisión que yo tuviera que tomar con respecto a mi futuro. A mí no se me iban de la cabeza algunas de las cosas que me habían relatado. Me costaba creer en aquella experiencia que me había contado la Quirona. No es que yo no hubiera escuchado alguna vez, quizás en la tele, que alguien relatará una de estas experiencias cercanas a la muerte. No se podía decir que el asunto fuera nuevo para mí, solo que, hasta ese momento, no me había interesado mucho el tema, la verdad. Mientras caminábamos me iba interrogando en mi interior: ¿Qué

pensaba yo que ocurría después de morir? No lo tenía claro. Desde luego, no pensaba que San Pedro estuviera a las puertas del cielo y que te hiciera una especie de examen para ver cómo te habías portado en vida. La Quiróna había dicho que no hay ningún Dios que nos juzgue, sino que es nuestra propia consciencia, al ver pasar lo que ha sido nuestra vida en un instante, la que se da cuenta de las motivaciones que hemos tenido en nuestra existencia humana, para actuar de una u otra manera. Y si no había juicio, tampoco había castigo. Por lo que no me imaginaba a San Pedro mandando a ninguna alma a consumirse en el fuego eterno.

Pero tampoco era tan materialista como para pensar que, al morir el cuerpo físico, te enterraban o te incineraban, y ya no existía nada más. No, en el fondo, en mi interior más profundo, algo en mí sabía que existía vida después de la muerte. Y esto no era una creencia, sino más bien una intuición. Más aún que eso: lo sabía. Y no tenía forma de conocer racionalmente de dónde venía esa certeza. Me dije a mí misma que era imperdonable que, a mis 50 años, no me hubiera interesado por profundizar en un asunto que me iba a tocar tan de cerca, pues antes o después, iba a morir, como todo el mundo. Sabiendo que esta certeza de la muerte es la única que tenemos en nuestra experiencia humana. Quizás por defor-

mación profesional, me vinieron a la cabeza las *Coplas a la muerte de su padre*, de Jorge Manrique y, para mis adentros, afirmé con convicción: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir».

Llegamos a casa de la Quiróna sin haber dicho ninguna palabra entre nosotras. Bulnes estaba a tope de turistas. Las terrazas estaban repletas de gente. Me sentí incómoda con tanto gentío a mi alrededor, yo necesitaba soledad para procesar todo lo que me habían contado, y ver si esto tenía alguna implicación en mi vida actual. Cuando íbamos a pasar a la casa, les dije a las dos mujeres:

—No voy a quedarme esta noche. Me voy, no sé adónde, pero me voy, necesito estar sola unos días.

Ambas se miraron y me sonrieron. Me pareció que aprobaban mi decisión, pero no se manifestaron sobre ella. Abril me preguntó:

—¿No te quedas ni siquiera a comer?

Negué con la cabeza y, sin más dilación, pasé al cuarto en el que había dormido para recoger mi equipaje. Me eché la mochila al hombro, y me encaminé hacia el funicular. Antes de irme las abracé, y les dije:

—Cuando tenga las cosas más claras, volveré.

Esta vez no sentí ninguna pena ni angustia cuando me alejé de ellas. En mi fuero interno tenía la certeza de que volvería pronto. Tuve que esperar un rato para coger el trenecillo de las dos de la tarde. Iba casi vacío, los turistas que habían llegado ese domingo abarrotaban las terrazas de Bulnes para comer, y casi nadie bajaba a Poncebos a esa hora. Siete minutos después había recorrido los dos kilómetros que el funicular atravesaba en su viaje por las entrañas de la montaña asturiana. Cuando llegué a Poncebos me pregunté en voz alta hablando conmigo misma como si fuera otra persona:

—Vale, ¿y ahora qué, hacia dónde vamos?

Me encaminé hacia el lugar donde había aparcado mi coche. Metí la mochila en el maletero, y me senté frente al volante esperando que algo en mi interior me indicase qué camino seguir. Casi de forma inmediata, esa voz interna que me hablaba en silencio y que yo empezaba a reconocer como mía, dijo: ¡A Covadonga, vamos a Covadonga!

—Sííí —grité como una niña a la que le acaban de hacer un regalo inesperado. —¡Allá vamos!

Puse el GPS, le bajé el volumen de la molesta voz que te va indicando el camino, y me puse en marcha. Según comprobé, en 45 minutos de viaje podía estar en la montaña sagrada. Sin saber por qué, la decisión

de ir a Covadonga me había puesto muy contenta. Por supuesto, había estado allí con mis padres varias veces, pero hacía muchos años que no iba por ese santuario. Un recuerdo de mi infancia me vino a la cabeza. Me vi de niña, de la mano de mi madre, encendiendo una vela y poniéndosela a la Santina en el interior de la cueva. El camino se me hizo muy corto y, antes de las tres de la tarde, ya me encontraba allí. Los policías municipales se afanaban en dirigir el tráfico para que todo el mundo pudiera aparcar lo más cerca posible de la basílica. No era extraño que hubiera tanta gente en el inicio de la Semana Santa. Lo primero que pensé fue en comer. Me dirigí al Gran Hotel Pelayo, y me alojé allí. No había hecho ninguna reserva, pero en la recepción me dijeron que había tenido suerte porque acababan de anular una que era hasta el Domingo de Resurrección.

—No creo que me quede tantos días —le dije a la chica de recepción, con una gran seguridad.

—¿Cuánto se quedará entonces? —me preguntó.

—Digamos que pasaré aquí tres noches.

—Perfecto —dijo ella con una sonrisa—; entrada hoy domingo y salida el miércoles.

Iba a preguntarle si, en caso de decidirlo, podría quedarme algún día más. Pero no lo hice. Así estaba bien. Si mi voz interior había decidido que con tres días era suficiente, no pensaba llevarle la contraria.

Allí mismo, en la cafetería del hotel, me tomé un bocadillo de tortilla francesa y una cerveza sin alcohol. El lugar era precioso, encajado entre las rocas y también estaba casi vacío. Solo un par de parejas, ya mayores, se encontraban en la cafetería al mismo tiempo que yo. Sin saber muy bien por qué, me sentí muy feliz en aquella montaña. Me pareció un lugar sagrado y pensé que, si la Santina había decidido morar en ese lugar, sería por algo. Aquel parecía otro mundo, y seguramente lo era. Mientras me tomaba mi café bombón y una galletita que me habían puesto, recordé las excursiones que había hecho con mis padres, durante mi infancia y adolescencia, por los lagos de Covadonga. Al terminar de comer me fui a mi habitación, me tumbé en la cama y me quedé dormida.

Debí dormir muchas horas, porque cuando me desperté estaba anocheciendo. Aquel lugar se había vaciado de turistas y aproveché para dar una vuelta por allí. Compré una vela en una máquina que había por el recinto, y me dirigí a la cueva de la Santina. No había nadie, estaba yo sola. Puse la vela junto a otras y me senté ante la imagen, escuchando el rumor del agua de la cascada que caía montaña abajo. Para mí, la Santina representaba a la Madre Tierra. Pensé que ella era la que nos nutría. No importaba el nombre que le dieran en los distintos pueblos, ella

era Madre con mayúsculas y por eso la gente la veneraba. No importaban las creencias religiosas que tuviera cada cual, o si se considerasen ateos. Ella era la antigua Diosa, la Madre Tierra que sustenta a todos los humanos, y su presencia universal estaba por encima de cultos y de los intentos de algunos por apropiársela. Me emocioné mucho al ver cómo confluían en la cueva los cuatro elementos. La tierra, el fuego de las velas, el agua de la cascada y el aire limpio que se respiraba en aquella montaña.

¿Qué hice durante los tres días y tres noches que duró mi estancia en Covadonga? Nada especial, disfrutar intensamente de aquel lugar sagrado. Disfrutar de la gastronomía asturiana que servían en el comedor del hotel. Disfrutar de los paseos que daba por la zona, sobre todo al amanecer, cuando aún no habían llegado los autobuses y coches llenos de turistas. Y la niebla que aún no se había levantado, les otorgaba a aquellas montañas un aspecto mágico. Disfrutar del sol por el día y de la luna casi llena que colgaba del cielo por la noche, acercándose al plenilunio que se formaría ese sábado. También disfruté visitando la basílica y recorriendo los numerosos puestecillos y tiendas en los que vendían recuerdos de Covadonga. Compré dos cuencos de barro para Abril y la Quirón y yo me compré una camiseta con un paisaje de montañas, y una pulserita de esas de

tela que se ponen en la muñeca, en la que decía que la Santina me guiaría por mi camino. La verdad es que los tres días se me pasaron volando, pensé quedarme algún tiempo más, pero yo sabía que mi estancia allí había terminado, y deseaba volver a Bulnes. Pero antes de hacerlo llamé por teléfono a Sofía. Mi decisión ya estaba tomada, y quería comunicársela a ella, aunque fuera por teléfono. Se quedó muy sorprendida al escuchar mi voz.

—¿Eres tú?, ¿pasa algo, tienes algún problema?

Me eché a reír antes de contestarle, ella siempre pensaba lo peor. En eso se parecía a mi madre.

—No, Sofía, no me pasa nada malo. Al contrario, me encuentro perfectamente. Estoy en Covadonga...

—¿En Covadonga? —me interrumpió— ¿No ibas a Bulnes?

—Sí, sí, estuve en Bulnes, pero luego me vine para acá —le aclaré.

—¿Y eso? —se interesó.

—Bueno, es una historia un poco larga y compleja... ya te la contaré algún día —mentí.

—Es que creo que tienes que contarme muchas cosas que no me has dicho —rezongó.

—Sí, bueno, para lo que te llamo, en realidad, es para decirte que no voy a volver a dar clases en el instituto.

Se hizo un incómodo silencio que rompí con una pregunta:

—Sofía, ¿me has escuchado?

—¡Claro que te he escuchado! —bramó— ¡Pero es que me he quedado sin habla! ¿Cómo es eso? Explícame. No entiendo nada de nada.

Me dieron ganas de decirle que, en realidad, era una decisión personal de la que no tenía que darle explicaciones a nadie. Tampoco a ella. Pero no lo hice. Suspiré profundamente y le dije, con un tono calmado:

—Verás, Sofía, es que me he dado cuenta de que no quiero seguir dando clases. Así que ¿te trastornaría mucho que ya no volviera al instituto cuando finalizasen las vacaciones de Semana Santa?

—¡Pero ¿por qué? —insistió ella— ¿Por qué tantas prisas? ¿No puedes esperarte a que termine el curso? Total, son dos meses.

—No —le dije tajante—, no puedo esperarme. Quiero hacerlo ya. Tú me dijiste que te iban a mandar un sustituto después de Semana Santa. ¿Eso es así, o con mi vuelta has renunciado a esa posibilidad? —pregunté, rogando que no hubiera renunciado.

Tardó unos momentos en responder, lo que interpreté como una buena señal. Finalmente, dijo:

—No, no he renunciado. Pensé dejarlo estar hasta ver si tú te adaptabas en tu vuelta a las clases.

—O sea, que algún sustituto podría dar mis clases cuando terminen las vacaciones —pregunté, para que no hubiera dudas.

—Sí, así es. No sería ningún problema. Pero sigo sin entenderlo —concluyó.

—Bueno, algo te decía que yo podía no adaptarme. Si no, habrías renunciado a que envasen un sustituto ¿no es así?

—Sí, así es, porque te veía muy rara cuando recuperaste la voz y regresaste de Bulnes. Y ahora, con lo que me estás diciendo, te veo más rara todavía. ¡No eres la misma, Virginia!

—Es verdad, Sofía —reconocí—, no soy la misma.

—¿Y qué vas a hacer? —añadió con un tono de súplica— ¿De qué vas a vivir?

—No te preocupes por eso, me ha salido un trabajo.

—¿En Bulnes? —se interesó.

—No, en Bulnes no, en un pueblo cercano...

—¿Y qué clase de trabajo es ese?

—Escucha, Sofía, tengo que colgar ahora. Como tendré que ir al Instituto a hacer papeleos, ya te lo contaré cuando nos veamos ¿vale?

—¿Pero vas a pedir una excedencia, no? Esto no será definitivo.

—Sofía, de verdad, ya te contaré mis planes cuando nos veamos. No te preocupes, en serio.

—¡Qué rara estás, Virginia! —me dijo de mal humor, a modo de despedida.

Cuando colgué el teléfono empecé a bailar por la habitación del hotel. La melodía estaba en mi cabeza. Yo solo era capaz de decir a gritos: ¡Bien, bien! En esos mismos momentos tomé otra decisión, no esperaría hasta la mañana siguiente para dejar el hotel, me volvería a Bulnes esa misma tarde. Ya sabía lo que quería hacer. Había dado un paso muy importante. Dejaría el instituto, me asociaría con Álex para ayudarlo con su tienda deportiva y sus excursiones senderistas. Y, por supuesto, lo más importante de todo, seguiría en contacto con Abril y la Quirona para que me enseñasen todo lo que sabían sobre la vida y sobre la muerte. Tenía un gran anhelo por conocer mi esencia y la de todo lo que me rodeaba, más allá de la vida superficial que había llevado en mis 50 años de existencia. Las dos mujeres me habían demostrado que el mundo es mucho más de lo que se ve a simple vista.

Loca de contenta, pagué el hotel y me puse en marcha hacia Poncebos. Cogí el último funicular que me subió a Bulnes, con mi mochila a cuestas, y me dirigí a casa de la Quirona. Estaba cerrada a cal y canto. Nadie respondía a mis llamadas. Fui a casa de

Abril, a ver si las dos mujeres se encontraban allí. Nada. Tampoco había nadie. Entonces tuve una corazonada y empecé a caminar hacia el tejo milenario. El sol iba a ponerse enseguida, pero yo no tenía miedo de andar por aquel camino solitario.

Cuando estaba a punto de llegar, escuché voces de mujeres. Me dio un vuelco el corazón. Supe que las encontraría allí, que mi intuición no había fallado. Conforme me acercaba, vi un círculo de mujeres en torno a una gran fogata. Las había de todas las edades, jóvenes, ancianas. Entre ellas distinguí a Abril y a la Quirona. Tiré mi mochila en el suelo y corrí a su encuentro. En cuanto me vieron, se pusieron de pie para recibirme y me abrazaron mostrándome una enorme sonrisa. La Quirona me dijo, haciéndome una reverencia:

—¡Dama del Kintsugi, te estábamos esperando!

Me abracé de nuevo a ella y escuché cómo Abril gritaba a las demás mujeres, sin parar de sonreír:

—¡Chicas, la Dama del Kintsugi, nuestra hermana, ha llegado. Venid a darle la bienvenida!

De pronto me vi rodeada por muchas mujeres que me abrazaban, me tocaban en el hombro y me hablaban con cariño. No entendía lo que me estaban diciendo, pero no hacía falta. Sus semblantes risueños lo decían todo; aunque yo no escuchase las pa-

labras. Me llevaron al círculo en torno al fuego y me hicieron sentar entre ellas. Mientras hablaba con las mujeres que tenía a mi lado, alguien me tocó en la espalda. Me volví y no pude reprimir un grito de alegría:

—Álex, ¿qué haces tú aquí? —pregunté desconcertada.

—Bueno —me respondió con una cálida sonrisa, mirándome con sus bellos ojos verdes—, yo también formo parte de este círculo, ¡aunque sea un hombre!

—¿Cómo es eso? —pregunté, un tanto confusa.

Fue Abril la que me respondió:

—Virginia, querida, lo importante no es el género masculino o femenino, que hayas nacido hombre o mujer. Lo importante es la energía femenina, que se impone en estos tiempos, y que también está presente en los hombres. Solo con las bodas alquímicas entre la energía femenina y la masculina, puede nacer un nuevo ser para un nuevo mundo.

Las palabras de Abril me emocionaron. Me levanté y Álex y yo nos abrazamos. Sentí ese vínculo que había experimentado con él desde el momento en que lo conocí. Un vínculo de hermandad, como el que me unía con todas aquellas mujeres. Álex se sentó a mi lado y me susurró al oído: Me alegro de que estés aquí, socia.

A continuación, la Quirona se dirigió a todos los presentes, diciendo:

—Hoy es un gran día, la Dama del Kintsugi se ha unido a nosotras. A nuestro círculo. Reconozcamos la belleza y la luz que mora en nuestro interior, aunque estemos heridas por no encajar en la sociedad en la que vivimos. Mostremos nuestras cicatrices doradas con orgullo. Ellas nos hacen más fuertes y, a la vez, más humildes, al aceptar nuestra imperfección. Todas hemos sufrido, todas hemos vivido pruebas difíciles. ¡Pero aquí estamos! ¡Este será el comienzo de un nuevo ciclo para Virginia!

Y luego, dirigiéndose a mí, me dijo con gran emoción:

—¡Al fin podrás brillar y exhibir tus heridas doradas!

Libros consultados para esta novela:

Kintsugi, el arte de la resiliencia.

Céline Santini

Quirón y el don de la herida.

Alejandro Lodi

*El tránsito. Vida más allá de la vida
y experiencias cercanas a la muerte.*

Emilio Carrillo



ESTA NOVELA SE TERMINÓ DE ESCRIBIR,
EN ALBACETE,
EL LUNES 16 DE MAYO DE 2022.

ESE DÍA DE PLENILUNIO SE PRODUJO
UN ECLIPSE TOTAL DE LUNA
Y SE CELEBRÓ, A NIVEL MUNDIAL,
LA FESTIVIDAD DEL WESAK,
TAMBIÉN CONOCIDA COMO DÍA DEL BUDA.

EL 16 DE MAYO ES TAMBIÉN EL DÍA MUNDIAL
DE LA LUZ Y EL DÍA INTERNACIONAL DE
LA CONVIVENCIA EN PAZ.

